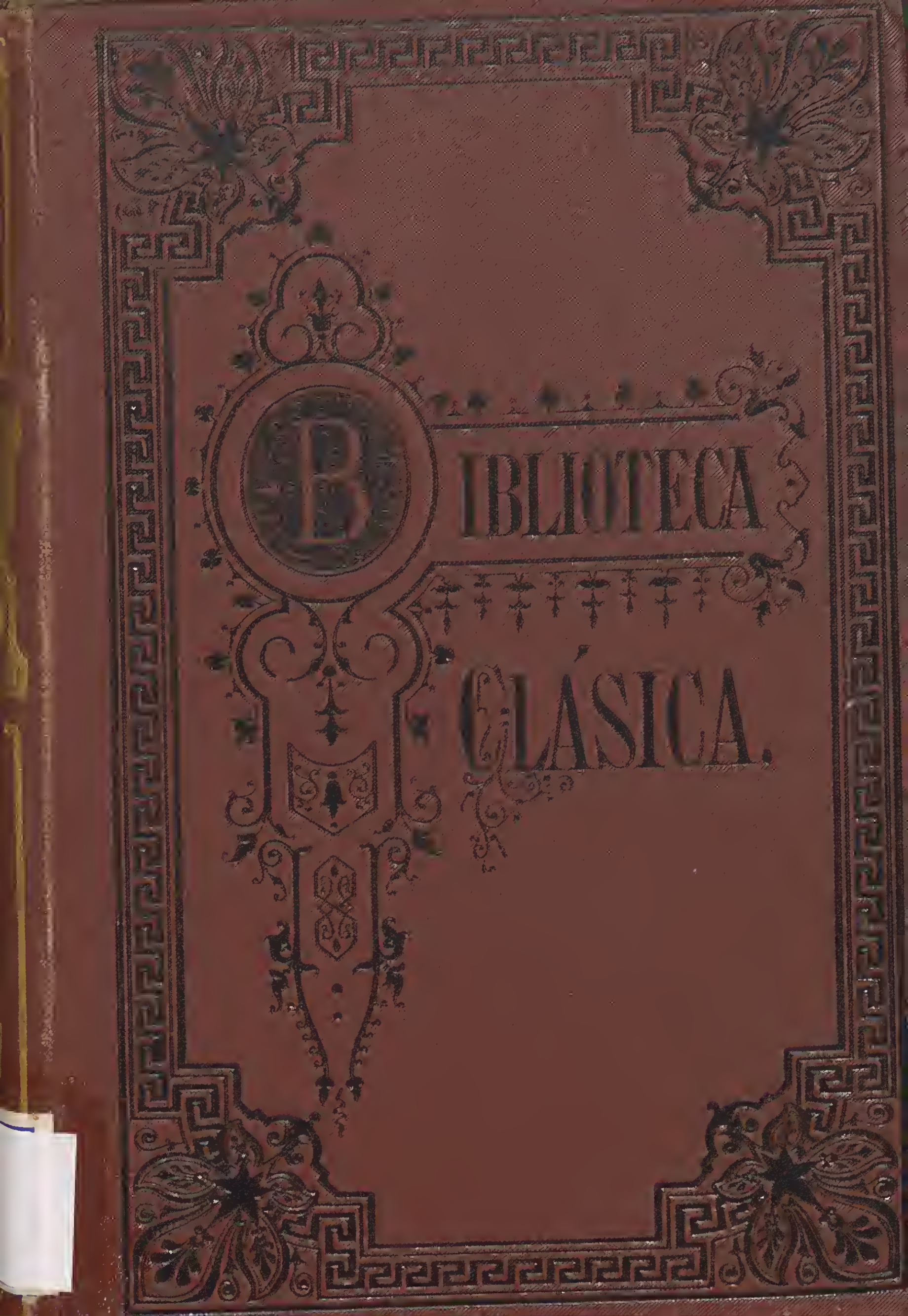
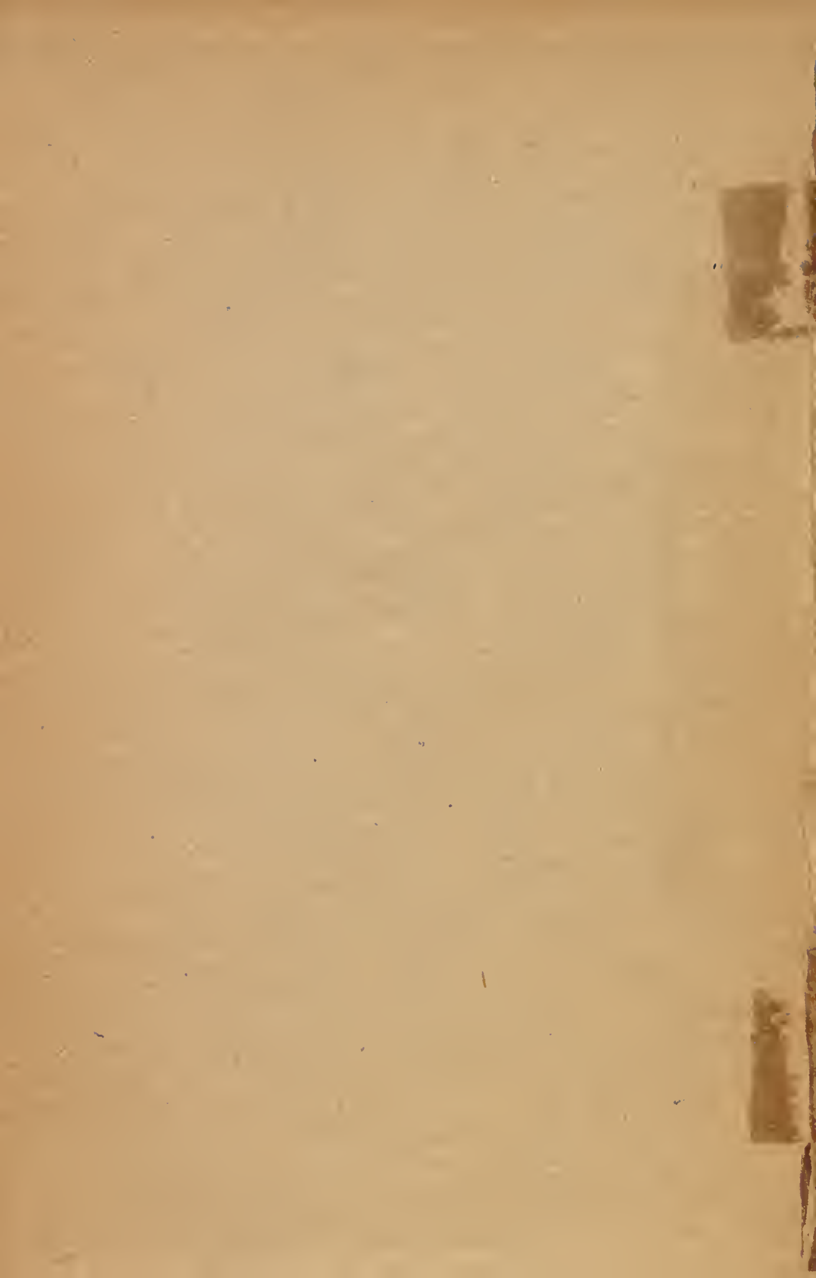
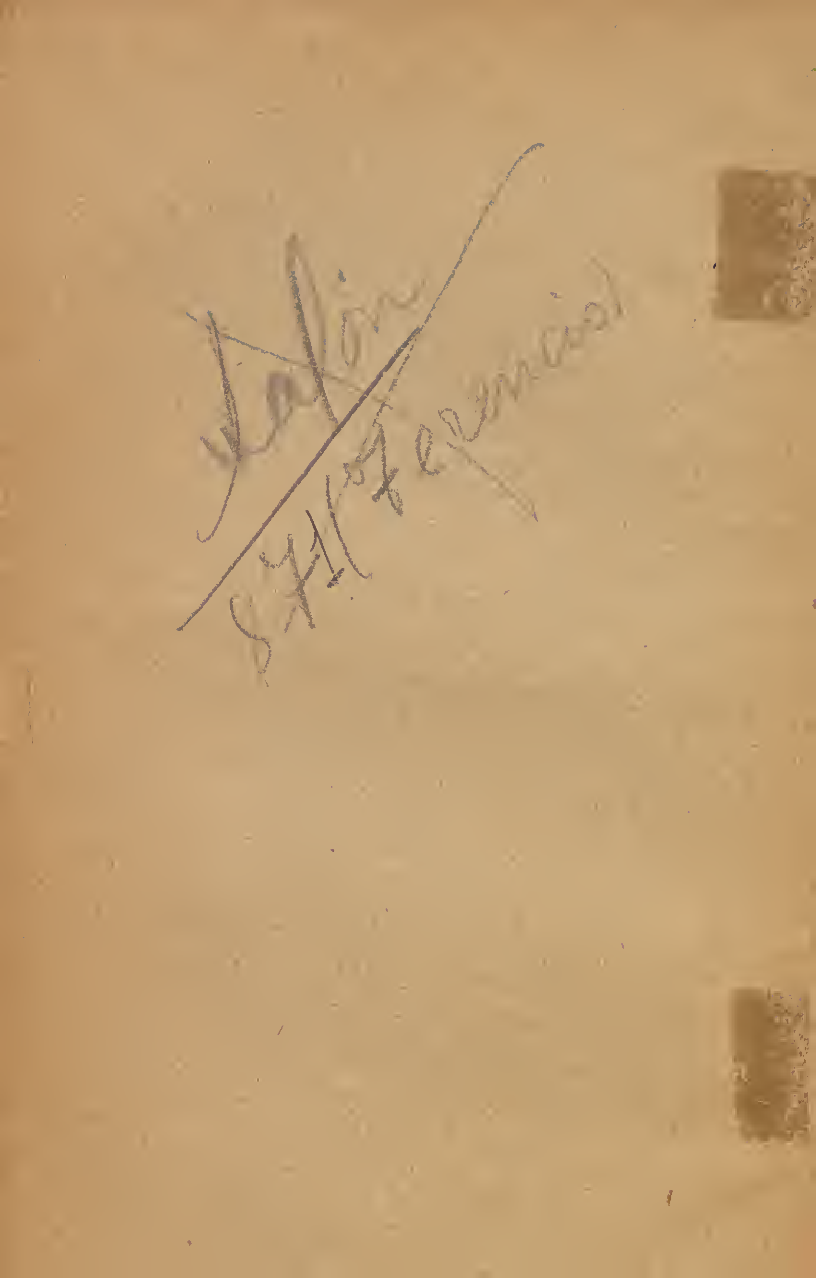

BIBLIOTECA
CLÁSICA.





TERENCIO

TEATRO COMPLETO



BIBLIOTECA CLASICA.
TOMO CXLII.

LAS SEIS COMEDIAS

DE

P. TERENCIO AFRICANO

TRADUCCIÓN

DE

PEDRO SIMÓN ABRIL

REFUNDIDA POR

DON V. FERNANDEZ LLERA
Catedrático del Instituto de Murcia.



MADRID
LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª
calle del Arenal, núm. 11

1890

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»,
Paseo de San Vicente, 20.

PROLOGO.

I.

Pocas noticias, y éstas incompletas, cuando no contradictorias, tenemos de la vida de Terencio. Que nació en Cartago al fin de la segunda guerra púnica, y fué en Roma siervo del senador Terencio Lucano, quien, prendado de su ingenio, le educó en las artes liberales y le manumitió por fin, dándole á par el nombre con que le conocemos; que le distinguieron con su amistad y trato familiar varones tan ilustres como Cayo Lelio y Escipión; que después de haber hecho representar en Roma algunas comedias, partióse á Grecia, con objeto de dominar más fácilmente las disciplinas y artes griegas, y al volver á Roma, antes de comenzada la tercera guerra púnica, fue víctima de un naufragio en que pereció juntamente con un centenar de comedias que había traducido de Menandro: tales son, en sustancia, los datos de más bulto que registran las biografías de Terencio, á partir de la que escribiera Suetonio, erróneamente atribuída á Elio Donato. Y sobre ser escasas las noticias,

todavía son motivo de controversia. Así, el pretendido cautiverio niégalo Fenestela (1), y con buenas razones, pues si, como observa este escritor, Terencio nació terminada la segunda guerra púnica y murió antes de comenzarse la tercera, ¿quién pudo hacerle prisionero? Sólo cabe pensar en los Númidas ó en los Getas. Y entonces, ¿cómo vino Terencio á poder de un general romano, si es sabido que entre Romanos y Africanos ningún trato existía antes de la destrucción de Cartago? No falta quien ha creído salvar esta dificultad imaginando que cayó en manos de los piratas y que éstos le vendieron á algún mercader de esclavos, de quien le recibió el senador Terencio. Pero los reparos de Fenestela tienen eco en la crítica, y un escritor moderno, Salvator Betti, en su disertación *In C. Suetonii Tranquilli vitam Terentii* sostiene que este poeta ni fué de África ni siervo. *Afer*, dice Betii, es un *cognomen* (sobrenombre), y no un derivativo de patria, y puede venir del color, como *Albus*, *Rufus*, *Flavus*, etc. Muchos se llamaron *Afri* en Roma, sin ser de Africa, como el cónsul *Senecio Memmius Afer*, que se menciona en una inscripción de Tívoli, el orador *Domitius Afer*, de quien nos habla Tácito, *Elius Adrianus Afer* y otros. Además, el *prænomen Publius* del poeta no pertenece al senador Terencio Lucano, pues no hay ningún senador que le llevara. Fuera de esto, ningún escritor antiguo llama esclavo á Terencio, antes

(1) Vid. SUET. *in P. Terentii vita, apud Donat.*

del siglo IV. Que no era siervo infiérese también de su familiaridad con Lelio y Escipión, los cuales le trataban como á hombre ingénuo ó libre. Y á ser cierto que el poeta tenía una hija y la desposó con un caballero romano, como afirma Suetonio, esta es la prueba concluyente de que Terencio fué ingénuo y no siervo de origen, porque el matrimonio entre ingénuos y libertos estaba á la sazón severamente prohibido. ¿Ni cómo se concibe que un africano llegase á dominar tan pronto (á los diez y ocho años) la lengua griega y á escribir en latín con elegancia tal, que fué en su tiempo y después la admiración de los escritores de más nombre en Roma y fuera de ella? La amistad de Terencio con Cayo Lelio y Escipión también ha sido objeto de largas disputas en el campo de la crítica. Y, en fin (para dar de mano á puntos de menos importancia), las circunstancias que acompañaron á la muerte de Terencio y el lugar en que ésta acaeció, refiérense de muy diverso modo. Ausonio le libra del naufragio, diciendo que sólo perecieron en él las traducciones de Menandro, y que Terencio murió á consecuencia del dolor que le produjera la pérdida de aquellos manuscritos.

Tenemos, pues, dos versiones. La que nos habla del naufragio apóyase en el testimonio de este verso de Ovidio:

«*Comicus* ut periit, liquidis dum natat in undis» (1).

---

(1) *In «Ibin»*.

Pero ¿quién era este poeta *cómico?* Ovidio no lo dice. Así, mientras Domicio ve en este verso una alusión á Menandro tanto como á Terencio, Bautista Egnacio la refiere á Eupolis, y Turnebo resueltamente á Menandro. Para colmo de confusión, aun los mismos que están de acuerdo en rechazar el naufragio como causa de la muerte, discrepan entre sí cuando señalan el lugar y la fecha del suceso. Ausonio pone la muerte de Terencio en la Arcadia; otros, testigo Escoto, en la Acaya; unos fijan el año del fallecimiento en el 595 de la fundación de Roma, siendo cónsules Cornelio Dolabela y Marco Fulvio Nobilior; otros, cuatro años después, en el segundo consulado de Publio Cornelio Escipión Nasica y Marco Claudio Marcelo.

II.

Seis son las comedias de Terencio que van en este volumen, únicas que han llegado hasta nosotros.

1.ª *Andria* (La Andriana), representada en las fiestas Megalenses, siendo ediles *curules* Marco Fulvio y Marco Glabrión, y cónsules Marco Marcelo y Cayo Sulpicio, por la compañía de Lucio Ambivio Turpión y Lucio Atilio

Prenestino, con música de Flaco y flautas *iguales*, *derechas é izquierdas* (1). El original es de Menandro.

2.ª *Eunuchus* (El Eunuco), representada en las fiestas Megalenses, siendo ediles curules Lucio Postumio Albino y Lucio Cornelio Mérula, en el consulado de Marco Valerio Mesala y Cneo Fannio Estrabón, por la compañía antes citada, con dos flautas *derechas*. También es de Menandro. Gustó mucho y obtuvo los honores de la repetición.

3.ª *Heautontimorumenos* (El Atormentador de sí mismo). Representóse en las fiestas Megalenses, siendo ediles curules Lucio Cornelio Léntulo y Lucio Valerio Flaco. Las dos primeras veces no agradó; la tercera representación se efectuó en el consulado de Marco Juvencio y Tito Sempronio. Gustó poco.

4.ª *Adelphi* (Los Hermanos), representada en los funerales de Lucio Emilio Paulo, siendo ediles curules Quinto Fabio Máximo y Publio Cornelio Africano, por la compañía de Prenestino y Minucio Prótimo, y con flautas *iguales*, en el consulado de Lucio Anicio Galo y Marco Cornelio Cetego.

(1) La música instrumental estaba representada en el teatro latino por flautas. Eran éstas de varias especies: *derechas* (*tibiæ dextræ*) é *izquierdas* (*tibiæ sinistræ*), *iguales* (*pares*) y *desiguales* (*impares*), distinguiéndose por el número de agujeros y por la mayor ó menor cavidad. De aquí resultaban sonidos graves ó agudos, según las flautas, y parece, aunque los datos son contradictorios, que la calidad de los sonidos respondía al carácter ora grave, ora ligero de la pieza.

5.ª *Hecyra* (La Suegra), que se representó tres veces: la primera en las fiestas Megalenses, siendo ediles curules Sexto Julio César y Cneo Cornelio Dolabela; la segunda en el consulado de Cneo Octavio y Tito Manlio, con motivo de los funerales de L. Emilio Paulo; la tercera siendo ediles curules Quinto Fulvio y Lucio Marcio; hízola Ambivio Turpión, y fué aplaudida, no obstante haber sido antes rechazada.

6.ª *Phormio* (Formión), representada por Turpión y Prenestino, y con flautas *desiguales* (música de Flaco), en las fiestas Romanas, siendo ediles curules Lucio Postumio Albino y Lucio Cornelio Mérula, y cónsules Cayo Fannio Estrabón y Marco Valerio Mesala. El original es el *Epidicazomenos* de Apolodoro.

La cronología no está exenta de contradicciones: varía según las *didascalias*. Los consulados y las fechas de nacimiento y muerte del poeta vienen á aumentar la confusión. Teuffel presenta los siguientes datos:

Nacimiento del poeta, en 569 de Roma; su muerte, en 595.

Fecha en que se representaron las comedias:

En 588 de Roma (166 antes de Jesucristo), el *Andria*.

En 589 (165), la *Hecyra* (primera representación).

En 591 (163), el *Heautontimorumenos*.

En 593 (161), el *Eunuchus* y el *Phormio*.

En 594 (160), la *Hecyra* (segundo intento de representación) y los *Adelphi*; tercera representación (completa) de la *Hecyra*.

III.

Imitó Terencio en las comedias tituladas *Andria*, *Eunuchus* y *Heautontimorumenos* á Menandro, príncipe de la llamada Comedia Nueva (por oposición á la Comedia Antigua ó Aristofánica) entre los Griegos; en los *Adelphi*, á Dífilo Sinopense, autor de cien comedias cuyas sentencias alabaron Clemente Alejandrino y Eusebio de Cesarea, y en el *Phormio* y la *Hecyra*, á Apolodoro, según Elio Donato.

Griegos son los títulos de las comedias; griegos los nombres de los personajes, y la acción de todas ellas pasa en Atenas.

¿Son, pues, traducciones del griego? ¿Son más bien refundiciones, en las que el poeta latino ha puesto algo, quizá mucho, de su propio ingenio? Punto es éste de la mayor importancia para la crítica; por eso voy á tratarle, siquiera sea brevemente. Cabe afirmar, desde luego, que Terencio hace algo más que traducir; Terencio imita con cierta originalidad á los poetas griegos. Si toma una comedia de Menandro, es para hacerla pasar por un trabajo de refundición que está vedado al mero traductor. Curioso por demás sería, y sobre curioso útil en extremo, un cotejo entre el poeta latino y Menandro. Por desgracia es punto menos que imposible, dado que del teatro de Menandro sólo quedan los títulos de las

comedias y algunos fragmentos piadosamente recogidos por la diligencia de ilustres eruditos. Hay, sin embargo, algunas huellas por donde rastrear lo que tienen de personal y propio de Terencio estas comedias. El prólogo de los *Adelphi* (Los Hermanos) dice textualmente que una parte de la pieza estaba literalmente traducida de Dífilo:

Verbum de verbo expressum extulit (1).

El escoliasta del *Andria* (La Andriana) nota también al verso décimo del prólogo que la primera escena de la *Perinthia* de Menandro está escrita casi con las mismas palabras que la de la *Andriana* de Terencio. Cuanto á la *Hecyra* (La Suegra), no debió de separarse mucho del original griego, si damos crédito á Sidonio Apolinar, quien para hacer más clara á su hijo la interpretación del texto latino, servíase, según él mismo nos dice, del *Epitrepontes* de Menandro, cotejándole con la *Hecyra* (2). Si el procedimiento de Terencio era traducir literalmente en ocasiones, en otras, al contrario, consistía en un trabajo de verdadera composición. A esta segunda manera se refieren:

1) La llamada *contaminación*. En latín *contaminare* es propiamente *enlodar*, *echar á perder*. Esto le reprochaban sus émulos, de ellos un poeta cómico, por nombre Lavinio ó Lanuvio, que de ambas maneras se le llama, y á quien Terencio en sus prólogos alude con las

(1) Prol. Adelph., v. 11.
(2) *Epist.*, lib. IV, l. 12.

palabras *vetus poeta* (el poeta viejo). Era la *contaminación* (*contaminatio*) un procedimiento de composición que consistía en refundir dos piezas griegas en una sola latina. Procedimiento favorito de Terencio, servíale en gran manera para *latinizar* el teatro griego, adaptándole al gusto del público de Roma, el cual no comprendía aquella sencillez, ó mejor, *simplicidad*, que en la disposición de sus fábulas observaba Menandro, antes bien buscaba el relieve, el contraste y el enredo de una acción más complicada. A esta labor deben su origen el *Andria* (la Andriana), compuesta del *Andria* y la *Perinthia* de Menandro; el *Eunuchus* (El Eunuco), en la cual Terencio aprovecha otras dos comedias de Menandro, una de ellas con el mismo título, la otra llamada *Colax*, de la cual tomó dos personajes, un truhán, así llamado, y un soldado fanfarrón.

2) La *invención* de personajes, tales como *Carino* y *Birria* en La Andriana, los cuales, según Elio Donato (1), no se encuentran en Menandro, y Terencio no los había tomado de la *Perinthia*, pues como él mismo nos advierte, eran esas dos piezas semejantes en el argumento, y sólo discrepaban por el discurso y el estilo. Citemos aún la persona de *Antifón*, en *El Eunuco*, en cuya invención Donato hallaba mucho que alabar, ya que merced á ella resultaba abreviado el largo monólogo de *Querea* en la comedia de Menandro.

(1) *Ad Andriam*, act. II, sc. 1.ª, v. I.

3) Los *monólogos* convertidos en *diálogos*, de que son ejemplos la escena de *Antifón* y Querea, y la de *Gnatón* y *Parmenón* en *El Eunuco*. Otras veces, al decir de Donato, Terencio, atento á conseguir la brevedad, había preferido la *narración* á la *representación*, medio que utilizaba el original griego

Tales son los procedimientos técnicos empleados por Terencio, los cuales dan á su teatro un carácter, como ya va dicho, distinto del que tuvo su modelo. Así pudo exclamar con gran verdad Quintiliano, al comparar el teatro griego y sus imitaciones latinas:

«Vix levem consequimur umbram.»

IV.

Pedro Simón Abril, humanista del siglo XVI, contemporáneo del Brocense, y como él doctísimo filólogo, tradujo, para auxiliar á sus discípulos en el aprendizaje de la lengua latina, las seis comedias de Terencio, imprimiéndolas en Zaragoza, 1577, 8.º, en la oficina de Juan Soler. En 1585 salió la segunda edición, impresa en Alcalá por Juan Gracián, corregida en presencia del texto de Gabriel Faerno, que publicó en Venecia el año 1565 Pedro Victorio, y que ofrecía la ventaja de estar cotejado con los mejores manuscritos. En esta edición Pedro Simón Abril hizo desaparecer no pocos lugares obscuros, é inter-

pretó otros mejor con ayuda del maestro Francisco Sánchez de las Brozas. La edición de Alcalá mereció, por su elegancia, los elogios de los eruditos; en 1599, Jaime Cendrat la reprodujo en Barcelona, y, por fin, Benito Monfort en Valencia, 1762. El trabajo de Simón Abril es, sin duda alguna, de mérito muy subido; en general traslada la sencillez y la elegancia terencianas. Tiene, sin embargo, defectos de interpretación, los más de ellos nacidos del texto que siguió nuestro humanista, hoy más depurado, merced á la labor de algunos eruditos. En ocasiones es obscuro por excesivo apego á la letra original; á veces por lo contrario, es decir, por introducir perífrasis que deslíen además la frase latina, quitándole la concisión que han menester no pocas situaciones dramáticas. Fuera de esto, los arcaísmos (de palabra y de construcción) abundan, y no menos dañan á la claridad la mala división de las escenas, la pésima puntuación y otras tachas que fuera largo enumerar. A corregirlas va encaminada la presente edición. Manchas lleva, sin duda; pero en ella verá el lector que quiera cotejarla con la de Valencia no pocas variantes, las cuales servirán quizá de atenuación á los descuidos.

V. Fernández Llera.

Santander, Septiembre 1890.



LA ANDRIANA.



PERSONAS.

SIMÓN, viejo, padre de Pánfilo.
PÁNFILO, mancebo, hijo de Simón.
DAVO, esclavo de Simón.
DROMÓN, esclavo encargado de castigar á los otros.
SOSIA, liberto de Simón.
CARINO, mancebo, amante de Filomena.
BIRRIA, esclavo de Carino.
CRITÓN, vecino de Andros.
CREMES, viejo, padre de Filomena.
GLICERA, llamada también Pasíbula, hija de Cremes.
MISIS, criada de Glicera.
LESBIA, partera.

Personas que no hablan.

ARQUILIS, criada de Glicera.
CRISIS, cortesana, que pasa por hermana de Glicera.

PRÓLOGO.

Cuando el poeta se decidió á escribir comedias, sólo esta empresa creyó echar sobre sí: la de componer sus fábulas de suerte que diesen gusto al pueblo. Mas ahora advierte que las cosas van muy al revés, pues se ve obligado á forjar prólogos, no para declarar el argumento, sino en respuesta á las malévolas censuras de un poeta rancio. Suplícoos, pues, que oigáis con atención de qué le reprenden.

Menandro compuso *La Andriana* y *La Perintia*. Quien la una de ellas conociere bien, conocerá las dos, según ambas son de argumento semejante, aunque por el diálogo y el estilo diferentes. Todo lo que de *La Perintia* cuadraba para *La Andriana*, Terencio confiesa haberlo trasladado, sirviéndose de ello cual si fuese de su propia invención. Y esto es lo que sus enemigos le censuran. Porque dicen que no es bien hacer de varias una sola fábula. Presumiendo de muy sabios, muestran saber poco; pues al acusarle de esto, acusan por igual á Nevio, á Plauto, á Ennio, á quienes nuestro poeta tiene por maestros, y cuya libertad más precia él imitar que no la obscura exactitud de esos censores. Les aconsejo que,

de hoy más, cierren el pico y dejen de murmurar, si no quieren oir sus defectos.

Prestadle vuestro favor, asistid de buena voluntad y oid la comedia, para que sepáis lo que promete, y si las que hará de nuevo serán dignas ó no de ser representadas.



ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

SIMÓN, SOSIA, ESCLAVOS cargados de provisiones.

SIMÓN.—Llevad vosotros esas viandas allá dentro, caminad. Tú, Sosia, llégate acá; que te quiero decir dos palabras.

SOSIA.—Dalas por dichas: que se aderece bien todo esto.

SIMÓN.—Muy diferente cosa es.

SOSIA.—¿En qué más puedo yo serte útil con mi arte?

SIMÓN.—No hay necesidad de ese arte para lo que yo pretendo, sino de aquellas virtudes que yo en tí siempre he conocido, que son fidelidad y silencio.

SOSIA.—Suspenso estoy aguardando qué me quieres.

SIMÓN.—Ya sabes cómo después que te compré has tenido en mi casa desde pequeño una moderada y benigna servibumbre. Hícete de esclavo mi liberto, porque me servías hidalgamente: te dí la mayor recompensa que pude.

SOSIA.—No lo he olvidado yo.

SIMÓN.—Ni yo tampoco estoy de ello arrepentido.

SOSIA.—Huélgome, Simón, de haber hecho ó hacer en tu servicio algo que te agrade: y en haberte dado

gusto recibo gran merced. Pero ese recuerdo me da pena; porque traerlo á mi memoria, es como reprenderme de olvidado de las mercedes recibidas. Dí, pues, en pocas palabras, qué me quieres.

Simón.—Así lo haré. En primer lugar, te advierto que estas que tú crees verdaderas bodas no son tales bodas.

Sosia.—¿Por qué, pues, las finges?

Simón.—Yo te lo contaré todo desde su principio, y así conocerás la vida de mi hijo y mi intento, y también qué es lo que yo quiero en este caso que tú hagas. Porque después que mi hijo salió de la niñez, amigo Sosia, tuvo ocasión para vivir más libremente; que hasta entonces ¿quién pudiera saber ni entender su condición, mientras la edad, el miedo y el maestro lo estorbaban?

Sosia.—Así es.

Simón.—Al revés de lo que hacen casi todos los mancebos, que es inclinar su voluntad á alguna manera de ejercicios, como á criar caballos ó perros para caza, ó darse á los estudios, él en nada se ejercitaba por extremo, aunque en todo ello moderadamente se empleaba. Yo gustaba de ello.

Sosia.—Y con razón, porque me parece muy útil en la vida no hacer cosa ninguna con exceso.

Simón.—Su manera de vivir era sufrir y comportar fácilmente á todos aquellos con quien comunicaba, hacerse á su condición, complacerles en sus deseos, no porfiar con nadie, nunca preferirse á otro; de tal suerte, que sin pesadumbre ni enojo ganase honra y granjease amigos.

Sosia.—Discretamente ordenó su vida; porque hoy día el complacer gana amigos, y el decir las verdades enemigos.

Simón.—En esto, habrá tres años que arribó aquí, á nuestro barrio una mujer de Andros, forzada de necesidad y abandonada de sus deudos; mujer de muy buen rostro y moza.

Sosia.—¡Ay! recelo tengo no nos traiga esta Andriana algún daño.

Simón.—Al principio vivía castamente, con regla y aspereza, ganando la vida con telas é hilazas; pero como se le allegaron, uno tras otro, galanes prometiéndole dinero, y como la naturaleza humana desvara tan fácilmente del trabajo al deleite, aceptó el partido, y de allí adelante comenzó á granjear con su hermosura. Sus amantes entonces llevaron por casualidad, como suele acaecer, á mi hijo á comer con ellos en casa de la moza. Yo luego dije entre mí: «No hay duda que me le han cazado; herido está.» Aguardaba por las mañanas á sus criados cuando iban ó venían, y preguntábales: «Dí, mozo, por tu vida, ¿quién tuvo ayer á Crisis?» Porque así se llamaba la Andriana.

Sosia.—Entiendo.

Simón.—«Fedro, decían, ó Clinia ó Nicerato.» Porque estos tres la tenían entonces á la vez.—«Y Pánfilo ¿qué hace?»—«¿Qué? Pagó su escote y cenó.» Holgaba yo de ello. Preguntábales otro día lo mismo, y hallaba por verdad no tocarle nada á Pánfilo, y realmente me parecía ésta una grande y clara muestra de virtud. Porque quien anda revuelto con semejantes condiciones, y en ello no se le altera la voluntad, sábete que puede ya tener manera y asiento de vivir. Alegrábame yo de esto, y todos por una boca me daban parabienes y alababan mi ventura, pues tenía un hijo de tan buena inclinación. ¿Qué es menester palabras? Cremes, inducido de esta fama, vino á mí voluntariamente á ofrecerme para él la mano de su hija única, y muy bien dotada. Parecióme bien, acepté el partido y concerté las bodas para hoy.

Sosia.—¿Qué impedimento, pues, hay para que de veras no se hagan?

Simón.—Yo te lo diré. Pocos días después, muere nuestra vecina Crisis.

Sosia.—¡Oh, qué bien! ¡La vida me has dado! Llegué á temer que la tal Crisis.....

Simón.—En aquel trance mi hijo no salía de la casa, y juntamente con los amantes de Crisis, se ocupaba en

disponer el funeral, mostrándose á las veces triste, y aun llorando á veces. Yo aplaudía esta conducta, pues pensaba para mí: «Si este muchacho, por un poquillo de trato que con ella tuvo, siente con tan tierno corazón su muerte, ¿qué hiciera si él fuera su amante? ¿Qué no hará por mí, que soy su padre?» Todos estos me parecían cumplimientos de condición afable y ánimo benigno, ¿Qué es menester razones? Yo mismo, por amor de Pánfilo, fuí también al entierro, no sospechando mal ninguno.

Sosia.—¿Qué mal hay, pues?

Simón.—Ya lo sabrás. Sácanla: echamos á andar. ¡En esto, entre las mujeres del cortejo veo por casualidad una mozuela de una estampa!.....

Sosia.—¿Buena, eh?

Simón.—Y de un aire, Sosia, tan modesto y gracioso, que no había más allá. Y porque me pareció que lloraba más que las otras, y también porque era de rostro muy honesto y más ahidalgado que las otras, llégome á las criadas y pregúntoles quién era: dícenme que era una hermana de Crisis. Luego al punto me enclavó el alma. «¡Ta!, ¡ta! -dije- éste es el caso: de aquí nacen las lágrimas; ésta es aquella compasión!»

Sosia.—¡Qué temeroso estoy en qué has de parar!

Simón.—Entre tanto, sigue avanzando el fúnebre cortejo, y andando, andando llegamos á la sepultura; pónenla en la hoguera, llóranla. En esto, aquella hermana que te he dicho, llégase al fuego indiscretamente con harto peligro. Pánfilo, alterado, descubre entonces sus amores bien disimulados y secretos; corre, abraza por la cintura á la mujer, diciéndole: «Glicera mía, ¿qué haces? ¿Por qué vas á perderte?» Y ella echósele llorando en los brazos con familiar abandono, de manera que quien quiso pudo fácilmente ver que sus amores eran viejos.

Sosia.—¿Qué me dices?

Simón.—Vuelvo de allí enojado y muy picado, y con todo eso no había bastante razón para reñirle. Porque

dijera: «¿Qué he yo hecho? ¿O qué he merecido, padre? ¿O en qué he pecado? Detuve á la que se quiso echar en el fuego, libréla»: palabras son honestas.

Sosia.—Cierto. Porque si al que dió socorro á la vida, reprendes, ¿qué dejarás para el que hiciere mal ó daño?

Simón.—Viene Cremes el día siguiente á mi casa, diciendo á voces, que había sabido un caso vergonzoso; que Pánfilo tenía por mujer aquella forastera. Niego yo el hecho; él porfía que es verdad. Finalmente se despide de mí, jurando que no daría su hija.

Sosia.—¿Y tú entonces á tu hijo no le....?

Simón.—Ni aun esta me pareció bastante razón para reñir con él.

Sosia.—¿Cómo no?

Simón.—Dijérame: Ya tú, padre, has puesto término á mi libertad; ya se acerca el tiempo en que he de vivir á sabor de ajeno arbitrio; déjame ahora, entretanto, vivir á mi gusto.

Sosia.—¿Qué motivo, pues, te queda para reprenderle?

Simón.—Si por esa mujer rechazase el casamiento, este es el primer agravio que yo en él he de castigar. Y en esto entiendo ahora: en procurar por medio de casamiento fingido verdadera ocasión para reñir con él, si me dijere que no, y también para que el bellaco de Davo, si algún consejo tiene, lo gaste ahora que sus enredos no pueden perjudicarme. Yo creo que Davo de pies y de cabeza buscará todos los medios, más por hacerme á mí pesar, que por complacer á mi hijo.

Sosia.—¿Por qué?

Simón.—¿Eso me preguntas? Es bellaco de malas intenciones y de mala entraña. Mas, como yo le pille..... y no digo más! Si, por el contrario, sucediere lo que yo deseo, que en Pánfilo no haya resistencia, quédame el recabar el sí de Cremes; lo cual confío que se logrará. Ahora lo que tú has de hacer es fingir muy bien estas bodas, atemorizar á Davo, ver qué determina mi hijo, y qué consultas hace con él.

SOSIA.—Basta. Yo lo haré. Entrémonos ya.
SIMÓN.—Anda delante, que ya voy.

ESCENA II.

SIMÓN, solo.

SIMÓN.—Averiguada cosa es que mi hijo no quiere casarse, según entendí que Davo se alteró cuando oyó decir que pasaba adelante el casamiento. Pero aquí viene Davo.

ESCENA III.

DAVO, SIMÓN.

DAVO.— (Aparte.) Ya me maravillaba yo que esto se pasase así por alto; y aquella perpetua mansedumbre de mi amo temía en qué había de parar. Pues aunque entendió que no le habían de dar á su hijo la mujer, nunca á ninguno de nosotros nos dijo palabra ni se le dió nada por ello.

SIMÓN.— (Aparte.) Ahora la dirá, y aun muy á tu costa, según pienso.

DAVO.— (Aparte.) Él quiso realmente entretenernos con este falso gozo, y asegurarnos, quitándonos el miedo, para después saltearnos descuidados, de manera que no tuviésemos lugar de buscar traza con que estorbar el casamiento. ¡Astuto!

SIMÓN.— (Aparte.) ¿Qué dice el verdugo?

DAVO.— (Aparte) Mi amo es: ¡y yo que no le había visto!.....

SIMÓN.— (Alto.) Davo.

DAVO.—¿Qué mandas?
SIMÓN.—Llégate acá.
DAVO. — (Aparte.) ¿Qué me querrá éste?
SIMÓN.—¿Qué dices tú?.....
DAVO.—¿Sobre qué?
SIMÓN.—¿Eso me preguntas? Mira que se corre por ahí que mi hijo tiene amiga.
DAVO.—¡Esos cuidados, por cierto, tiene el pueblo!
SIMÓN.—¿Estás conmigo ó no?
DAVO.—Ya te entiendo.
SIMÓN.—Pero de fuerte padre sería ponerme yo ahora á hacer en eso inquisición. Porque lo que hasta aquí él ha hecho no me toca nada. Mientras su edad para ello dió lugar, yo ya le he permitido que satisficiese sus caprichos: pero este tiempo ya trae otra vida, ya requiere otras costumbres. De hoy más te pido, Davo, y, si es justo, te lo suplico, que hagas por que vuelva al buen camino.
DAVO.—¿Qué quieres decir?
SIMÓN.—Todos los que tienen amiga sienten mucho que los casen.
DAVO.—Así lo dicen.
SIMÓN.—Y si alguno toma para esto un mal maestro, las más veces tuerce á la peor parte la flaca voluntad.
DAVO.—En verdad que no te entiendo.
SIMÓN.—Que no, ¿eh?
DAVO.—No; que soy Davo y no Edipo.
SIMÓN.—En ese caso holgarás que te diga rasamente lo que me queda por decir.
DAVO.—Sí holgaré.
SIMÓN.—Si yo entendiere hoy que tú me urdes algún enredo por donde no se hagan estas bodas, ó que quieres que se vea en esto cuán astuto eres, te juro, Davo, que, después de bien azotado, he de dar contigo en la tahona hasta que mueras, con pleito homenaje que si yo de allí te sacare, quede yo á moler en tu lugar. Y, pues, ¿haslo entendido ahora, ó ni aun esto tampoco?.....

Davo.—Á maravilla, porque ahora me has dicho el negocio muy á la rasa, sin rodeos.

Simón.—En cualquier otro caso sentiré menos que me engañes que no en este.

Davo.— (Irónico.) ¡Vaya, no hay que enojarse!

Simón.—¿Búrlaste? Pues no me engañarás. Mira, te digo que no seas loco, ni me vengas después con que no te lo avisaron. ¡Ojo! (Váse.)

ESCENA IV.

DAVO, solo.

Davo.— Á buena fe, Davo, que no cumple aquí emperezar ni descuidar, á lo que tengo entendido, del propósito del viejo acerca de este casamiento; el cual, si con maña no se lleva, dará al través conmigo ó con mi amo. Ni sé qué me haga, si complazca á Pánfilo ó si crea al viejo. Si á Pánfilo dejo, temo que se pierda; si le ayudo, las amenazas de éste, el cual es malo de burlar. Cuanto á lo primero, ya tiene él noticia de estos amores; á mí me tiene sobre ojos, no desbarate el casamiento con algún engaño; si lo siente, soy perdido, ó si le parece tomará achaque para con razón ó sin razón dar conmigo en la tahona. Á estos males allégaseme este otro también: que esta Andriana, ora sea su mujer, ora su amiga, está de Pánfilo preñada. ¡Y es cosa de ver su atrevimiento! Porque es más empresa de locos que de enamorados. Están determinados á criar lo que pariere, y allá entre ellos urden no sé qué maraña: que ésta es ciudadana de Atenas; que hubo un tiempo un viejo mercader, el cual naufragó junto á la isla de Andros, y que murió; y que el padre de Crisis la recogió escapada, huérfana, pequeña..... ¡Todo mentiras! Lo que es á mí no me parece conforme á verdad. Y ellos

están contentos con la maraña. Pero Misis sale de su casa. Yo me voy de aquí á la plaza para verme con Pánfilo, porque no le coja su padre desapercibido en este caso.

ESCENA V.

MISIS.

Misis.—Ya te he entendido, Arquilis, rato ha: mandas llamar á Lesbia. ¡Por mi vida, que es una mujer borracha y arriscada, y nada diestra para encomendarle primerizas! Pero, en fin, la traeré. (A los espectadores.) Notad bien la porfía de esta vejezuela, porque es su comadre de jarro. ¡Oh dioses, suplícoos le deis á ésta (aludiendo á Glicera.) esfuerzo en este parto, y á Lesbia lugar de que con otras parturientas desatine! Pero ¿qué ocurre, que veo venir á Pánfilo alterado? Temo no sea algo. Aguardaré por saber qué tristeza nos trae esta revuelta.

ESCENA VI.

PANFILO, MISIS.

Pánfilo.—¿Es ésta acción ni empresa de hombre? ¿Este es oficio de padre?

Misis.— (Aparte.) ¿Qué es aquello?

Pánfilo.—¡Fe de dioses y de hombres! ¿y cuál es afrenta, si ésta no lo es? Si tenía determinado casarme hoy, ¿no fuera justo que lo supiera yo primero? ¿No fuera bien que lo tratara antes conmigo?

Misis.—(Aparte.) ¡Desdichada de mí! ¿qué escucho?

Pánfilo.—¿Y Cremes, que había dicho que no me daría su hija por mujer, ha mudado de propósito porque

me ve á mí estar firme en el mío? ¿Con tanta porfía procura apartarme de Glicera? ¡Mísero de mí! ¡Si esto sucede, perdido soy sin remedio! ¿Es posible que haya hombre tan desgraciado ni tan infeliz como yo? ¡Fe de dioses y de hombres! ¿Y que de ninguna manera he de poder yo librarme del parentesco de Cremes? ¿De cuántos modos no fuí yo despreciado, desechado, después de todo hecho y concertado? ¿Otra vez, después de repudiado, me tornan á pedir? ¿A qué fin, si no es lo que sospecho, que ellos crían algún culebrón, y como no le pueden encajar á nadie acuden á mí?

Misis.— (Aparte.) Esas palabras, ¡ay de mí!, me llenan de terror.

Pánfilo.—Porque, ¿qué diré yo ahora de mi padre? ¡Ah! ¿un negocio tan grave había él de tratar con tanto descuido? Díceme ahora, al pasar por la plaza: «Mira, Pánfilo, que te has de casar hoy. Prepárate: vete á casa.» Parecióme que me había dicho: «Vé de presto y ahórcate.» Pasmado quedé. ¿Pensáis que yo le pude responder, ó darle alguna excusa, siquiera necia, ó falsa, ó injusta? La palabra se me heló. Porque si yo lo hubiera sabido antes..... si me preguntase ahora alguno qué hiciera, algo hiciera por donde esto no hiciera. Pero ahora, ¿á qué mano me volveré primero? Tantos cuidados me cercan, que me tiran la voluntad á muchas partes: el amor, la lástima que tengo de Glicera, la congoja de este casamiento; además el empacho que tengo de desobedecer á mi padre, el cual, hasta ahora, con tanta mansedumbre me ha sufrido hacer todo lo que me ha dado gusto. ¿Y que le contradiga yo?..... ¡Ay de mí! ¡No sé qué me haga!

Misis.— (Aparte.) ¡Ay, mísera de mí! ¡Cuánto me temo que se incline á mala parte aquel *no sé qué me haga!*..... Pero ahora conviene mucho que, ó éste hable con ella, ó yo le diga alguna cosa de ella; que cuando la voluntad vacila, un pelillo la arrastra á uno ú otro lado.

PÁNFILO.—¿Quién habla aquí?.....¡Salud, Misis!

MISIS.—¡Oh, Pánfilo, salud!

PÁNFILO.—¿Qué hace tu señora?

MISIS.—¿Eso me preguntas? Está fatigada de sus dolores, y afligida la cuitada de ver que para hoy está concertado días ha tu casamiento. Teme que la desampares.

PÁNFILO.—¡Cómo! ¿Podría yo intentar tal cosa? ¿He yo de consentir que la infeliz quede por mí engañada, habiendo ella confiado de mí su corazón y vida, y habiéndola yo tenido en mi corazón en cuenta de mujer propia? ¿He de permitir que su buena inclinación, enseñada y criada bien y castamente, se tuerza ahora constreñida de necesidad? No haré tal cosa.

MISIS.—Bien cierta estoy, si estuviese en sola tu mano; pero temo que no podrás resistir.

PÁNFILO.—¿Por tan follón me tienes, ó por tan desagradecido ó cruel ó brutal, que ni la conversación, ni el amor, ni la vergüenza me mueva ni exhorte á que le guarde la fe?

MISIS.—Esto, á lo menos, sé que ha merecido: que te acuerdes de ella.

PÁNFILO.—¿Que me acuerde? ¡Oh Misis, Misis, aun tengo escritas en el alma aquellas palabras que Crisis me dijo de Glicera estando ya casi muriéndose! Llamóme, acerquéme; os salisteis vosotras, quedámonos solos; comiénzame á decir: «Amigo Pánfilo, bien ves el rostro y pocos años de ésta, y también entiendes cuán contrarias le son ambas cosas para conservar su honestidad y su hacienda. Suplícote, pues, por esta tu mano derecha y por tu noble condición; por tu fe y por la soledad de ésta te encargo que no la apartes de tí ni la desampares, pues ves que siempre te he amado como á mi hermano propio, y que ésta á tí solo siempre te ha tenido en mucho y en todas las cosas te ha sido obediente. Yo te le doy por marido, por amigo, por tutor, por padre; estos nuestros bienes á tí te los entrego y á tu fide-

2

lidad los encomiendo.» Dámela entonces por la mano y tómale luego la muerte. Yo me encargué de ella; y pues me encargué, yo la conservaré.

Misis.—Así lo espero, ciertamente.

Pánfilo.—Pero ¿por qué la dejas sola?

Misis.—Voy á llamar á la partera.

Pánfilo.—Corre; y, mira, del casamiento, ni palabra: no sea que su mal...

Misis.—Entiendo.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

CARINO, BIRRIA.

CARINO.—¿Qué me dices, Birria? ¿Es posible que Pánfilo se case hoy con Filomena?
BIRRIA.—Sí.
CARINO.—¿Cómo lo sabes?
BIRRIA.—Davo me lo dijo poco há en la plaza.
CARINO.—¡Oh, desdichado de mí! Que así como mi alma ha estado hasta aquí suspensa entre el temor y la esperanza, así después de perdida la esperanza, tras el cansancio y la congoja, está como pasmada.
BIRRIA.—Suplícote, Carino, por los dioses, que pues no es posible lo que tú quieres, quieras tú lo que es posible.
CARINO.—Yo no quiero más que á Filomena.
BIRRIA.—¡Oh, cuánto mejor te sería procurar cómo despidieses ese amor de tu corazón, que hablar de cosas con que más atices en vano tu deseo!
CARINO.—Todos, cuando estamos sanos, damos fácilmente buen consejo á los enfermos. Si tú en mi lugar estuvieses, de otro modo sentirías.
BIRRIA.—Bueno, bueno; como quieras.
CARINO.—Pero allá veo á Pánfilo.

ESCENA II.

CARINO, BIRRIA, PÁNFILO.

CARINO.—Resuelto estoy á tentarlo todo, antes de perderme.
BIRRIA.—(Aparte.) ¿Qué intenta?
CARINO.—Yo le suplicaré, yo me echaré á sus pies; le contaré mi pasión; recabaré siquiera, yo lo espero, que aplace por algunos días este casamiento. Entretanto, ¿quién sabe lo que puede suceder?
BIRRIA.—(Aparte.) Lo que puede suceder es nada entre dos platos.
CARINO.—Birria, ¿qué te parece? ¿le hablaré?
BIRRIA.—Sí á fe; porque ya que no recabes nada, entenderá que le has de poner los cuernos si con ella se casare.
CARINO.—¡En la horca te veas, ladrón, con tus sospechas!
PÁNFILO.—A Carino veo..... Estés enhorabuena.
CARINO.—¡Oh, Pánfilo! seas bien venido. Aquí vengo á pedirte esperanza, salud, socorro y consejo.
PÁNFILO.—Bueno estoy yo para dar consejos ni socorro. Pero, en fin, ¿qué es ello?
CARINO.—¿Conque te casas hoy?
PÁNFILO.—Eso dicen.
CARINO.—Pánfilo, si tal haces, hoy verás el fin de mis días.
PÁNFILO.—¿Cómo así?
CARINO.—¡Ay de mí! ¡No me atrevo á decírtelo! Díselo tu, Birria, por tu vida.
BIRRIA.—Yo lo diré.
PÁNFILO.—¿Qué es ello?
BIRRIA.—Este está enamorado de tu esposa.

PÁNFILO.—No tenemos, pués, el mismo gusto. Pero dime, por tu vida, Carino, ¿has tenido algo más que eso con ella?

CARINO.—¡ Ah, Pánfilo! ¡Nada!

PÁNFILO.—¡Cuánto lo quisiera!

CARINO.—Yo ahora, por nueštra amistad y por mi amor, primeramente te suplico que no te cases con ella.

PÁNFILO.— Yo te prometo procurarlo.

CARINO.—Y ya que eso no fuere posible, ó si este casamiento, á tí te da gusto.....

PÁNFILO.—¿A mí gusto?

CARINO.— .....que á lo menos lo demores por algunos días, mientras yo me voy á alguna parte do mis ojos tal no vean.

PÁNFILO.—Óyeme ya, Carino: yo no tengo por hecho de hidalgo pedir uno que le agradezcan aquello en que él no merece nada. Más deseo yo librarme de este casamiento, que tú alcanzarlo.

CARINO.—La vida me has dado.

PÁNFILO.—Así, pues, si tú y tu criado Birria podéis hacer algo, hacedlo; inventad, rebuscad, procurad los medios para que te la dén; que yo, de mi parte, haré por que á mí no me la den.

CARINO.—Esto me basta.

PÁNFILO.—A Davo veo á buen tiempo, en cuyo consejo estoy muy confiado.

CARINO.—(A Birria.) Por cierto que tú á mí nunca me dices nada, sino lo que no me importa saber. ¿Huyes de aquí? (Amenazándole.)

BIRRIA.—¿Yo? sí, en verdad, y de buena gana.

ESCENA III.

DAVO, CARINO, PÁNFILO.

DAVO.—¡Oh, dioses buenos, y qué nuevas traigo! Pero ¿dónde hallaría yo á Pánfilo, para quitarle el miedo que tiene y henchirle el alma de contentos?

CARINO.— (Á Pánfilo.) Alegre viene, no sé de qué.

PÁNFILO.—No es nada. No debe haber tenido noticia de estos males.

DAVO.— (Aparte.) El cual creo yo que, si ha entendido que está á punto su casamiento.....

CARINO.— (Á Pánfilo.) ¿Oyes lo que dice?

DAVO.— .....andará desalentado buscándome por toda la ciudad. Pero ¿dónde le podré encontrar? ¿qué rumbo tomaré?

CARINO.— (Á Pánfilo.) ¿Por qué no le hablas?

DAVO.—Voyme.

PÁNFILO.—Davo, ven acá, detente.

DAVO.—¿Quién es el que me.....? ¡Oh, Pánfilo, en tu busca vengo! ¡oh, Carino, á buen tiempo ambos; que á los dos os busco!

PÁNFILO.—Davo, perdido soy!

DAVO.—Oye lo que digo.

PÁNFILO.—Muerto soy!

DAVO.—Ya sé lo que temes.

CARINO.—Mi vida realmente está en peligro.

DAVO.—También sé lo que tú.....

PÁNFILO.—Mis bodas.....

DAVO.—¡Ya, ya lo sé!

PÁNFILO.—Hoy.....

DAVO.—¡Dale! ¡Si lo sé todo!..... Tú temes que te casarán con ella, y tú (á Carino.) que no te casarán.

CARINO.—En el caso estás.

PÁNFILO.—Eso mismo es.

DAVO.—Pues en *eso mismo* no hay peligro ninguno: mírame al rostro.

PÁNFILO.—Davo, por favor, líbrame ya de estos temores.

DAVO.—Yo te libro, ¡ea! Ya Cremes no te da su hija por mujer.

PÁNFILO.—¿Cómo lo sabes?

DAVO.—Yo lo sé. Tu padre habló conmigo á solas poco há, y me dijo que te había de casar hoy, con otras muchas cosas que ahora no hay tiempo de contarte Yo me fuí corriendo en seguida hacia la plaza, para llevarte esta noticia. Como no te hallé, súbome luego en un lugar alto; miro á la redonda; no parecías. Por casualidad topéme allí con Birria; pregúntole por tí; díceme que no te había visto. ¡Por vida..... ! Póngome á pensar qué haría. En esto, al volver, cruza por mi magín una sospecha. ¡Cómo!—me digo—¡tan poco gasto!..... el padre triste..... las bodas tan de presto..... ¡Esto no pega!

PÁNFILO.—¿Y á qué viene todo eso?

DAVO.—Voyme luego á casa de Cremes; cuando llego no veo á nadie á la puerta. Holguéme de ello.

CARINO.—Bien dices.

PÁNFILO.—Prosigue.

DAVO.—Párome allí, y no veo entrar á nadie ni salir á nadie, ni á ninguna mujer. En la casa, nada de preparativos ni bullicio. Alleguéme, miré adentro.....

PÁNFILO.- Buenas señales son esas.

DAVO.—¿Te parece á tí que estas son señales de boda?

PÁNFILO.—Pienso que no.

DAVO.—«*¿Pienso que*», me dices? ¡Bah! no lo entiendes. La cosa está bien clara. Además: viniendo de allí topé al criado de Cremes, que llevaba seis maravedís de verdura y pescadillos menudos para cena del viejo.

CARINO.—¡Davo, tú eres hoy mi salvador!

DAVO.—No hay nada de eso.

CARINO.—¿Cómo no, pues es cosa cierta que no se la da á éste?

DAVO.—¡Donosa necedad! ¡Como si se siguiese de necesidad que no dándola á éste te la han de dar á tí, si no lo procuras; si con ruegos y dádivas no pones por terceros los amigos del viejo!

CARINO.—Bien me aconsejas. Iré; aunque esta esperanza ya me ha burlado muchas veces. Adios.

ESCENA IV.

PÁNFILO, DAVO.

PÁNFILO.—¿Qué pretende, pues, mi padre? ¿Á qué propósito finge.....?

DAVO.—Yo te lo diré. Si él te riñese ahora porque Cremes no te da la hija, pareceríale que á sí mismo se hace agravio, y con razón, hasta entender cómo sea tu voluntad en este casamiento; pero si tú le dices que no quieres casarte, toda la culpa te cargará entonces á tí, y allí serán las riñas.

PÁNFILO.—A todo me pondré.

DAVO.—Mira, Pánfilo, que es tu padre, y es fuerte cosa eso. Además, esa mujer está sola. En sus dichos ó en sus hechos hallará tu padre algún pretexto por donde la haga desterrar de la ciudad.

PÁNFILO.—¿Desterrar?

DAVO.—Y pronto.

PÁNFILO.—Dime, pues, Davo, ¿qué tengo de hacer?

DAVO.—Dile que te casarás.

PANFILO.—¿Cómo?

DAVO.—¿Qué es?

PÁNFILO.—¿Que yo le diga.....?

DAVO.—¿Por qué no?

PÁNFILO.—¡Eso, jamás!

Davo.—Haz lo que te digo.

Pánfilo.—No me des tal consejo.

Davo.—Mira lo que de ello redundará.

Pánfilo.—Apartarme de aquélla y encerrarme con esta otra.

Davo.—Nada de eso. Yo creo que tu padre te dirá de esta manera: «Hijo, yo quiero que hoy te cases.» Tú le responderás: «Me casaré, padre.» Dime, ¿cómo podrá reñir contigo? Todos los consejos que él tiene por muy ciertos, sin peligro ninguno se los tornarás inciertos, pues es cosa llana que Cremes no te da su hija. Y tú no dejes por eso de ir á casa de Glicera, porque no mude Cremes de propósito. Y á tu padre dile que huelgas de casarte, para que, aunque quiera, no pueda enojarse contigo con razón. Porque eso en que tú fundas tu esperanza, fácil es de refutar: «No habrá—dices—quien quiera casar su hija con hombre de tales costumbres.» Y yo te digo que tu padre más querrá casarte con una mujer pobre, que dejarte perder de esa manera. Pero si él entiende que tomas estas bodas con paciencia, se descuidará, se pondrá muy despacio á buscarte otra; entretanto, Dios hará merced.

Pánfilo.—¿Eso te parece?

Davo.—No hay que dudar en ello.

Pánfilo.—Mira en lo que me pones.

Davo.—¿Quieres callar?

Pánfilo.—Bueno; le diré que sí. Pero mira no sepa mi padre que he tenido un hijo de ella, porque he prometido criarle.

Davo.—¡Qué locura!

Pánfilo.—Rogóme Glicera que le diese esta palabra como prenda de que no la dejaría.

Davo.—Se procurará. Pero..... cata que viene tu padre. Mira que no conozca que estás triste.

ESCENA V.

SIMÓN, DAVO, PÁNFILO.

SIMÓN.—(Aparte.) A ver vuelvo en qué entienden ó qué consejo toman.

DAVO.—(A Pánfilo.) Éste por cosa llana tiene que has de decir que no quieres casarte. Viene muy apercibido de algún lugar solitario; piensa que trae ya trazado algún razonamiento con que te confunda. Por tanto, tú mira que estés muy en tí.

PÁNFILO.—Todo cuanto pueda, Davo.

DAVO.—Fía de mí, te digo, Pánfilo, que tu padre no atravesará hoy contigo una palabra, si le dices que te casarás.

ESCENA VI.

BIRRIA, SIMÓN, DAVO, PÁNFILO.

BIRRIA.—(Aparte.) Mi amo me mandó que, dejando otros negocios, siguiese hoy de cerca á Pánfilo, para ver qué determinaba de este casamiento. Por eso vengo aquí tras él. Allá le veo con Davo; manos á la obra.

SIMÓN.—(Aparte.) Aquí están los dos.

DAVO.—(A Pánfilo.) ¡Ea, ten cuenta!

SIMÓN.—¡Pánfilo!

DAVO.—(A Pánfilo.) Vuélvete hacia él como sorprendido.

PÁNFILO.—¡Ah, padre mío!

DAVO.—(A Pánfilo.) ¡Muy bien!

SIMÓN.—Como ya te he dicho, quiero que hoy te cases.

Birria.— (Aparte.) Nuestro bien ó nuestro mal está ahora en lo que éste respondiere.

Pánfilo.—Ni en eso ni en nada hallarás en mí resistencia, padre mío.

Birria.— (Aparte.) ¡Ah!.....

Davo.— (A Pánfilo.) Mudo quedó.

Birria.— (Aparte.) ¿Qué dijo?

Simón.—Haces lo que debes, pues me otorgas con amor lo que te pido.

Davo.— (A Pánfilo.) ¿No te decía yo.....?

Birria.— (Aparte.) Mi amo, á lo que entiendo, se ha quedado sin mujer.

Simón.—Vé, pues, á casa ya, porque no nos hagas detener cuando fueres necesario.

Panfilo.—Voyme.

Birria.— (Aparte.) ¡Que no haya un hombre de quien fiar en cosa alguna! Verdadero es aquel refrán que dice: «Todos quieren más para sus dientes, que no para sus parientes.» Yo ví á esa moza, y me acuerdo que la ví doncella de buen rostro; y así no me maravilla que Pánfilo haya querido más abrazarse con ella entre sueños, que no que Carino la abrazase. Vamos con estas buenas nuevas á mi amo; que en pago no me dará malas albricias.

ESCENA VII.

DAVO, SIMÓN.

Davo. — (Aparte y señalando á Simón.) Este piensa ahora que yo le traigo algún engaño y que por esto me he quedado aquí.

Simón.—¿Qué cuenta Davo?

Davo.—Nada por ahora.

Simón. — Con que nada, ¿eh?

Davo.—Ninguna cosa.

Simón.—Pues yo esperaba que sí.

DAVO.—(Aparte) Hálo burlado su esperanza, ya lo veo: esto le da pena al hombre.

SIMÓN.—¿Podrías decirme, Davo, la verdad?

DAVO.—Nada más fácil.

SIMÓN.—¿Siente por ventura mucho mi hijo este casamiento, por los amores que tiene con esta forastera?

DAVO.—No en verdad, ó cuando mucho será pena de dos ó de tres días, ¿entiéndesme? Que después él la dejará. Porque él mismo ha considerado ya entre sí este caso con buen uso de razón.

SIMÓN.—Bien está.

DAVO.—Mientras le fué lícito, y mientras dieron lugar sus años para ello, tuvo amiga, y esto con mucho secreto, procurando siempre no le fuese afrenta, como lo han de hacer los hombres de su pro. Ahora que es menester que tome esposa, sólo piensa en casarse.

SIMÓN.—Algo triste me pareció que estaba.

DAVO.—No por eso; sino que tiene de tí no sé qué queja.

SIMÓN.—¿De qué?

DAVO.—De una niñería.

SIMÓN.—¿Qué es ello?

DAVO.—¡Si no es nada!

SIMÓN.—Acaba ya de decir lo que es.

DAVO.—Dice que haces muy corto gasto.

SIMÓN.—¿Yo?

DAVO.—Tú. Apenas ha hecho, dice, de gasto diez reales. ¿Esto le parece que es casar un hijo? ¿A quién de mis amigos, dice, osaré ahora traer á mis bodas convidado? Y á la verdad, aquí, *inter nos*, me parece que has estado muy tacaño. Yo no lo apruebo.

SIMÓN.—Cállate.

DAVO.—(Aparte.) Picóle.

SIMÓN.—Yo veré de que todo se haga como cumple. (Aparte.) ¿Qué enredo será éste? ¿Qué pretenderá el bellaco? Porque, si aquí hay alguna trampa, éste es en ella el tramoyista.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

MISIS, SIMÓN, DAVO, LESBIA.

MISIS.—(A Lesbia.) Por mi vida, que tienes razón, Lesbia, en lo que has dicho; apenas hallarás un hombre fiel á una mujer.

SIMÓN.—(A Davo.) ¿De casa de la Andriana es esta moza, eh, Davo?

DAVO.—Sí.

MISIS.— (A Lesbia.) Pero nuestro Pánfilo.....

SIMÓN.—¿Qué dice?

MISIS.— .....dió una prenda de su fidelidad....;

SIMÓN.—(Sobresaltado.) ¿Eh?

DAVO.—(Aparte.) ¡Que no se tornase éste sordo ó ella muda!

MISIS.— .....porque ha mandado criar lo que naciere.

SIMÓN.—¡Oh, Júpiter! ¿Qué escucho? Perdido soy, si ésta dice verdad.

LESBIA.—Por lo que me cuentas, de buena condición es el mancebo.

MISIS.—Excelente. Pero entremos, no sea que lleguemos tarde.

LESBIA.—Ya te sigo.

ESCENA II.

DAVO, SIMÓN, GLICERA.

DAVO.—(Aparte.) ¿Qué remedio encontraré yo ahora en semejante aprieto?

SIMÓN.—¿Qué es esto, cielos! ¿Tan loco está.....? ¿De una forastera.....? ¡Ah, ya entiendo! ¡Necio de mí, que apenas había dado en la cuenta!

DAVO.—(Aparte.) ¿Qué cuenta será esa que dice?

SIMÓN.—Primer enredo que éste me urde: fingen un parto, para espantar á Cremes.

GLICERA.—(Dentro de su casa.) ¡Juno Lucina, acúdeme, ampárame, por favor!

SIMÓN.—¡Hola, hola! ¡Y cuán presto! ¡Donosa invención! Después que le han dicho que yo estaba á la puerta, se da prisa. ¡Mal repartidas tienes las escenas, Davo amigo!

DAVO.—¿Yoo?

SIMÓN.—¿Olvidaron, por ventura, tus actores el papel?

DAVO.—Yo no sé lo que te dices.

SIMÓN.—Si éste me hubiera cogido en bodas verdaderas desapercibido, ¡qué burla me hubiera hecho! Ahora á su riesgo lo hace; que yo en puerto navego.

ESCENA III.

LESBIA, SIMÓN, DAVO.

LESBIA.—Hasta ahora, Arquilis, todas las señales que suele haber, y convienen para la salud, todas veo que las tiene esta parida. Ahora, cuanto á lo primero,

hacéd que se lave; después dadle de beber lo que mandé, y cuanto he ordenado: que luego yo daré una vuelta por acá. (Aparte.) En buena fe que le ha nacido á Pánfilo un hijo muy hermoso. Los dioses lo dejen lograr, pues Pánfilo es de tan buena entraña, y no ha querido hacerle agravio á esta honrada moza.

ESCENA IV.

SIMÓN, DAVO.

SIMÓN.—Esto á lo menos, ¿quién que te conozca, no creerá que nace de tí?

DAVO.—¿Pues qué es ello?

SIMÓN.—No les mandaba allá dentro lo que se le había de hacer á la parida, sino que, después de salir afuera, les grita desde la calle á los que están dentro. ¡Oh Davo! ¿y en tan poco me tienes, ó tan aparejado te parezco, para que tan á la descubierta emprendas de engañarme? Hiciéraslo á lo menos con tal recato, que pareciera que tenías temor de que yo lo supiese.

DAVO.—(Aparte.) Realmente que ahora éste se engaña á sí mismo, que no le engaño yo.

SIMÓN.—¿No te lo previne? ¿No te amenacé, si lo hacías? ¿Hasme temido? ¿Qué me aprovechó el mandarlo? ¿Cómo he de creer yo de tí que ésta ha parido de Pánfilo?

DAVO.—(Aparte.) Ya sé por dónde yerra, y lo que tengo de hacer.

SIMÓN.—¿Por qué callas?

DAVO.—¿Qué has de creer? ¡Como si ya no te hubiesen avisado que esto había de suceder de esta manera!

SIMÓN.— ¿A mí? ¿Quién?

DAVO.—¡Bah! ¡Si querrás hacerme creer que tú solo has descubierto esta farsa!

SIMÓN.—Burlándose está de mí.

DAVO.—A tí alguno te lo ha dicho, porque si no, ¿cómo hubieras tú tenido esta sospecha?

SIMÓN.—¿Cómo? porque sé quién eres tú.

DAVO.—Eso es como decirme que yo soy el tramoyista.

SIMÓN.—Y lo sé de cierto.

DAVO.—Aun no conoces bien quién soy, Simón.

SIMÓN.—¿Qué yo no te.....?

DAVO.—Sino que, si comienzo á contarte algo, al punto crees que te estoy engañando.....

SIMÓN.—(Irónico.) Y no hay tal.

DAVO.—Y así realmente que no oso ya chistar.

SIMÓN.—Esto sólo sé: que aquí nadie ha parido.

DAVO.—Acertaste. Pues verás, con todo esto, cómo antes de mucho rato te traen el muchacho aquí delante de la puerta. Yo, señor, desde luego te aviso que lo han de hacer así; para que lo sepas, y no me digas después que son consejos ni trazas de Davo. Yo tengo empeño en que deseches esa mala opinión que de mí tienes.

SIMÓN.—¿Cómo lo sabes tú eso?

DAVO.—Helo oído y lo creo. Ofrécenseme á una muchas cosas de que hago yo esta conjetura. Cuanto á lo primero, ésta ha dicho que estaba de Pánfilo preñada: ha salido mentira. Hoy, al ver que se aparejan ya las bodas en casa, ha enviado á toda prisa la criada con encargo de llamar á la partera y de traerse juntamente un niño. Porque, si no te dan con el niño en las narices, el casamiento no se estorba.

SIMÓN.—¿Qué me dices? Cuando entendiste que tomaban ese medio, ¿por qué no se lo dijiste luego á Pánfilo?

DAVO.—¿Pues quién le ha apartado de ella, sino yo? Porque bien sabemos todos cuán grande afición le haya tenido. Ahora ya desea casarse. Finalmente, esto déjamelo tú á mi cargo. Y pasa adelante, como lo haces, en tratar del casamiento; que yo confío que los dioses nos favorecerán.

Simón.—Véte, pues, tú allá dentro, y espérame allá, y prepara todo lo necesario.

ESCENA V.

SIMÓN, solo.

Simón.—Este no me ha inducido aún á darle entero crédito; así que no sé si será verdad todo lo que me ha dicho..... Pero me importa poco. Lo que yo más precio es la palabra que me dió mi mismo hijo. Ahora, yo me veré con Cremes, y le pediré la mano de su hija para Pánfilo. Si lo recabo, ¿qué más quisiera yo que hacer hoy este casamiento? Porque en lo que mi hijo me ha ofrecido, llana cosa es que le podré obligar con razón, si se me volviere atrás. Y á propósito, aquí viene Cremes.

ESCENA VI.

SIMÓN, CREMES.

Simón.—¡Salud, Cremes!

Cremes.—¡Hola! precisamente te buscaba.

Simón.—Y yo á tí.

Cremes.—Á muy buen punto te he topado. Ciertas gentes me han dicho que han entendido de tí que mi hija se casa hoy con tu hijo, y así vengo á ver si estás tú loco, ó si lo están ellos.

Simón.—Oyeme, y en breves razones sabrás lo que yo te quiero y lo que tú preguntas.

Cremes.—Ya te oigo: dí lo que quisieres.

Simón.—Suplícote, Cremes, por los dioses y por nuestra amistad, la cual comenzando desde la niñez, ha crecido siempre con los años, y por una sola hija que

tienes, y por mi hijo, cuyo total remedio está en tu mano, que me favorezcas en esta ocasión, y que el casamiento se haga, como estaba tratado.

Cremes.—No uses conmigo de ruegos, pues para recabar eso de mí, no son menester. ¿Piensas que soy otro del que era los días pasados cuando te la daba? Si cosa es que á los dos conviene, manda por la moza; pero si en ello hay para los dos más daño que provecho, te ruego que lo mires bien por ambos, como si ella fuese tu hija y yo padre de Pánfilo.

Simón.—Eso es precisamente lo que quiero, Cremes, y eso te suplico que se haga. Ni yo te lo pediría si el caso mismo no lo aconsejase.

Cremes.—¿Y qué es ello?

Simón.—Entre mi hijo y Glicera hay muchos enojos.

Cremes.—Óigolo.

Simón.—Tan grandes, que confío que se le podremos arrancar.

Cremes.—¡Bah, cuentos!

Simón.—Realmente pasa así.

Cremes.—Lo que pasa en realidad es lo que te voy á decir: que las riñas de los enamorados son nuevo refresco del amor.

Simón.—¡Oh! ¡yo te ruego que lo prevengamos todo ahora que es sazón, mientras su apetito está con las palabras injuriosas embotado, antes que las maldades de éstas y sus lágrimas fingidas con engaños muevan á compasión la enferma voluntad. Casémosle: que yo confío que él, enamorado del buen trato y ahidalgada compañía de tu hija, se desligará desde hoy muy fácilmente de estos males.

Cremes.—Eso te parece á tí; pero yo creo que ni él podrá unirse para siempre con mi hija, ni menos yo sufrirlo.

Simón.—¿Y cómo lo sabes tú, sin hacer la prueba?

Cremes.—Fuerte cosa es hacer en la hija propia semejantes experiencias.

Simón.—Todo el inconveniente se reduce, en fin, á esto: á que venga ¡lo que los dioses no permitan! el divorcio. Pero si Pánfilo se enmienda, mira qué de bienes: primeramente restituirás un hijo á tu amigo; para tí hallarás un yerno seguro y para tu hija marido.

Cremes.—No gastes razones: si te parece que eso es cosa que conviene, no quiero yo que por mí se estorbe tu provecho.

Simón.—¡Con razón te he querido siempre mucho, Cremes!

Cremes.—Pero, ¿qué me dices.....?

Simón.—¿De qué?

Cremes.—¿Cómo sabes que ellos están ahora discordes entre sí?

Simón.—Davo, que es su secretario, me lo ha dicho; y él me incita á apresurar cuanto pueda el casamiento. ¿Piensas tú que lo haría él, si no supiese que es del gusto de mi hijo? Tú mismo lo oirás de su boca. (A sus esclavos.) ¡Hola! que venga Davo. Pero hele aquí; ya le veo salir.

ESCENA VII.

DAVO, SIMÓN, CREMES.

Davo.—A buscarte iba.

Simón.—¿Qué hay de nuevo?

Davo.—¿Por qué no haces traer la mujer? Cata que se hace tarde.

Simón.—(A Cremes.) ¿Oyes lo que dice? Yo, Davo, he andado rato há con recelo de tí, no hicieses lo que suelen los criados de ordinario y me urdieses algún engaño por los amores de mi hijo.

Davo.—¿Yo había de hacer eso?

Simón.—Creílo; y así, receládome de esto, os encubrí lo que ahora te diré.

Davo.—¿Qué?
Simón.—Vas á saberlo; porque ya, casi, casi, me fío de tí.
Davo.—¡Al fin me has conocido!
Simón.—Este casamiento no era de veras.
Davo.—¿Qué....? ¿Que no.....?
Simón.—Sino que lo había fingido por probaros.
Davo.—¿Es posible?
Simón.—Como lo oyes.
Davo.—¡Mira, mira! ¡nunca yo he podido dar en esa cuenta! ¡Oh, qué consejo tan sagaz!
Simón.—Escucha. Después que te mandé entrar en casa, topéme aquí á muy buen punto con Cremes.....
Davo.—(Aparte.) ¡Ah! ¿estamos, por acaso, perdidos?
Simón.—Y hele contado lo que tú me dijiste rato há.
Davo.—(Aparte.) ¿Qué oigo?
Simón.—Hele rogado que me dé su hija, y, aunque con dificultad, hámela otorgado.
Davo.—(Aparte.) ¡Muerto soy!
Simón.—¿Qué has dicho?
Davo.—Que está muy bien hecho.
Simón.—Ya, por lo que toca á Cremes, no hay que detenernos.
Cremes.—Ahora voy á casa; les diré que se aderecen, y luego soy aquí con la respuesta.

ESCENA VIII.

SIMÓN, DAVO.

Simón.—Ahora, Davo, yo te suplico que, pues tú solo me has concertado este casamiento.....
Davo.—(Increpándose.) ¡Sí á fe, yo solo!
Simón.— .... procures que mi hijo vuelva al buen camino.

Davo.—Lo haré, yo te lo juro, con mucha diligencia.

Simón.—Puedes aprovechar estos momentos en que tiene el ánimo irritado.

Davo.—Descuida.

Simón.—Díme, pues, ¿dónde está él ahora?

Davo.—¡Milagro será que no esté en casa!

Simón.—Yo me voy á buscarle y á decirle lo mismo que te he dicho.

ESCENA IX.

DAVO, solo.

Davo.—¡Perdido soy!..... ¿Qué excusa tengo para no ir de vuelo á la tahona? No hay lugar de ruegos. Ya lo he revuelto todo: á mi amo he engañado; he enredado en bodas al hijo de mi amo; he hecho que se hiciesen hoy, sin esperarlo el viejo y á pesar de Pánfilo. ¡Oh, astucias! ¡que si yo me hubiera estado quedo, no hubiera mal ninguno! Pero aquí viene. ¡Muerto soy! ¡Oh! ¡si hubiera aquí una sima donde despeñarme!.....

ESCENA X.

PÁNFILO, DAVO.

Pánfilo.—¿Qué es de aquel malvado que me ha echado á perder?

Davo.— (Aparte.) ¡Muerto soy!

Pánfilo.—Yo confieso que con razón me ha sucedido este mal, pues soy tan follón y de tan poco consejo. ¿Yo había de confiar todo mi bien de un vil es-

clavo? ¡Yo tengo, pues, el pago de mi necedad; pero él no se me irá con ella!

DAVO.—(Aparte.) Bien sé que después estaré libre, si de este primer encuentro me escapo.

PÁNFILO.—¿Qué le diré, pues, ahora yo á mi padre? ¿Le diré que no quiero casarme, habiéndole prometido antes que sí? ¿Qué osadía tendré para hacerlo? ¡No sé realmente qué me haga de mí mismo!

DAVO.—(Aparte.) Ni menos yo de mí, aunque lo procuro mucho. Decirle he que buscaré algún medio, por poner siquiera alguna dilación en este mal.

PÁNFILO.—(Con enojo.) ¡Hola!.....

DAVO.—(Bajo.) ¡Me ha visto!

PÁNFILO.—¡Ven acá, hombre de bien!..... ¿Qué te parece.....? ¿Ves en qué lío estoy ¡pobre de mí! con tus buenos consejos?

DAVO.—Yo te desliaré.

PÁNFILO.—¿Que tú me desliarás?

DAVO.—Sí, Pánfilo.

PÁNFILO.—¡Como antes!

DAVO.—No; sino mucho mejor, según confío.

PÁNFILO.—¡Ah, ladrón! ¿Y de tí he de confiar yo ya cosa ninguna? ¿Tú bastarás á volver en su estado un negocio tan revuelto y tan perdido? ¡Mira de quién me fío yo! ¡De quien de un negocio muy pacífico y quieto me ha enlazado hoy en casamiento! ¿No te dije yo lo que sucedería?

DAVO.—Sí.

PÁNFILO.—¿Qué merecías tú ahora?

DAVO.—La horca. Pero déjame volver un poco en mí; que yo miraré algún remedio.

PÁNFILO.—¡Ay de mí! ¿Por qué no tengo lugar para darte el castigo que deseo? Que esta coyuntura más me obliga á que mire por mí, que no á que me vengue de tí.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

CARINO, PÁNFILO, DAVO.

CARINO.—(Aparte.) ¿Es esto cosa de creer, ni de decir? ¿Que haya gentes de tan malas entrañas, que hallen gusto en hacer mal y en procurar el daño ajeno por buscar provechos para sí? ¡Ah! ¿es esto posible? Pues existe realmente una casta de hombres que para decir un «no», tienen un poco de empacho; pero cuando viene el tiempo de cumplir lo prometido, entonces forzosamente se descubren y temen, y la necesidad les fuerza á volverse atrás de su palabra. Entonces les oiréis decir sin pizca de pudor: «¿Quién eres tú? ¿Qué tengo yo que ver contigo? ¿Que yo te ceda á tí mi....? ¡Bah! mi pariente más próximo soy yo mismo.» Y si les preguntáis qué fué de su palabra, ¡como si no!.... ¡no tienen ni asomo de vergüenza! Aquí, donde era menester, no tienen reparo, y ténenlo acullá, donde no es menester. ¿Pero qué haré? ¿Iré á buscarle, para pedirle cuenta de este agravio y acabarle á pesadumbres? Pero diráme alguno: ¿De qué te servirá? De mucho. Porque á lo menos le daré pena, y yo quebraré mi enojo.

PÁNFILO.—Carino, ambos estamos perdidos por mi imprudencia, si los dioses no nos dan algún remedio.

Carino.—¿Conque por tu imprudencia? Presto has hallado la excusa. ¡Bien me has tenido la palabra!

Pánfilo.—¿Pues qué....?

Carino.—¿Aun piensas engañarme con esas disculpas?

Pánfilo.—¿Qué es ello?

Carino.—Después que yo te dije que la quería mucho, te ha caído en gusto. ¡Ah, desdichado de mí, que juzgué tu corazón por el mío!

Pánfilo.—Muy equivocado estás.

Carino.—¿Te pareció que no sería colmada tu ventura sin cebar al pobre enamorado y entretenerle con falsas esperanzas? (En tono de amarga concesión.) ¡Cásate!

Pánfilo.—¿Que me case? ¡Ah, no sabes bien en cuán grandes males estoy puesto, cuitado de mí, y cuán grandes congojas me ha causado con sus consejos éste mi verdugo! (Señalando á Davo.)

Carino.—¿Qué maravilla, pues toma de tí ejemplo?

Pánfilo.—No dirías eso si conocieses bien mi corazón y mi voluntad.

Carino.—(Con ironía.) ¡Ya sé que no ha mucho que altercaste con tu padre, y que por eso está enojado contigo y no te ha podido obligar hoy á que con ella te casases!

Pánfilo.—Antes te hago saber, para que mejor entiendas mis trabajos, que estas bodas no se aparejaban para mí, ni pensaba nadie ahora en darme á mí mujer.

Carino.—Ya sé que te dejaste obligar..... de tu propia voluntad. (Quiere irse y Pánfilo le detiene.)

Pánfilo.—Espera; que aun no sabes.....

Carino.—Ya sé que te has de casar con ella.

Pánfilo.—¿Por qué me matas? Escucha esto. No paró de instarme; no cesó de aconsejarme y de rogarme que le dijese á mi padre que me casaría, hasta tanto que me indujo.

Carino.—¿Quién hizo eso?

Pánfilo.—Davo.

Carino.—¿Davo?

Pánfilo.—Él lo revuelve todo.

Carino.—¿Por qué?

Pánfilo.—No lo sé: sino que sé que los dioses estaban airados contra mí, pues le dí oídos.

Carino.—¿Es verdad esto, Davo?

Davo.—Verdad.

Carino.—¡Ah! ¿qué dices, malvado? Los dioses te den el castigo que merecen tales hechos. Díme: si todos sus enemigos le quisieran ver á éste enredado en casamiento, ¿qué otro consejo le dieran, sino ese?

Davo.—Erréla: pero aun no me doy por vencido.

Carino —Harto lo sé.

Davo.—¿No nos ha ido bien por aquí? Emprenderémosla por otra vía. Si ya no es que pienses que por habernos al principio sucedido mal, no se nos puede ya trocar el mal en bien.

Pánfilo.—Al contrario: yo creo que si te desvelas, de un casamiento harásme dos.

Davo.—Yo, Pánfilo, esto te debo por razón de ser tu siervo: procurar, de pies y manos, de día y de noche, tu provecho con riesgo de mi vida. Lo que á tí te toca es perdonarme, si algo sucede al revés de mi esperanza. ¿No sale bien lo que hago? A lo menos hágolo con diligencia: si no, busca tú mejor remedio y no hagas caso de mí.

Pánfilo.—Eso quiero: tórname al punto en que me tomaste.

Davo.—Sí haré.

Pánfilo.—¡Pero de presto!

Davo.—¡Chist!..... quieto; que ha sonado la puerta de Glicera!

ESCENA II.

MISIS, PÁNFILO, CARINO, DAVO.

MISIS. — (Saliendo de casa de Glicera, y hablando con ésta.) Doquiera que estuviere, yo procuraré hallarle en seguida, y traérmele conmigo á tu querido Pánfilo. Sólo tú, alma mía, no te me fatigues.

PÁNFILO.—¿Qué es eso, Misis?

MISIS.—¡Ah, Pánfilo! á buen tiempo te topo.

PÁNFILO.—¿Qué hay?

MISIS.—Mi señora me ha mandado que te suplique te llegues á verla, si la quieres bien; porque dice que está con gran deseo de verte.

PÁNFILO.—Perdido soy; este mal se refresca. (A Davo.) ¡Y que por tu causa ella y yo, cuitados, hayamos de estar en tal congoja! Porque ella me envía á llamar por haber entendido que se aparejan ya mis bodas.

CARINO.—Las cuales bien quedas se estaban, si éste (Señalando á Davo.) lo estuviera.

DAVO.—¡Así, así! Por si él de suyo no se está harto loco, atízale tú más.

MISIS.—(A Pánfilo.) Esa es, en verdad, la causa; y eso es lo que tiene afligida á la cuitada.

PÁNFILO.—Misis, yo te hago juramento, por todos los dioses, de jamás desampararla, aunque sepa romper por esa razón con todo el mundo. Esta he deseado; hela alcanzado; cuádranme sus costumbres; vayan con Dios los que quieren hacer divorcio entre nosotros. Porque otra que la muerte no me ha de apartar de ella.

CARINO.—¡Respiro!

PÁNFILO.—Esto es tan cierto como el Oráculo de Apolo. Si ello se pudiere hacer de manera que mi padre no entienda que por mí ha dejado de celebrarse el casa-

miento, bien está. Pero si no fuere posible, correré hasta el riesgo de que entienda haber quedado por mí. (A Carino.) ¿Qué tal te parezco?

Carino.—Tan desdichado como yo.

Davo.—Yo trazo un buen medio.

Carino.—Hombre eres de valor.

Pánfilo.—(A Davo con desdén.) Ya ¡proyectos....!

Davo.—Yo te lo daré en verdad puesto por obra.

Pánfilo.—Pues eso es menester.

Davo.—Pues ya lo tengo.

Carino.—¿Qué es ello?

Davo.—(A Carino.) Para éste lo tengo, no para tí. No vale equivocarse.

Carino.—Bástame eso.

Pánfilo.—¿Qué vas á hacer, dime?

Davo.—Todo el día temo que no me bastará para ponerlo por obra. Por eso no pienses que estoy tan despacio ahora, para haberlo de contar. Por tanto, idos vosotros de aquí; que me estáis estorbando.

Pánfilo.—Yo voy á ver á Glicera.

Davo.—¿Y tú? ¿adónde te vas tú?

Carino.—¿Quieres que te diga la verdad?

Davo.—¡Vaya si lo quiero! (Aparte.) ¡Cuentecito tenemos!

Carino.—¿Qué será de mí?

Davo.—Dime, desvergonzado; ¿no te basta con ese poquillo de respiro que te doy, entreteniéndole á este otro el casamiento?

Carino.—Empero, Davo.....

Davo.—¿Qué empero?

Carino.—Que la goce yo.

Davo.—¡Donosa ocurrencia!

Carino.—Procura venir á mi casa, si pudieres hacer algo.

Davo.—¿A qué he de ir, si contigo nada tengo que.....?

Carino.—Pero, si algo.....

Davo.—¡Hála, que ya iré!
Carino.—Si algo hubiere, en casa estaré.

ESCENA III.

DAVO, MISIS.

Davo.—Tú, Misis, aguárdame aquí un poco, mientras salgo.
Misis.—¿A qué fin?
Davo.—Porque así cumple.
Misis.—Pues ven presto.
Davo.—Luego soy aquí. (Entra en casa de Glicera.)

ESCENA IV.

MISIS, sola.

Misis.—¡Oh, soberanos dioses! ¡Y que sea verdad que no hay bien que dure á nadie! ¡Parecíame á mí que este Pánfilo era el supremo bien de mi señora, amigo, enamorado, marido aparejado para todo tiempo; y ahora, mira qué disgustos tiene por él! Realmente que hay en esto más mal, que bien en lo otro. Pero Davo sale. ¡Qué es esto, amigo, por tu vida! ¿Dó vas con la criatura?

ESCENA V.

DAVO, MISIS.

Davo.—Misis, para lo que ahora emprendo, necesito que me tengas á punto tu memoria y astucia.
Misis.—¿Qué pretendes?

DAVO.—Toma de presto este muchacho de mis manos y ponle delante de nuestra puerta.
MISIS.—¿Así, en el suelo? díme.
DAVO.—Toma de ese altar unas verbenas, y pónselas debajo.
MISIS.—¿Por qué no lo haces tú mismo?
DAVO.—Porque si fuere menester jurar á mi amo que no le he puesto, pueda jurarlo con verdad.
MISIS.—Ya entiendo: esos son escrúpulos de conciencia que te han nacido ahora.—Dámele acá.
DAVO.—Date prisa; que yo te diré luego lo que voy á hacer. (Viendo á Cremes.) ¡Oh, Júpiter!
MISIS.—¿Qué es?
DAVO.—El padre de la desposada viene. Dejo el intento que tenía primero.
MISIS.—No sé qué te dices.
DAVO.—Yo también fingiré que vengo de hacia la mano derecha. Tú procura corresponderme con tus palabras á las mías donde fuere menester.
MISIS.—Yo no te entiendo lo que haces; pero si algo hay en que tengáis necesidad de mi ayuda, ó si tú más ves que yo, aguardaré, por no estorbar vuestro provecho.

ESCENA VI.

CREMES, MISIS, DAVO.

CREMES.—(Aparte.) Vuelvo, pues he ya apercibido todo lo que era menester para las bodas de mi hija, á decirles que la traigan. Pero ¿qué es esto? (Viendo al niño.) ¡Una criatura, en verdad! ¿Hasla puesto tú, mujer?
MISIS.—(Aparte.) ¿Dónde está aquél?
CREMES.—¿No me respondes nada?

MISIS.— (Aparte.) No parece..... ¡Ay, cuitada de mí, que el hombre me dejó y se fué!

DAVO.— (Entrando.) ¡Oh, soberanos dioses, y qué de bullicio hay en la plaza! ¡qué de gente litiga allí!..... y ¡qué caro está el pan! (Aparte.) ¡No sé qué más me diga!

MISIS.—¿Por qué, dí, me has dejado aquí sola?

DAVO.— (Viendo al niño.) ¿Qué tramoya es ésta? Dí, Misis, ¿de dónde es este niño, y quién le ha traído aquí?

MISIS.— Tú no debes estar bueno, pues eso me preguntas.

DAVO.—¿A quién lo he de preguntar, pues no veo aquí á otro?

CREMES.—(Aparte.) ¡Maravillado estoy! ¿De dónde será?

DAVO.—¿No me responderás á lo que te pregunto?

MISIS.— (Asustada.) ¡Ah!

DAVO.— (En voz baja.) Pasa á la derecha.

MISIS.—¿Desvarías? ¿Tú mismo no le.....?

DAVO.— (En voz baja.) ¡Si palabra me dices fuera de lo que te pregunto..... pobre de tí!

MISIS.—¿Amenazas?

DAVO.—¿De dónde es? (Bajo.) Responde en alta voz, habla claro.

MISIS.—De nuestra casa.

DAVO.—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¿Qué maravilla que una ramera haga estas desenvolturas?

CREMES.— (Aparte.) Criada de la Andriana debe ser ésta, á lo que entiendo.

DAVO.— (A Mísis.) ¿Tan aparejados os parece que somos, para que así os burléis de nosotros?

CREMES.— (Aparte,) A buen tiempo he venido.

DAVO.—¡Quítame de presto ese niño de la puerta! (Bajo.) ¡Quieta ahí, no te muevas!

MISIS.—Los dioses te destruyan; que así me haces temblar cuitada.

DAVO.—(Alto á Misis.) ¿Hablo contigo, ó con quién?

Misis.—¿Qué quieres?

Davo.—¿Eso me preguntas? Dime: ¿cúyo es este muchacho que aquí has puesto? acaba.

Misis.—¿No lo sabes tú cúyo es?

Davo.—Deja estar lo que yo sé, y respóndeme á lo que te pregunto.

Misis.—Vuestro.

Davo.—¿Cómo nuestro?

Misis.—De Pánfilo.

Davo.—¿Cómo es eso? ¿de Pánfilo?

Misis.—¡Qué! ¿no lo es?

Cremes.—(Aparte.) Con razón he rehusado siempre yo este casamiento.

Davo.—¡Oh infamia!

Misis.—¿Por qué gritas?

Davo.—¿No es este el niño que yo ví traer ayer tarde á vuestra casa?

Misis.—¡Hombre más atrevido!.....

Davo.—Sí; que yo ví venir á Cantara con un bulto.

Misis.—Gracias á los dioses, pues se hallaron algunas matronas honradas en el parto.

Davo.—Pues no conoce ella bien á aquel, por quien urde todo esto. Sin duda que diría: «Si Cremes viere el niño puesto delante de la puerta, no dará su hija.» ¡Pues en verdad que la dará de mejor gana!

Cremes.—(Aparte.) En verdad que tal no hará.

Davo.—Pues porque lo sepas, si no quitas de aquí este niño, yo le echaré en mitad de la calle, y á tí con él te revolveré en el lodo.

Misis.—¡Bah! ¡tú no estás bueno!

Davo.—Un embuste de otro tira. Ya oigo susurrar que esta mujer (Aludiendo á Glicera.) es ciudadana de Atenas.

Cremes.—(Aparte.) ¿Eh?

Davo.—Y que las leyes le obligarán á casarse con ella.

Misis.—¡Ay, ay! ¿pues no lo es?

Cremes.—(Aparte.) En un caso de reir he dado sin pensar.

Davo.—¿Quién habla aquí? ¡Oh, Cremes: á tiempo llegas! Escucha.

Cremes.—Todo lo he ya oído.

Davo.—¿Todo, todo?

Cremes.—Dígote que todo lo he oido desde el principio.

Davo.—¿Que lo has oido, por tu vida? ¡Ah, cuánta maldad! Esta mujer merece un gran castigo. (A Misis y señalando á Cremes.) Aquí tienes el señor que yo te decía. No pienses que has de jugar con Davo.

Misis.—¡Ay de mí, pobre! Te juro, buen anciano, que en todo dije la verdad.

Cremes.—Ya sé todo el caso. ¿Está en casa Simón?

Davo.—Sí.

ESCENA VII.

DAVO, MISIS.

Misis.—(A Davo, que quiere cogerla de la mano.) No me toques, malvado. ¡Si no le digo todo esto á Glicera!...

Davo.—¡Ah, necia! ¿no sabes lo que hemos hecho?

Misis.—¿Qué he de saber?

Davo.—Este es el suegro. De otra manera no era posible que él supiese lo que deseábamos.

Misis.—¿Por qué no me avisabas?

Davo.—¿Piensas que hay poca diferencia de hacer una cosa como de suyo y como la naturaleza la dicta, á hacerla sobre pensado?

ESCENA VIII.

CRITÓN, MISIS, DAVO.

Critón.—(Aparte.) En esta plaza me dijeron que moraba Crisis: la que quiso más ganar aquí hacienda con

infamia, que vivir en su tierra honradamente con pobreza. Sus bienes me pertenecen á mí por ley de parentesco.—Pero allá veo unos de quien podré informarme.—Estéis en buena hora.

Misis.—¡Cielos, qué veo! ¿No este Critón, el primo de Crisis? Él es.

Critón.—¡Hola, Misis! ¡salud!

Misis.—¡Bien venido, Critón!

Critón.—¿Conque la pobre Crisis.....? ¡Ah!

Misis.—¡Más cuitadas nosotras, que la hemos perdido!

Critón.—¿Y vosotras? ¿cómo lo pasáis por acá? ¿os va bien?

Misis.—¿Nosotras? según suele decirse, lo pasamos como podemos, ya que no podemos como queremos.

Critón.—¿Y Glicera? ¿Encontró al fin á sus padres?

Misis.—Ojalá.

Critón.—¡Qué! ¿no aún? No he venido yo acá con buena estrella. Por mi vida, que si tal supiese no pusiera jamás los pies en esta tierra. Porque siempre esa muchacha ha sido tenida y reputada por hermana de Crisis; los bienes de Crisis ella los posee: y que yo, forastero, me ponga ahora á pleitear, cuán fácil y cuán provechoso me sea, por ejemplo de otros puedo verlo. Fuera de que entiendo que ella tendrá ya algún amigo y valedor; porque ya era grandecilla cuando de allá vino. Daránme la vaya, diciendo que soy un picapleitos, y que voy buscando herencias con aire de mendigo. Además, yo no querría despojarla.....

Misis.—¡Oh, qué hermoso corazón el tuyo! ¡El mismo eres de siempre!

Critón.—Llévame á su casa: ya que estoy aquí, quiero verla.

Misis.—De muy buena voluntad.

Davo.—Seguirélos. No quiero que en esta sazón me vea el viejo.



ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

CREMES, SIMÓN.

Cremes.—Basta, basta ya, Simón: harta experiencia has hecho ya de mi amistad; en harto peligro me he puesto: déjate de más rogarme. Por desear complacerte, casi he comprometido la felicidad de mi hija.

Simón.—Antes ahora más que nunca te suplico y pido muy encarecidamente, Cremes, que la merced que poco ha me prometiste de palabra, me la cumplas ya por obra.

Cremes.—Mira cuán terrible eres con tu deseo de salir con lo que quieres, que ni adviertes el modo de la benignidad, ni qué es lo que me ruegas: porque si lo advirtieses, dejaríaste ya de fatigarme con tus injustas pretensiones.

Simón.—¿Con cuáles?

Cremes.—¿Eso me preguntas? Forzásteme que á un chicuelo empleado en otros amores, muy ajeno de la voluntad de casarse, le diese mi hija, para discordias y tal vez para un divorcio, y que á costa de su fatiga y pena sanase yo á tu hijo. Recabástelo; emprendílo, mientras el caso lo sufrió. Ahora que no lo sufre, sú-

frete tú. Dicen que la moza es ciudadana y ha tenido ya un muchacho; déjanos en paz.

Simón.—Por los dioses te suplico no quieras dar crédito á aquellos cuyo provecho es que mi hijo sea un perdido. Todo esto lo han fingido y emprendido por estorbar el casamiento: quitada la causa por que lo hacen, desistirán de tal empresa.

Cremes.—Engañado vives. Yo mismo vi altercar con Davo á la criada.

Simón.—Ya lo sé.

Cremes.—Y con la sinceridad pintada en su rostro y antes de haber sentido ninguno de ellos mi presencia.

Simón.—¡Yo lo creo! ¡Como que Davo me había ya anunciado que iban á hacer esa comedia! Quise decírtelo hoy, y no sé cómo se me fué de la memoria.

ESCENA II.

DAVO, CREMES, SIMÓN, DROMÓN.

Davo.—(Saliendo de casa de Glicera, sin ver á Simón ni á Cremes.) Ya podéis estar tranquilas.....

Cremes.—(A Simón.) Cátate allí á Davo.

Simón.—¿De dó sale?

Davo.—(Continuando.) ..... con mi favor y con el del forastero.

Simón.—(Aparte.) ¿Qué nueva calamidad es ella?

Davo.—(Continuando.) Yo no he visto hombre, ni venida, ni sazón más á propósito.

Simón.—¿A quién alaba aquel bellaco?

Davo.—Todo el negocio está ya en salvo.

Simón.—Hablarle quiero.

Davo.—(Aparte.) ¡Mi amo! ¿Qué haré?

Simón.—¡Oh, bien venido, buena pieza!

DAVO.—¡Hola, Simón! ¡Oh, amado Cremes! Todo está ya allá dentro aparejado.

SIMON.—(Con ironía.) ¡Diligente has sido!

DAVO.—Cuando quieras, manda traer la desposada.

SIMÓN.—Está bien; eso es, cierto, lo único que falta aquí. Pero ¿no me dirás qué tienes tú que hacer en esa casa?

DAVO.—¿Yo?

SIMÓN.—Sí.

DAVO.—¿Yo?

SIMÓN.—Sí, tú.

DAVO.—En este punto había entrado.....

SIMÓN.—¡Como si yo te preguntase cuánto ha!

DAVO.—(Terminando la frase.) .....á una con tu hijo.

SIMÓN.—¿Y allá dentro está Pánfilo? ¡Oh, pobre de mí! ¿Pues no me dijiste tú que estaban reñidos, perro?

DAVO.—Y lo están.

SIMÓN.—¿Qué hace, pues, aquí?

CREMES.—¿Qué piensas que ha de hacer? Reñir con ella.

DAVO.—Antes, Cremes, quiero que entiendas de mí un caso extraño. No sé qué viejo se ha venido ahora en este punto..... (Indicando la casa de Glicera.) Allí está, firme, resuelto. Si le miras al rostro, te parecerá hombre de mucha cuenta, hombre severo y grave, y muy sincero en todo lo que dice.

SIMÓN.—¿Qué historias nos traes tú?

DAVO.—¿Yo? ningunas más de lo que le he oído decir.

SIMÓN.—¿Qué dice, pues?

DAVO.—Que sabe que Glicera es natural de esta ciudad.

SIMÓN.—(Llamando á un siervo.) ¡Hola! ¡Dromón, Dromón!

DAVO.—¿Qué vas.....?

SIMÓN.—¡Dromón!

DAVO.—Óyeme.

SIMÓN.—Si añades una sola palabra....!—¡Dromón!

Davo.—¡Óyeme, por merced!

Dromón.—¿Qué mandas?

Simón.—Arrebátame á ése en un vuelo allá dentro, cuan ligero puedas.

Dromón.—¿A quién?

Simón.—A Davo.

Davo.—¿Por qué?

Simón.—Porque quiero. Arrebátale digo.

Davo.—¿Qué he yo hecho?

Simón.—Arrebátale.

Davo.—Si en cosa alguna hallares que he mentido, mátame.

Simón.—No escucho razones. Yo te haré sudar.

Davo.—¿Aunque esto sea verdad?

Simón.—Aunque sea.—Tú procura tenerle bien atado: y ¿óyesme? átamele de pies y de manos. ¡Hála! que yo te mostraré á tí, si no me muero, cuán peligroso es engañar al amo, y á él el engañar á su padre.

Cremes.—¡Ah, no estés tan colérico!

Simón.—¿Qué te parece, Cremes, del respeto de mi hijo? ¿No tienes compasión de mí? ¡Que por un tal hijo pase yo tanto trabajo! ¡Ea, Pánfilo! ¡Sal, Pánfilo! ¿De qué tienes empacho?

ESCENA III.

PÁNFILO, SIMÓN, CREMES.

Pánfilo.—(Saliendo de casa de Glicera.) ¿Quién me llama? (Viendo á Simón.)—¡Perdido soy! ¡Mi padre!

Simón.—¿Qué dices tú, el más.....?

Cremes.—¡Ah! dile lo que hace al caso y deja aparte pesadumbres.

Simón.—¿Qué se le puede á éste decir que sea pesadumbre? En fin, ¿qué dices? ¿que Glicera es ciudadana?

PÁNFILO.—Así lo dicen.

SIMÓN.—¿Así lo dicen? ¡Oh atrevimiento! ¡Mira si se para á pensar qué responderá! ¡Mira si se corre del caso! ¡Mira si en su rostro hay siquiera un leve signo de vergüenza! ¡Y que sea de tan abatidos pensamientos, que contra la costumbre y ley de la ciudad, y contra la voluntad de su padre, con todo eso desee tenerla á ésta (Alude á Glicera.) con tan gran infamia!

PÁNFILO.—¡Pobre de mí!

SIMÓN.—¿Ahora, tan tarde, das en la cuenta de eso, Pánfilo? Entonces, entonces lo habías tú de mirar, cuando inclinaste tu voluntad á hacer de cualquier modo lo que te diese gusto: aquel día te cuadró verdaderamente ese vocablo. Pero ¿qué hago yo? ¿Por qué me atormento? ¿Por qué me aflijo? ¿Por qué fatigo mis canas por este loco? ¿Para qué lloro yo los daños de sus yerros? Pero, en fin, que la tenga y se huelgue y viva con ella.

PÁNFILO.—¡Padre mío!

SIMÓN.—¿Qué *padre mío*? ¡Cómo si tú tuvieses necesidad de este padre! Ya tú te has hallado casa, mujer é hijos, á pesar de tu padre, y has traído quien diga que es hija de esta ciudad: buen provecho te haga.

PÁNFILO.—Padre, ¿me darás licencia para decir dos palabras?

SIMÓN.—¿Qué me has de decir tú á mí?

CREMES.—Óyele con todo eso, Simón.

SIMÓN.—¿Que yo le oiga? ¿Qué le tengo yo de oir, Cremes?

CREMES.—Déjale, en fin, que hable.

SIMÓN.—Hable, yo le dejo.

PÁNFILO.—Yo, padre mío, confieso que amo á esta mujer; y si esto es errar, también confieso mi yerro. En tus manos, padre, me entrego; échame cualquier carga, mándame. ¿Quieres que me case? ¿Quieres que deje á esa mujer? Sufrirélo como pueda. Sólo esto te pido de merced: que no creas que yo he traído aquí este viejo: déjame disculparme y traerle aquí delante.

SIMÓN.—¿Traerle?
PÁNFILO.—¡Dame licencia, padre!
CREMES.—Lo justo pide: dásela.
PÁNFILO.—Hazme esta merced.
SIMÓN.—Concedida. Por todo paso, Cremes; sólo yo no entienda que éste me engaña.
CREMES.—A un padre, por un grave delito, bástale un castigo moderado.

ESCENA IV.

CRITÓN, CREMES, SIMÓN, PÁNFILO.

CRITÓN.—(Saliendo de casa de Glicera.) No me lo ruegues, que cualquiera causa de estas me obliga á que lo haga: el rogármelo tú, el ser ello verdad y el bien que deseo á Glicera.
CREMES.—¿No es Critón, el Andriano, éste que veo? Realmente que es él.
CRITÓN.—Salud, Cremes.
CREMES.—¿Qué novedad es ésta de venir tú á Atenas?
CRITÓN.—Háseme ofrecido causa. Pero..... ¿es éste Simón?
CREMES.—Este es.
SIMÓN.—¿Por mí preguntas? ¿Eres tú el que dices que Glicera es natural de esta ciudad?
CRITÓN.—¿Y tú lo niegas?
SIMÓN.—¿Tan apercibido vienes á esta tierra....?
CRITÓN.—¿Yo? ¿para qué?
SIMÓN.—¿Para qué? ¿Tú te has de atrever á hacer cosas semejantes? ¿Tú has de engañar aquí á mozuelos sin experiencia del mundo, criados como hidalgos, y cebarles sus apetitos con estímulos y promesas....?
CRITÓN.—¿Estás en tu juicio?

Simón.—..... ¿y enredar con casamientos los amores de las rameras?

Pánfilo.—(Aparte.) ¡Perdido soy! Temo que el forastero desmaye.

Cremes.—Si conocieses bien, Simón, quién es éste, no le tendrías en tan mala opinión; porque es muy hombre de bien.

Simón.—¿Éste hombre de bien? ¿Tan al punto hubo de venir hoy en las bodas, sin haber estado por acá en toda su vida? ¿A éste le has de dar crédito, Cremes?

Pánfilo.—(Aparte.) Si yo no temiese á mi padre, bien podría advertirle de su error.

Simón.—¡Picapleitos!

Critón.—(Enojado.) ¡Cómo!

Cremes.—Éste siempre fué así, Critón; no le hagas caso.

Critón.—Séase quien se quisiere: que si él prosigue á decirme lo que quiere, él oirá de mí lo que no quiera. ¿Yo trato de eso, ni tengo cuenta con ello? ¿Por qué no tomarás tú tu daño con paciencia? Porque si lo que yo digo es verdad ó mentira, presto se puede saber. Habrá años que un vecino de esta ciudad naufragó junto de Andros, y á par de él esa tierna doncella. Entonces el náufrago recogióse por casualidad en casa del padre de Crisis.

Simón.—El cuento comienza.

Cremes.—Calla.

Critón.—¿De esa manera se atraviesa?

Cremes.—Prosigue.

Critón.—El que entonces le recogió en su casa era deudo mío, y allí oí yo decir al náufrago, que era ciudadano de Atenas. El cual murió en Andros.

Cremes.—¿Su nombre?

Critón.—¿Tan presto su nombre? Fania.

Cremes.—¡Ay de mí!

Critón.—Fania se llamaba, si no estoy equivocado. Lo que sé de cierto es que decía ser del barrio Ramnusio.

CREMES.—¡Oh, Júpiter!

CRITÓN.—Esto mismo, Cremes, oyeron entonces otros muchos en Andros.

CREMES.—Ojalá sea lo que yo confío. Díme por tu vida, Critón, ¿decía él entonces si era hija suya la doncella?

CRITÓN.—No era suya.

CREMES.—¿Cúya, pues?

CRITÓN.—De un hermano suyo.

CREMES.—No hay duda; es mi hija!

CRITÓN.—¿Qué me dices?

SIMÓN.—¿Es posible.....?

PÁNFILO.—(Aparte.) ¡Aplica el oído, Pánfilo!

SIMÓN.—¿Por dónde lo crees?

CREMES.—Aquel Fania fué hermano mío.

SIMÓN.—Muy bien le conocí, y lo sé.

CREMES.—El cual, huyendo de aquí por miedo de la guerra, fuéme á buscar al Asia. Entonces no se atrevió á dejar la niña aquí. Después acá, éstas son las primeras nuevas que tengo. ¿Qué se hizo de él?

PÁNFILO.—Apenas estoy en mí, según fué grande la alteración que me causó en el alma temor, esperanza, gozo, por una maravilla tan grande, por un bien tan repentino.

SIMÓN.—Por muchas razones me huelgo ciertamente de que ésta moza resulte ser tu hija.

PÁNFILO.—Bien lo creo, padre.

CREMES.—Pero aun me queda una duda, que me da harta pena.

PÁNFILO.—Digno eres de ser aborrecido con tantos escrúpulos: ¿en el junco buscas nudo?

CRITÓN.—¿Y qué es la duda?

CREMES.—Que el nombre de la moza no concuerda.

CRITÓN.—Otro tuvo, siendo niña.

CREMES.—¿Cual, Critón? ¿No te acuerdas?

CRITÓN.—Pensándolo estoy.

PÁNFILO.— (Aparte.) ¿Por qué he yo de permitir que la

poca memoria de este hombre estorbe mi contento, pues que yo puedo en esto dar remedio? No lo permitiré. (Alto.) Cremes, el nombre que tú pides es Pasibula.

Critón.—¡Esa, ésa es!

Cremes.—¡Esa es!

Pánfilo.—Mil veces se lo he oído decir á ella misma.

Simón.—Debes creer, Cremes, que todos nos holgamos de esto.

Cremes.—Así los dioses me sean propicios, como yo lo creo.

Pánfilo.—¿Pues qué falta ya, padre?

Simón.—Rato ha que el caso mismo me ha reconciliado.

Pánfilo.—¡Oh, padre excelente! Cuanto á la mujer, Cremes gusta que yo la tenga, como la he tenido.

Cremes.—Harta razón hay, si tu padre no dice otra cosa.

Pánfilo.—Lo mismo.

Simón.—Sí, por cierto.

Cremes.—En dote, Pánfilo, te prometo diez *talentos*.

Pánfilo.—Acepto.

Cremes.—Yo corro á abrazar á mi hija. ¡Eh, Critón! ven conmigo, porque entiendo que ella no me debe conocer.

Simón.—¿Por qué no la mandas pasar á nuestra casa

Pánfilo.—Bien dices; á Davo le daré ese cargo.

Simón.—No puede.

Pánfilo.—¿Cómo no?

Simón.—Porque tiene otra cosa que hacer que más le toca y pesa más.

Pánfilo.—¿Y qué es ella?

Simón.—Que está atado.

Pánfilo.—(En tono suplicante.) ¡Padre, no está bien atado!

Simón.—Pues no es eso lo que yo mandé.

Pánfilo.—Hazme merced de mandarle soltar.

Simón.—Sea.

Pánfilo.—Vé de presto.
Simón.—Voy allá.
Pánfilo.—¡Oh día próspero y alegre!

ESCENA V.

CARINO, PÁNFILO.

Carino.—(Aparte.) A ver vengo qué hace Pánfilo. Hele aquí.

Pánfilo.—(Aparte.) Alguno, por ventura, pensará que esto que ahora voy á decir yo no lo creo; pero digan lo que quieran, yo tengo para mí, que la vida de los dioses es inmortal, porque les son propios los contentos. Porque si á mí con este gozo ninguna pesadumbre se me mezcla, inmortal quedo. ¿Pero con quién holgaría yo más ahora de toparme, para contarle todo esto?

Carino.—(Aparte.) ¿Qué gozo será ese?

Pánfilo.—Allá veo á Davo: ninguno mejor que él: porque sé que es el único que de veras se holgará de mi ventura.

ESCENA VI.

DAVO, PÁNFILO, CARINO.

Davo.—¿Dónde estará ese Pánfilo?
Pánfilo.—¡Davo!
Davo.—¿Quién me llama?
Pánfilo.—Yo soy.
Davo.—¡Oh, Pánfilo!
Pánfilo.—¿No sabes lo que me ha pasado?
Davo.—No; pero lo que á mí me ha sucedido, harto lo sé.

PÁNFILO.—Y yo también.

DAVO.—Como suele acaecer de ordinario, primero supiste tú mi mal que yo el bien que á tí te ha sucedido.

PÁNFILO.—Mi Glicera ha encontrado ya sus padres.

DAVO.—¡Oh, qué bien!

CARINO.—(Aparte.) ¿Eh?

PÁNFILO.—Su padre es muy grande amigo nuestro.

DAVO.—¿Quién.....?

PÁNFILO.—Cremes.

DAVO.—¡Oh, qué bien te explicas!

PÁNFILO.—Y presto, en la hora, heme de casar con ella.

CARINO.—(Aparte.) ¿Es que sueña lo que deseó despierto?

PÁNFILO.—¿Y el niño, Davo?

DAVO.—No pienses en él; que él solo es á quien quieren bien los dioses.

CARINO.—(Aparte.) Salvo soy, si esto es verdad: hablarle quiero.

PÁNFILO.—¿Quién es?—¡Oh, Carino, vienes al mejor tiempo del mundo!

CARINO.—¡Oh, qué buen suceso!

PÁNFILO.—¿Cómo? ¿ya has oido...?

CARINO.—Todo. ¡Ea! acuérdate de mí en la prosperidad. Tú tienes ahora á Cremes de tu mano: yo sé que él hará todo lo que tú quisieres.

PÁNFILO.—Ya estoy en el caso. Pero hay para rato, si esperamos á que él salga. Vente conmigo por aquí; que está ahora allá dentro con Glicera. Tú, Davo, vé á casa; corre y llama quien la lleve de aquí. (Indicando la casa de Glicera.) ¿Por qué te paras? ¿por qué te detienes?

DAVO.—Ya voy. (A los espectadores.) No aguardéis que salgan acá fuera: dentro se harán los desposorios. Si algo hay que quede por hacer, dentro se concluirá.—¡Aplaudid!

FIN DE LA COMEDIA.



EL EUNUCO.



PERSONAS.

FEDRO, joven, amante de Tais.
PARMENÓN, esclavo de Fedro.
TAIS, cortesana.
GNATÓN, *parásito* de Trasón.
QUEREA, joven, amante de Pánfila.
TRASÓN, soldado, rival de Fedro.
PITIAS, criada de Tais.
CREMES, joven, hermano de Pánfila.
ANTIFÓN, joven.
DORIAS, criada de Pánfila.
DORO, eunuco.
SANGA, centurión.
SOFRONA, nodriza de Pánfila.
LAQUES, viejo, padre de Fedro y de Querea.

Personas que no hablan.

ESTRATÓN.
SIMALIÓN.
DONACE.
SIRISCO.

PRÓLOGO.

Si hay quienes deseen complacer á muchos varones principales sin ofender á nadie, el poeta mándase contar por uno de ellos. Y si alguno hubiere á quien le parezca que le han ofendido gravemente de palabra, téngalo por respuesta y no por ofensa, pues él picó primero. El cual, trasladando muchas y zurciéndolas mal, de buenas comedias griegas hizo malas latinas. Ese mismo dió á la escena no ha mucho *El Fantasma*, de Menandro, y en la comedia *El Tesoro* representó que aquel á quien le pedían el oro había de probar como era suyo, antes que el demandante mostrase de dónde tenía aquel tesoro, ó quién lo había puesto en la sepultura de su padre.

De hoy más, no se engañe á sí mismo, ni diga entre sí: «Yo ya estoy bien acreditado; sus críticas no me alcanzan.» Que no se engañe, le digo; y deje ya de provocar á Terencio. Muchas más cosas podría decirle, que por ahora callaré; mas si persevera en herir, como lo viene haciendo, las descubriré después.

No bien los Ediles compraron esta comedia que vamos á representar, que es *El Eunuco*, de Menandro, el poeta

rancio recabó de ellos que se la dejasen ver. Comienza á representarse en presencia de los magistrados, y alza la voz diciendo que Terencio era ladrón y no poeta, y que había dado á luz una fábula en que ni aun palabras había puesto, porque era la antigua comedia *El Adulador*, de Nevio y Plauto, de donde había tomado las personas del truhán y del soldado. Si esto es falta, lo será por inadvertencia, no porque el poeta haya querido cometer hurto. Y que esto es así, vosotros mismos lo vais á sentenciar ahora.

Hay una comedia de Menandro, nominada *El Adulador*, en la cual entran un truhán, llamado *Colace*, y un soldado fanfarrón. El poeta confiesa haber tomado estas dos personas para su *Eunuco;* pero que las fábulas estuviesen ya hechas en latín, declara que no lo sabía. Y si no es lícito usar de unas mismas personas, ¿qué más lo será representar esclavos intrigantes, mujeres honradas, malas rameras, un truhán comilón, un soldado fanfarrón, niños sustituídos, esclavos que engañan á los viejos, el amor, el odio, la sospecha? En fin, nada hay ya que primero no esté dicho. Por lo cual es bien que vosotros atendáis estas razones y permitáis que los poetas noveles hagan lo que hicieron los antiguos. Dadnos favor y oidnos con silencio, para que entendáis qué os representa *El Eunuco.*



ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

FEDRO, PARMENÓN.

FEDRO.—¿Pues qué haré? ¿Será bien que vaya ahora que ella de su voluntad me llama, ó será mejor que me esfuerce á no sufrir afrentas de rameras? Echóme y ahora me torna á llamar: ¿volveré? No, así me lo ruegue.

PARMENÓN.—A fe, á fe que si tú pudieses hacer eso, nada mejor ni más propio de un hombre. Pero si lo emprendes y no perseveras en ello firmemente, cuando no pudiéndolo tú sufrir, sin llamarte nadie y sin hacer las paces, vinieres á su casa mostrando que la amas y que no puedes soportar su ausencia, acabado has, no hay más que hacer, perdido eres. Burlarse ha de tí cuando te sintiere rendido.

FEDRO.—Por tanto, tú, ahora que es tiempo, míralo muy bien.

PARMENÓN.—Señor, cuando la cosa en sí no tiene consejo, ni manera ninguna, nadie puede regirla ni tratarla con consejo. En el amor hay todas estas faltas: agravios, sospechas, enemistades, treguas, guerras, luego paces. Quien cosas tan inciertas pretendiese regirlas

con razón cierta, sería como quien quisiese hacer el loco con buen seso. Y todo eso que tú ahora piensas entre tí, muy colérico y airado: «¿Yo..... á una mujer que al otro..... que á mí..... que no.....? ¡Poco á poco; más quiero morir! Ya verá quien soy yo»; todas estas palabras las pagará ella, á buena fe, con una falsa lagrimilla, que, á fuerza de restregarse los ojos, hará ella salir por fuerza, y te acusarás á tí mismo, y tú voluntariamente le darás de tí entera venganza.

FEDRO.—¡Oh, qué indignidad! Ahora entiendo yo cuán gran bellaca es ella, y yo cuán mísero: y me enfado, y me abraso en su amor, y á sabiendas, en mi juicio, vivo, y viéndolo yo, me pierdo, y no sé qué me haga.

PARMENÓN.—¿Qué has de hacer, sino, pues estás cautivo, rescatarte por lo menos que pudieres; y si no pudieres por poco, por lo que pudieres, y no afligirte?

FEDRO.—¿Eso me aconsejas?

PARMENÓN.—Sí, si eres cuerdo. Y que no añadas más pesadumbres á las que el mismo amor se trae consigo, y que las que él trae, las sufras con valor. (Indicando á Tais, que en este momento sale de su casa.) Pero hela dónde sale la piedra de nuestra granja; pues lo que nosotros habíamos de medrar ella lo rapa.

ESCENA II.

TAIS, FEDRO, PARMENÓN.

TAIS.— (Sin verlos.) ¡Desdichada de mí! ¡Qué recelo tengo no haya sentido mucho Fedro el no haberle ayer dejado entrar en casa, y no lo haya tomado á otro fin del que yo lo hice!

FEDRO.— (A Parmenón.) Todo estoy temblando, Parmenón, y erizado después que he visto á ésta.

Parmenón.—Ten buen corazón, y allégate á este fuego, que tú te calentarás más de la cuenta.

Tais.—¿Quién habla aquí? ¡Ay, Fedro, alma mía! ¿aquí estabas tú? ¿por qué te parabas? ¿por qué no entrabas sin llamar?

Parmenón.—(Aparte.) Pero del no haberle admitido, ni palabra.

Tais.—¿Por qué no me respondes?

Fedro.—(Con ironía.) Sí, por cierto; pues tu puerta me está siempre abierta; en tu casa yo soy el más cabido.

Tais.—Déjate ahora de eso.

Fedro.—¿Qué dejar? ¡Oh Tais, Tais! ¡ojalá tú y yo corriésemos parejas en el amor, y fuésemos iguales en que, ó tú sintieses esto como yo lo siento, ó á mí no se me diese nada de lo que tú has hecho!

Tais.—¡No te atormentes, te ruego, alma mía, mi Fedro! que, en buena fe, no lo hice por amar ni querer á otro más que á tí, sino que se ofreció así el caso y no se pudo evitar.

Parmenón.—Yo creo que de tanto quererle, como sueles, le echaste á la calle. ¡Pobrecita!

Tais.—¡Ay, Parmenón! ¿y con esas me vienes? ¡Corriente! (A Fedro.) Pero óyeme á qué fin te mandé llamar aquí.

Fedro.—Sea.

Tais.—Díme, cuanto á lo primero, ¿este mozo puede callar?

Parmenón.—¿Yo? Muy bien. Pero mira, con tal condición te lo prometo, que lo que entiendo ser verdad lo callo y lo retengo muy bien; pero si es cosa falsa ó vana ó fingida, luego la digo. Por tanto, si tú quieres que yo calle, dí verdad.

Tais.—Mi madre era de Samos y vivía en Rodas.

Parmenón.—Callarse puede esto.

Tais.—Un mercader regalóle allí una muchacha que había sido robada en tierra de Atenas.

Fedro.—¿Ciudadana?

Tais.—Pienso que sí: cosa cierta no sabemos. A su padre y á su madre ella nombrábalos; mas su tierra y las demás señas, ni las sabía, ni tenía aún años para ello. Decía el mercader que de los corsarios de quien la había comprado, había entendido que la habían robado de Sunio. Mi madre, así que la recibió, comenzó á enseñarle cuidadosamente toda cosa y criarla con la misma diligencia que si fuera su hija propia. Los más creían que era hermana mia. Yo, con aquel con quien sólo tenía entonces amores, que era un forastero, víneme aquí; el cual me dejó todo esto que poseo.

Parmenón.—Lo uno y lo otro es mentira: fuera saldrá.

Tais.—¿Cómo mentira?

Parmenón.—Porque ni tú te tenías por contenta con uno, ni él solo te lo dió; que mi amo ha traído también á tu casa buena y grande parte.

Tais.—Así es; pero déjame venir á lo que quiero. En esto, el soldado, que había comenzado á ser mi galán, fuése á Caria. Entonces te conocí, y bien sabes tú después acá cuán en mis entrañas te tengo, y cómo fío de tí todos mis secretos.

Fedro.—Tampoco lo callará eso Parmenón.

Parmenón.—¿Qué hay que dudar en ello?

Tais.—Óyeme, por mi amor. Mi madre murió allí poco ha. Su hermano es algo codicioso del dinero; y como vió la moza de buena gracia, y que sabía tañer, confiando sacar de ella dinero, pónela luego en venta, y véndela. Por fortuna estaba casualmente allí mi amigo el capitán, y compróla para regalármela, sin saber nada de estas cosas y sin tener de ello noticia. Ahora ha venido, y como ha sentido que también contigo tengo trato, busca muy de veras achaques para no dármela. Dice que si él estuviese seguro de que yo le querré más que á tí, y no temiese que en teniéndola en mi poder, le deje, holgaría de dármela; pero que se recela de esto. Aunque, á lo que yo sospecho, él ha puesto su afición en la doncella.

Fedro.—¿Ha pasado más adelante?

TAIS. — No: estoy bien informada. Ahora, amor mío, hay muchas razones por donde yo deseo atrapársela. Primeramente, por haber sido tenida por hermana mía. Además, por restituirla y volverla á sus deudos. Soy mujer sola; no tengo aquí ni amigo ni pariente, y por esto, Fedro, querría con esta buena obra ganar algunos amigos. Ayúdame tú, por mi amor, para que mejor se haga. Deja que por unos pocos días sean del capitán las primeras veces en mi casa. ¿No me respondes?

FEDRO.—Malvada! ¿qué he de responderte yo con esos hechos?

PARMENÓN.—¡Oh, mi señor, muy bien! Al fin escocióte; eres todo un hombre.

FEDRO.—¡Como si yo no supiera dónde ibas á parar! *Robáronla de aquí pequeña; crióla mi madre como hija propia; fué tenida por hermana mía; deseo quitársela por volverla á sus deudos.....* Todas tus razones vienen á parar en que yo soy el despedido, y el otro el recogido. ¿Y por qué, si no porque le quieres más que á mí, y te recelas que ésa que ha traído te quite un tal amigo?

TAIS.—¿Yo me recelo de eso?

FEDRO.—¿Pues qué otra cosa te da pena? Di, ¿por ventura sólo él te hace presentes? ¿Has visto jamás que en cosa que á tí te tocase haya sido escasa mi liberalidad? Cuando me dijiste que deseabas una negra de Etiopía, ¿no lo dejé todo y la busqué? Dijísteme luego que querías un eunuco, porque no le tienen sino las reinas; hele habido. Ayer di por ambos esclavos veinte *minas*. Y con haberme tú tenido en poco, no me he olvidado de tí; y en pago de todo esto me desdeñas.

TAIS.—No más, amor mío, Fedro; que, aunque deseo quitársela, y por esta vía entiendo que se pudiera hacer fácilmente, con todo eso, por no enojarte, haré lo que tú mandes.

FEDRO.—Ojalá tú dijeses de corazón y con verdad eso de *por no enojarte;* que si yo creyese que lo dices con llaneza, á todo me pondría.

PARMENÓN.—(Aparte.) Ya cae; ¡qué presto le ha vencido con una palabrilla!

TAIS.—¡Ay, triste de mí! ¿y no lo digo yo de corazón? ¿Qué cosa me has pedido, aun en burlas, que no la hayas alcanzado? Y yo no puedo recabar de tí que me concedas siquiera dos días.

FEDRO.—¡Si no fuesen más de dos!..... Pero temo que esos dos días se me vuelvan veinte.

TAIS.—No serán en buena fe más de dos, ó.....

FEDRO.—¿O.....? no escucho más.

TAIS.—No serán más: hazme solamente esta merced.

FEDRO.—En fin, ha de ser lo que tú quieres.

TAIS.—Con razón te quiero mucho. Muy bien haces.

FEDRO.—Yo me iré á la granja, y me afligiré estos dos días. Resuelto estoy. Debemos complacer á Tais. Tú, Parmenón, haz que aquéllos (Aludiendo á los dos esclavos.) se traigan.

PARMENÓN.—¡A maravilla!

FEDRO.—Tais, pásalo bien estos dos días.

TAIS.—Y tú, mi Fedro. ¿Mandas otra cosa?

FEDRO.—Lo que yo quiero es que estando presente con ese soldado, estés ausente de él; de día y de noche me ames; me desees, me sueñes, me aguardes, pienses en mí, en mí confíes, conmigo te huelgues, toda estés conmigo; finalmente, haz que tu corazón sea todo él mío, pues el mío es todo tuyo.

ESCENA III.

TAIS.

TAIS.—¡Cuitada de mí! éste por ventura fía poco de mí, y me juzga por las condiciones de las demás. Mas yo, que me conozco, sé de cierto que en nada le he

mentido, y que en mi corazón no hay cosa más querida que mi Fedro, y que lo que he hecho, lo he hecho por la doncella. Porque casi casi pienso que he hallado ya á su hermano, que es un mancebo muy principal, el cual me ha prometido venir hoy á verme. Voyme, pues, á casa, y allí le aguardaré hasta que venga.



ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA

FEDRO, PARMENÓN.

FEDRO.—Haz lo que te dije; llevad esos eselavos.
PARMENÓN.—Se hará.
FEDRO.—Con diligencia.
PARMENÓN.—Se hará.
FEDRO.—Mas ha de ser presto.
PARMENÓN.—Todo se hará.
FEDRO.—¿Basta habértelo encargado así?
PARMENÓN.—¡Vaya una pregunta! ¡Como si fuese cosa muy difíeil! ¡Ojalá tan presto, Fedro, pudieses hallar algo, eomo este dinero será perdido!
FEDRO.—También me pierdo yo eon ello, que es cosa que me importa más. No te dé eso tanta pena.
PARMENÓN.—No á fe; sino que al punto eumpliré tus órdenes. ¿Mandas otra eosa?
FEDRO.—Adornarás nuestro presente con palabras lo mejor que puedas; y cuanto pudieres, apartarás de su cariño á mi rival.
PARMENÓN.—Por dieho me lo tengo, aunque no me lo adviertas.
FEDRO.—Yo me iré á la granja, y allí me estaré.

PARMENÓN.—(Con ironía.) Bien me parece.
FEDRO.—Pero, ¡hola, Parmenón!
PARMENÓN.—¿Qué quieres?
FEDRO.—¿Entiendes que me podré sufrir, y estar estos días sin venir acá?
PARMENÓN.—¿Tú? No creo tal. Porque, ó te tornarás luego, ó antes del amanecer te hará volver acá el insomnio.
FEDRO.—Haré algún ejercicio, hasta que me canse tanto, que duerma aunque me pese.
PARMENÓN.—Velarás cansado, y será mayor el daño.
FEDRO.—¡Bah! tú no sabes lo que dices, Parmenón. En verdad que tengo de echar de mí esta flaqueza de ánimo: gran regalón soy. ¡Cómo! ¿No me pasaré yo sin ella, si es menester, aun tres días enteros?
PARMENÓN.—¡Huy! ¡Tres días enteros! Mira lo que dices.
FEDRO.—Resuelto estoy.

ESCENA II.

PARMENÓN.

PARMENÓN.—¡Soberanos dioses! ¿y qué manera de enfermedad es ésta? ¿Que es posible que haga tanta mudanza en los hombres el amor, que diréis que uno no es el mismo? No había hombre más avisado que éste, ni más grave, ni más reglado en su vivir.—Pero ¿quién es éste que viene hacia acá? ¡Ta, ta! Es Gnatón, el *parásito* del soldado. Y trae consigo la doncella para presentarla á Tais. ¡Oh, qué hermoso rostro de mujer! ¡Harto será que no quede yo hoy corrido con mi viejo eunuco! Más hermosa es ésta que la misma Tais!

ESCENA III.

GNATÓN con una esclava, PARMENÓN.

Gnatón.—¡Soberanos dioses, lo que va de un hombre á otro! ¡Cuánta diferencia hay del sabio al necio! Esto se me ocurre ahora por lo que vais á oir. Hoy, viniendo, me topé con un hombre, así, de mi estado y calidad, buen hombre realmente, que también había consumido los bienes paternos, como yo. Véole maltratado, sucio, enfermo, cargado de años y remiendos, y dígole: «¿Qué facha es esa, amigo?» Díceme: «Mira á qué he venido, por haber perdido lo que tenía. Todos mis conocidos y amigos me abandonan.» Entonces yo, respecto de mí, le tuve en poco. «¿Qué es esto, digo, hombre follón? ¿de tal manera has ordenado tu vivir, que no te quede en tí esperanza alguna? ¿consejo y hacienda has perdido juntamente? ¿No me ves á mí, que soy de tu mismo estado? Mira qué color que tengo, qué lustre, qué traje, qué garbo de cuerpo: no tengo nada, y soy señor de todo; aunque no poseo nada, nada me falta.—Pero yo, cuitado, dice él, ni puedo sufrir que se rían de mí, ni que me den palos.—¿Cuánto piensas tú, le digo, que se gana por ahí de esa manera? Muy engañado estás. Un tiempo, los parásitos tenian de comer por esos medios: allá en los siglos pasados. Pero esta es una nueva manera de cazar. Yo soy el primero que he hallado este camino. Hay una casta de gentes que presumen de ser en todo los principales, aunque no lo son. Estos son muy hombres: á éstos no les doy yo lugar que se rían de mí; pero complázcoles voluntariamente y precio mucho sus habilidades; alabo cuanto dicen, y si lo contradicen, alábolo también. Si dice uno *no*, yo digo también *no;* y si dice *sí*, digo *sí*. Finalmente, heme propuesto

lisonjearlos en todo; que esto es hoy día lo que da más ganancia.»

PARMENÓN.—(Aparte.) ¡Qué hombre tán donoso! Este realmente hace de un necio un loco rematado.

GNATÓN.—Yendo así parlando, llegamos á la carnicería. Sálenme á recibir muy alegres todos los pasteleros, los atuneros, los carniceros, los cocineros, los morcilleros, los pescadores, los cazadores, á quienes yo en mi prosperidad, y aun después de ella, he valido y valgo muchas veces. Salúdanme, convídanme á cenar, danme la bien venida. Cuando aquel pobre hambriento me vió puesto en tanta honra y que con tanta facilidad ganaba de comer, comienza á suplicarme que le diese licencia para aprender de mí aquella habilidad. Mandéle que me siguiese, por ver si así como las sectas de los filósofos toman de ellos los nombres y apellidos, así también habría truhanes que se llamasen los Gnatónicos.

PARMENÓN.—(Aparte.) ¡Miren lo que hace la ociosidad y el comer á costa ajena!

GNATÓN.—Pero mucho me detengo en llevar esta moza á casa de Tais y rogarle que se venga á cenar. Mas á Parmenón, el criado de nuestro competidor, veo triste delante de la puerta de Tais. Salvos somos: mal les va aquí á éstos. Cierto que he de burlarme un poco de este fanfarrón.

PARMENÓN.— (Aparte.) Estos, con el agasajo, piensan que queda ya por suya Tais.

GNATÓN.—Gnatón besa las manos de su muy gran señor y amigo Parmenón. ¿De qué se trata?

PARMENÓN.—De estar aquí.

GNATÓN.—Ya lo veo; ¿pero ves algo aquí que no quisieras?

PARMENÓN.—A tí.

GNATÓN.—Lo creo. ¿Pero ves otra cosa?

PARMENÓN.—¿Por qué lo dices?

GNATÓN.—Porque estás triste.

PARMENÓN.—No, por cierto.

GNATÓN.—Ni lo estés. ¿Qué te parece esta esclava? (Mostrándola.)

PARMENÓN.—No es mala, en verdad.

GNATÓN.—(Aparte.) El hombre se quema.

PARMENÓN.—(Aparte.) ¡Cómo se engaña!

GNATÓN.—(Con sorna.) ¡Pues qué! ¿tan agradable piensas tú que le será á Tais este presente? (Aludiendo á la esclava.)

PARMENÓN.—Lo que con eso me dices, es que ya nosotros estamos fuera de esta casa. ¡Mira, Gnatón, que todas las cosas tienen su mudanza!

GNATÓN.—En todos estos seis meses, Parmenón, te haré que descanses, y que no andes corriendo de acá para allá, ni hayas de estar despierto hasta que amanezca. ¿No te parece que te hago dichoso?

PARMENÓN.—¿A mí? (Irónico.) ¡Oh!

GNATÓN.—Así me porto yo con los amigos.

PARMENÓN.—Muchas gracias.

GNATÓN.—Tal vez te detengo. ¿Ibas por ventura á alguna parte?

PARMENÓN—¿Yo? á ninguna.

GNATÓN.—Entonces préstame un pequeño servicio: haz que me dejen entrar allá. (Indicando la casa de Tais.)

PARMENÓN.—¡Bah, bah! Tú tienes ahora franca la puerta, porque traes á ésa.

GNATÓN.—(Con ironía.) ¿Quieres llamar á alguno? Yo le mandaré salir acá. (Éntrase en casa de Tais.)

PARMENÓN.—(Continuando.) Deja tú pasar estos dos días; que yo haré que tú, que ahora muy triunfante abres esas puertas con un dedo, las quieras abrir á coces y no puedas.

GNATÓN.—(Saliendo de casa de Tais.) ¿Aun estás aquí, Parmenón? ¿Has quedado acaso por guarda, porque no venga algún alcahuete de secreto á Tais de parte del soldado, eh?

PARMENÓN.—(Irónico) ¡Agudo dicho! ¿qué extraño es que al soldado le guste tanta sal?—Mas hacia acá veo venir al hijo menor de mi amo. Maravíllame cómo se ha

venido de Pireo, estando allí por mandado de la ciudad de centinela. Algo pasa. Y viene corriendo; no sé qué mira á la redonda.

ESCENA IV.

QUEREA, PARMENÓN.

QUEREA.—(Sin ver á Parmenón.) ¡Muerto soy! Ni la doncella está en parte ninguna, ni aun yo tampoco, que la he perdido de vista. ¿Dó la iré á buscar? ¿Por qué rastro la sacaré? ¿A quién preguntaré? ¿Qué camino tomaré? Suspenso estoy. Sola esta esperanza tengo: que doquiera que esté, no se puede ocultar mucho. ¡Oh, rostro hermoso! De hoy más, borro de mi memoria todas las demás mujeres; me apestan esas bellezas ordinarias.

PARMENÓN.—(A los espectadores) Catáos aquí otro. No sé qué habla de amores. ¡Oh, desdichado viejo! Este es realmente un mozo que si comienza á enamorarse, diréis que todo lo del otro (Alude á Fedro, hermano de Querea.) fué juego y donaire en comparación de lo que hará la furia de éste.

QUEREA.—(Sin ver á Parmenón.) ¡Los dioses y diosas destruyan á aquel viejo que me hizo detener hoy; y aun á mí también quisiera, porque me paré, y más aún, porque hice caso de él!—Pero he aquí á Parmenón. ¡Salud!

PARMENÓN.—¿Por qué estás triste, ó de qué tan agitado? ¿De dó vienes?

QUEREA.—Ni sé realmente de dó vengo, ni menos dónde voy; tan fuera estoy de mí.

PARMENÓN.—¿Cómo así?

QUEREA.—Estoy enamorado.

PARMENÓN.—¡Hum!

QUEREA.—Ahora, Parmenón, has de mostrar quién

eres. Ya sabes me tienes dicho muchas veces: «Querea, busca tú algo á que te aficiones; que yo haré que entiendas en esto cuánto valgo», cuando yo robaba de secreto toda la despensa de mi padre, para llevar á tu aposento.

Parmenón.—¡Taday, tonto!

Querea.—Ello es como te he dicho; cúmpleme ahora la palabra, si quieres. Especialmente que la cosa merece que tú emplees en ella toda tu habilidad. Porque no es la moza como las doncellas de nuestra tierra, á quienes las madres hacen ir con los hombros caídos, con el pecho apretado, porque sean delicadas. En cuanto una engorda un poco, dicen que es un gladiador; acórtanle la ración. Aunque ellas sean de buen natural, con este régimen las vuelven como juncos; que así las quieren.

Parmenón.—¿Y ésta tuya?

Querea.—Tiene un rostro peregrino.

Parmenón.—¡Hola!

Querea.—Un color sano, un cuerpo macizo y lleno de vida.

Parmenón.—¿Qué años?

Querea.—¿Años? diez y seis.

Parmenón.—La misma flor.

Querea.—Esta me la has de haber tú, ó por fuerza ó por maña ó por dinero; que á mí todo me es uno con tal que yo la goce.

Parmenón.—¿Y la doncella, cuya es?

Querea.—No sé en verdad.

Parmenón.—¿De dónde es?

Querea.—Tampoco lo sé.

Parmenón.—¿Dónde mora?

Querea.—Ni eso sé.

Parmenón.—¿Dó la viste?

Querea.—En la calle.

Parmenón.—¿Cómo la perdiste de vista?

Querea.—De eso, cabalmente, venía ahora mohino

conmigo mismo; que no creo que hay hombre á quien más contrarias les sean todas las buenas venturas.

PARMENÓN.—¿Qué desgracia es esa?

QUEREA.— ¡Perdido soy!

PARMENÓN.—¿Pues qué te pasa?

QUEREA.—¿Qué? ¿Conoces á Arquidémides pariente de mi padre, y de sus años?

PARMENÓN.—¿Cómo no?

QUEREA.—Éste, viniendo yo tras la doncella, se topó conmigo.

PARMENÓN.—Fué un contratiempo, en verdad.

QUEREA.— No, sino desgracia; que contratiempos, Parmenón, otras cosas son las que se han de llamar. Juramento podría hacer que ha bien seis meses ó siete que yo no le había visto hasta ahora, cuando menos lo quisiera y menos lo había menester. (Indignado.) ¡Ah! ¿No te parece esto increíble? ¿Qué me dices?

PARMENÓN.— ¡Increíble!

QUEREA.—Al verme, desde lejos viénese hacia mí corcovado, temblando, con los labios caídos, gimiendo, y díceme: «¡Hola! ¡hola, Querea! ¡A tí digo!» Paréme. «¿Sabes lo que te quiero?—Dí.—Que tengo mañana un pleito.—¿Qué más?—Que le digas sin falta á tu padre que se acuerde de venir mañana á ser mi valedor.» El decirme esto le cóstó una hora. Pregúntole si mandaba otra cosa: «No más», dice, y yo voyme. Cuando miré por mi doncella, ella, entretanto, habíase entrado aquí, en nuestra plaza.

PARMENÓN.— (Aparte.) Milagro será que no hable de ésta que ahora le han presentado á Tais.

QUEREA.—Cuando llego aqui, ya no estaba.

PARMENÓN.—¿Llevaba la doncella alguna compañía?

QUEREA.—Sí; un truhán con una moza.

PARMENÓN.— (Aparte.) ¡Ella es! (A Querea.) Descuidar puedes. No te fatigues; es negocio concluído.

QUEREA.—Tú no estás en lo que digo.

PARMENÓN.—Sí estoy, en verdad.

QUEREA.—¿Sabes quién es? Dímelo, ó si la has visto.
PARMENÓN.—La he visto y la conozco y sé dónde la han llevado.
QUEREA.—¡Oh, hermano Parmenón! ¿que la conoces?
PARMENÓN.—Sí.
QUEREA.—¿Y sabes dónde está?
PARMENÓN.—A casa de la ramera Tais la han traído, y á ella se la han regalado.
QUEREA.—¿Quién es tan poderoso para hacer un tal presente?
PARMENÓN.—El soldado Trasón, el rival de Fedro.
QUEREA.—Mal competidor tiene mi hermano.
PARMENÓN.—Pues si supieses qué presente tiene él en contra de ese, mejor lo dirías.
QUEREA.—¿Cuál, por tu vida?
PARMENÓN.—Un eunuco.
QUEREA.—¿Cuál? ¿Aquel hombre feo que ayer compró, viejo y mujer?
PARMENÓN.—Ese mismo.
QUEREA.—A él y á su presente les darán con la puerta en las narices. Pero no sabía yo que esa Tais era vecina nuestra.
PARMENÓN.—Ha poco que lo es.
QUEREA.—¡Oh, pobre de mí! ¡Y que yo no la haya visto nunca....! Pero díme, ¿es tan hermosa como dicen?
PARMENÓN.—Sí.
QUEREA.—¡Pero no tendrá que ver con ésta mía! (Alude á la doncella que se le ha perdido de vista.)
PARMENÓN.—Otra cosa es.
QUEREA.—Parmenón amigo, ruégote que hagas como yo goce de ella.
PARMENÓN.—Lo haré con diligencia: yo lo procuraré, y te ayudaré. ¿Mandas algo más?
QUEREA.—¿Dónde vas ahora?
PARMENÓN.—A casa: á llevar á Tais esos esclavos, (El eunuco y la negra.) como tu hermano lo mandó.

Querea.—¡Oh! ¡dichoso eunuco, que en tal casa va á entrar!

Parmenón.—¿Cómo así?

Querea.—¿Eso me preguntas? Verá siempre en casa una compañera de muy hermoso rostro; hablará con ella; estará en una misma casa; comerá algunas veces con ella, y aun algunas veces dormirá cabe ella.

Parmenón.—¿Y si fueses tú el afortunado?

Querea.—¿De qué manera, Parmenón? Dímelo.

Parmenón.—Vistiéndote tú las ropas del eunuco.

Querea.—¿Sus ropas? ¿Y qué más?

Parmenón.—Yo te llevaré en su lugar.

Querea.—¡Ya!

Parmenón.—Y diré que eres él.

Querea.—Entiendo.

Parmenón.—De suerte que goces tú de aquellos bienes que decías ahora que él gozaría; comas con ella, estés, juegues con ella, la toques, duermas cerca de ella: pues allí nadie te conoce, ni sabe quién tú eres. Además de esto, tu rostro y años son tales, que pasarás fácilmente por eunuco.

Querea.—Muy bien has dicho: en mi vida ví dar mejor consejo. ¡Ea! vamos allá dentro. Vísteme luego; llévame de aquí; llévame lo más presto que puedas. (Empuja á Parmenón.)

Parmenón.—¿Qué haces? Que burlando lo decía.

Querea.—¿Búrlaste de mí? (Ase de Parmenón con violencia.)

Parmenón.—¡Perdido soy! ¡Pobre de mí! ¿qué hice yo? ¿A dó me empujas? ¡Cata que me vas á derribar! ¡A tí digo! ¡Espera!

Querea.—Vamos.

Parmenón.—¿Aun prosigues?

Querea.—Estoy decidido.

Parmenón.—Cata que es negocio demasiado caliente.

Querea.—No, en verdad: déjame hacer.

Parmenón.—Al cabo sobre mis costillas molerán el trigo.

QUEREA.—¡Bah!

PARMENÓN.—Gran bellaquería hacemos.

QUEREA.—¿Bellaquería es ir á casa de una ramera, y darles el pago á aquellas que son nuestros verdugos, y nos tienen en poco á nosotros y á nuestros pocos años, y nos dan mil maneras de tormentos; y engañarlas como ellas nos engañan? ¿Parécete que sería mejor urdir engaños á mi padre? Esto lo tendrán por malo todos los que lo sepan, y esotro lo darán por muy bien hecho.

PARMENÓN.—(Accediendo á duras penas.) ¡Corriente! Si determinado estás á hacerlo, hazlo; pero después no me cargues á mí la culpa.

QUEREA.—No.

PARMENÓN.—¿Mándasmelo?

QUEREA.—Yo te lo mando, te lo ordeno y te obligo. Nunca me retractaré de haber usado de esta autoridad. Sígueme.

PARMENÓN.—Los dioses nos den próspero suceso.



ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

GNATÓN, TRASÓN, PARMENÓN.

TRASÓN.—¿Conque Tais me mandaba muchas gracias?

GNATÓN.—Muy grandes.

TRASÓN.—¿De veras está alegre?

GNATÓN.—No tanto en verdad por el valor del presente, cuanto por habérselo tú dado: de esto está ella más ufana.

PARMENÓN.—(Saliendo de casa de su amo.) A ver vengo cuándo será tiempo de traerlos. Pero he aquí al soldado.

TRASÓN.—Cierto que es buen hado mío, que todo cuanto yo hago se me agradece.

GNATÓN.—Así lo he echado de ver.

TRASÓN.—Hasta el mismo rey, por la menor cosa que yo hacía me daba siempre las gracias. No se portaba así con los demás.

GNATÓN.—La gloria ajena á costa de grandes trabajos adquirida, con una palabra háecla suya muchas veces el que tiene la sal que tú.

TRASÓN.—En el caso estás.

GNATÓN.—El rey, pues, á tí sobre las niñas de sus ojos.....

Trasón.—Cabal.
Gnatón.—.....te llevaba.
Trasón.—Sí. Y confiaba de mí todo su campo, y todos sus secretos.
Gnatón.—Admirable.
Trasón.—Y si alguna vez los hombres ó los negocios le cansaban ó enfadaban, cuando él quería descansar, como..... ¿ya me entiendes?
Gnatón.—Sí: como quien quiere escupir del alma aquella fatiga.
Trasón.—Cabal. Entonces á mí solo me llevaba por su convidado.
Gnatón.—¡Huy! ¡qué rey tan discreto me cuentas!
Trasón.—¡Oh! él es así, un hombre que trata con muy pocos.
Gnatón.—Mejor dirás con ninguno, á mi parecer, si sólo contigo vive.
Trasón.—Todos me tenían envidia, y me roían en secreto; pero yo no los estimaba á todos en un pelo. Y ellos, á tenerme extraña envidia; pero sobre todos uno, á quien el rey había hecho coronel de los elefantes de la India. Como este comenzó á serme más pesado, díjele: —Dime, Estratón, ¿haces tanto del bravo porque tienes mando sobre las bestias?
Gnatón.—Gracioso dicho en verdad, y sabiamente dicho: ¡oh! ¡degollástele! ¿y él que te respondió?
Trasón.—Quedó mudo.
Gnatón.—¿Cómo no?
Parmenón.—(Aparte y aludiendo á Trasón.) ¡Soberanos dioses! ¡qué cabeza tan miserable y tan perdida! (Indicando á Gnatón.) Y aquel otro ¡cuán gran bellaco!
Trasón.—Y bien: ¿nunca te he contado, Gnatón, cómo te toqué á uno de Rodas en un convite?
Gnatón.—Nunca. Pero cuéntamelo, por tu vida. (Aparte.) Más se lo he oído de mil veces.
Trasón.—Estaba este mancebillo de Rodas que te digo juntamente conmigo en el convite, y yo por casu

lidad tenía allí una pendanga. Él comenzó á burlar con ella y mofar de mí. Dígole yo:—¿Qué es eso, sin vergüenza? ¿Siendo tú la misma liebre, buscas carne de la pulpa?

GNATÓN.—¡Ja, ja, je!

TRASÓN.—¿Qué tal?

GNATÓN.—Gracioso, gustoso, delicado dicho: no hubo más que pedir. ¿Y tuyo era, por tu vida? Yo por más antiguo lo tenía.

TRASÓN.—¿Habíaslo oído?

GNATÓN.—Muchas veces, y es muy preciado.

TRASÓN.—Pues mío es.

GNATÓN.—¡Lástima que lo empleases en un mancebillo indiscreto é hidalgo.

PARMENÓN.—(Aparte.) Los dioses te destruyan.

GNATÓN.—¿Y él, dime, qué.....?

TRASÓN.—Quedó corrido; y los que estaban allí, muertos de risa. En fin, ya todos me tenían miedo.

GNATÓN.—Con razón.

TRASÓN.—Pero oye, Gnatón, ¿paréccte que yo me disculpe con Tais, pues sospecha que esta esclava (Alude á Pánfila.) es mi amiga?

GNATÓN.—En ninguna manera: antes has de acrecentarle más esa sospecha.

TRASÓN.—¿Por qué?

GNATÓN.—¿Y lo preguntas? ¿Sabes por qué? Si ella alguna vez hiciere mención de Fedro ó le alabare por darte tormento.....

TRASÓN.—Entiendo.

GNATÓN.—.....para que esto no acaezca, sólo hay un remedio. Cuando ella nombre á Fedro, tú á Pánfila en la hora. Si ella dijere: «Traigamos á Fedro á comer», tú «llamemos á Pánfila á cantar.» Si ella alabare el buen parecer de Fedro, tú, por el contrario, el de Pánfila. Finalmente, ajo por ajo y que la pique.

TRASÓN.—Buen remedio sería este, Gnatón, si ella me amase.

Gnatón.—Pues recibe y precia lo que tú le envías, no es nuevo el tenerte ella amor, ni es nuevo el poder tú hacer algo que le duela. Siempre estará con miedo de que el provecho que ella ahora recibe, le des á otra si te enojas.

Trasón.—Bien dices: no había yo caído en la cuenta.

Gnatón.—¡Qué gracia! porque no te habías puesto á pensarlo; que si lo pensaras, ¡cuánto mejor que yo lo trazaras tú, Trasón!

ESCENA II.

TAIS, TRASÓN, PARMENÓN, GNATÓN.

Tais.—La voz del capitán me parece que he oído. Y hele aquí. ¡ Bien venido, Trasón, amor mío!

Trasón.—¡Oh, mi señora Tais, dulce beso mío! ¿qué se hace? ¿Quiéresme mucho por esta tañedora?

Parmenón. — (Oculto para los demás personajes.) ¡ Qué discreto es! ¡qué buena entrada ha tenido por llegar!

Tais.—Muy mucho por tu merecimiento.

Gnatón.—Vamos, pues, á cenar. ¿Por qué te detienes?

Parmenón.—(Aparte.) Cata aquí al otro: diréis que ha nacido para servir á su vientre.

Tais.—Cuando quisieres: no estéis por mí.

Parmenón.—(Aparte.) Iré y haré como que salgo ahora. Tais, ¿has de ir á alguna parte?

Tais.—¡Ah, Parmenón! Bien has hecho: sí, ir tengo.....

Parmenón.—¿Adónde?

Tais.— (Bajo, aludiendo por señas á Trasón.) ¿No ves aquí á éste?

Parmenón.—(Bajo á Tais.) Ya le veo, y me enfada. Cuan-

do quieras, aquí están los presentes de Fedro á tu servicio.

Trasón.—¿Por qué nos detenemos? ¡Ea! vamos de aquí.

Parmenón.—(A Trasón.) Suplícote que con tu licencia podamos darle á ésta lo que queremos, verla y hablar con ella.

Trasón.—(Irónico.) ¡Hermosos presentes por cierto! ¡no se parecen á los nuestros!

Parmenón.—Por la obra se verá. (A un siervo.) ¡Hola! haz que salgan acá esos que mandé traer: ¡presto! Pasa tú acá. (Preséntase una negra.) Esta ha venido desde Etiopía.

Trasón.—Esta valdrá tres *minas*.

Gnatón.—Apenas.

Parmenón.—¿Dó estás tú, Doro? Llégate acá. (A Tais.) Cata aquí el eunuco. ¡Mira qué cara de hidalgo y qué años tan tiernos!

Tais.—Así los dioses me amen, como él es hermoso.

Parmenón.—¿Qué dices tú, Gnatón? ¿Tienes algo aquí que despreciar? ¿Y tú, Trasón, qué dices? Harto le alaban, pues que callan. Pues examínale en cosa de letras, en la lucha, en la música; que yo te le doy por hábil en todo lo que le está bien saber á un hidalgo mozo.

Trasón.—(Aparte á Gnatón.) Yo á ese eunuco..... si menester fuese, sin beber mucho.....

Parmenón.—(A Tais.) Y el que esto te envía, no te pide que estés por solo él, ni que por él eches de tu casa á los demás. Ni te cuenta sus batallas; ni muestra sus señales de heridas; ni te va á la mano, como algún otro lo hace; sino que, cuando te diere gusto, cuando tú quisieres, cuando tuvieres lugar, entonces se dará por contento, si le recibieres.

Trasón.—(A Gnatón.) Este siervo parece ser de algún amo pobre y miserable.

Gnatón.—Bien creo yo que el que tuviera con qué comprar otro, no sufriría á éste.

PARMENÓN.—Calla tú, que eres el más abatido de los abatidos; porque un hombre que se pone á lisonjear á éste (Señalando á Trasón.), creo que se pondrá también á sacar la comida del fuego con la boca.

TRASÓN.—(A Tais) ¿Vámonos ya?

TAIS.—Haré entrar primero á estos esclavos, y juntamente mandaré lo que quiero que se haga, y luego saldré. (Entrase en casa.)

TRASÓN.— (A Gnatón.) Yo me voy: aguarda tú á Tais.

PARMENÓN.—(En tono zumbón.) ¡No es bien que un General vaya por la calle con su amiga!

TRASÓN.—¿Qué quieres que te diga? Te pareces á tu amo.

GNATÓN.—¡ Ja! ¡ja! ¡je!

TRASÓN.—¿De qué te ríes?

GNATÓN.—De eso que ahora dijiste, y también cuando me acuerdo de aquel dicho del de Rodas. Pero Tais sale.

TRASÓN.—Vé delante, corre; para que todo esté á punto en casa.

GNATÓN.—Sea.

TAIS.— (Saliendo de su casa y hablando con Pitias, que está dentro.) Mira, Pitias, que procures con diligencia, si Cremes por casualidad viniere aquí, rogarle sobre todo que me espere; y si esto no le acomoda, que vuelva, y si no pudiere, llévamele allá.

PITIAS.—Asi lo haré.

TAIS.—¿Qué?..... ¿Qué otra cosa tenía que decirte? ¡Ah! mucho cuidado con esa doncella: y mira, que me estéis en casa.

TRASÓN.—Vamos.

TAIS.—(A sus doncellas.) Seguidme vosotras.

ESCENA III.

CREMES.

Cremes.– Realmente que cuanto más y más lo pienso, creo que me ha de causar esta Tais algún gran daño, según veo que me va caseando astutamente desde la primera vez que me mandó que me llegase hasta su casa. Alguno me preguntará: «¿Qué tenías tú con ella?» Cierto que ni la conocía. Cuando vine, halló achaque para hacerme quedar allí. Díceme que había ofrecido un sacrificio y que tenía que tratar conmigo un negocio de importancia. Ya yo estaba con sospecha que todo esto lo hacía con engaño. Arrimábaseme, entrometíase conmigo, buscaba ocasión de conversación. Cuando vió que yo le respondía fríamente, vino á dar en esto: Cuánto hacía que se habían muerto mis padres: «Ya ha mucho», le digo; si tenía alguna granja en Sunio, y si estaba lejos de la mar. Yo creo le debe haber parecido bien, y que piensa si me la podrá rapar. Finalmente, si se me había perdido allí alguna hermana pequeña, y quién con ella juntamente, y si habría quién la pudiese conocer. ¿A qué fin estas preguntas, si no pretende, según la mujer es de atrevida, darme á entender que es ella la hermana que se me perdió? Pero aquélla, si es viva, tiene diez y seis años, y no más. Tais es de algo más tiempo que no yo. Segunda vez me ruega por un siervo que venga. Diga, pues, lo que quiere ó no me dé más fatiga; que á buena fe que no vuelva acá la tercera vez. (Llamando á la puerta de Tais.) ¡Ah de casa!

ESCENA IV.

PITIAS, CREMES.

PITIAS.—(Dentro.) ¿Quién está ahí?
CREMES.—Yo soy. Cremes.
PITIAS.—(Saliendo.) ¿Oh, mancebo gallardísimo!
CREMES.—(Aparte.) ¡Lo dicho: aquí quieren cazarme!
PITIAS.—Tais te pide por merced que vuelvas mañana.
CREMES.—A mi alquería me voy.
PITIAS.—Hazlo por mi amor.
CREMES.—Digo que no puedo.
PITIAS.—Estáte á lo menos aquí con nosotras hasta que ella vuelva.
CREMES.—Ni eso tampoco.
PITIAS.—¿Por qué no, Cremes de mi alma?
CREMES.—Quítateme allá en mal hora.
PITIAS.—Si así lo determinas, vé á lo menos, por mi amor, donde ella está.
CREMES.—Sea.
PITIAS.—Vé, Dorias; lleva de presto á éste á casa del soldado.

ESCENA V.

ANTIFÓN, solo.

ANTIFÓN.—Ayer algunos mancebos en Pireo convinimos en comer juntos hoy, á escote. Dímosle á Querea el encargo, depositamos nuestras sortijas, señalamos lugar y hora: la hora ya es pasada, en el lugar donde

concertamos no hay cosa aparejada, el hombre no parece. Ni sé qué me diga, ni sé qué me piense. Ahora todos los otros me han encargado que le busque. Voy á ver si está en su casa. (Aparece Querea vestido con la ropa del eunuco.) ¿Quién es éste que sale de la de Tais? ¿Es él ó no es él? Realmente que es él. ¿Qué facha de hombre es éste? ¿Qué manera de traje? ¿Qué desgracia es ésta? No salgo de mi asombro; todo me vuelvo conjeturas. Ante todo, apartaréme, para averiguar lo que es.

ESCENA VI.

QUEREA, ANTIFÓN.

Querea.—¿Hay alguno aquí? No hay nadie. ¿Sígueme alguno de la casa? (Mirando á la de Tais.) Nadie. ¿Puedo ya hacer que reviente este mi contento? ¡Oh Júpiter! Esta es realmente la hora en que te podría tomar con paciencia que me matasen, porque el resto de mi vida no me agüe con alguna pesadumbre este mi gozo. Pero ¿no me toparía yo ahora con un amigo curioso que me siguiera por doquiera que fuese y me moliese y me matase á poder de preguntarme qué regocijo es éste, ó qué alegría, á dónde voy, ó de dó me escapo, de dónde he habido este vestido, qué pretendo con él, si estoy en mi seso ó si estoy loco?

Antifón.—(Aparte.) Voy á darle ese contento que desea. (Alto.) ¿Qué es esto, Querea? ¿de qué estás así regocijado? ¿qué vestido es éste? ¿de qué vienes tan alegre? ¿qué pretendes? ¿estás en tu seso? ¿qué me miras? ¿por qué no me respondes?

Querea.—¡Oh, encuentro apacible al presente para mí! Amigo, bien venido seas. Con ninguno me pudiera yo ahora topar que más placer me diese, que contigo.

ANTIFÓN.—Cuéntame, por tu vida, lo que te pasa.

QUEREA.—Antes yo, en verdad, te suplico que me oigas. ¿Conoces á ésta que es amiga de mi hermano?

ANTIFÓN.—Sí, creo que es Tais.

QUEREA.—Esa misma.

ANTIFÓN.—Así lo tenía entendido.

QUEREA.—Hanle hoy regalado una doncella, cuyo gracioso rostro no hay para qué yo te lo diga, Antifón, ni te lo alabe, pues ya tú sabes cuán buen juez de rostros soy. Heme aficionado á ella.

ANTIFÓN.—¿De veras?

QUEREA.—Yo sé que si tú la ves, dirás que es la primera. ¿Que es menester rodeos? Comencé á amarla. Había casualmente en nuestra casa un eunuco que mi hermano había mercado para Tais, y aun no se le habían llevado. Aconsejóme entonces mi criado Parmenón una traza que yo al punto hice mía.

ANTIFÓN.—¿Cuál?

QUEREA.—Callando lo entenderás más presto: que yo trocase con él las ropas, y me hiciese presentar en lugar de él.

ANTIFÓN.—¿En lugar del eunuco?

QUEREA.—Sí.

ANTIFÓN.—¿Y qué provecho habías de sacar de eso?

QUEREA.—¡Vaya una pregunta....! Verla, oirla, estar en compañía de aquella que deseaba, Antifón. ¿No te parece bastante causa y razón para hacerlo? Entréganme, en fin, á la mujer. Ella me recibe muy alegre, me lleva á su casa, encomiéndame la doncella.

ANTIFÓN.—¿A quién? ¿á tí?

QUEREA.—Á mí.

ANTIFÓN.—A buen seguro, cierto.

QUEREA.—Manda que varón ninguno se llegue á ella, y á mí encárgame que no me aparte de ella, sino que en lo más secreto de la casa me esté con ella sola. Acéptolo, puestos mis ojos en el suelo de vergüenza.

ANTIFÓN.—¡Cuitado!

Querea.—«Yo, dice, me voy convidada á cenar.» Y llévase consigo sus criadas. Quedan unas pocas para estar con ella; criadas bisoñas. Aparéjanle luego el baño; dígoles que se den prisa. Mientras lo aparejaban, la doncella estaba sentada en su cámara, mirando una pintura en la cual estaba dibujado como dicen que un tiempo Júpiter había descargado en el regazo de Danae una lluvia de oro. Comencé yo tambien á mirarla. Y como él antaño había hecho otra burla semejante, tanto más yo en mi alma me alegraba viendo que un dios se había transformado en hombre y venido á casa ajena escondidamente por el tejado á engañar á una mujer. ¿Y qué dios, sino aquel que con sus truenos hace temblar á los más altos alcázares del cielo? ¿Y yo, hombrecillo, no lo había de hacer? ¡Pardiez, que lo hice; y aun de buena gana! Mientras yo estaba en estos pensamientos, llaman á la doncella, para que vaya al baño. Va, báñase, y vuelve. Después ellas échanla en la cama. Yo me estaba de pies, aguardando si me mandarían algo. Viene una y díceme: «¡Hola, Doro! toma este abanico y hazle á ésta viento así (Imitando la acción de abanicar.), mientras nosotras nos bañamos. Cuando nosotras nos hayamos bañado, te bañarás tú, si quieres.» Tomo el abanico con aire de tristeza.

Antifón.—¡Oh, quién viera allí esa tu cara desvergonzada! ¡Qué facha tendría un tan grande asno como tú con el abanico en la mano!

Querea.—Apenas la criada me hubo dicho esto, cuando botan todas afuera, vanse á bañar, triscan como lo suelen hacer cuando están fuera los señores. En esto quédase dormida la doncella. Yo cautamente miro de tras ojo, así (Mirando.), por el abanico, y reconozco juntamente si todo lo demás estaba seguro. Veo que lo estaba; echo el cerrojo á la puerta.

Antifón.—¿Qué más?

Querea.—¿Cómo *qué más*, simple?

Antifón.—Tienes razón.

Querea.—¿Y había yo de dejar pasar una ocasión

tan grande, tan breve, tan deseada y que tan sin pensar se me ofrecía? Entonces fuera yo de veras el que me fingía ser.

Antifón.—Dices muy gran verdad. Pero ¿qué hay de la comida?

Querea.—Todo está á punto.

Antifón.—Hombre de recado eres. ¿En dónde? ¿en tu casa?

Querea.—No; en la del liberto Disco.

Antifón.—¡Qué lejos.....! Pero tanto mayor prisa nos demos. Muda de ropas.

Querea.—¿Dónde me mudaré, pobre de mí? Porque á casa no puedo ir ahora. Temo que esté allí mi hermano, y también que haya vuelto ya mi padre de la granja.

Antifón.—Vamos á mi casa; que esto es lo más cerca donde te mudes.

Querea.—Bien dices. Vamos. Y de paso quiero consultar contigo acerca de esta moza cómo la podré gozar en adelante.

Antifón.—Sea.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

DORIAS.

DORIAS.—Así me amen los dioses, como yo, cuitada, según vi al soldado, temo no haga hoy aquel loco á Tais alguna revuelta ó alguna fuerza. Porque en cuanto llegó allá ese mancebo Cremes, hermano de la doncella, ruégale al soldado que le mande entrar. El soldado puso al instante mala cara; pero no osaba decirle que no. Tais comienza á porfiarle que convide al hombre. Esto hacíalo ella por entretener á Cremes; porque entonces no era ocasión pára decirle lo que le quería descubrir acerca de su hermana. Convidóle de mala gana. Quédase Cremes. Ella comienza á trabar con él conversación. El soldado entiende que le ha metido á su competidor por los ojos, y quiere también él á ella darle pena. «¡Hola, mozo! dice; llámanos aquí á Pánfila para que nos regocije.—¡De ninguna manera! grita Tais. ¿Ella al convite?» El soldado rompe á reñir con Tais. Y mi señora quítase secretamente los anillos y dámelos á guardar. Señal de que en pudiendo se escabullirá de sus manos: yo lo sé.

ESCENA II.

FEDRO.

FEDRO.—Yendo á la granja, comencé por el camino á discurrir entre mí de una cosa en otra, como suele acaecer cuando alguna pasión hay en el alma, y á pensar en todas lo peor. ¿Qué es menester razones? Yendo en esto pensativo, sin caer en la cuenta, me pasé de largo de la granja; cuando dí en la cuenta, ya me había alejado mucho. Vuelvo atrás harto mohino. Paréme, y comencé á pensar entre mí mismo: ¡Ah! ¿dos días he de estar aquí, solo, sin ella? ¿No hay algún remedio? Ninguno.—¿Eh? ¿Ninguno? ¿Ya que no tenga lugar de tocarla, no le tendré siquiera de verla? ¡Oh! si aquello no es posible, esto á lo menos lo será; que todavía es algo gozar siquiera de la última raya del amor.» Y así me pase á sabiendas de la granja.—Pero ¿qué ocurre, que Pitias sale de casa tan alterada y tan de prisa?

ESCENA III.

PITIAS, DORIAS, FEDRO.

PITIAS.—¿Dónde hallaría yo, cuitada, á aquel malvado y descomedido, ó dónde le iría yo á buscar? ¡Y que haya tenido semejante atrevimiento!

FEDRO.—(Aparte.) ¡Pobre de mí! ¡Qué habrá sido esto!

PITIAS.—(Aparte.) Y el muy bribón, después de haber escarnecido á la doncella, le rasgó á la infeliz toda la ropa y le deshizo todo su peinado.

FEDRO.—(Aparte, con indignación y asombro.) ¡Eh!

PITIAS.—¡Oh, quién le tuviera ahora aquí! ¡Cómo le arremetiera prestamente á los ojos con mis uñas al hechicero!

FEDRO.— (Aparte.) No sé qué revuelta ha habido en casa en mi ausencia. Acercaréme.—¿Qué es eso, Pitias? ¿A dó corres? ¿A quién buscas?

PITIAS.—¡Ah, Fedro! ¿Que á quién busco....? ¡Véteme de aquí donde mereces con tus presentes tan donosos!

FEDRO.—¿Qué es ello?

PITIAS.—¿Y lo preguntas? El eunuco que nos diste, ¿qué escándalos piensas nos ha hecho? Ha seducido á la doncella que el soldado habia regalado á mi señora.

FEDRO.—¿Qué me dices?

PITIAS.—¡Ay, cuitada de mí!

FEDRO.—Borracha estás.

PITIAS.—¡Así se vean los que mal me quieren!

DORIAS.—¡Ay, Pitias mía! díme por tu vida: ¿qué monstruo era ése?

FEDRO.—Tú estás loca. ¿Cómo pudo un eunuco hacer cosa semejante?

PITIAS.—Yo no sé quien él es; pero lo que él ha hecho, por la obra se ve. La pobre doncella está llorando, y si le preguntan qué ha, no lo osa decir. Y á todo esto, el hombre de bien no parece por ninguna parte, y aun sospecho, cuitada, no se me haya llevado algo de casa á la partida.

FEDRO.—No sé yo que se pueda haber ido muy lejos el follón, si ya no se nos ha vuelto á nuestra casa.

PITIAS.—¡Mira, por mi amor, si está!

FEDRO.—Yo haré presto que lo sepas.

DORIAS.—¡Ay, cuitada de mí! Te digo, hija, que en mi vida he oído tan gran bellaquería.

PITIAS.—Yo bien había oído decir, en buena fe, que los eunucos eran muy aficionados á las mujeres, pero que no podían hacer nada. Pero yo no pensé en ello, cuitada de mí; que le hubiera encerrado en alguna parte, y nunca le hubiera encomendado la doncella.

ESCENA IV.

FEDRO, DORO, PITIAS, DORIAS.

FEDRO.—(A la puerta de su casa.) ¡Sal acá fuera, bribón! ¿Aun te detienes, fugitivo? ¡Ven acá, eunuco de perdición!

DORO.—(En ademán suplicante.) ¡Por lo más sagrado!.....

FEDRO.—¡Oh, mira cómo tuerce la boca el bellaco verdugo! ¿Qué vuelta es ésta por acá? ¡Qué mudanza de traje es ésta? ¿Qué dices? Si un poco me descuido, Pitias, no le atrapo en casa, según había aparejado ya su fuga.

PITIAS.—¿Tienes el hombre por tu vida?

FEDRO.—¿Pues no le había de tener?

PITIAS.—¡Oh, qué bien lo has hecho!

DORIAS.—¡Vaya si estuvo bien!

PITIAS.—¿Dónde está?

FEDRO.—¿Eso preguntas? ¿No le ves ahí?

PITIAS.—¿Que si le veo? ¿Quién es?

FEDRO.—Este.

PITIAS.—¿Quién es este hombre?

FEDRO.—El que os llevaron hoy á vuestra casa.

PITIAS.—A éste, Fedro, ninguna de nosotras jamás le ha visto de sus ojos.

FEDRO.—¿Que no le ha visto?

PITIAS.—¿Este creiste tú de veras que nos habían traído á nuestra casa?

FEDRO.—¿Pues cuál.....? Otro ninguno yo no he tenido.

PITIAS.—¡Bah! ¡qué tiene que ver éste con el otro! Aquél era de rostro hermoso y ahidalgado.

FEDRO.—Parecíótelo entonces así, porque estaba vestido de colores: y como ahora no los lleva, te parece feo.

PITIAS.—¡Calla, por tu vida! ¡Como si fuese poca

la diferencia! El que trajeron á nuestra casa es un mancebillo que tú holgaras, Fedro, de verle. Este está marchito, viejo, dormidor, arrugado, de color de comadreja.

Fedro.—¿Qué cuentos son éstos? A punto me traes, que yo mismo no sepa lo que he hecho. (A Doro.) Díme tú, ¿no te compré yo á tí?

Doro.—Me compraste.

Pitias.—Mándale que me responda á mí ahora.

Fedro.—Pregúntale.

Pitias.—¿Has venido tú hoy á nuestra casa? (Doro hace un signo negativo.) Mira cómo dice que no. El que vino sería de diez y seis años, y Parmenón le trajo consigo.

Fedro.—Ea, pues, decláramelo ya esta maraña primeramente: ¿esas ropas que tienes, de dónde las has habido? ¿Y aún callas? ¡Monstruo de natura humana! ¿no hablarás?

Doro.—Vino Querea.....

Fedro.—¿Mi hermano?

Doro.—Sí.

Fedro.—¿Cuándo?

Doro.—Hoy.

Fedro.—¿Cuánto ha?

Doro.—Poco.

Fedro.—¿Con quién?

Doro.—Con Parmenón.

Fedro.—¿Conocíasle tú antes de ahora?

Doro.—No. Ni quién fuese había oído.

Fedro.—¿De dónde, pues, sabías que él era mi hermano?

Doro.—Parmenón decía que lo era. (Continuando su declaración.) Me dió este vestido.....

Fedro.—Perdido soy.

Doro.—(Terminando.) Y él se puso el mío. Después se salieron juntos de casa.

Pitias.—Bien á la clara ves ya que yo no estoy borracha, y que no te he mentido en nada; bien notoria está la seducción de la doncella.

FEDRO.—¡Calla, bestia! ¿á éste das tú crédito?

PITIAS.—¿Qué necesidad tengo yo de creer á ése? Ello mismo lo dice.

FEDRO.—(A Doro.) Hazte hacia allá un poco: ¿entiendes? Otro poco más. Basta. Dime ahora de nuevo: ¿Querea te quitó á tí tu vestido?

DORO.—Sí.

FEDRO.—¿Y él se lo puso?

DORO.—Sí.

FEDRO.—¿Y en tu lugar fué traído á esta casa? (Indicando la de Tais.)

DORO.—Sí.

FEDRO.—(Con ironía.) ¡Oh, soberano Júpiter, y qué hombre tan bellaco y atrevido!

PITIAS.—¡Ay de mí! ¿Todavía no crees las fuertes burlas que nos han hecho?

FEDRO.—Ya me maravillaba yo que tú no creyeses lo que ése dice. (Aparte.) No sé qué me haga. (A Doro, en voz baja.) ¡Hola, tú! Niégalo ahora todo. (Alto.) ¿No he de poder yo sacar de tí hoy en limpio la verdad? ¿Has visto á mi hermano Querea?

DORO.—No.

FEDRO.—No puede éste, según veo, confesar sin tormento la verdad. Ora dice *sí*, ora *no*. (Bajo, á Doro.) Pídeme perdón.

DORO.—De veras te suplico, Fedro.

FEDRO.—¡Acaba: entra ya! (Le golpea.)

DORO.—¡Ay, ay!

FEDRO.—(Aparte.) De otra manera no sé cómo desenredarme honestamente de este lío. (Alto, á Doro, que ya ha entrado en casa.) He de acabar contigo, bribón, si pretendes burlarte de mí.

ESCENA V.

PITIAS, DORIAS.

PITIAS.—Tan cierto sé que esta ha sido traza de Parmenón, como que tengo de morir.

DORIAS.—Realmente es así.

PITIAS.—Pues á fe que yo halle hoy con qué pagarle en lo mismo. Pero ¿qué te parece ahora, Dorias, que yo haga?

DORIAS.—¿En lo de la doncella dices?

PITIAS.—Sí; ¿será bien que lo calle, ó que lo descubra?

DORIAS.—Tú, hija, si eres cuerda, haz del ignorante, así en lo del eunuco, como en lo de la violación de la doncella. Porque con esto tú te librarás de todo enojo, y á la doncella le harás placer. Solamente di como se ha ido Doro.

PITIAS.—Así lo haré.

DORIAS.—Pero ¿no es Cremes el que veo? Presto estará aquí Tais.

PITIAS.—¿Por qué?

DORIAS.—Porque cuando yo salí de allá, ya entre ella y Trasón quedaba la riña comenzada.

PITIAS.—Mete allá dentro este oro; (Entrégale los anillos.) yo sabré de éste (Señalando á Cremes.) lo que pasa.

ESCENA VI.

CREMES, PITIAS.

CREMES.—(Sin ver á Pitias.) ¡Ta! ¡ta! Realmente que he sido engañado; hame volcado el vino que bebí. Cuando estaba sentado, ¡cuán en mi seso me parecía que estaba!

Y después que me he levantado, ni los pies ni la cabeza hacen bien su oficio.

PITIAS.—(Llamándole.) ¡Cremes!

CREMES.—¿Quién va? ¡Hola, Pitias! ¡Bah! ¡cuánto más hermosa me pareces ahora, que antes!

PITIAS.—Y tú á mí harto más regocijado, por cierto.

CREMES.—Realmente que es verdadero aquel dicho: «Sin el bien comer y bien beber, son cosa muy fría los amores.» Pero ¿ha mucho que ha venido Tais?

PITIAS.—¡Cómo! ¿salió ya de casa del soldado?

CREMES.—Rato ha: un siglo. Ha habido entre ellos grandes riñas.

PITIAS.—¿No te dijo que vinieses con ella?

CREMES.—No; pero al salir me hizo señas.

PITIAS.—Y qué, ¿no te bastaba?

CREMES.—No entendía que me decía eso, si no la reprendiera el soldado; lo cual mucho menos lo entendí, porque me echó á la calle.—Pero hela aquí dó viene. Maravíllome dónde la he podido yo pasar delante.

ESCENA VII.

TAIS, CREMES, PITIAS.

TAIS.—Bien creo yo que él vendrá ahora á quitarme por fuerza la doncella. Pero déjale tú; que si él ni aun con solo un dedo me la toca, yo le sacaré luego aquellos ojos. Yo hasta tanto podré sufrir su necedad y palabras fanfarronas, mientras no fueren más que palabras; pero si las pone por obra, él llevará en la cabeza.

CREMES.—Tais, rato ha ya que yo estoy aquí.

TAIS.—¡Oh, mi Cremes! á ti mismo esperaba. ¿No sabes como por tí han sucedido todas estas riñas? ¿Y cómo todo este negocio te interesa á tí?

Cremes.—¿A mí? ¿por qué? ¡como si eso.....!

Tais.—¿Por qué? Por procurar yo devolverte y restituirte tu hermana, he pasado estas cosas, y otras muchas como éstas.

Cremes.—¿Dónde está ella?

Tais.—En mi casa.

Cremes. — (Con temor.) ¡ Oh !

Tais.—¿De qué te alteras? Criada como á tí y á ella es debido.

Cremes.—¡ Ah ! ¿qué me dices ?

Tais.—La realidad de la verdad. Yo te la doy graciosamente: no te pido por ella ni una blanca.

Cremes.—Yo te lo agradezco, Tais, y te lo pagaré como tú lo has merecido.

Tais.—Pero mira, Cremes, no la pierdas antes de recibirla de mi mano; porque ella es la que el soldado me viene á quitar por fuerza. Corre tú, Pitias; saca de casa la cestilla con los documentos.

Cremes. — (Viendo á lo lejos á Trasón con acompañamiento.) Tais, ¿no ves tú aquél.....? ¿no ves el soldado, Tais?

Pitias.— (Preguntando por la cestilla.) ¿En qué parte está?

Tais.—En el baúl: ¡enemiga, camina!

Cremes.—¡ Es el soldado ! ¡ Qué de gente trae consigo ! ¡ Tate !

Tais.—¡Ay, amigo mío! ¿Y tan cobarde eres, por tu vida?

Cremes.—¡Eso no! ¿Yo cobarde? No hay hombre que lo sea menos.

Tais.—Pues eso habemos menester.

Cremes.—¡Ah, temo que aun no sabes bien qué hombre soy yo!

Tais.—Sobre todo, considera que el sujeto con quien has de habértelas es forastero, menos poderoso que tú, menos conocido y tiene aquí menos amigos.

Cremes.—Ya lo veo eso. Pero cuando se puede evitar el peligro, necedad es ponerse en él. Más quiero yo que lo proveamos con tiempo, que no tomar venganza

del agravio después de recibido. Vé tú y cierra tu puerta por dentro, mientras yo corro á la plaza. Quiero que en esta brega tengamos algunos valedores.

Tais.—Espera.

Cremes.—Es lo mejor.

Tais.—Espera.

Cremes.—Déjame, que ya vuelvo.

Tais.—Que no hay necesidad de esos valedores, Cremes. Di solamente que ella es tu hermana, que te la hurtaron siendo niña pequeña y que ahora la has conocido, y muéstrales las pruebas.

Pitias.—(Entrando con la cestilla.) Helas aquí.

Tais.—(A Cremes.) Tómalas. Si te hiciere el hombre fuerza, llévale delante de la justicia. ¿Hasme entendido?

Cremes.—Muy bien.

Tais.—Procura decirle todo esto con ánimo esforzado.

Cremes.—Así lo haré.

Tais.—Alzate esa capa. (Aparte.) ¡Pobre de mí! ¡El se ha menester padrino y tómole yo por mi amparo!

ESCENA VIII.

TRASÓN, GNATÓN, SANGA, con sus camaradas; CREMES, TAIS.

Trasón.—¡Que haya yo de sufrir una tan grande afrenta, Gnatón! ¡Más vale morir! Simalión, Donace, Sirisco, seguidme. Lo primero de todo he de combatir la casa.

Gnatón.—Muy bien.

Trasón.—Y quitarle por fuerza la doncella.

Gnatón.—Bien dices.

Trasón.— A ella darle una buena mano.

Gnatón.—Al caso.

TRASÓN.—Donace, al centro del escuadrón con la barra: tú, Simalión, en el ala izquierda, y tú, Sirisco, á la derecha. Vengan los otros. ¿Qué es del centurión Sanga y toda aquella manada de ladrones?

SANGA.—¡Presente!

TRASÓN.—¡Don..... cobarde! ¿Haces cuenta de pelear con la esponja, pues la traes acá?

SANGA.—¿Yo? Como conozco el valor del General y el empuje de las tropas, entendí que esto no se podía hacer sin derramar sangre. ¿Con qué, pues, había de limpiar las heridas?

TRASÓN.—¿Qué es de los otros?

SANGA.—¿Cuáles otros, mala peste?..... Sólo Sannión guarda la casa.

TRASÓN.—(A Gnatón.) Tú ponlos á éstos en orden de batalla: yo aquí detrás de los primeros; desde allí haré á todos la señal.

GNATÓN.—(A los espectadores.) Aquello es ser cuerdo: mirad cómo los ha ordenado y tomado el lugar más seguro para sí.

TRASÓN.—Esto mismo, ya antes de ahora, lo hizo Pirro muchas veces.

CREMES.—(En casa de Tais.) ¿No ves tú, Tais, lo que ése hace? Realmente que fué bueno aquel consejo de cerrar las puertas.

TAIS.—Sábete que ése, que te parece ser algún hombre de valor, es un fanfarria: no le tengas miedo.

TRASÓN.—(A los suyos.) ¿Qué os parece?

GNATÓN.—Una honda quisiera yo ahora que tuvieras, para que les sacudieras desde aquí, de lejos, encubierto: luego huyeran.

TRASÓN.—(En actitud bélica.) Pero allá veo á la misma Tais.

GNATÓN.—¿Por qué no arremetemos ya?

TRASÓN.—Detente; que el hombre cuerdo primero ha de procurarlo todo, que venir á las manos: ¿qué sabes tú si ella hará sin violencia lo que yo le mande?

Gnatón.—¡Oh soberanos dioses, qué cosa tan grande es el saber! Jamás me allego á tí, que no me despida más sabio.

Trasón.—Tais, cuanto á lo primero, respóndeme á esto: cuando yo te dí esa doncella, ¿no me prometiste que estarías por mí solo todos estos días?

Tais.—Bien, ¿y qué?.....

Trasón.—¿Eso me preguntas, habiéndome traído á tu amigo delante de mis ojos.....?

Tais.—¿Qué tienes tú que ver con él?

Trasón.—..... ¿Y venídote con él escondidamente?

Tais.—¡Me dió la gana!

Trasón.—Vuélveme, pues, á Pánfila aquí, si no quieres más que te la quite por fuerza.

Cremes.—¿Ella que te la vuelva, ó tú que la toques? ¡El muy.....!

Gnatón. — (A Cremes, intimidándole.) ¡Ah! ¿qué haces? ¡Calla!

Trasón.—¿Qué buscas tú aquí? ¿Por qué no he de tocar yo la que es mía?

Cremes.—¿Tuya, ladrón?

Gnatón.—Mira, por tu vida, que no sabes á cuán principal varón afrentas.

Cremes.—(A Gnatón.) Quítateme de aquí. (A Trasón.) ¿Sabes cómo te va en el negocio? Si tú aquí movieses ningún alboroto, yo haré que para siempre te acuerdes de este lugar y día, y aun de mí.

Gnatón.— (Burlándose de Cremes y de Trasón.) Duelo tengo de tí, que con un hombre tan principal tomas enemistad.

Cremes.—Hacerte he pedazos la cabeza, si de aquí no te me quitas.

Gnatón.—¿Díceslo de veras, perro? ¿Así nos tratas?

Trasón.—¿Quién eres tú? ¿qué pretendes aquí? ¿qué tienes tú que ver con ella?

Cremes.—Vas á saberlo. Cuanto á lo primero, digo que ella es libre.

Trasón.—¡Je, je!

Cremes.—Ciudadana de Atenas.

Trasón.—¡Huy!

Cremes.—Hermana mía.

Trasón.—¡Habrá cara dura!

Cremes.—Y desde ahora, soldado, te requiero que no le hagas ninguna fuerza. Tais, yo me voy á casa de Sofrona, su nodriza: yo la traeré aquí y le mostraré estos documentos.

Trasón.—¿Tú has de prohibirme que yo toque la que es mía?

Cremes.— Digo que te lo prohibiré.

Gnatón.—(A Trasón.) ¿Le entiendes? Este en pleito de hurto se enreda, y para tí esto te basta.

Trasón.—Tais, ¿dices tú lo mismo?

Tais.—Busca quien te responda.

Trasón.— (Pausa.) Y ahora ¿qué hacemos?

Gnatón.—Volvámonos; que ella vendrá luego á rogar de su propia voluntad.

Trasón.— ¿Así lo crees?

Gnatón.—Como si lo viera! Yo conozco la condición de las mujeres; cuando las quieren, no quieren, y cuando no las quieren, ellas ruegan.

Trasón.— Bien dices.

Gnatón.—¿Despido ya el ejército?

Trasón.—Cuando quieras.

Gnatón.—Sanga amigo: acuérdate también de la casa y de la cocina, como cumple á los soldados valerosos.

Sanga.—Rato ha que en los platos tengo puesto el pensamiento.

Gnatón.—Hombre eres de provecho.

Trasón.—Seguidme vosotros por aquí.



ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

TAIS, PITIAS.

Tais.—¿No acabarás, malvada, de hablarme por cifras? *Sí sé..... No lo sé..... Fuése..... Helo oído..... Yo no estuve allí.....* ¿No me dirás claramente lo que pasa? La doncella, tiene sus ropas rasgadas; está llorando, sin hablar palabra; el eunuco escapó, ¿por qué? ¿qué ha sucedido aquí? ¿aun callas?

Pitias.—¿Qué quieres que te diga cuitada de mí? Dicen que aquél no era eunuco.

Tais.—¿Quién era, pues?

Pitias.—Querea.

Tais.—¿Cuál Querea?

Pitias.—Ese mozo hermano de Fedro.

Tais.—¿Qué dices, hechicera?

Pitias.—Yo lo he sabido de cierto.

Tais.—¿Y á qué fin vino á nuestra casa? ¿Por qué le trajeron?

Pitias.—No lo sé; sino que creo debía estar enamorado de Pánfila.

Tais.—¡Ay, cuitada de mí, perdida soy! ¡Desdichada de mí, si tú verdad me dices! ¿Y de eso llora la doncella?

PITIAS.—Sospecho que sí.

TAIS.—¿Qué dices, sacrílega? ¿Y eso es lo que yo te encargué cuando me fuí?

PITIAS.—¿Qué querías que hiciese? Encomendésela á él solo, como tú me lo mandaste.

TAIS.—¡Malvada! ¡la oveja confiaste al lobo! Corrida estoy de que así me hayan hecho esta burla. (Viendo á Querea con el traje del eunuco.) ¿Qué hombre es aquél?

PITIAS.—¡Señora mía, calla, calla por tu vida; que salvas somos! ¡Aquí tenemos al hombre!

TAIS.—¿Dónde está?

PITIAS.—Cátale ahí, á la mano izquierda: ¿no le ves?

TAIS.—Ya le veo.

PITIAS.—Manda que le prendan al punto.

TAIS.—¿Y qué haremos con él, necia?

PITIAS.—¿Qué harás, me preguntas? ¡Mira por mi amor, si no tiene cara de desvergonzado! ¿no? Además, ¡qué audacia la suya!

ESCENA II.

QUEREA en traje de eunuco, TAIS, PITIAS.

QUEREA.—(Sin verlas.) En casa de Antifón estaban como aposta el padre y la madre, de manera que yo no podía entrar sin que me viesen. En esto, estando yo allí á la puerta, venía hacia mí un conocido mío. Cuando le ví, díme á correr lo más presto que pude hacia un callejón desierto, y de allí á otro, y de aquél después á otro, y así he andado, pobre de mí, huyendo porque nadie me conociese.—Pero ¿es por ventura Tais ésta que veo? La misma. Perplejo estoy. ¿Qué haré? ¡Pero á mí qué!..... ¿qué me ha de hacer?

TAIS.—(A Pitias.) Lleguémonos á él. (A Querea.) Doro, hombre de bien, estés en hora buena. Díme, ¿has huído?

QUEREA.—Señora, sí.
TAIS.—¿Y parécete bien eso?
QUEREA.—No.
TAIS.—¿Y piensas salirte sin castigo?
QUEREA.—Perdóname este yerro, y si otra vez lo cometiere, mátame.
TAIS.—¿Temiste, por ventura, mi cólera?
QUEREA.—No.
TAIS.—¿Pues qué....?
QUEREA.—Temí que ésta me acusara ante tí.
TAIS.—¿Qué habías hecho tú?
QUEREA.—Poca cosa.
PITIAS.—¡Ah, desvergonzado! ¡Poca cosa! ¿Y poca cosa te parece deshonrar una doncella ciudadana?
QUEREA.—Creí que era esclava como yo.
PITIAS.—¿Esclava? No sé quién me detiene que no le asga de los cabellos. ¡El monstruo aun viene con ganas de mofarse de nosotras!
TAIS.—Quítate de ahí, loca.
PITIAS.—¿Por qué? ¿A qué pena le quedaré yo obligada á este ladrón, si se los arrancare, mayormente pues él confiesa ser tu esclavo?
TAIS.—Dejemos ahora todo eso. Lo que nos has hecho, Querea, no es digno de tí. Porque ya que yo mereciera una afrenta como ésta, á lo menos el hacerla no te estaba bien á tí. Y realmente que no sé qué partido tome con esta doncella, según tú me has revuelto todos mis consejos para no poderla entregar á sus parientes, como era razón y yo lo deseaba, para granjear yo, Querea, esta buena obra.
QUEREA.—Pues aún confío, Tais, que de hoy más ha de haber amor perpetuo entre nosotros. Porque muchas veces, de cosas semejantes y de malos principios ha procedido gran familiaridad. ¿Qué sabes si algún dios lo ha querido así?
TAIS.—En tal caso, por mi vida que yo también lo admito y lo quiero.

QUEREA.—Y así te lo suplico. Sabe que si lo hice no fué por afrentarla, sino por amor.

TAIS.—Ya lo sé; y por esto, en verdad, de buena gana te lo perdono; que no soy yo, Querea, de tan cruel condición, ni tan novicia, que no sepa cuánto puede el amor.

QUEREA.—Así los dioses me amen, Tais, como yo también á tí te quiero mucho.

PITIAS.—Señora, en buena fe que me parece que te debes guardar de éste.

QUEREA.—No tendría yo tal atrevimiento.

PITIAS.—No fío nada de tí.

TAIS.—(A Pitias, imponiéndole silencio.) Basta ya.

QUEREA.—Yo ahora te suplico que seas mi valedora en esto. Yo me encomiendo y entrego á tu fidelidad, y te tomo por mi patrona: pídotelo por merced; moriré si con ella no me caso.

TAIS.—¿Y si tu padre....?

QUEREA.—¿Mi padre? Yo sé de cierto que querrá, con tal que ella sea ciudadana.

TAIS.—Si quieres aguardar un poco, el mismo hermano de la doncella será luego aquí; que ha ido á llamar al ama que la crió desde pequeña. Tú mismo, Querea, podrás presenciar su reconocimiento.

QUEREA.—Pues me quedo.

TAIS.—¿Quieres que, mientras viene, le esperemos en casa, y no aquí á la puerta?

QUEREA.—Y aun lo deseo mucho.

PITIAS.—Señora, ¿qué vas á hacer?

TAIS.—¿Qué es ello?

PITIAS.—¿Y lo preguntas? ¿A éste piensas tú recibir en tu casa, después de lo ocurrido?

TAIS.—¿Y por qué no?

PITIAS.—Fía de mí, que él buscará de nuevo alguna revuelta.

TAIS.—¡Ah, calla, por tu vida!

PITIAS.—Parece que no has visto bien su atrevimiento.

Querea.—No haré nada, Pitias.
Pitias.—Lo creo en buena fe, Querea, si no nos fiamos de tí.
Querea.—Pues guárdame tú, Pitias.
Pitias.—¿Yo? Ni yo osaría darte á guardar nada, ni menos guardarte. ¡Taday!
Tais.—Aquí viene el hermano: á buen tiempo.
Querea.—¡Perdido soy! Tais, por lo más sagrado, entremos en casa; que no quiero que me vea en la calle con este vestido.
Tais.—¿Y por qué? ¿Porque tienes vergüenza....?
Querea.—Por eso mismo.
Pitias.—¿Por eso mismo? ¿Y la doncella?
Tais.—(A Querea.) Anda, que ya te sigo. Tú, Pitias, quédate ahí para introducir á Cremes.

ESCENA III.

PITIAS, CREMES, SOFRONA.

Pitias.—¿Qué podría yo ahora imaginar? ¿Qué? ¿Con qué darle el galardón á aquel sacrílego que nos ha hecho esta burla?
Cremes.—Camina más aprisa, nodriza.
Sofrona.—Ya camino.
Cremes.—Ya lo veo; pero no adelantas un paso.
Pitias.—¿Hasle ya mostrado al ama los indicios?
Cremes.—Todos.
Pitias.—¿Y qué dice por tu vida? ¿Conócelos?
Cremes.—Muy bien se acuerda de todo.
Pitias.—¡Oh, bien haya tu pico; porque deseo toda ventura á esa doncella! Entraos; que mi señora ha rato que os espera en casa. (Sola.) Aquí veo venir al honrado de Parmenón. ¡Mira qué tranquilo viene! Los dioses

me perdonen; mas yo espero que he de hallar con qué atormentarle á mi sabor. Voyme allá dentro á ver en qué ha parado lo del reconocimiento, y luego saldré y espantaré á este bellaco.

ESCENA IV.

PARMENÓN.

PARMENÓN.—Vuelvo á ver cómo lleva su negocio aquí Querea. Porque si él ha hecho la cosa con astucia, ¡oh soberanos dioses, cuán grande y cuán verdadera honra ganará Parmenón! Pues además de que sin pesadumbre, sin gasto, sin trabajo le he logrado de una ramera avarienta, un amor muy dificultoso y muy costoso, que es la doncella de quien él estaba enamorado, hay también otro muy grande provecho que me hace digno de la palma: que es haber hallado manera como este mozuelo pudiese entender las condiciones y costumbres de las rameras, para que, conociéndolas con tiempo, las aborrezca para siempre. Las cuales, cuando salen fuera, parecen la cosa más limpia, más compuesta y más hermosa del mundo. Cuando comen con su amigo, hacen de las delicadas. Ver, pues, cuán sucias, cuán viles, cuán pobres son, y cuán deshonestas cuando están solas en casa, y cuán glotonas, y cómo con el caldo del día pasado comen pan de moyuelo; tener noticia de todo esto, es total remedio para los mancebos.

ESCENA V.

PITIAS, PARMENÓN.

PITIAS.— (Aparte.) ¡Ah, tú me pagarás, bellaco, todos esos dichos y todos tus hechos, porque no mofes impunemente de nosotras! (Alto y simulando que no ha visto á Parmenón.) ¡Oh, dioses, y qué acción tan fea! ¡Pobre mozo.....! ¡Oh, malvado de Parmenón, que á esta casa le trajo!

PARMENÓN.— (Aparte.) ¿Qué pasará?

PITIAS.—En verdad que me da lástima, y así huyo acá fuera por no verle. ¡Qué ejemplar castigo dicen que le van á dar!

PARMENÓN.— (Aparte.) ¡Oh Júpiter! ¿Qué revuelta es aquélla? ¿Soy por ventura perdido? Llegarme quiero allá. (Alto.) —¿Qué es eso, Pitias? ¿qué dices? ¿á quién van á castigar?

PITIAS.—¿Eso me preguntas, atrevidísimo? Por querer burlarte de nosotras has echado á perder á ese mozuelo que trajiste en cuenta del eunuco.

PARMENÓN.—¿Cómo es eso? ¿qué ha sucedido? Dímelo.

PITIAS.—Yo te lo diré. ¿Sabes como esa doncella que hoy le han presentado á Tais es natural de esta ciudad, y su hermano es un hombre muy principal?

PARMENÓN.—No.

PITIAS.—Pues así resulta. Ese infeliz hala deshonrado, y aquel furioso de su hermano, como ha sabido el caso.....

PARMENÓN.—¿Qué ha hecho?

PITIAS.—Primeramente le ha echado extrañas prisiones.

PARMENÓN.—¿Prisiones?

PITIAS.—Sí, y aun con suplicarle Tais que no lo hiciese.

Parmenón.—¿Qué me dices?

Pitias.—Y ahora le amenaza que le ha de hacer lo que suelen hacer á los adúlteros, lo cual ni yo jamás he visto, ni aun querría.

Parmenón.—¿Y con qué atrevimiento osa él hacer una maldad tan grande?

Pitias.—¿Cómo tan grande?

Parmenón.—¿Pues no es la mayor del mundo ésta? ¿Quién ha visto jamás en casa de ramera ser prendido nadie por adúltero?

Pitias.—No sé.

Parmenón.—Pues porque no aleguéis ignorancia, Pitias, os digo y notifico que éste es el hijo de mi amo.

Pitias.—¡Cómo! ¿Y él es?

Parmenón.—.....Y que no consienta Tais que se le atropelle. Mas ¿por qué no me entro allá yo mismo?

Pitias.—Mira, Parmenón, lo que haces; que tú te perderás y á él no le valdrás, porque tienen por entendido que todo lo que se ha hecho es obra tuya.

Parmenón.—¡Pobre de mí! ¿qué haré? (Viendo á Laques.) Pero allá veo á nuestro viejo, que viene de la granja. ¿Se lo diré, ó no? En verdad que se lo he de decir, aunque sé que me espera mala ventura; pero ello es menester, para que le socorra.

Pitias.—Cuerdo eres. Yo me entro en casa. Tú cuéntale bien al viejo todo el hecho tal como ha sucedido.

ESCENA VI.

LAQUES, PARMENÓN.

Laques.—(Sin ver á Parmenón.) De esta mi alquería cercana saco este provecho: que ni me hastía jamás el campo, ni tampoco la ciudad. Porque, cuando comienzo á cansarme, mudo de lugar. (Viéndole.) Pero ¿no es aquél

mi criado Parmenón? Realmente que es él. ¿A quién aguardas, Parmenón, aquí delante de la puerta?

PARMENÓN.—¿Quién va? ¡Oh, señor, huélgome de verte venir bueno!

LAQUES.—¿A quién aguardas?

PARMENÓN.— (Aparte.) ¡Oh, pobre de mí! del temor se me pega la lengua al paladar.

LAQUES.—¡Hola! ¿qué es eso? ¿por qué tiemblas? ¿hay algún mal? Dímelo.

PARMENÓN.—Señor, cuanto á lo primero, querría tuvieses por cierto, como lo es, que de todo lo que aquí ha pasado la culpa no es mía.

LAQUES.—¿Qué es ello?

PARMENÓN.—Discretamente has preguntado, porque yo debí contar primero el caso. Compró Fedro un eunuco para regalársele á ésta.

LAQUES.—¿A quién?

PARMENÓN.—A Tais.

LAQUES.—¿Que le compró? ¡Ah, pobre de mí! ¿En cuánto?

PARMENÓN.—En veinte *minas*.

LAQUES.—¡Esto fué el acabóse!

PARMENÓN.—Además, Querea está enamorado aquí (indicando la casa de Tais) de una tañedora.

LAQUES.—¿Cómo dices? ¿enamorado?..... ¿Y ya sabe aquél qué cosa es ramera? ¿Y ya es venido á la ciudad? Un mal tras de otro.

PARMENÓN.—Señor, no me mires á mí; que él no hace nada de esto por mi consejo.

LAQUES.—¡Deja de tratar de tí; que si no me muero, Don..... ahorcado, yo te.....! Pero díme de presto á la clara lo que pasa.

PARMENÓN.—A éste hanle traído á casa de Tais en lugar del eunuco.

LAQUES.—¿Del eunuco?

PARMENÓN.—Sí; después hanle prendido dentro por adúltero, y le han aprisionado.

LAQUES.—¡Muerto soy!

PARMENÓN.—Mira el atrevimiento de las rameras.

LAQUES.—¿Hay por ventura otra desgracia que no me hayas contado?

PARMENÓN.—No hay más.

LAQUES.—¿Por qué me detengo en arremeter aquí adentro? (Entra en casa de Tais.)

PARMENÓN.—(Solo.) No dudo que de este enredo ha de venirme alguna calamidad; mas, puesto que me fué forzoso hacerlo así, huélgome de que por mi causa les suceda á estas bribonas algún mal. Porque días ha que buscaba el viejo una ocasión para sentarles la mano, y ya la tiene.

ESCENA VII.

PITIAS, PARMENÓN.

PITIAS.—(Sin ver á Parmenón.) Nunca, en buena fe, me ha sucedido cosa que yo más desease, que ver al viejo cuál entró ahora en nuestra casa tan engañado. A mí sola me dió que reir, porque yo sola sabía el temor que traía.

PARMENÓN.—(Aparte.) ¿Qué es esto?

PITIAS.—Ahora voy á verme con Parmenón. Mas ¿dónde está él?

PARMENÓN.—(Aparte.) A mí me busca.

PITIAS.—Hele aquí; voy á él. (Se acerca á Parmenón riendo á carcajadas.)

PARMENÓN.—¿Qué es eso, necia? ¿qué quieres? ¿de qué te ríes? ¿no paras?

PITIAS.—¡Oh pobre de mí! Ya estoy, cuitada, cansada de reirme de tí.

PARMENÓN.—¿Por qué?

Pitias.—¿Y lo preguntas? No he visto, en buena fe, en mi vida, ni aun espero ver hombre más necio que tú. Apenas te podría contar lo mucho que has dado allá dentro que reir. Realmente que hasta aquí te había tenido por hombre sagaz y discreto. ¡Cómo! ¿Y tan presto te habías de creer lo que te dije? ¿Parecíate, por ventura, poca la bellaquería que el mozuelo, por tu consejo, había hecho, sin que al cuitado le descubrieras á su padre? Porque ¿qué corazón crees tú que él tendría, cuando su padre le vió vestido de aquel traje? ¡Qué tal! ¿No ves cómo estás perdido?

Parmenón.—¡Cómo! malvada, ¿qué has dicho? ¿conque has mentido? ¿Y aún te ries, bellaca? ¿tan graciosa cosa te ha parecido burlarte de nosotros?

Pitias.—Y mucho.

Parmenón.— Sí, si con ello te salieres.

Pitias.—(Con ironía.) ¿De veras?

Parmenón.—Yo te daré el pago: te lo juro.

Pitias.—Bien lo creo. Pero tus amenazas, Parmenón, serán por ventura para adelante; que ahora á ti han de colgarte, pues á un imbécil mozuelo haces famoso por sus bellaquerías y luego descúbresle á su padre. Ambos á dos te darán el castigo que mereces.

Parmenón.—¡Perdido soy!

Pitias.—Esta recompensa se te ha dado por aquél presente. Voyme.

Parmenón.—¡Pobre de mí; que yo mismo me he perdido hoy con mi propia boca, como el ratón!

ESCENA VIII.

GNATÓN, TRASÓN.

Gnatón.—Y ahora, Trasón, ¿con qué esperanza ó con qué consejo venimos aquí? ¿Qué emprendes?

Trasón.—¿Yo? Entregarme á Tais y hacer lo que ella mande.

Gnatón.—¿Qué es eso?

Trasón.—¿Por qué no la serviré yo como Hércules á Omfale?

Gnatón.—Bien me parece el ejemplo. (Aparte.) Así te vea yo hecha una levadura la cabeza á chapinazos. (Alto.) Pero su puerta ha sonado. ¡Muerto soy!

Trasón.—¿Qué nuevo lío es éste? A ese hombre (Por Querea que aparece en la puerta de Tais.) nunca yo le había visto antes de ahora. ¿Por qué saldrá tan de prisa?

ESCENA IX.

QUEREA, PARMENÓN, GNATÓN, TRASÓN.

Querea.—¡Oh, amigos míos! ¿Hay alguien que hoy sea más dichoso que yo? Ninguno realmente; porque todos los dioses han mostrado de plano su poder en mi favor, pues en un instante se me han juntado tantos bienes.

Parmenón.—(Aparte.) ¿De qué viene tan alegre?

Querea.—¡Oh, hermano Parmenón, hallador, muñidor, concluidor de todos mis contentos, ¿no sabes en qué gozos estoy puesto? ¿no sabes como ha resultado que mi Pánfila es ciudadana de Atenas?

Parmenón.—Helo oído.

Querea.—¿No sabes como ya estoy desposado con ella?

Parmenón.—Así los dioses me amen, como ello está bien hecho.

Gnatón.—(A Trasón.) ¿Oyes tú lo que dice?

Querea.—Además de esto, me huelgo de que los amores de mi hermano ya están á buen seguro. Toda es ya

una casa. Tais se ha puesto bajo el amparo y fe de mi padre: ya es nuestra.

Parmenón.—¿De esta manera Tais ya es toda de tu hermano?

Querea.—Cabal.

Parmenón.—Otra razón, pues, para que nos alegremos, es ésta: que el soldado queda en la calle.

Querea.—Tú procura que mi hermano, doquiera que esté, tenga aviso de todo esto en seguida.

Parmenón.—Iré á ver si está en casa. (Vase.)

Trasón.—Gnatón, ¿dudarás ya que estoy perdido para siempre?

Gnatón.—Ya no lo dudo.

Querea.—¿A quién alabaré primero ó más de veras? ¿á quien me aconsejó la aventura, ó á mí que tuve ánimo para emprenderla? ¿Alabaré á la fortuna, que ha sido nuestra gobernadora y tantas y tan grandes cosas ha tenido á punto para un día, ó la complacencia y benignidad de mi padre? ¡Oh, Júpiter! ¡Suplícote que nos conserves por largos años estos bienes!

ESCENA X.

FEDRO, QUEREA, TRASÓN, GNATÓN.

Fedro.—¡Soberanos dioses! y qué cosas tan increíbles acaba de contarme Parmenón! ¿Pero dónde está mi hermano?

Querea.—Aquí le tienes.

Fedro.—¡Qué dicha!.....

Querea.—Bien lo creo. No hay cosa, hermano, más digna de ser amada que tu Tais, según ella se muestra favorable á toda nuestra casa.

Fedro.—¿A mí me la alabas?

TRASÓN.—¡Ay de mí! Cuanto menos esperanza veo, tanto más la amo. ¡Por lo más sagrado, Gnatón.....; que en tí está mi esperanza!

GNATÓN.—¿Qué quieres que yo haga?

TRASÓN.—Que recabes con ruegos, con dinero, que tenga yo, siquiera alguna vez, entrada en casa de Tais.

GNATÓN.—Difícil es.

TRASÓN.—Te conozco muy bien, y sé que si tú quieres..... Si esto me logras, pídeme cualquier merced y cualquier premio; que todo lo que me pidieres alcanzarás.

GNATÓN.—¿De veras?

TRASÓN.—Sí.

GNATÓN.—Pues si esto recabo, yo te pido que en tu presencia y ausencia tu casa esté siempre abierta para mí, y que, aunque no me conviden, tenga siempre un puesto á la mesa.

TRASÓN.—Y yo te juro hacerlo así.

GNATÓN.—Pues manos á la obra.

FEDRO.—¿A quién oigo yo aquí? ¡Oh Trasón!

TRASÓN.—Estéis en buen hora.

FEDRO.—Tú sin duda no sabes lo que aquí ha sucedido.

TRASÓN.—Ya lo sé.

FEDRO.—¿Cómo, pues, te veo yo aún por estos barrios?

TRASÓN.—Porque me fío de vosotros.

FEDRO.—¿Sabes cuán confiado puedes estar? Capitán, desde ahora te lo aviso: si de hoy más te viere en esta plaza, no te valdrá el decirme: «A otro buscaba», «Por aqui pasaba», ¡que morirás!

GNATÓN (En tono de ruego.)—¡Ea! que no se ha de hacer así.

FEDRO.—Lo dicho, dicho.

GNATÓN.—No os tengo yo por tan altivos.

FEDRO.—Ello será así.

GNATÓN.—Oídme primero dos palabras; y si lo que hubiere dicho os pareciere bien, hacedlo.

FEDRO.—Oigamos.

GNATÓN.—Tú, Trasón, hazte allá un poco. (A Fedro y Querea.) Cuanto á lo primero, yo querría que ambos á dos me dieseis en esto muy gran crédito, que todo lo que yo acerca de esto hago, lo hago particularmente por mi provecho. Pero si también os es útil á vosotros, sería necedad que vosotros no lo hicieseis.

FEDRO.—¿Y qué es ello?

GNATÓN.—Yo os aconsejo que aceptéis al soldado por competidor.

FEDRO.—¿Cómo aceptar?

GNATÓN.—Considéralo bien ahora. Tú, Fedro, vives realmente con Tais muy á gusto; y comes y bebes en su casa. Tú tienes muy poco que darle, y Tais no puede pasar sin que le den mucho: para que sin mucha costa puedas conservarla en tus amores, para todo esto no hay hombre más á propósito ni que á tí más te convenga. Cuanto á lo primero, él tiene que dar, y no hay hombre más liberal; es un tonto, sin gusto, perezoso; de día y de noche duerme; no tienes de qué recelarte que la mujer se le aficione; en tu mano estará echarle siempre que quisieres.

FEDRO.— (A Querea.) ¿Qué hacemos?

GNATÓN.—Además, tiene una cosa que yo creo la primera de todas: que no hay hombre que mejor ni más largamente dé de comer.

FEDRO.—Cierto que un hombre como ése, en todas maneras es menester.

QUEREA.—Lo mismo digo.

GNATÓN.—Muy bien hacéis. Otra cosa también os pido de merced: que me recibáis de aquí adelante por uno de vuestros familiares; que hartos días ha que ando revolviendo esta peña.

FEDRO.—Recibido.

QUEREA.—Y de muy buena gana.

GNATÓN.—Pues en pago de eso, Fedro, y tú, Querea, yo os le entrego (Aludiendo á Trasón), para que os le comáis y os burléis de él.

QUEREA.—¡Que nos place!

FEDRO.—Lo merece muy bien.

GNATÓN.—Trasón, cuando quieras, te puedes acercar.

TRASÓN.—¿Qué has negociado, díme, por tu vida?

GNATÓN.—¿Qué? Estos señores no sabían quién tú eres; pero después que les he dado á entender tus costumbres, y te he alabado conforme á tus hechos y virtudes, helo recabado.

TRASÓN.—Muy bien. En muy gran merced se lo tengo. Jamás he estado en parte ninguna donde no me quisiesen todos mucho.

GNATÓN.—¿No os lo dije yo, que resplandecía en él la gracia y elegancia de Atenas?

FEDRO.—Ya no queda nada por hacer; caminad vosotros por aquí. (A los espectadores:) Vosotros, quedad en buen hora, y aplaudid!

FIN DE LA COMEDIA.

EL ATORMENTADOR
DE SÍ MISMO.



PERSONAS.

CREMES, viejo, padre de Clitifón.
CLITIFÓN, joven, hijo de Cremes.
SIRO, preceptor de Clitifón.
MENEDEMO, viejo, padre de Clinia.
CLINIA, joven, hijo de Menedemo.
DROMÓN, esclavo de Menedemo.
SOSTRATA, mujer de Cremes.
BAQUIS, cortesana.
ANTÍFILA, amiga de Clinia.
Una esclava frigia.
Una nodriza.

Personas que no hablan.

ARCÓNIDES.
CRITÓN.
FANIA, viejo.
FANÓCRATES, viejo.
FILTERA, vieja.
SIMO, viejo.

La acción pasa en una villa cerca de Atenas.

PRÓLOGO.

Porque ninguno de vosotros se maraville de que el poeta ha dado á un viejo el papel que es propio de mancebos, diré primero la razón, y después os diré á lo que vengo.

Tengo de representaros hoy una comedia nueva, llamada *El Atormentador de sí mismo*, sacada de una sola comedia griega. La intriga, simple en el original, es aquí doble. Ya os he dicho como es nueva, y su título. Quién sea su autor y el nombre del poeta griego, también os lo dijera, si no entendiese que casi todos lo sabéis. Ahora, en dos palabras, os declararé por qué he tomado yo este cargo. El poeta ha querido que yo hiciese oficio de orador y no de prólogo. A vosotros os ha nombrado por jueces y á mí por su abogado. Sólo que este abogado no lucirá más elocuencia que la que pudo bien trazar el autor de esta oración que vais á oir.

Cuanto al rumor que gentes maliciosas han hecho circular, de que el poeta compiló muchas comedias griegas, para componer pocas latinas, él confiesa ser verdad, y no está de ello arrepentido; antes pretende hacer lo propio en adelante. Tiene el ejemplo de buenos escritores, y entiende que le es lícito hacer lo que ellos hicieron

antes que él. Y cuanto á lo que el malévolo poeta rancio va diciendo, que nuestro autor, confiado más de la habilidad de sus amigos que de la suya, se ha lanzado de repente á componer para el teatro, todo lo remite él á vuestro juicio: sentenciad. Y así, os pido por merced que no puedan más los discursos de los envidiosos que los de los buenos. Procurad ser justos: alentad á los que os dan ocasión de ver comedias nuevas sin defectos; porque no entienda que habéis sentenciado en favor de aquel que representó no ha mucho un esclavo corriendo por la calle y el pueblo haciéndole paso. ¿Por qué se había de sujetar á un loco? Pero de sus defectos tratará más largamente, cuando representare nuevas comedias, si él no deja de injuriar.

Asistid con ánimo imparcial; dadme ocasión de representar con silencio una comedia sosegada. No siempre os he de representar un esclavo que corre, un viejo colérico, un truhán comilón, un calumniador desvergonzado, un mercader de esclavos avariento, con grandes gritos y muy gran fatiga. Persuadíos, por favor, de que mi causa es justa, para que se me alijere en buena parte mi trabajo; porque los que ahora escriben comedias nuevas no tienen lástima de este pobre viejo. Si es comedia fatigosa, acuden á mí con ella, y si quieta, danla á otra compañía.

En ésta es de notar la pureza del estilo: probad mi habilidad en ambos géneros. Si jamás he puesto á precio mi arte, y siempre he tenido por mi principal ganancia emplearme cuanto pude en vuestro servicio, sea yo muestra ejemplar de vuestra benevolencia, para que los noveles autores deseen más divertiros á vosotros, que labrar su fortuna.



ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

CREMES, MENEDEMO.

CREMES.—Aunque el conocimiento que hay entre nosotros es muy fresco—que es desde que aquí compraste esta heredad—y no ha habido entre nosotros más particular trato; con todo esto, tu mucha honradez, y también la vecindad, la cual yo la tengo por una muy cercana manera de amistad, es razón bastante para que yo me atreva á exhortarte con franqueza; porque me parece que te tratas más duramente de lo que tu edad requiere y aun de lo que te pide tu hacienda. Porque ¡fe de dioses y de hombres! ¿qué pretendes? ¿ó qué piensas hacer? Sesenta años llevas ya á cuestas, y aun algo más, á lo que entiendo; mejor heredad ni de mayor valor no la tiene nadie en toda esta partida; gran número de esclavos, y como si no tuvieses ninguno: con tanto afán haces tú el oficio de ellos. Jamás salgo de mi casa tan de mañana ni vuelvo á ella tan tarde, que no te vea en la huerta, ó cavar, ó arar, ó finalmente llevar alguna carga. Jamás estás ocioso, ni miras por tu salud. Y que esto no te sirva de placer, téngolo por cosa llana. Pero dirás que te parece poca la labor que hacen tus esclavos. Si la

diligencia que tú pones en trabajar la empleases en vigilarlos, más ahorrarías.

Menedemo.—¿Tan desocupado estás, Cremes, de tus cosas, que te vaga pensar en las ajenas, y mayormente en las que no te importan nada?

Cremes.—Hombre soy, y no tengo por ajenas las cosas de los hombres. Haz cuenta que te lo amonesto, ó si no, que te lo pregunto, para que si ello es bueno, yo también lo haga, y si no, te lo desaconseje.

Menedemo.—Yo ya estoy vezado á esto; tú haz como más te cumpla.

Cremes.—¿Es posible que hombre ninguno esté vezado á darse pena?

Menedemo.—Yo lo estoy.

Cremes.—Si algún trabajo tienes, pésame de ello; pero dime, por tu vida, ¿qué trabajo es ese? ¿qué mal tan grande has cometido cóntra tí?

Menedemo.—¡Ay!

Cremes.—No llores; sino dame noticia de ello, sea lo que fuere; no lo calles, ni tengas empacho. Créeme, te digo, que, ó con el consuelo ó con el consejo ó con mi hacienda, yo te ayudaré.

Menedemo.—¿Saberlo quieres?

Cremes.—Sí, por el motivo que te he dicho.

Menedemo.—Yo te lo diré.

Cremes.—Pues deja entretanto ese rastrillo: no trabajes.

Menedemo.—De ninguna manera.

Cremes.—¿Qué quieres hacer?

Menedemo.—Déjame: que no quiero tener hora libre de faena.

Cremes.—Digo que no lo consentiré.

Menedemo.—¡Ah, qué mal haces!

Cremes.—(Tomando en sus manos el rastrillo.) ¡Oh, y qué pesado!

Menedemo.—Así lo merezco yo.

Cremes.—Ahora dí.

Menedemo.—Yo tengo un hijo mozo..... ¡Ay! ¿por qué dije que le tengo? No, sino que le tuve, Cremes; que ahora si le tengo, ó si no, no lo sé.

Cremes.—¿Cómo así?

Menedemo.—Escucha. Hay aquí una vieja pobre, forastera, natural de Corinto. Mi hijo se enamoró perdidamente de una hija de ésta, tanto, que ya casi la tenía en cuenta de legítima mujer: todo ello sin saber yo nada. Cuando supe el caso, comencé, no con benignidad, ni como fuera razón, á tratar el alma enferma del mancebo, sino con rigor, y por la vía ordinaria de los padres. Cada día le reñía: «¡Cómo! ¿Y haces cuenta tú que se te ha de permitir por mucho tiempo, viviendo yo, que soy tu padre, que tengas esa amiga ya casi como legítima mujer? Engañado vives, Clinia, si tal piensas; no me conoces bien. Yo entretanto holgaré que te digas hijo mio, mientras tú hicieres lo que debes; pero si no lo haces, yo veré lo que me estará bien hacer contra tí. Esto no nace de otra cosa sino de la demasiada ociosidad. Yo, cuando era de tu tiempo, no andaba en amores, sino que me fuí de aquí al Asia por mi pobreza, y allí gané juntamente honra y hacienda, por las armas.» Finalmente, la cosa vino á tanto, que el mozuelo, oyendo de ordinario unas mismas razones, y con aspereza, se rindió. Creyó que yo por mis años, y por el amor que le tenía, sabía y veía, mejor que él mismo, lo que le cumplía. Y así, se me fué, Cremes, al Asia, á ser soldado del rey.

Cremes.—¿Qué me dices?

Menedemo.—Sin yo saberlo se partió; y ya ha tres meses que está ausente.

Cremes.—Ambos sois dignos de reprensión; aunque la empresa del mozo señal es de hombre de vergüenza y de valor.

Menedemo.—Cuando yo lo supe de aquellos á quien él dió parte, vuelvo á casa triste y con el ánimo alterado y casi atónito de la aflicción. Asiéntome, acu-

den los criados, descálzanme, veo á otros darse prisa en poner la mesa y aparejar la cena. Cada uno procuraba hacer lo que podía por aliviar mi desventura. Cuando yo vi esto, comencé á pensar entre mí: «¡Cómo! ¿Tantos han de desvelarse por mí solo, y por sólo darme á mí contento? ¿Tantas criadas me han de aparejar á mí vestidos? ¿Yo solo he de hacer en casa tantos gastos, y á un solo hijo que tengo, el cual se había de servir de todo esto tan bien como yo, y aun mejor, por cuanto su edad es más apta para gozar de todo ello, yo al cuitado, con mi aspereza, le he hecho irse de aquí? Pues yo me tendré en verdad por digno de cualquier castigo, si tal hago. Porque mientras él anduviere en aquella vida pobre, fuera de su tierra por mis crueldades, entretanto le he de dar de mí entera venganza, trabajando, adquiriendo, endurando, ganando para él.» En fin, hágolo así: no dejo nada en casa, ni un vaso, ni un vestido; todo lo barrí. Esclavas, esclavos, salvo los que podían ganar la vida trabajando en la heredad, todos los saqué al mercado y los vendí. Puse luego cédula de alquiler á mis casas; recogí al pie de quince *talentos*, compré esta heredad, y aquí trabajo. Hame parecido, Cremes, que tanto menor agravio le haré á mi hijo, cuanto con mayor miseria pasare yo mi vida, y que no es razón que yo aquí goce de ningún contento, hasta que aquel mi heredero vuelva acá sano y salvo.

CREMES.—Hombre me pareces de tierna condición para con tus hijos, y el mozo harto obediente, si le trataran bien y como convenía. Pero ni tú le conocías á él bien, ni él á tí; y donde esto pasa, no se vive verdadera vida. Tú nunca le diste á entender cuánto le preciabas, ni el osó confiar de tí lo que es justo confiar de un padre. Lo cual si se hiciera, nunca esto te hubiera sucedido.

MENEDEMO.—Así es realmente, lo confieso: muy grande fué mi yerro.

CREMES.—¡Bah! Menedemo, yo confío que él estará aquí sano y salvo antes de muchos días.

MENEDEMO.—Los dioses lo hagan así.

CREMES.—Sí harán. Ahora, si te parece, pues son fiestas de Baco, querría fueses hoy mi convidado.

MENEDEMO.—No lo puedo aceptar.

CREMES.—¿Por qué no? Por tu vida, que te des ya algún alivio. Mira que tu hijo donde está gusta que hagas lo que digo.

MENEDEMO.—No es justo que, habiéndole yo hecho ir á ver trabajos, yo huya ahora de ellos.

CREMES.—¿Esa es tu determinación?

MENEDEMO.—Esa.

CREMES.—Pásalo bien.

MENEDEMO.—Y tú.

ESCENA II.

CREMES, solo.

CREMES.—Lágrimas me hizo verter: en verdad que me da lástima del viejo. Pero ya se hace tarde, y será bien decir á mi vecino Fania que venga á cenar. Veré si está en su casa. (Llama en casa de Fania.) No era menester el aviso, que ya ha rato, según dicen, que está en la mía. Yo soy quien detiene á mis convidados. Adentro, pues. Pero la puerta ha sonado; ¿quién saldrá de mi casa? Hagámonos acá. (Retrocediendo).

ESCENA III.

CLITIFÓN, CREMES.

CLITIFÓN.—(A la puerta de casa de su padre, y hablando con Clinia, que está dentro.) No hay hasta ahora por qué recelarte de eso, Clinia, que aun no tardan; y yo sé que ella es-

tará hoy aquí con el mensajero. Por tanto, despide de tí esa congoja inmotivada que así te atormenta.

CREMES.— (Aparte.) ¿Con quién habla mi hijo?

CLITIFÓN.— (Aparte.) Aquí está mi padre, á quien buscaba. Acercaréme. (Alto.) Padre, vienes al mejor tiempo del mundo.

CREMES.—¿Qué es ello?

CLITIFÓN.—¿Conoces, por dicha, á nuestro vecino Menedemo?

CREMES.—Mucho.

CLITIFÓN.—¿Sabes como tiene un hijo?

CREMES.—He oído que está en Asia.

CLITIFÓN.—No, padre: está en nuestra casa.

CREMES.—¿Qué me dices?

CLITIFÓN.—En cuanto llegó y saltó á tierra, le traje conmigo convidado á cenar; porque desde la niñez hemos sido siempre muy amigos.

CREMES.—¡Oh, qué nuevas tan alegres me cuentas! ¡Cómo quisiera haber convidado á Menedemo con más insistencia, para que hoy estuviera con nosotros! Porque fuera yo el primero que le diera en mi casa esta alegría inesperada. Pero aun es tiempo.

CLITIFÓN.—No hagas tal, padre; porque no es cosa que cumple.

CREMES.—¿Por qué no?

CLITIFÓN.—Porque aun no sabe qué hará de su persona. Acaba de llegar. Teme de todo: de la cólera del padre y de cómo estará para con él la voluntad de su amiga. Quiérela con locura: por ella han sido estos enojos y esta partida.

CREMES.—Ya lo sé.

CLITIFÓN.—Ahora hale enviado su criado á la ciudad, y yo he mandado con él á nuestro Siro.

CREMES.—Y el mancebo ¿qué dice?

CLITIFÓN.—¿Él? Que es muy desdichado.

CREMES.—¿Desdichado? ¿Quién es de creer que lo es menos? ¿Qué le falta á él? ¿No tiene de todo lo que

se dice bienes del hombre: padres, tierra libre, amigos, nobleza, deudos, riquezas?..... Pero todo esto es como el alma de quien lo tiene: para quien sabe emplearlo bien, es bueno; para el que abusa de ello, malo.

Clitifón.—Mas el viejo ha sido siempre muy terrible, y lo que yo ahora más temo, padre, es que con la cólera haga contra él algún exceso.

Cremes.—¿Él exceso? (Bajo.) Pero quiero callar, porque á Menedemo le conviene que su hijo le tenga miedo.

Clitifón.—¿Qué dices entre tí?

Cremes.—Digo que, por más terrible que fuera Menedemo, estuviérase el mozo quedo en su casa. ¿Era, por ventura, algo más duro de lo que quisiera su apetito? Sufriérale. Porque ¿á quién sufrirá el que no sufre á su padre? ¿Cuál era más razón: que el hijo viviera á voluntad del padre, ó el padre á voluntad del hijo? Porque en lo que se queja de su dureza, no tiene razón. Los agravios de los padres todos son casi los mismos: hablo de los que son tolerables. No gustan que sus hijos tengan mucho trato con rameras, ni anden á menudo en convites; dan muy por tasa el gasto; pero todo esto va enderezado á la virtud. Y mira, Clitifón: cuando la voluntad en algún mal deseo está enzarzada, de necesidad ha de seguir consejos conformes al deseo. Esto es gran cordura: escarmentar en cabeza ajena, de manera que te aproveche.

Clitifón.—(Con frialdad.) Así lo creo.

Cremes.—Yo me entro en casa á ver qué cena tenemos. Tú, pues que es tarde, mira no te vayas lejos.

ESCENA IV.

CLITIFÓN, solo.

Clitifón.—¡Cuán injustos jueces son los padres para con todos los mancebos! Pues les parece de razón que

nosotros seamos viejos desde que nacemos y que no participemos de los gustos que la mocedad trae consigo. Todo quieren que vaya conforme á su apetito; conforme al que ahora tienen, no al de antaño. Si yo algún día vengo á tener un hijo, ¡oh, qué benigno padre verá en mí! Porque le haré conocer su yerro y le perdonaré. Y no como este mío, que por tercera persona me da sus lecciones de moral. ¡Triste de mí! Cuando él ha bebido algo más de lo ordinario ¡qué cosas suyas me cuenta! Y ahora díceme: «Escarmienta en cabeza ajena, de manera que te aproveche.» ¡Astuto!..... Pero no sabe él que venirme á mí con esas es como contar cuentos á un sordo. Más me apenan ahora las palabras de mi amiga: «Dame esto, tráeme lo otro», á la cual no sé qué responderle. ¡No hay hombre más desdichado que yo! Porque este Clinia, aunque él también esté con cuidado de sus cosas, con todo eso tiene una mujer criada bien y castamente, ignorante en las artes y mañas de rameras. Pero esta mía es gran señora, pedigüeña, mujer de punto, gastadora y de mucho fausto. Y sin remedio hay que darle cuanto pide, porque decirle que no tengo, es como tocar en la religión. Esta calamidad es muy reciente, y mi padre nada sabe aún.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

CLINIA, CLITIFÓN.

Clinia.—Si las cosas de mi amor me fueran favorables, yo sé que ha rato que hubieran ya venido; pero temo no se me haya gastado aquí la mujer en mi ausencia. Acúdenme muchas razones que me hacen acrecentar esta sospecha: la ocasión, el lugar, sus pocos años, esa pícara de madre en cuyo poder está, la cual de nada gusta ya, fuera del dinero.

Clitifón.—¡Clinia!

Clinia.—¡Ay de mí!

Clitifón.—¿No mirarás, no te vea acaso alguno que salga de casa de tu padre?

Clinia.—Sí haré. Pero en verdad que no sé qué mal me adivina el pensamiento.

Clitifón.—¿Por qué te pones á juzgar eso antes de saber lo que haya?

Clinia.—Si no hubiese algún mal, ya estaría aquí.

Clitifón.—Pronto vendrán.

Clinia.—¡Cuándo será ese pronto!

Clitifón.—¿No consideras tú que mora lejos? Ya tú conoces la condición de las mujeres: mientras se aderezan y se componen pasa un año.

CLINIA.—¡Oh, Clitifón, temblando estoy!
CLITIFÓN.—Respira. Cata á Dromón y Siro dónde vienen.

ESCENA II.

SIRO, DROMÓN, CLINIA, CLITIFÓN.

SIRO.— (En segundo término y hablando con Dromón.) ¿De veras?.....
DROMÓN.—Como lo oyes.
SIRO.—Pero, mientras nosotros venimos platicando, las mujeres se nos han quedado atrás.
CLITIFÓN.—(Aparte á Clinia.) Que viene tu mujer: ¿óyeslo, Clinia?
CLINIA.—Ya lo oigo, Clitifón, y lo veo; al fin respiro.
SIRO.—(Continuando.) ¿Qué maravilla?..... ¡Vienen con tanta impedimenta!..... ¡Un rebaño de criadas traen consigo!
CLINIA.—¡Ah, pobre de mí! ¿Y de dónde tiene ella criadas?
CLITIFÓN.—¿A mí me lo preguntas?
SIRO.—(Aparte á Dromón.) No hemos debido dejarlas; que traen cosas de precio.
CLINIA.—(Aparte) ¡Ay de mí!
SIRO.— (Continuando.) Oro y vestidos: y se hace tarde, y no saben el camino. Neciamente lo hemos hecho. Corre tú, Dromón, á recibirlas; camina. ¿Por qué te detienes?
CLINIA.—¡Ay cuitado de mí, y de cuán gran esperanza he caído!
CLITIFÓN.—¿Qué es eso? ¿qué es lo que te da pena?
CLINIA.—¿Y me preguntas qué es? ¿no ves tú las criadas, el oro, las ropas? Habiéndola yo dejado aquí con una zagaleja, ¿de dónde crees tú que las ha habido?

CLITIFÓN.—¡Bah!..... ¡Ya doy en la cuenta!

SIRO.—¡Oh soberanos dioses, y la canalla que viene! Apenas cabrán en nuestra casa, á lo que entiendo. ¿Qué no comerán? ¿qué no beberán? ¡Qué mohino estará nuestro viejo! Pero aquí veo á los que busco.

CLINIA.—¡Oh Júpiter! ¡Ya no hay en quien fiar! Mientras yo por tí, Antifila, ando fuera de mi tierra como un loco, tú entretanto hásteme enriquecido, y hasme dejado en estos trabajos, por los cuales estoy yo puesto en tanta afrenta, y fuera de la obediencia de mi padre! Lástima tengo de él, y me avergüenzo de mí mismo. ¡Que tantas veces me avisara de las costumbres de estas mujeres, y que yo aprovechara tan poco sus consejos, que no haya podido apartarme de ésta! Lo cual será preciso hacer ahora, ya que no quise cuando me lo agradecieran. No hay hombre más desventurado que yo.

SIRO.—(Aparte.) Este ha interpretado mal lo que hemos dicho. (Alto.) Clinia, muy al revés entiendes las cosas de tus amores de lo que realmente pasan. Porque su vida es la misma, y su voluntad la misma que para contigo siempre tuvo, á lo que por la obra hemos visto.

CLINIA.—Dímelo, pues, por tu vida; porque no hay ahora cosa que yo más desee, que errar en mis sospechas.

SIRO.—Cuanto á lo primero, porque tú conozcas bien sus cosas, la vieja, que hasta ahora se decía ser su madre, no lo era: su madre murió ya. Esto se lo oí yo por casualidad á Antífila, viniéndoselo ella contando á la otra por el camino.

CLITIFÓN.—¿Quién es la otra?

SIRO.—Déjame contar primero, Clitifón, lo que he comenzado; que luego yo vendré á eso.

CLITIFÓN.—Date prisa.

SIRO.—Cuanto á lo primero, así como llegamos á la casa, Dromón llama á la puerta. Sale una vieja; y así como abrió la puerta, éste al punto saltó dentro: yo seguíle. La vieja echa la aldaba á la puerta, y vuélvese

á su rueca. De aquí se pudo entender, si de parte alguna, Clinia, en qué ejercicios ha pasado su vida en tu ausencia, pues cogimos desapercibida á la mujer. Porque esto nos dió entonces lugar de juzgar la ordinaria costumbre de su vida, la cual muestra claramente qué tal es la condición de cada uno. Hallámosla tejiendo su tela con mucha diligencia, vestida así, sencillamente, con una ropa de luto—creo que por la vieja que había muerto—sin dijes ningunos de oro, ataviada como las que para sí solas se aderezan, sin afeite ninguno en el rostro; sus cabellos tendidos, sueltos, rodeados á la cabeza con descuido..... (Á Clinia, que quiere interrumpirle.) ¡Chist!

Clinia.—Hermano Siro, ¡por tu vida, que no quieras darme alguna falsa alegría!

Siro.—La vieja hilaba trama: á su lado estaba una zagaleja que tejía con ella, remendada, desgreñada, llena de barro.

Clitifón.— Si todo esto es verdad, como creo que lo es, Clinia, ¿quién hay más dichoso que tú? ¿Ves tú ésta que dice que estaba mal vestida y sucia? También es gran señal que su señora está sin culpa, pues sus medianeros van tan mal medrados. Porque los que quieren tener entrada con las señoras, ya tienen por regla ordinaria dar preseas á las criadas.

Clinia.—Pasa adelante, por tu vida, y mira que no quieras ganar albricias con embustes. ¿Qué dijo cuando me nombraste?

Siro.—Cuando le dijimos que eras vuelto, y que le rogabas que viniese á verte, la mujer deja la tela al punto, y comienza á destilar lágrimas de sus ojos, de tal manera, que quienquiera pudiera echar de ver que lo hacía de amor que te tenía.

Clinia.—Así me amen los dioses, como de puro contento no sé dónde me estoy, según fué grande mi temor.

Clitifón.—Pues yo, Clinia, bien sabía que no había de qué temer. ¡Ea, pues! ahora, Siro, dinos quién es la otra.

Siro.—Traemos á tu Baquis.

Clitifón.—¡Cómo! ¿qué dices? ¿á Baquis? ¡Oh, malvado! ¿Y á dó la traes?

Siro.—¿A dó la traigo? A nuestra casa.

Clitifón.—¿A casa de mi padre?

Siro.—Allá mismo.

Clitifón.—¡Oh, desvergonzado atrevimiento de hombre!

Siro.—Mira, Clitifón, que no se toman truchas á bragas enjutas.

Clitifón.—(A Clinia). ¡Nota el caso! (A Siro). ¿Y á riesgo de mi vida vas tú á ganar honra, bellaco, donde por pequeño descuido que tengas quedaré yo perdido? (A Clinia). ¿Qué harás tú con éste?

Siro.—¡Empero.....!

Clitifón.—¿Qué empero?

Siro.—Si me das licencia, lo diré.

Clinia.—Dásela.

Clitifón.—Yo te la doy.

Siro.—El negocio va de esta manera: como si con.....

Clitifón.—¡Mala peste.....! (A Clinia.) ¿No ves con qué rodeos me comienza á contar.....?

Clinia.—Siro, razón tiene tu señor; déjate de palique, y al caso.

Siro.—Realmente que ya no me basta la paciencia. De muchas maneras es terrible Clitifón, y no hay quien le pueda sufrir.

Clinia.—Calla, que te oirémos.

Siro.—Tú quieres amiga; tú quieres gozar de ella; tú quieres que se procure qué darle, y no quieres que el gozarla sea á costa de tu riesgo: cuerdo eres, si ser cuerdo es querer lo que no es posible que suceda. Ó has de tomar esto con aquello, ó aquello lo has de dejar con esto. De los dos partidos mira cuál quieres más ahora. Aunque bien sé yo que el consejo que he tomado es bueno y seguro. Porque hay manera para que sin temor ninguno tengas tu amiga en casa de tu padre. Y

además de esto, el dinero que le prometiste, por la misma vía lo hallaré. Por cierto que, á poder de rogarme que lo hiciese, me habías vuelto sordos mis oídos. ¿Qué más quieres?

CLINIA.—¡Con tal que ello sea así.....!

SIRO.—¡Con tal que.....! Por la obra lo verás.

CLITIFÓN.—¡Ea, ea! Dinos ese tu consejo; veamos qué tal es.

SIRO.—Fingiremos que tu amiga es amiga de éste.. (Señalando á Clinia.)

CLITIFÓN.—(Irónico.) ¡Bien, por cierto! ¿Y éste qué hará, dime, de la suya? ¿Diremos también que Antífila es suya, si el tener una no le es harta infamia?

SIRO.—No, sino que allá la pondrémos en compañía de tu madre. .

CLITIFÓN.—¿Para qué con ella?

SIRO.—Serían largos los cuentos, Clitifón, si yo ahora te hubiese de contar por qué lo hago; pero bastante razón hay.

CLITIFÓN.—¡Coplas! No veo cosa cierta por la cual me cumpla ponerme á ese peligro.

SIRO.—Pues no te fatigues; que, si eso temes, yo tengo otro plan con que me confeséis ambos que estaréis fuera de peligro.

CLITIFÓN.—Algo así procura, por tu vida.

SIRO.—Corriente: saldré al camino, y les diré que se vuelvan á su casa.

CLITIFÓN.—(Indignado.) ¡Eh! ¿qué has dicho?

SIRO.—Yo haré que pierdas todo el temor, para que de ambas orejas duermas á pierna suelta.

CLITIFÓN.—(A Clinia.) ¿Qué te parece que yo haga?

CLINIA.—¿Tú? lo que más conviene.

CLITIFÓN.—Siro, dime la verdad.

SIRO.—Déjate estar ahora; que tú la querrás luego, y será tarde.

CLINIA.—(A Clitifón.) Pues te la dan (alusión á Baquis), goza de ella mientras puedes. ¿Qué sabes tú.....

Clitifón.—(Á Siro, que se va alejando.) Oye, Siro.
Siro.— (Aparte.) Quiébrate la cabeza; que yo haré eso que he dicho.
Clinia.—(Continuando.) ..... si nunca más tendrás lugar para gozarla?
Clitifón.—Bien dices. ¡Siro, Siro, escucha.....! ¡Hola, hola, Siro!
Siro.—(Aparte.) Calentóse. (Alto.) ¿Qué quieres?
Clitifón.—Vuelve, vuelve.
Siro.—Heme aquí: dí, ¿qué quieres? ¿Dirás aún que ese consejo no te agrada?
Clitifón.—No, Siro, sino que dejo en tus manos mi persona, mis amores y mi honra. Tú eres el juez; mira no haya de qué quejarse de tí.
Siro.—Ridículo es encargarme á mi eso, Clitifón. ¡Como si en ello me fuese á mí menos interés que á tí! Porque si aquí alguna desgracia acaeciese, para tí habría aparejadas riñas, y para Siro muy buenos azotes. De manera, que no es negocio de descuido. Pero ruégale á éste (Señalando á Clinia.) que finja que Baquis es su amiga.
Clinia.—Sí que lo fingiré. Las cosas han venido á punto, que ello es necesario.
Clitifón.—Con razón te quiero, Clinia.
Clinia.—Pero que ella no titubee.
Siro.—Está bien aleccionada.
Clitifón.—Mucho me maravillo cómo pudiste tan fácilmente persuadir á Baquis; que suele por mí despreciar á los más principales.
Siro.—Llegué á su casa en muy buena coyuntura, que en todas las cosas es la principal. Porque hallé á un pobre soldado que la rogaba por aquella noche; y ella tratábale sagazmente, para incitarle más la deseosa voluntad, diciéndole que no, y también por caerte más en gracia con esto. Pero mira, por tu vida, Clitifón, que estés en tí; no te descubras por descuido. Ya sabes cuán sagaz es tu padre en estas cosas, y á tí yo te conozco cuán aturdido sueles ser. Guárdate de palabras trastrocadas,

de un volver de cabeza, de un suspirar, de un escupir, de un toser, de un reir.

Clitifón.—Tú mismo me alabarás.

Siro.—Míralo bien.

Clitifón.—Tú mismo estarás atónito.

Siro.—¡Pero cuán presto que han llegado las mujeres!

Clitifón.—¿Dónde están? ¿Por qué me detienes?

Siro.—Ésta (Por Baquis, que con Antifila aparece por el fondo.) ya no es tuya.

Clitifón.—En casa de mi padre, no; pero entretanto..... (Intentando acercarse á Baquis.)

Siro.—(Deteniéndole.) Ni más, ni menos.

Clitifón.—¡Déjame.....!

Siro.—¡Digo que no!

Clitifón.—¡Un poquillo siquiera!

Siro.—No quiero.

Clitifón.—¡Siquiera saludarla!

Siro.—Véte de aquí, si buen seso tienes.

Clitifón.—Me voy. ¿Y ése?

Siro.—Aquí se quedará.

Clitifón.—¡Oh, dichoso mortal!

Siro.—Camina.

ESCENA III.

BAQUIS, ANTÍFILA, acompañadas de esclavas. CLINIA, SIRO.

Baquis.—En buena fe, amiga Antífila, que te precio mucho y te tengo por dichosa, pues has procurado que tus costumbres fuesen conformes á tu buen rostro. Y así los dioses me quieran bien, como no me maravillo que todos te codicien para sí; porque de tus palabras he entendido tu buena condición. Y cuando yo ahora en mi

pensamiento considero tu vida, y las de todas las demás que no queréis nada con muchos, no me maravillo que vosotras seáis tan honestas y nosotras no lo seamos. Porque á vosotras cúmpleos ser buenas, mas á nosotras no nos lo dejan ser aquellos con quienes tenemos trato. Y es que á nosotras nuestros galanes précianos cebados de nuestra buena gracia, y estragada ésta, ellos ponen su afición en otra parte. Si entretanto no hemos mirado algo por nosotras, quedámonos en blanco. Pero vosotras, cuando os determináis á pasar la vida con un varón solo, cuya condición es muy conforme á la vuestra, ellos aficiónanse á vosotras; y con esta buena obra estáis realmente unidos los unos con los otros, de manera que en vuestros amores no puede haber ninguna quiebra.

ANTÍFILA.—De las otras no sé nada; de mí sé que siempre he procurado medir mi provecho con el de mi Clinia.

CLINIA.— (Aparte á Siro.) ¡Ay, Antífila mía, que tú sola me haces ahora volver á mi tierra! Porque mientras yo de tí he estado ausente, todos los trabajos que he padecido me han parecido ligeros, salvo el estar lejos de tí.

SIRO.—Lo creo.

CLINIA.—Siro, no sé cómo me detengo. ¡Pobre de mí! ¡Que no pueda yo gozar á mi gusto de una semejante condición!

SIRO.—Antes, según yo he visto el ánimo de tu padre, él te dará mucho tiempo en qué entender.

BAQUIS.—(A Antífila.) ¿Quién es este mancebo que nos está mirando?

ANTÍFILA.—¡Ah! ¡Tenme, por tu vida!

BAQUIS.—¿Qué tienes, amor mío?

ANTÍFILA.—¡Muerta soy!

BAQUIS.—¡Ay, cuitada de mí! ¿De qué palideces, Antífila?

ANTÍFILA.—¿Es mi Clinia el que veo, ó no es él?

BAQUIS.—¿A quién ves?

CLINIA.—(Adelantándose.) Bien venida seas, alma mía.

Antífila.—Amor mío, Clinia, seas bien venido.
Clinia.—¿Cómo estás?
Antífila.—Gozosa, por verte llegar bueno.
Clinia.—¡Es posible que te tenga en mis brazos, Antifila, tan deseada de mi alma!
Siro.—Entráos dentro; que ha rato que os espera el viejo.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

CREMES, solo; después MENEDEMO.

CREMES.—Ya amanece. Mucho me detengo en llamar á la puerta del vecino, para ser el primero que le dé las buenas nuevas de como ha vuelto su hijo; aunque entiendo que el mancebo no lo quiere así. Pero, pues veo que tanto se aflige ese cuitado por su ausencia, ¿por qué le he yo de encubrir un gozo tan inesperado, mayormente, pues de descubrirlo ningún peligro viene? No lo haré, sino que en lo que pueda ayudaré al viejo, pues veo que mi hijo á su amigo y compañero le sirve y favorece en sus negocios. También es razón que los que somos viejos complazcamos á los viejos.

MENEDEMO.— (Aparte.) Realmente que, ó yo he nacido con hado aposta para padecer trabajos, ó es falso aquello que dice el vulgar dicho: que el tiempo mitiga las penas á los hombres. Porque á mí cada día se me acrecienta más la que siento por mi hijo, y cuanto él más está ausente, tanto más yo le codicio y más deseo verle.

CREMES.—(Viendo á Menedèmo.) Pero hele aquí fuera ya; voy á hablarle. (Alto.) Estés en hora buena, Menedemo; unas nuevas te traigo que tú deseas mucho recibir.

Menedemo.—¿Has, por dicha, sabido algo de mi hijo, Cremes?

Cremes.—Que está vivo y sano.

Menedemo.—¿En dónde, por tu vida?

Cremes.—En mi casa.

Menedemo.—¿Mi hijo.....?

Cremes.—Sí.

Menedemo.—¿Que ha venido.....?

Cremes.—Sí.

Menedemo.—¿Mi Clinia ha venido?

Cremes.—Ya te he dicho que sí.

Menedemo.—¡Vamos, llévame á do está, por tu vida!

Cremes.—No quiere que sepas que ha venido, y no osa parecer delante de tí, por su pecado. Está con recelo no se haya acrecentado más aquella tu aspereza antigua.

Menedemo.—¿Y no le has dicho tú cuán afligido estoy?

Cremes.—No.

Menedemo.—¿Por qué no, Cremes?

Cremes.—Porque miras mal por tu provecho y por el suyo, si le das á entender que tienes el alma tan tierna y tan rendida.

Menedemo.—¡Ya no puedo más; harto ya, harto he sido padre rigoroso!

Cremes.—¡Ah! extremado eres, Menedemo, en lo uno y en lo otro; ó en demasiada largueza, ó por demás escaso. En el mismo yerro darás por la una vía, que por la otra. Primero, por no consentir á tu hijo que fuese á casa de una mujercilla que entonces se contentaba con muy poco y cualquier cosa agradecía, le espantaste de aquí. Ella, después, constreñida de necesidad, ha comenzado á ganar la vida, dándose á todos. Ahora que no la puede sostener sin gran dispendio de tu bolsa, deseas darle cuanto hay. Pues para que entiendas cuán bien apercibida viene para tu perdición, sabe, ante todo, que ella ha traído consigo más de diez criadas muy car-

gadas de oro y seda. Aunque su amigo fuese un sátrapa, no bastaría á cubrir sus gastos; mucho menos podrás tú.

MENEDEMO.—¡Cómo! ¿ya está ella en casa?

CREMES.—¿Si está, me preguntas? Bien lo he sentido; porque una cena le he dado á ella y á sus compañeras, que si otra le he de dar, quedo pobre. Porque, dejando aparte otros gastos, en solas gustaduras, ¿cuánto vino piensas me ha gastado? A cada paso me decía: «Padre, este vino áspero es: mira, por tu vida, si hay otro más suave.» Todas mis tinajas empecé, grandes y chicas; á toda mi gente tuve en danza. Y esto en sola una noche. ¿Qué piensas que será de tí, cuando coman á la continua? ¡Así los dioses me amen, Menedemo, como yo he lástima de tu hacienda!

MENEDEMO.—Haga lo que quiera: tome, gaste, destruya; determinado estoy á sufrirle, con tal que yo le tenga conmigo.

CREMES.—Si estás determinado á hacerlo así, paréceme que te importa mucho que él no entienda que tú mismo se lo das.

MENEDEMO.—¿Qué haré, pues?

CREMES.—Todo, menos lo que has pensado. Dáselo por segunda mano; déjate engañar por las astucias del criado; que ya yo he olido que ellos andan en eso y lo tratan de secreto. Mi Siro y tu criado cuchichean, los mancebos tienen sus consultas, y á tí más te vale perder por esta vía ciento, que por la otra diez. Pues aquí no se trata del dinero, sino de cómo con menos peligro le demos al mancebo lo que pida. Porque si él una vez te entiende el flaco y que antes perderás la vida y toda tu hacienda, que le eches de tu casa, ¡huy, qué puerta le abrirás para los vicios! Tanto, que á tí te será la vida muy pesada. Porque todos somos peores con la excesiva libertad. El querrá hacer cuanto le pidiere su apetito: no se parará á pensar si es bueno ó malo lo que pide; tú no podrás sufrir su perdición y la ruina de tu hacienda; no querrás darle; él acudirá luego á aquel

medio con que sabe puede dominarte, y te amenazará con irse de tu casa.

MENEDEMO.—Paréceme que dices la verdad y lo que es llano.

CREMES.—Cierto que en toda esta noche no he pegado mis ojos, pensando cómo podría hacer que tu hijo volviese á tu poder.

MENEDEMO.—Dame acá esa mano. Yo te suplico, Cremes, que me ayudes en lo sucesivo.

CREMES.—Pronto estoy.

MENEDEMO.—¿Sabes qué querría que hicieses?

CREMES.—Dí.

MENEDEMO.—Que, pues has entendido que ellos comienzan á urdirme algún engaño, les des prisa para que lo hagan. Deseo ya darle cuanto él quiera; deseo verle ya.

CREMES.—Yo lo procuraré. Yo tengo un negocillo que hacer. Simo y Critón, nuestros vecinos, andan en ciertas diferencias sobre unos mojones, y hanme nombrado árbitro. Iré á decirles que por hoy no puedo entender en ello como les había prometido. Luego estoy aquí. (Vase.)

MENEDEMO.—Así te lo suplico.—¡Oh, soberanos dioses! ¡Y es posible que sea tal la condición natural de todos los hombres, que vean y juzguen mejor las cosas ajenas que las propias! ¿Es, por ventura, porque en nuestras cosas, ó el mucho contento ó la mucha tristeza nos lo estorba? ¡Mira éste ahora cuánto más sabio es para mí, que yo mismo!

CREMES.—(Entrando.) ¡Ea! ya estoy libre y puedo entender despacio en tu negocio. Ahora es menester llamar aparte á Siro y prepararle. No sé quién sale de mi casa. Recógete tú á la tuya, porque no sospechen que hacemos liga entre nosotros.

ESCENA II.

SIRO, CREMES.

SIRO.—(Aparte.) Revuelve por acá ó por allá, Siro; que hallarse tiene el dinero y urdírsele tiene al viejo algún engaño.

CREMES.—(Aparte.) ¡Mira si dí bien en la cuenta de lo que éstos trataban! Aquel criado de Clinia (Alude á Dromón.) es algo bobo, y por esto han dado el cargo á mi criado.

SIRO.—¿Quién habla aquí? (Viendo á Cremes.) ¡Ah, pobre de mí! ¿Me habrá oído?

CREMES.—¡Siro!

SIRO.—¿Qué?....

CREMES.—¿Qué haces ahí?

SIRO.—Nada. Pero de tí, Cremes, estoy maravillado cómo te has levantado tan de mañana, habiendo ayer bebido tanto.

CREMES.—No mucho.

SIRO.—¿No mucho, dices? ¡Pardiez, que me pareció lo que suelen decir de la vejez del águila!

CREMES.—¡Ea, basta!

SIRO.—Gustosa y regocijada mujer es esta cortesana. (Alude á Baquis, que está en casa de Clinia.)

CREMES.—Cierto; lo mismo me ha parecido á mí.

SIRO.—¡Y qué belleza la suya!

CREMES.—(Con frialdad.) ¡Así, así!

SIRO.—No digo que para las de tu tiempo..... mas comparada con las de ahora, es buena de veras. No me maravillo que Clinia se pierda por ella. Pero tiene un padre avaro, miserable y roñoso. ¿No conoces tú á nuestro vecino? Pues como si fuera el más pobre del mundo, su hijo se fué de aquí por penuria. ¿No sabes que pasa como digo?

CREMES.—¿Qué tengo de ignorarlo yo? ¡Hombre que merecía estar en una tahona!

SIRO. —¿Quién?

CREMES.—Ese criado del mancebo.....

SIRO.—(Aparte.) ¡Ay, Siro, y cómo temí no lo dijese por tí!

CREMES.—..... que tal consintió que sucediese.

SIRO.—Pues ¿qué había de hacer?

CREMES.—¿Eso me preguntas? Buscar algún medio, urdir algún enredo por donde el mozo tuviese qué darle á su amiga, y procurar darle la tostada á este viejo terrible á su pesar.

SIRO.—¿Búrlaste?

CREMES.—Esto es, Siro, lo que él hubo de hacer.

SIRO.—¡Cómo! ¿Alabas tú á los que engañan á sus amos?

CREMES.—En su tiempo y lugar, sí los alabo.

SIRO.—Está bien.

CREMES.—Porque con esto se suelen remediar grandes enojos muchas veces. Ya ves cómo á éste se le hubiera estado quieto en casa el único hijo que tiene.

SIRO.—(Aparte) No sé si se burla ó si habla de veras, si ya no lo hace por darme á mí alas, con que más me atreva.

CREMES.—Y bien, Siro: ¿qué aguarda ahora Dromón? ¿á que de nuevo se vaya Clinia de aquí, cuando vea que no puede sustentar los gastos de ésta? ¿Por qué no le urde al viejo algún engaño?

SIRO.—Es un bobo.

CREMES.—Pues razón es que tú le ayudes, por amor del mancebo.

SIRO.—Eso fácil es, si me lo mandas; porque ya yo entiendo cómo suele hacerse.

CREMES.—¡Pues tanto mejor!

SIRO.—Y yo no suelo mentir.

CREMES.—Hazlo, pues.

SIRO.—Pero mira, que te acuerdes de esto, si acaso

algún día acaeciere, según son las cosas de los hombres, que tu hijo haga alguna semejante.

CREMES.—No sucederá tal; yo lo espero.

SIRO.—Y yo también, en verdad, lo confío. Y no lo digo ahora porque yo de él haya sabido nada. Pero por sí ó por no..... ya ves que es mozo. Y, si á mano viene, bien será que pueda yo, Cremes, tratarte á mi sabor.

CREMES.—De eso, cuando el caso se ofrezca, hablaremos; ahora haz lo que te digo. (Entra Cremes en su casa.)

SIRO.—(Solo.) En toda mi vida no he visto á mi amo hablar más á propósito. Ni jamás hubiera creído que con tanta seguridad pudiera yo hacer mal.—¿Quién sale de nuestra casa?

ESCENA III.

CREMES, CLITIFÓN, SIRO.

CREMES.—(Saliendo de su casa con Clitifón.) ¡Cómo es eso, por tu vida! ¿Qué costumbres son esas, Clitifón? ¿Y esto se ha de hacer?

CLITIFÓN.—¿Qué he yo hecho?

CREMES.—¿No te ví yo ahora meterle la mano en el seno á esta ramera?

SIRO.—(Aparte.) ¡Esto es acabado, no hay remedio!

CLITIFÓN.—¿A mí?

CREMES.—Por mis propios ojos. No lo niegues. Y haces muy grande agravio á tu amigo con esos tocamientos. Porque realmente es afrentoso recoger á tu amigo en tu casa y retozar con su amiga. Y aun ayer, en el convite, ¡cuán descompuesto estuviste!

SIRO.—Cierto.

CREMES.—¡Y cuán pesado!..... ¡Que así los dioses

me amen, como me temblaba el corazón de temer no sucediese algún escándalo! Yo sé bien la condición de los enamorados: que muchas veces tienen sospecha de lo que tú menos piensas.

CLITIFÓN.—Mas él, padre, confía que no haré yo nada que le enoje.

CREMES.—Sea: pero, á lo menos, apártateles un poco de los ojos; porque muchas cosas trae consigo el apetito, las cuales no pueden hacer en tu presencia. Yo por mí lo veo. No tengo yo hoy día amigo ninguno delante de quien yo me atreviese, Clitifón, á descubrir todas mis flaquezas. Delante de unos, me lo impide su dignidad; delante de otros, el hecho mismo me da empacho, por no parecer grosero ó necio. Lo mismo has de creer tú que hace él. Pero á nosotros toca el considerar cómo y en qué sazón conviene dar gusto á los amigos.

SIRO.— (A Clitifón, amonestándole.) ¿Oyes lo que te dice?

CLITIFÓN.—¡Perdido soy!

SIRO.—Clitifón, yo, á fuer de hombre de bien y comedido, te digo lo mismo que tu padre.

CLITIFÓN.—¡Calla, si puedes!

SIRO.—Sí, á fe.

CREMES.—¡Siro....., que estoy corrido!

SIRO.—¡Que lo creo! Y con razón; que aun á mí también me da eso pena.

CLITIFÓN.—¿Aun prosigues?

SIRO.—Sí, y digo lo que siento.

CLITIFÓN.—Pues, ¿no he de acercarme á ellos? (Alude á Clinia y Baquis.)

CREMES.—¿Y te parece que es *esa* la única manera de acercarte? dí.

SIRO.—(Aparte.) Esto acabóse. Antes se descubrirá éste, que yo le pesque el dinero al viejo. (Alto.) Cremes, ¿quiéresme tú creer, aunque loco?

CREMES.—¿Qué debo hacer?

SIRO.—Mandarle á éste que se vaya de aquí á cualquier parte.

CLITIFÓN.—¿Irme yo? ¿adónde?

SIRO.—A do quisieres. Déjalos en paz. (Alude á Clinia y Baquis.) Véte á paseo!

CLITIFÓN.—¿A pasear? ¿adónde?

SIRO.—¡Bah! como si faltase lugar....! Véte por aquí, hacia allá, do quisieres.

CREMES.—Muy bien dice. Camina.

CLITIFÓN.—¡Los dioses te destruyan, Siro, pues me echas de aquí!

SIRO.—Y tú, de hoy más, en buena fe, que has de comedir esas manos.

ESCENA IV.

CREMES, SIRO.

SIRO.—¿Qué tal? ¿Qué piensas, Cremes, que hará de aquí adelante, si no le guardas, corriges y amonestas con las fuerzas y poder que te dan los dioses?

CREMES.—Yo tendré cuidado de eso.

SIRO.—Pues ahora, señor, es cuando más le has de guardar.

CREMES.—Así se hará.

SIRO.—Sí, si eres cuerdo; porque de mí menos se le da ya cada día.

CREMES.—¿Y tú? ¿Has hecho algo acerca de aquello que traté contigo poco ha, Siro? ¿has hallado alguna traza que te agrade, ó todavía no.....?

SIRO.—¿Dices en lo del engaño? Chito: que no ha mucho que he hallado uno.

CREMES.—Hombre eres de cuenta. Díme, ¿qué es?

SIRO.—Sí diré: pero así como viene una cosa tras de otra.

CREMES.—¿Y qué es ello, Siro?

SIRO.—(Aludiendo á Baquis.) Esta ramera es una mala cría.
CREMES.—Así parece.
SIRO.—¡Pues si lo supieses bien!..... ¡Bah! mira qué maldad emprende. Hubo aquí una vieja natural de Corinto, á quien ella le había prestado mil *dracmas* de plata.
CREMES.—¿Qué más?
SIRO.—Ha muerto la vieja, y ha dejado una hija mozuela, la cual le ha quedado por prenda de aquel dinero.
CREMES.—Entiendo.
SIRO.—Hala traído aquí consigo: es la que ahora está con tu mujer.
CREMES.—¿Y qué más?
SIRO.—Ella le ruega á Clinia que le dé las mil *dracmas*, con promesa que la mozuela se las dará después. Y Clinia me pide esas mil *dracmas*.
CREMES.—¡Que te las pide!
SIRO.—¡Sí! ¿qué hay que dudar?
CREMES.—Yo creí que había. Y pues ahora ¿qué piensas hacer?
SIRO.—¿Yo? Irme á Menedemo, y decirle que ésta es una cautiva de Caria, rica y de linaje, y que si la rescata ganará en ello mucho.
CREMES.—Engañado vas.
SIRO.—¿Cómo así?
CREMES.—Haz cuenta que te respondo yo por Menedemo: «No quiero comprarla.»
SIRO.—¿Qué me dices? ¡Ponte más en la razón!
CREMES.—«Es que no lo he menester.»
SIRO.—¿Que no lo has menester?
CREMES.—«No, en verdad.»
SIRO.—¿Como es eso? ¡Cierto que me maravilla!
CREMES.—Yo te lo diré.
SIRO.—Espera, espera. ¿Qué es esto, que tan gran golpe han dado nuestras puertas?

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

CREMES, SIRO, SOSTRATA, LA NODRIZA.

Sostrata.— (Hablando con la nodriza.) Si el corazón no me engaña, éste es realmente el anillo que yo me sospecho; aquel con que fué expuesta mi hija.

Cremes. — (Aparte á Siro.) ¿Qué significan, Siro, estas palabras?

Sostrata.— (Á la nodriza.) ¿Qué dices? ¿parécete que es él?

La Nodriza.—Ya te dije, en cuanto me le mostraste, que era él.

Sostrata.—Pero mira, nodriza, que le hayas mirado bien.

La Nodriza.—Muy bien.

Sostrata.—Pues ve allá dentro, y dime si se ha bañado ya la doncella. Yo, entretanto, esperaré aquí á mi marido.

Siro.— (Aparte á Cremes.) A tí te busca: mira lo que quiere. No sé de qué está triste; no es sin causa; temo no sea algo.

Cremes.—¿Qué ha de ser? Realmente que ésa, con gran aparato, vendrá á decirnos grandes niñerías.

Sostrata.—¡Oh marido mío!

CREMES.—¡Oh mujer mía!

SOSTRATA.—En tu busca vengo.

CREMES.— Dí lo que me quieres.

SOSTRATA.—Cuanto á lo primero, te suplico que no creas que yo haya osado hacer cosa ninguna contra tu mandamiento.

CREMES.—¿Quieres que yo te crea eso, aunque es increible? Yo lo creo.

SIRO.— (Aparte y refiriéndose á las palabras de Sostrata.) No sé qué culpa trae consigo esta disculpa.

SOSTRATA.—¿Acuérdaste cuando estaba en cinta, y cómo me dijiste encarecidamente que si paría hija no querías que se criase?

CREMES.—Ya sé lo que has hecho: hasla criado.

SIRO.—¿Es ello verdad, señora? ¡Pues entonces una nueva carga para mi amo!

SOSTRATA.— (Contestando á Cremes.) Nada de eso. Había aquí una vieja natural de Corinto, buena mujer; á ella le dí la criatura, para que la echase á alguna puerta.

CREMES.—¡Oh Júpiter! ¿y tanta necedad había de caber en tí?

SOSTRATA.—¡Triste de mí! ¿Qué hice yo?

CREMES.—¿Y lo preguntas?

SOSTRATA.—Si yo he errado, Cremes mío, de necia he errado.

CREMES.—Eso ya me lo sé yo, aunque tú lo niegues; que tú lo haces y lo dices todo á necias y tontamente, según los muchos yerros que en esto muestras. Porque, cuanto á lo primero, si tú quisieras hacer lo que yo mandé, debiste matarla, y no fingirla muerta de palabra, y por la obra darle esperanza de vida. Pero, en fin, no hago caso de eso; la lástima, el amor maternal..... En hora buena. Pero ¡cuán bien miraste por ella! ¿Qué te propusiste? Piénsalo bien. Porque es llano que tú le entregaste tu hija á aquella vieja, para que, ó fuese mala mujer, ó fuese vendida públicamente por esclava. Yo creo que debiste de pensar: «cualquier estado le basta,

con tal que viva.» ¿Qué dirás de aquellos que ni saben qué es razón, ni cuál es lo bueno ni lo justo, ni miran lo que es mejor ó peor, lo que aprovecha ó perjudica, sino lo que les da gusto?

Sostrata.—Cremes mío, pequé; yo te lo confieso, á tí me rindo. Mas lo que yo ahora te suplico es que cuanto es mayor tu experiencia, tanto más benigno seas, para que mi poco saber tenga algún refugio en tu justicia.

Cremes.—Bueno, esta falta te la perdonaré; pero mira, Sostrata, que te aprovechas mal de mi demasiada benignidad. Acaba ya de decirme á qué fin has comenzado á darme esa noticia: habla.

Sostrata.—Como las pobres mujeres somos de puro necias tan supersticiosas, cuando le dí á la vieja la criatura, para que la expusiera, quitéme un anillo de mi dedo, y díjela que lo echase juntamente con la niña; para que si ésta moría, no muriese sin alcanzar parte en nuestros bienes.

Cremes.—(Con ironía.) ¡Oh, qué bien estuvo eso: tu vida y la suya conservaste!

Sostrata.—El anillo es éste.

Cremes.—¿De dónde lo has habido?

Sostrata.—La mozuela que Baquis trajo consigo.....

Siro.—(Con temor.) ¡Eh!

Cremes.—¿Qué dice esa mozuela?

Sostrata.—Diómelo á guardar mientras se iba al baño. Al pronto no caí en la cuenta; mas después que me fijé en él, luego lo conocí, y vine á tí corriendo.

Cremes.—¿Qué sospechas tú ahora ó qué hallas acerca de esto?

Sostrata.—Yo, nada. Pero tú puedes preguntarle de dónde ha habido este anillo. Acaso pudiésemos dar con algún rastro.

Siro.—(Aparte.) ¡Perdido soy! Más esperanza veo de la que quisiera; hija de casa es, si ello pasa así.

Cremes.—¿Vive aquella vieja á quien se la diste?

Sostrata.—No sé.

Cremes.—¿Qué te dijo entonces?

Sostrata.—Que había hecho lo que yo le había mandado.

Cremes.—Dime cómo se llamaba la mujer, para que la busquemos.

Sostrata.—Filtera.

Siro.—(Aparte.) Ella misma es. Harto será que ella (Alude á Antifila.) no esté en salvo, y yo perdido.

Cremes.—Sostrata, ven conmigo á casa.

Sostrata.—¡Cómo me ha sucedido mejor que yo pensaba! ¡Qué temor tuve no estuvieses ahora con la voluntad tan obstinada como entonces para no criarla, Cremes!

Cremes.—No puede el hombre estar siempre del mismo parecer, aunque él quiera, si los tiempos no lo permiten. Ahora mis cosas van de manera que deseo tener una hija; entonces todo menos eso.

ESCENA II.

SIRO, solo.

Siro.—Si el alma no me engaña, no está lejos de mí alguna desventura, según que en este negocio mis cosas vienen en estrecho, si no busco algún remedio para que el viejo no entienda que ésta (Alude á Baquis.) es amiga de su hijo. Porque en lo del dinero no hay para qué tener esperanza, ni pretender que habrá manera de engañarle. Con harta honra saldré, si de aquí me puedo escapar sin perder pieza de mi arnés. ¡Qué picado quedo de ver que tan repentinamente se me haya ido de la garganta un tan buen bocado! ¿Qué haré, ó qué traza daré? De nuevo he menester buscar algún buen medio. No hay cosa tan dificultosa que con la diligencia no se pueda rastrear. ¿Qué será si

por aquí lo emprendo?..... ¡Nada! ¿Y si por aquí.....? Menos. ¿Y así?..... Así, creo que..... ¡Imposible! ¿Cómo imposible? ¡Victoria! ¡Esta es la traza! ¡Pardiez, que, á lo que entiendo, tengo de hacer volver á mi poder este dinero fugitivo!

ESCENA III.

CLINIA, SIRO.

Clinia.—Ya, de hoy más, ninguna cosa tan grave me puede suceder, que me dé pena, según es grande esta felicidad inesperada. Desde luego me entrego á mi padre para ser mejor de lo que él quiere.

Siro.—(Aparte). Mira si me engañé: hanla reconocido, á lo que entiendo de lo que éste dice. (A Clinia.) Mucho me alegro de que todo haya sucedido conforme á tu deseo.

Clinia.—¡Oh, hermano Siro! ¿haslo oído, por tu vida?

Siro.—¿Cómo no, si estuve allí presente?

Clinia.—¿A quién has oído jamás haberle sucedido tal ventura?

Siro.—A nadie.

Clinia.—Y así los dioses me amen, como yo me alegro, no tanto por mí como por ella; porque sé que es mujer que merece toda honra.

Siro.—Así lo creo. Pero ahora, Clinia, me toca á mí la vez: dame tu favor. Porque también hemos de procurar cómo se ponga en salvo tu amigo; que si el viejo llega á sospechar que la tal amiga.....

Clinia.— (Regocijado.) ¡Oh Júpiter!

Siro.— Sosiégate.

Clinia.—¡Mi Antifila se casará conmigo!

SIRO.—¿Así te me atraviesas?

CLINIA.—¿Pues qué quieres que haga, hermano Siro? Estoy alegre; súfreme un poco.

SIRO.—¡Vaya si te sufro!

CLINIA.—Vida de dioses hemos alcanzado.

SIRO.—Por demás me tomo este trabajo: ya lo veo.

CLINIA.—Dí; que ya te escucho.

SIRO.—No estarás en lo que digo.

CLINIA.—Sí estaré.

SIRO.—Digo que hemos de mirar, Clinia, cómo también se ponga en salvo tu amigo. Porque si tú ahora te nos vas de casa y dejas aquí á Baquis, luego nuestro viejo entenderá que ésta es amiga de Clitifón; pero si contigo te la llevas, oculto quedará como hasta aquí.

CLINIA.—¿No ves, Siro, que ese es el mayor estorbo para mi casamiento? Porque ¿con qué cara se lo osaré decir á mi padre? ¿Estás en lo que digo?

SIRO.—Muy bien.

CLINIA.—¿Qué le diré, pues? ¿Qué razón le daré?

SIRO.—No quiero que mientas. Cuéntale el negocio llanamente como pasa.

CLINIA.—¿Qué dices?

SIRO.—Así te lo mando. Díle que tú amas á Antífila y que deseas casarte con ella, y que Baquis es amiga de Clitifón.

CLINIA.—(Con ironía.) ¡En verdad que tú me mandas una cosa buena y justa, y harto fácil de hacer! Y también querrás que le ruegue yo á mi padre que no le dé noticia de esto á vuestro viejo.

SIRO.—Al contrario: que llanamente le cuente todo el negocio como pasa.

CLINIA.—(Indignado.) ¡Oh! ¿estás en tu seso, ó estás borracho? ¿No ves que manifiestamente le descubres? Porque, díme, ¿cómo podrá él tenerse por seguro?

SIRO.—A este consejo le doy yo el premio: de esto me jacto, y presumo de tener en mí tanto poder y tanta sagacidad, que, diciéndoles á entrambos la verdad, ven-

ga á engañarlos á los dos, y que cuando vuestro viejo le diga al nuestro que Baquis es amiga de su hijo, con todo eso, no lo crea.

Clinia.—Pero ¿tú no ves que de esa manera me tornas á quitar la esperanza de mi casamiento? Porque, si él cree que ésta es mi amiga, no me querrá dar su hija por mujer? Sin duda que te importa poco lo que será de mí, á trueque de servir á tu señor.

Siro.—*¿Lo que será.....?* ¡Mala peste.....! ¿Piensas tú que ha de ser un siglo el tiempo que yo quiero que lo encubras? No es más de un día, mientras le pesco el dinero, y acabóse; que no he menester más.

Clinia.—¿Y con eso tienes harto? ¿Y qué será, por tu vida, si esto viene á noticia de mi padre?

Siro.—¡Qué será.....! Esto es como los que dicen: ¿Y si se cae el cielo?

Clinia.—Miedo me da lo que voy á hacer.

Siro.—¿Miedo? ¡Como si no estuviese en tu mano, siempre que quisieres, salirte del juego y descubrir la verdad!

Clinia.—¡Ea, ea; pase Baquis!

Siro.—A buen tiempo; hela dónde sale.

ESCENA IV.

BAQUIS, CLINIA, SIRO, DROMÓN, FRIGIA.

Baquis.—(Aparte á Frigia.) Con harta importunación, en buena fe, me hicieron venir aquí las ofertas de Siro. Diez *minas* me ofreció que me daría. Pues á fe, que si él ahora me engaña, no le cumplirá ir muchas veces á mi casa á rogarme que venga; porque será por demás. Y si le diere palabra de venir y lo concertare, cuando él trajere la respuesta, Clitifón con su esperanza quedará colgado

de la agalla, porque le daré la tostada y no vendré. Las costillas de Siro me lo pagarán.

CLINIA.—(Aparte á Siro.) No es mala oferta la que te hace.

SIRO.—¿Y tú piensas que ésta habla de burlas? Mejor lo hará que lo dice, si no miro por mí.

BAQUIS.—(A Frigia.) Duermen; pues á buena fe que yo los despierte. (Alto.) Amiga Frigia, ¿has entendido qué granja es la de Carino, que ese hombre (Alusión al soldado.) te mostró poco ha?

FRIGIA.—Sí.

BAQUIS.—¿La que está junto á esta heredad, á la mano derecha?

FRIGIA.—Ya me acuerdo.

BAQUIS.—Pues vé allá en un vuelo; allí hallarás al soldado que celebra las fiestas de Baco.

SIRO.—(Aparte.) ¿Qué emprende ésta?

BAQUIS.—(A Frigia.) Y le dirás como yo estoy aquí detenida muy contra mi voluntad, y muy guardada. Pero que yo buscaré manera, para darles esquinazo, y me iré allá.

SIRO.—(Aparte.) ¡Perdido soy! (Alto.) ¡Baquis, espera, espera! ¿A dó la envías, por tu vida? ¡Mándale que no vaya!

BAQUIS.—(A Frigia.) Camina.

SIRO.—(Persuadiéndola.) ¡Que ya está á punto el dinero!

BAQUIS.—Que ya yo también estoy aquí.

SIRO.—¡Que ahora mismo se te dará!

BAQUIS.—Como quisieres. ¿Por ventura os doy yo prisa?

SIRO.—¿Sabes qué has de hacer, por tu vida?

BAQUIS.—¿Qué?

SIRO.—Que te has de pasar á casa de Menedemo, y todo tu fausto se ha de pasar también allá.

BAQUIS.—¿Qué pretendes, ladrón?

SIRO.—¿Yo? Acuñar el dinero que he de darte.

BAQUIS.—¿Tiénesme tú por tal, que merezca que tú me andes con burlas?

Siro.—¡Que va de veras!.....

Baquis.—¿También en esa casa tengo yo cuenta contigo?

Siro.—No, sino que te vuelvo lo que es tuyo.

Baquis.—Vamos.

Siro.—Sígueme por aquí.—¡Hola, Dromón!

Dromón.—¿Quién me llama?

Siro.—Siro.

Dromón.—¿Qué hay?

Siro.—Haz que pasen de presto á vuestra casa todas las criadas de Baquis.

Dromón.—¿Para qué?

Siro.—Eso no me lo preguntes. Y lleven todo lo que trajeron consigo á nuestra casa. Bien pensará el viejo que con la ida de éstas se le ha aliviado el gasto. ¡Pues no sabe él cuánto daño le ha de causar este poquillo de ahorro! Tú, Dromón, si eres cuerdo, no sabes una palabra de lo que aquí has oído.

Dromón.—Dirás que soy mudo.

ESCENA V

CREMES, SIRO.

Cremes.—(Aparte). Así los dioses me amen, como yo he lástima de Menedemo. ¡Que tal calamidad haya caído sobre su casa! ¡Y que haya de mantener á aquella mujer con tantas criadas! Aunque bien sé yo que por algunos días no lo echará de ver, según era grande el deseo que tenía de abrazar á su hijo. Pero cuando él vea que ha de gastar tan largo en su casa de ordinario, y que no hay medio de poner en ello tasa, deseará que su hijo se e vaya otra vez.— Pero aquí viene Siro. ¡A muy buen tiempo!

Siro.—(Aparte). ¿Qué hago que no le acometo?
Cremes.—¡ Siro!
Siro.—¡ Señor!
Cremes.—¿Qué hay de nuevo?
Siro.—Rato ha que deseaba toparme contigo.
Cremes.—Ya me parece que has hecho no sé qué, allá con el viejo.
Siro.—¿ Sobre lo de antes? Dicho y hecho está.
Cremes.—¿ De veras?
Siro.—De veras, de veras.
Cremes.—No puedo dejar de acariciarte esa cabeza. Llégateme acá, Siro; que en pago de eso te haré alguna merced, y de buena gana.
Siro.—¡Pues si supieses cuán bien lo tracé.....!
Cremes.—¡Bah! ¿Estás ufano porque te ha sucedido á tu sabor?
Siro.—No, cierto; sino que te digo la verdad.
Cremes.—Dime, ¿qué es ello?
Siro.—Clinia le ha dado á entender á Menedemo que Baquis es amiga de tu hijo Clitifón, y que la ha hecho pasar á su casa, porque tú no lo descubrieses.
Cremes.—Bien.
Siro.—Hablemos de veras.
Cremes.—Digo que muy bien.
Siro.—¡ Pues si tu supieses.....! Pero escucha lo que falta del engaño. Él le ha de decir como ha visto á tu hija; y que desde que la vió, le agradó mucho su buen rostro, y que desea casarse con ella.
Cremes.—¿Con ésta que ahora he reconocido?
Siro.—Con esa misma; y mandará á pedírtela.
Cremes.—¿Y á qué fin eso, Siro? Porque realmente que no entiendo nada.
Siro.—¡ Huy, qué tardo eres!
Cremes.—Quizás.
Siro.—Daràle dinero para las bodas, con que oro y ropas..... ¿me entiendes?
Cremes.—(Terminando la frase de Siro.) Le compre..

Siro.—Eso mismo.

Cremes.—Pero yo ni le doy mi hija ni se la prometo.

Siro.—¿No? ¿por qué?

Cremes.—¿Por qué me preguntas? ¿A un hombre....?

Siro.—Como tú quisieres; que yo no decía que se la dieses de veras, sino que lo fingieses.

Cremes.—No me cumple ese fingir. De tal manera revuelve tú allá tus cosas, que no me mezcles á mí. ¿Yo he de prometer mi hija á quien no se la he de dar?

Siro.—Creíalo yo.

Cremes.—No, á fe.

Siro.—Bien se pudiera hacer discretamente. Y yo esto helo emprendido, porque tú me lo habías encargado con tanto empeño.

Cremes.—Lo creo.

Siro.—Por lo demás, yo eso, Cremes, con buen fin lo hacía.

Cremes.—Y yo también quiero muy de veras que procures hacerlo; pero por otra vía.

Siro.—Bueno: búsquese otro medio. Pero en lo que te dije del dinero que tu hija debe á Baquis, es justo se lo pagues. Ni es razón que tú ahora te arrimes á aquello de «¿A mí qué? ¿por ventura prestómelo á mí? ¿mandéselo yo dar? ¿cómo pudo ella tomar mi hija por prenda, sin mi consentimiento?» Mira, Cremes, que es muy gran verdad lo que comunmente se dice, que el derecho riguroso, muchas veces es injuria manifiesta.

Cremes.—No haré yo tal.

Siro.—Antes, si á otros les está bien portarse así, á tí no te está; porque todo el mundo te tiene en reputación de muy hombre de bien y rico.

Cremes.—No, sino que yo mismo se lo llevaré ahora mismo.

Siro.—Más vale que le mandes á tu hijo que se lo lleve.

Cremes.—¿Por qué?

Siro.—Porque á él le hemos cargado estos amores con Baquis.

Cremes.—¿Y pues?

Siro.—Porque parecerá más conforme á la verdad el negocio, si él por su mano se lo da. Con esto yo haré más fácilmente lo que pretendo.—Hele aquí dó viene. Vé y saca el dinero.

Cremes.—Al punto lo saco.

ESCENA VI.

CLITIFÓN, SIRO.

Clitifón.—No hay cosa tan fácil, que no sea dificultosa, cuando uno la hace á su pesar. Este paseo ¡mira qué fácil cosa! me ha traído realmente á la muerte. Y ahora lo que yo más temo, ¡pobre de mí!, es no me tornen de nuevo á echar de aquí, porque no me allegue á Baquis. ¡Que los dioses y las diosas, todos juntos, con su poder, Siro, te destruyan con aquella tu invención y traza! Siempre has de inventarme alguna cosa con que me atormentes.

Siro.—¡Véteme de aquí á do mereces; que casi me ha perdido tu imprudencia!

Clitifón.—Bien holgara de ello yo, realmente, en pago de tus méritos.

Siro.—¿Méritos? ¿cómo es eso? Mucho me huelgo de haberte oído decir esas palabras, antes de darte el dinero que ya tenía para tí.

Clitifón.—Pero ¿qué quieres tú que yo te diga?..... Fuiste y trajísteme la amiga, para que no me sea lícito el tocarla.

Siro.—Ya se me pasó el enojo. ¿Sabes dónde está u Baquis?

Clitifón.—En nuestra casa.

Siro.—No.

Clitifón.—¿Dónde, pues?

Siro.—En casa de Clinia.

Clitifón.—¡Oh, pobre de mí!

Siro.—¡Animo; que ahora le llevarás el dinero que le prometiste!

Clitifón.—¿Búrlaste? ¿y de dónde.....?

Siro.—De mano de tu padre.

Clitifón.—¡Sin duda te burlas de mí!

Siro.—Por la obra lo verás.

Clitifón.—¡Oh, qué dichoso soy! ¡Siro, mucho te quiero!

Siro.—Pero tu padre sale; mira no hagas del maravillado, ni preguntes por qué se hace esto; déjate regir por mí en su tiempo y lugar; haz lo que él te mande, sin gastar muchas razones.

ESCENA VII.

CREMES, CLITIFÓN, SIRO.

Cremes.—¿Dónde está ahora Clitifón?

Siro.—(Bajo á Clitifón.) Dí: heme aquí.

Clitifón.—Heme aquí á tu mandado.

Cremes.—(A Siro.) ¿Hasle dicho á éste lo que pasa?

Siro.—Ya se lo he contado casi todo.

Cremes.—(A Clitifón.) Pues toma este dinero y llévaselo.

Siro.—(Bajo á Clitifón.) ¡Vé....! ¡Hum! ¿de qué te detienes, leño? ¿por qué no lo tomas?

Clitifón.—Dámelo.

Siro.—Vente de presto conmigo por aquí. (A Cremes.) Tú, aguárdanos aquí mientras salimos; porque no hay para qué detenernos allá mucho.

Cremes.—(Solo.) Ya yo he gastado por mi hija diez *minas*, las cuales hago cuenta que las he dado por su costa.

Tras de éstas, habré menester otras diez, para hacerle vestidos. Todo esto pide luego dos *talentos* para la dote. ¡Qué de cosas injustas y malas permite la costumbre! He aquí que yo ahora, dejando todos mis negocios, he de buscar alguno á quien darle los bienes que he ganado con trabajo.

ESCENA VIII.

MENEDEMO, CREMES.

MENEDEMO.— (Saliendo de su casa, á su hijo que está dentro.) Por muy bienaventurado me tengo, hijo mío, ahora que entiendo que has tomado asiento en tu vivir.

CREMES.— (Aparte.) ¡Cómo se engaña!

MENEDEMO.—A buscarte venía, Cremes. Pues está en tu mano, sálvanos á mi hijo y á mí y á toda mi casa.

CREMES.—Dí, ¿qué quieres que haga?

MENEDEMO.—¿No has hallado hoy una hija? (Alude á Antífila.)

CREMES.—¿Y pues?.....

MENEDEMO.—Clinia desea que le casemos con ella.

CREMES.—Díme, por tu vida, ¿tú tienes memoria de hombre?

MENEDEMO.—¿Pues qué hay?

CREMES.— ¿Ya no te acuerdas de lo que tratamos entre nosotros acerca del engaño, para que por aquella vía te sonsacasen el dinero?

MENEDEMO.—Sí, me acuerdo.

CREMES.—Pues eso es en lo que ahora entienden.

MENEDEMO.—¿Qué me dices, Cremes? Engañéme. Así ha sucedido. ¡Toda mi confianza cayó!

CREMES.—(Con ironía.) ¿Con que ésta ((Alude á Baquis.) que está en tu casa es amiga de Clitifón?

MENEDEMO.—Ellos así lo dicen.

CREMES.—¿Y tú créeslo?

MENEDEMO —Yó, todo.

CREMES.—Y dicen que con Antífila quiere casarse tu hijo, para que cuando yo haya consentido, le des luego con que compre joyas y vestidos y todo lo demás que fuere menester.

MENEDEMO.—Realmente que ello es así; y ese dinero se lo dará á la amiga.

CREMES.—¿Qué hay que dudar?

MENEDEMO.—¡Oh, cuitado de mí! Luego por demás ha sido mi alegría. Pero, con todo eso, quiero más cualquiera otra cosa, que verle partir de mi casa. ¿Qué respuesta, pues, le diré, Cremes, que me has dado, porque no entienda él que yo estoy en el secreto y se entristezca?

CREMES.—¿Entristezca?..... ¡Demasiadamente le regalas, Menedemo!

MENEDEMO.—Déjame. Ya yo lo he emprendido; llévame mi empresa, Cremes, hasta el cabo.

CREMES.—Díle como me has visto, y como has tratado del casamiento.

MENEDEMO.—Se lo diré. ¿Y qué más?

CREMES.—Que yo haré todo lo que él quiere; que me parece muy buen yerno; finalmente, si te pareciere, díle que ya le he prometido mi hija.

MENEDEMO.—¡Oh, eso quería yo!

CREMES.—Para que tanto más presto te pida, y tú le des más presto lo que deseas darle.

MENEDEMO.—Sí deseo.

CREMES.—Pues yo te ofrezco que, según veo la cosa, tú te hartarás de él antes de muchos días. Pero, como quiera que ello vaya, si eres cuerdo, dáselo con cautela y poco á poco.

MENEDEMO.—Así lo haré.

CREMES.—Pues entra allá (indicando la casa de Menedemo) y mira qué te pide; que yo en casa estaré, si algo me quisieres.

MENEDEMO.—Sí que te necesito; porque de todo cuanto tratare te daré parte.



ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

MENEDEMO, después CREMES.

MENEDEMO.—(Solo.) Bien conozco yo de mí que no soy muy sagaz ni muy avisado; pero este Cremes, mi valedor, mi consejero y mi guía, en esto me aventaja: que á mí cualquier cosa me cuadra de las que se suelen atribuir á un necio, leño, tronco, asno, simplón; pero á él no le puede estar bien ninguna de estas, porque su necedad es mayor que todas ellas.

CREMES.—(A la puerta de su casa y hablando á su mujer, que está dentro.) ¡Ea! Dejate ya, mujer, de cansar á los dioses á poder de darles gracias porque tu hija ha parecido, si no crees que son como tú, y que no entienden nada, si cien veces no los dicen una misma cosa. — ¿Pero qué hace tanto tiempo con Siro detenido allá mi hijo?

MENEDEMO.—¿Quiénes son, Cremes, los que dices que se detienen?

CREMES.—¡Oh, Menedemo! ¡A punto! Dime, ¿hasle dicho á Clinia lo que te dije?

MENEDEMO.—Todo.

CREMES.—¿Y qué....?

MENEDEMO.—Comenzó realmente á alegrarse como los que desean casarse.

Cremes.—¡Ja! ¡ja! ¡je!

Menedemo.—¿De qué te has reído?

Cremes.—Viniéronme á las mientes las astucias de mi criado Siro.

Menedemo.—¡ Qué ! ¿es posible....?

Cremes.—¡Hasta los semblantes de los hombres sabe hacer cambiar el muy bribón!

Menedemo.—¿Díceslo porque mi hijo finge estar alegre?

Cremes.—Sí.

Menedemo.—Eso mismo he pensado yo.

Cremes.—¡ Pícaro !

Menedemo.—Pues más de veras le tendrías por tal, si bien supieses lo que pasa.

Cremes.—¿Dices tú....?

Menedemo.—Escucha, escucha.

Cremes.—Espera; que primero quiero saber de tí cuánto has perdido. Porque en cuanto le anunciaste á tu hijo que le tenías casado, creo yo que te diría Dromón que la desposada había menester vestidos, y oro, y criadas, y que les dieses dinero.

Menedemo.—No.

Cremes.—¡Que no....!

Menedemo.—Dígote que no.

Cremes.—¿Ni tampoco tu hijo?

Menedemo.—No; ni una palabra, Cremes. Antes me daba gran prisa, para que se hiciesen hoy las bodas.

Cremes.—Extrañas cosas me cuentas. ¿Y mi criado Siro? ¿tampoco te dijo nada?

Menedemo.—Ni palabra.

Cremes.—¡Cómo! ¡No me explico.....!

Menedemo.—Cierto que de tí me maravillo, pues tan bien lo sabes todo. (En tono zumbón.) Pero vuestro Siro no sé de qué manera ha aleccionado á tu hijo, que ni aun por el pensamiento no le pasa que Baquis es amiga de Clinia.

Cremes.—¿Qué me quieres decir.....?

MENEDEMO.—Dejo aparte el besarse y abrazarse; que de esto no hago caso.

CREMES.—¿Pues qué más hay, que pueda fingirse?

MENEDEMO.—(En tono ponderativo.) ¡Bah!

CREMES.—¿Qué hay?

MENEDEMO.—Escucha. Yo tengo allá, en lo postrero de mi casa, una recámara. Allí mandaron llevar una cama y aparejarla de ropa.

CREMES.—¿Qué sucedió después?

MENEDEMO.—Dicho y hecho: Clitifón colóse allá.

CREMES.—¿Solo?

MENEDEMO.—Solo.

CREMES.—¡Malo!

MENEDEMO.—Baquis se fué luego tras de él.

CREMES.—¿Sola?

MENEDEMO.—Sola.

CREMES.—¡Perdido soy!

MENEDEMO.—Dentro ya los dos, cerraron la puerta.

CREMES.—(Indignado.) ¡Oh! ¿Y Clinia veía todo eso?

MENEDEMO.—¡Pues no! ¡A una conmigo!

CREMES.—Manceba de mi hijo es Baquis, Menedemo. ¡Perdido soy!

MENEDEMO.—¿Por qué?

CREMES.—Porque no tengo hacienda para diez días.

MENEDEMO.—¡Cómo! ¿De eso te recelas, porque él da contento á su amigo?

CREMES.—No, sino porque lo da á su amiga.

MENEDEMO. — (Irónico.) ¡Si es que se lo da!

CREMES.—¡Pues qué.....! ¿lo dudas? ¿Qué hombre entiendes tú que habrá de tan simple y llana condicion, que consienta que otro toque á su amiga en su presencia?

MENEDEMO.—¿Por qué no? Así me pueden engañar más fácilmente.

CREMES.—¿Búrlaste de mí? Con razón tengo yo ahora queja de mí mismo. ¡Qué de indicios me dieron con que yo lo pudiera entender, si no fuera un adoquín! ¡Qué de

cosas vi, ¡oh, cuitado de mí! ¡Pero no se me irán con ella, si vivo, porque ahora mismo....!

MENEDEMO.—¿Por qué no te refrenas? ¿Por qué no miras por tí? ¿Por qué no escarmientas en mí?

CREMES.—¡Ah, Menedemo, que de pura cólera estoy fuera de juicio!

MENEDEMO.—¿Tú has de decir eso? ¿No ves que es gran flaqueza dar consejo á otros, ser sabio de fuera de tu casa, y á tí mismo no poder valerte?

CREMES.—¿Pues qué haré?.

MENEDEMO.—Lo que decías que yo no había hecho. Haz que entienda que eres su padre; haz que tenga ánimo para confiar de tí todas sus cosas y pedirte y demandarte; porque no busque algún otro refugio y te deje.

CREMES.—No, sino que se vaya si quiere al fin del mundo, antes que con sus vicios haga venir á su padre á la miseria. Porque si yo persevero en darle para sus gastos, Menedemo, habré de venir sin remedio á lo del rastrillo.

MENEDEMO.—¡Qué de daños recibirás en eso, si no lo miras bien! Muéstraste muy fuerte, y después le habrás de perdonar, y aun sin que te lo agradezcan.

CREMES.—¡Ah, que no sabes cuán picado estoy!

MENEDEMO.—Como tú quisieres. ¿Pero qué me respondes á mi ruego de que tu hija case con mi hijo? ¡Digo, si otra cosa no te parece mejor....!

CREMES.—No, sino que el yerno y los deudos me convienen.

MENEDEMO.—¿Qué dote diré que le has mandado á mi hijo? (Pausa.) ¿Por qué callas?

CREMES.—¿Qué dote?

MENEDEMO.—Eso digo.

CREMES.—¡Ah!

MENEDEMO.—Cremes, no tengas empacho, si no es grande; que nada nos importa por la dote.

CREMES.—A mí, conforme á mi hacienda, paréceme

que bastan dos *talentos*. Pero si tú quieres salvarnos á mí, á mi hijo, y á mi hacienda, conviene que digas de esta manera: que yo le he mandado en dote todos mis bienes á mi hija.

MENEDEMO.—¿Qué quieres hacer?

CREMES.—Finge que te maravillas de ello, y junto con esto pregúntale á él á qué fin lo hago.

MENEDEMO.—Y aun yo en verdad no entiendo á qué fin lo dices tú.

CREMES.—¿A qué fin yo.....? Para reglarle la voluntad; que la tiene muy derramada con regalo y lozanía, y traerle á punto que no sepa á qué mano volverse.

MENEDEMO.—¿Qué pretendes?

CREMES.—Deja, déjame hacer á mi gusto en esto.

MENEDEMO.—Yo te dejo: ¿así lo quieres?

CREMES.—Sí.

MENEDEMO.—Corriente.

CREMES.—Y da luego orden como tu hijo lleve á su mujer. Al mío, como es razón hacer con los hijos, reñiréle. ¡Pero á Siro!.....

MENEDEMO.—¿Qué le harás?

CREMES.—¿Yo? Si no me muero, yo te le daré tan afeitado y tan peinado, que se acuerde de mí para mientras viva. El tal me tiene á mí por su donaire y por su juguete. Así los dioses me amen, como él no se atreviera á hacer con una triste viuda lo que conmigo ha hecho.

ESCENA II.

CLITIFÓN, MENEDEMO, CREMES, SIRO.

CLITIFÓN.—(Sin ver á Cremes.) ¡Qué! ¿es posible, Menedemo, que mi padre en tampoco rato haya quitado de mí todo el amor de padre? ¿Por qué culpa? ¡Pobre de

mí! ¿Qué maldad tan grande he cometido yo? Todos hacen lo mismo.

Menedemo.—Bien entiendo yo que esto te parece á tí muy pesado, y más fuerte, por ser cosa contra tí; pero no menos lo siento yo, que ni lo sé, ni puedo dar en la cuenta; sino porque te quiero de todo corazón.

Clitifón.—¿No decías que estaba aquí mi padre?

Menedemo.—Mírale.

Cremes.—¿De qué me acusas, Clitifón? Lo que yo aquí he hecho ha sido velar por tí y por tu necedad. Porque como te he visto ser de tan descuidada condición, y que tenías por principales las cosas que al presente son gustosas, sin mirar en lo porvenir, busqué manera como ni tú te vieses en necesidad, ni tampoco pudieses disipar mi patrimonio. Cuando vi que no era cosa segura el entregártelo á tí, como fuera razón, heme arrimado á los más cercanos parientes que tenías: á ellos se lo he encomendado y confiado. En ellos tendrá amparo, Clitifón, tu locura para siempre; ellos te darán vestido y alimento, y un hogar en donde te recojas.

Clitifón.—¡Ay de mí!

Cremes.—Más vale así, que no que siendo tú el heredero, sea la señora de ello Baquis.

Siro.—(Aparte.) ¡Perdido soy! ¡Oh, bellaco de mí, y qué de revueltas he forjado sin pensar!

Clitifón.—¡Oh, quién se muriese!

Cremes.—Por tu vida, que aprendas primero qué cosa es vivir. Cuando lo sepas, si la vida no te diere gusto, acude á ese remedio.

Siro.—Señor, ¿dasme licencia.....?

Cremes.—Habla.

Siro.—¿Pero con seguro?

Cremes.—Habla.

Siro.—¿Qué maldad ó qué locura es esa de castigar á éste por mis culpas?

Cremes.—Quitáteme de aquí, no te entremetas. Na-

die te acusa á tí, Siro, ni tú tienes necesidad de acogerte á iglesia, ni de buscar rogadores.

Siro.—¿Qué vas á hacer?

Cremes.—Ni te inculpo á tí ni á éste. Ni es justo que vosotros reprendáis lo que yo hago por mi cuenta. (Vase.)

ESCENA III.

SIRO, CLITIFÓN.

Siro.—¿Fuése? ¡Bah! ¡Y yo que quería preguntarle!....

Clitifón.—¿Qué?

Siro.—Adónde había yo de ir por mi ración. Porque á todos nos ha despedido. Tú ya veo que la tienes en casa de tu hermana.

Clitifón.—¿Es posible, Siro, que yo haya venido á tanto mal, que aun corra peligro de morirme de hambre?

Siro.—Si vida tenemos, esperanzas hay.....

Clitifón.—¿De qué?

Siro.—De que pasaremos harta.

Clitifón.—¿En negocio tan grave estás de donaires, y no me favoreces con algún buen consejo?

Siro.—Antes en eso estoy pensando ahora, y mientras hablaba tu padre, no pensaba en otra cosa. Y á lo que yo puedo entender.....

Clitifón.—¿Qué?

Siro.—No estoy muy lejos.....

Clitifón.—¿De qué?

Siro.—Lo dicho. Yo creo que tú no eres hijo de éstos.

Clitifón.—¿Qué dices, Siro? ¿estás loco?

Siro.—Yo te diré lo que siento, y tú sentenciarás. Mientras éstos no tuvieron más que á tí, y mientras

no tuvieron otro contento que más les tocase, ellos te regalaban y te daban. Ahora, después que ellos han hallado su verdadera hija, han buscado achaque para echarte de casa.

Clitifón.—Apariencia tiene eso de verdad.

Siro.—¿Piensas tú que él por este yerro está airado contra tí?

Clitifón.—No pienso tal.

Siro.—Pues mira otra cosa. Todas las madres suelen escudar á sus hijos en los yerros y ayudarles contra el rigor de los padres. Lo cual aquí no se hace.

Clitifón.—Bien dices. ¿Y qué te parece que yo haga, Siro?

Siro.—Pregúntales acerca de esta sospecha; háblales á la clara. Si ello no es verdad, presto les moverás á compasión á entrambos, ó sabrás cuyo eres.

Clitifón.—Bien me aconsejas. Así lo haré.

Siro.—(Solo.) Buena idea se me vino al magín; porque cuanta menor esperanza tuviere el mozo, tanto más fácilmente hará á su provecho las paces con su padre, y por ventura se casará. Y no le darán por ello ningunas gracias á Siro. (Óyese ruído de puertas.)—¿Pero qué es esto? El viejo sale de casa. Yo huyo; que, después de lo pasado, aun me maravillo cómo no mandó en el acto asirme. Voy á buscar á Menedemo. Quiero ponerle por intercesor; que de nuestro viejo no me fío nada.

ESCENA IV.

SOSTRATA, CREMES.

Sostrata.—Tú, hombre, si no lo miras bien, causarás realmente la desgracia de tu hijo. Cierto, marido mío, que estoy maravillada, cómo pudo caber en tu juicio una tan gran simpleza.

CREMES.—¡Oh! ¿Todavía tan pesada, mujer? ¿Qué cosa jamás en toda mi vida he yo querido, Sostrata, en que tú no me hayas sido contraria? Y si yo ahora te preguntase en qué lo yerro ó á qué fin lo hago, no me sabrías responder palabra. ¿En qué fundas tú ahora tan atrevidamente tu porfía? ¡Dí, necia!

SOSTRATA.—Yo no sé.

CREMES.—Sí, sí lo sabes; porque no volvamos de nuevo á la misma canción.

SOSTRATA.—¡Ah! ¡Terrible hombre eres, pues en cosa de tanto peso quieres que me calle!

CREMES.—No quiero tal: habla ya. Con todo eso, yo haré lo que he pensado.

SOSTRATA.—....¿Que lo harás?

CREMES.—Sí.

SOSTRATA.—¿No ves cuán grande mal despiertas con eso? Sospecha que es hijo supuesto.

CREMES.—¿Supuesto? ¿Díceslo de veras?

SOSTRATA.—Realmente, marido, que es así.

CREMES.—Pues díle que es verdad.

SOSTRATA.—¡Quita allá, por los dioses! Esa maldición sobre mis enemigos caiga. ¿Yo tengo de decir que no es mi hijo el que lo es?

CREMES.—¿Y qué? ¿Temes que no podrás, siempre que quisieres, convencerle de que es hijo tuyo?

SOSTRATA.—¿Porque ha parecido mi hija?

CREMES.—No, sino por otra razón que es más de creer: se te parece mucho en las costumbres, y fácilmente le persuadirás que es tuyo. Porque realmente se te parece mucho, pues no le ha quedado á él vicio ninguno, que tú también no tengas. En conclusión: tal hijo como éste no le pariera otra sino tú. Pero aquí sale él. ¡Cuán grave! Sólo con verle, comprenderás que recela.....

ESCENA V.

CLITIFON, SOSTRATA, CREMES.

Clitifón.—Si tiempo alguno ha habido, madre mía, en que yo te haya dado contento llamándome tu hijo con tu voluntad, suplícote que te acuerdes de él, y que tengas ahora lástima de mi pobreza. No te pido ni quiero otra cosa, sino que me digas quiénes son mis padres.

Sostrata.—Hijo mío, por los dioses te ruego que no des en creer eso de que tú eres hijo de otros padres.

Clitifón.—Y lo soy.

Sostrata.—¡Ay, desdichada de mí! (A Cremes.) Cata aquí lo que has buscado. (A Clitifón.) Así tú cierres mis ojos y los de éste (Señalando á Cremes.) como tú eres hijo mío y suyo. Y, si bien me quieres, mira que de hoy más no te oiga yo decir cosa semejante!

Cremes.—Y yo, si me temes, haz que no vea en tí esas costumbres.

Clitifón.—¿Cuáles?

Cremes.—Si saberlas quieres, yo te las diré. Eres un hombre vano, follón, engañador, tragón, lujurioso; eres un castigo. Créemelo, y cree también que eres nuestro hijo.

Clitifón.—No son de padre esas palabras.

Cremes.—Aunque hubieras nacido de mi cabeza, como dicen que Minerva nació de la de Júpiter, no por eso te consintiera, Clitifón, que me echaras con tus maldades en afrenta.

Sostrata.—No lo permitan los dioses.

Cremes.—De los dioses no sé nada: yo, á lo menos, en cuanto pueda, no he de permitirlo. Buscas tus padres teniéndolos, y no buscas lo que no tienes, que es cómo obedecerás á tu padre y cómo conservarás lo que él ha

ganado con trabajo. ¡Traerme con engaños delante de mis ojos una.....! Empacho tengo de decir una palabra tan fea en presencia de tu madre, y tú ninguno tuviste de hacerlo.

CLITIFÓN.—(Aparte.) ¡Oh, cuán descontento estoy de mí mismo! ¡Qué vergüenza! No sé qué entrada me busque para aplacar á mi padre.

ESCENA VI.

MENEDEMO, CREMES, CLITIFÓN, SOSTRATA,

MENEDEMO.—(Aparte.) Realmente Cremes trata con demasiado rigor y crueldad á este mancebo. Y así, salgo á hacer entre ellos las paces. ¡Helos allí: á muy buen tiempo!

CREMES.—¡Hola, Menedemo! ¿por qué no haces que vengan por mi hija, y le aseguras con tu aceptación lo que le mandé en dote?

SOSTRATA.—¡Marido mío, suplícote que no hagas tal cosa!

CLITIFÓN.—¡Padre, suplícote que me perdones!

MENEDEMO.—¡Ea, Cremes, perdónale! ¡Escucha sus ruegos!

CREMES.—¿Que le dé yo á Baquis mi hacienda? A sabiendas, nunca tal haré.

MENEDEMO.—Ni lo permitirémos nosotros.

CLITIFÓN.—¡Padre, si no me quieres ver morir aquí, perdóname!

SOSTRATA.—¡Ea, Cremes de mi alma!

MENEDEMO.—¡Ea, por tu vida, no estés tan obstinado, Cremes!

CREMES.—¿Qué es esto? Ya veo que no me habéis de dejar llevar á cabo mi propósito.

MENEDEMO.—Haces lo que debes.

CREMES.—Pero á condición que él haga una cosa que á mí me parece justa.

CLITIFÓN.—Padre, á todo me pondré: mándame.

CREMES.—Que te cases.

CLITIFÓN.—¡Padre....!

CREMES.—Nada me responde.

MENEDEMO.—Yo te prometo que se casará.

CREMES.—Pero él nada dice.

CLITIFÓN.—(Aparte.) ¡Triste de mí!

SOSTRATA.—¿Aun dudas, Clitifón?

CREMES.—¡Que elija....!

MENEDEMO.—Él pasará por todo.

SOSTRATA.—Estas cosas al principio son pesadas, hasta saber lo que son; pero sabido, son fáciles.

CLITIFÓN.—Yo lo haré, padre.

SOSTRATA.—Hijo mío, en buena fe que yo te dé una moza garrida, y que tú la quieras mucho; que es la hija de nuestro amigo Fanócrates.

CLITIFÓN.—¿Aquella moza roja, garza, bocuda, de la nariz corva? No puede ser, padre.

CREMES.—¡Mirad qué delicado! ¿Este es el que hace ánimo de casarse?

OSTRATA.—Pues yo te daré otra.

CLITIFÓN.—¿Qué es esto? Pues debo casarme, yo casi tengo ya la que deseo.

SOSTRATA.—Muy bien, hijo mío.

CLITIFÓN.—La hija de Arcónides.

SOSTRATA.—Muy bien me parece.

CLITIFÓN.—Padre, una cosa falta aquí ahora.

CREMES.—¿Qué?

CLITIFÓN.—Que le perdones á Siro lo que por mi ha hecho.

CREMES.—Sea. (A los espectadores.) Vosotros, quedad en hora buena, y aplaudid.

FIN DE LA COMEDIA.

LOS HERMANOS.



PERSONAS.

MICIÓN, viejo, hermano de Demea, padre adoptivo de Esquino.
DEMEA, viejo, hermano de Mición, padre de Esquino y de Tesifón.
SANNIÓN, mercader de esclavos.
ESQUINO, joven, hijo de Demea, adoptado por su tío Mición.
SIRO, esclavo de Esquino.
TESIFÓN, joven, hijo de Demea, hermano de Esquino.
SOSTRATA, madre de Pánfila.
CANTARA, nodriza de Pánfila.
GETA, esclavo de Sostrata.
HEGIÓN, viejo, pariente de Pánfila.
DROMÓN, esclavo de Mición.
PARMENÓN, esclavo de Esquino.
PANFILA, hija de Sostrata.

PERSONAS QUE NO HABLAN.

CALIDIA. esclava robada por Esquino.
ESTORAX, esclavo de Mición.



PRÓLOGO.

Toda vez que el poeta ha visto que gentes malévolas andan royendo sus escritos, y que sus enemigos procuran desacreditar la comedia que vamos á representar, él se denunciará á sí mismo. Vosotros juzgaréis si lo que ha hecho es digno de aplauso ó de censura.

Hay una comedia de Dífilo, llamada *Synapashnescontes*. Tradújola Plauto y llamóla *Commorientes*. En la griega se introduce un mancebo que á un rufián le quita por fuerza una ramera. Plauto dejó sin traducir este lugar, que nuestro poeta tomó para *Los Hermanos*, y tradujo palabra por palabra.

Esta comedia nueva es la que vamos á representar. Vedla y juzgad si aquí hay hurto, ó si el poeta ha utilizado una escena que se omitió por descuido.

Cuanto á lo que esos maliciosos dicen, que ilustre personajes le ayudan y á la continua son sus colaboradores, eso que á ellos les parece una gran injuria, el poeta lo tiene á mucha honra, pues agrada á aquellos que á todos vosotros y al pueblo romano supieron agradar, y que, sin arrogancia, prestaron sus servicios á

quienquiera que los hubo menester en la guerra, en la administración y en los negocios. Por lo demás, no aguardéis el argumento de la comedia. Parte de él declaran los viejos que van á aparecer en la primera escena: la acción mostrará lo demás. Procurad que vuestra benevolencia dé ánimos al autor para componer otras comedias.



ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

MICIÓN.

MICIÓN.—(*A la puerta de su casa, hablando á un siervo, que está dentro.*) ¡Estorax!..... ¿No volvió Esquino anoche de la cena? ¿Ni criado ninguno de los que fueron por él? Realmente que es verdad lo que dicen comunmente: que cuando uno está de alguna parte ausente, ó se detiene allá, le vale más que le acaezca lo que de él dice su mujer, ó lo que de él imagina en su pensamiento muy colérica, que no lo que los padres amorosos. Tu mujer, si te detienes, ó piensa que andas en amores, ó en banquetes, y dándote buena vida; y que para ti solo son los goces y ella pasa los trabajos. Pero yo, por no haber vuelto mi hijo, ¡qué de cavilaciones! ¡Qué de cosas ahora me dan congoja! Que se me haya resfriado; que haya caído en alguna sima; que se haya lisiado en su persona. ¡Bah! ¿qué hombre habrá en el mundo que tenga en su corazón cosa más amada que cada uno es de sí mismo? Además, éste no es hijo mío, sino de mi hermano. El cual, desde su mocedad, es de condición muy diferente á la mía. Yo seguí esta vida ociosa y tranquila de la ciudad, y jamás he sido casado: cosa que por ahí se tiene á dicha. Él, por el contrario, quiso más vivir en el

campo, y darse una vida de escasez y de trabajos. Casóse; naciéronle dos hijos, de los cuales tomé yo por adoptivo éste mayor. Hele criado desde niño; hele tenido y querido como si fuera mío; él es todas mis delicias; solo él es mi amor. Procuro con diligencia que él también me quiera: doyle cuanto necesita, pásole muchas cosas, pues no tengo para qué tratarle en todo con rigor; finalmente, las cosas que otros hacen á espaldas de sus padres, que son aquellas que la mocedad trae consigo, hele vezado á mi hijo á que no me las encubra. Porque el que se acostumbrare á mentir, ó se atreviere á engañar á su padre, tanto más se atreverá á todos los demás. Yo creo que es mejor que los hijos cumplan su deber enfrenados por la vergüenza y benignidad, que con rigor. Esto no le cuadra á mi hermano, ni le parece bien. Cien veces me ha venido dando voces: «¿Qué haces, Mición? ¿por qué nos echas á perder este mozo? ¿por qué anda en amores? ¿por qué en banquetes? ¿por qué le das tú para todo esto qué gastar? Llévasle muy pintado de vestidos: eres demasiadamente simple.» Y él también es demasiadamente riguroso: más de lo que pide la razón. Y á mi parecer va muy engañado el que piensa que es más firme y más seguro el señorío que se administra con rigor, que el que con amor se atrae. Mi parecer es este, y yo así lo entiendo: que el que hace su deber, forzado por castigos, mientras teme que se sabrán sus culpas, guárdase; pero, si confía que se podrán encubrir, á su condición se vuelve. Pero el que atraéis por amor, hácelo de voluntad, procura pagaros en lo mismo: en presencia y en ausencia será el mismo. Este es el oficio del padre: antes vezar al hijo á que haga su deber de buena voluntad, que por temor de nadie. Tal es la diferencia entre el padre y el señor; y el que no la pueda observar, confiese que no sabe criar hijos.— (Viendo á Demea.) ¿Pero es por dicha éste el mismo de quien trataba? Realmente que es él. No sé de qué está triste: creo vendrá ya á reñir conmigo, como suele.—Huélgome, Demea, de verte con salud.

ESCENA II.

DEMEA, MICIÓN.

DEMEA.—¡Oh, á buen tiempo! En tu misma busca vengo.

MICIÓN.—¿De qué estás triste?

DEMEA.—¿Donde Esquino está de por medio, me preguntas de qué estoy triste?

MICIÓN.— (Aparte.) ¿No lo decía yo?.... (Alto.) ¿Qué ha hecho Esquino?

DEMEA.—¿Qué ha hecho? Que ni tiene vergüenza de nada, ni temor á nadie, ni hace cuenta que ha de estar sujeto á ley ninguna. Porque, sin hablar de sus pasadas picardías, ¿qué piensas que ha hecho ahora?

MICIÓN.—¿Qué es ello?

DEMEA.—Ha quebrado puertas, y ha entrado por fuerza en casa ajena, y al dueño de ella, y á toda su familia los ha maltratado, hasta dejarlos por muertos: ha quitado por fuerza una mujer de quien él estaba enamorado: todos á voces dicen haber sido muy mal hecho. ¿Cuántos piensas, Micíon, que me lo han dicho viniendo? No se habla de otro en toda la ciudad. Y si compararse puede, ¿no ve á su hermano cuán solícito está en su hacienda, y cómo se está en su granja reglado y moderado, y cómo no hace nada de esto? Lo que á él le digo, Micíon, á tí te lo digo: que tú le dejas perderse.

MICIÓN.—La cosa más injusta del mundo es un hombre necio: porque nada tiene por bueno, salvo lo que él hace.

DEMEA.—¿A qué viene eso?

MICIÓN.—A que tú, Demea, no eres en esto buen juez. Créeme que no es maldad que un mancebillo

ande entre mujeres, ni menos en banquetes, ni que quiebre las puertas. Y si tú y yo no hicimos travesuras semejantes, fué porque la pobreza no nos dió lugar de hacerlas. ¿Y tú ahora alábaste de lo que dejaste de hacer por necesidad? Esto es injusto; porque si tuviéramos con qué, también lo hiciéramos. Y tú, si fueses cuerdo, á tu hijo le dejarías ahora hacer todo esto, que á su edad es lícito, y no le darías ocasión de esperar á que estés bajo de tierra, para hacerlo entonces, cuando ya no le esté bien.

DEMEA.—¡Oh soberano Júpiter! ¡Tú, hombre, vas á volverme loco! ¿Qué, no es maldad que un mozuelo haga estas cosas?

MICIÓN.—¡Ah! Óyete: no me rompas más sobre esto la cabeza. Tú ya me diste tu hijo por hijo adoptivo: ya él quedó por mío. Si él en algo yerra, Demea, á mi daño lo yerra, y de ello á mí me tocará la mayor parte. ¿Gasta? ¿bebe? ¿lleva perfumes? De mi hacienda lo hace. ¿Tiene amiga? Yo le daré para ello dinero, mientras pueda, y cuando no, ya le echarán ellas de casa. ¿Ha quebrado puertas? Se harán otras. ¿Ha rasgado ropa? La zurcirémos. Gracias á los dioses, hay de qué, y hasta ahora no me da mucha pena. Finalmente, ó déjame hacer, ó busca cualquier árbitro; que yo te probaré que en esto mucho más lo yerras tú que yo.

DEMEA.—¡Ay de mí! Aprende á ser padre, de aquellos que lo saben ser de veras.

MICIÓN.—Por naturaleza, su verdadero padre lo eres tú; por los consejos, yo.

DEMEA.—¿Tú le aconsejas en nada?

MICIÓN.—¡Ah, si perseveras..... me iré!

DEMEA.—¿Eso harás?

MICIÓN.—¡Pues qué! ¿tengo de oir tantas veces una misma cosa?

DEMEA.—Es que me da cuidado.

MICIÓN.—Y á mí también me lo da; pero, Demea tengamos cada uno cuenta con su justa parte, tú con el

uno y yo con el otro. Porque cuidar tú de ambos, casi, casi es tornarme á pedir el hijo que me diste.

Demea.—¡Ah, Mición!

Mición.—A mí así me parece.

Demea.—¿Qué es eso? Si así lo quieres, derrame, destruya, piérdase él; que no me toca nada. ¡Si de hoy más, palabra ninguna.....!

Mición.—¿Colérico otra vez, Demea?

Demea.—¿Y aun no lo crees? Pídote por ventura el que te dí? Siéntolo, no soy ningún extraño;pero si estorbo, desde luego me aparto. Quieres que tenga cuenta con el uno, ya la tengo; y doy gracias á los dioses, pues él es tal, cual yo le quiero. Ese tuyo, él lo sentirá á la postre. Y no digo más.

ESCENA III.

MICIÓN, solo.

Mición.—Aunque no hay para tanto, con todo eso no deja de ser algo lo que dice, ni deja de darme á mí alguna pesadumbre; pero no he querido mostrarme pesaroso, porque es un hombre que, con aplacarle y resistirle de veras, y espantarle con todo eso, apenas lo toma con paciencia. Pues si yo le atizase su cólera y se la acrecentase, perdería realmente el seso juntamente con él. Aunque no deja Esquino de hacernos en esto algún agravio. ¿Qué ramera hay con quien él no haya tenido sus amores ó á quien no le haya dado algo? Finalmente (creo que de aburrido ya de todas) me dijo poco ha que se quería casar. Confiaba yo que ya se le había pasado el hervor de la mocedad, holgábame, ¡y heos aquí ahora de nuevo.....! Pero yo quiero saber de cierto lo que pasa, y verme con él, si está en la plaza.



ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SANNIÓN, ESQUINO, PARMENÓN, CALIDIA. (Los dos últimos personajes no hablan.)

SANNIÓN.— (Corriendo tras Esquino y Parmenón, que se llevan á Calidia.) ¡Suplícoos, vecinos, que favorezcáis á este infeliz, que no hace mal á nadie! ¡Socorred á este pobre!

ESQUINO.— (A Calidia.) Párate ahí; que ahí bien segura estás. ¿Qué miras? Nada temas; que éste en mi presencia no te tocará.

SANNIÓN.—¡Yo á esa moza.....! á pesar de cuantos son.....!

ESQUINO.—Aunque es bellaco, no dará hoy ocasión para que le hayan de sentar la mano otra vez.

SANNIÓN.—Esquino, óyeme; porque no digas después que tú no sabías mis costumbres. Hágote saber que yo soy mercader de esclavos.

ESQUINO.—Ya lo sé.

SANNIÓN.—Pero de tan buena fe, como otro haya habido donde quiera. No estimaré ni en esto (Tócase con el pulgar la uña del índice.) que tú después te me vengas con disculpas, diciendo que te pesa de que se me haya agraviado. Créemelo: yo pediré mi justicia, y nunca tú me satisfarás con palabras el daño que me has hecho por la obra. Que yo ya conozco todas vuestras excusas: «No

quisiera que tal hubiera sucedido; yo juraré que tú no merecías este agravio», después de haberme hecho tan malos tratamientos.

ESQUINO.—(A Parmenón.) Vé delante, presto, y abre aquellas puertas. (Indicando la casa de su padre Mición.)

SANNIÓN.—Como si callaras.

ESQUINO.—(A Calidia.) Acaba ya de entrar.

SANNIÓN.—Digo que no lo consentiré.

ESQUINO.—Llégate allá, Parmenón; mucho te has alejado; ponte aquí junto de éste. ¡Así, así! Mira que no quites tus ojos de los míos, para que sin tardanza, en cuanto yo te hiciere señas, le sientes el puño en la quijada.

SANNIÓN.—Eso quisiera yo ver. (Parmenón le da una puñada.)

ESQUINO.—¡Ea! guarda; suelta la moza.

SANNIÓN.—¡Oh maldad!

ESQUINO.—Cata que no secunde. (Parmenón le sacude otra puñada.)

SANNIÓN.—¡Ay, cuitado de mí!

ESQUINO.—(A Parmenón.) No te había hecho señas; pero, en fin, más vale que lo yerres por ahí. Entrate ya. (Parmenón entra en casa con la esclava.)

SANNIÓN.—¿Qué es esto? ¿Eres tú por dicha, Esquino, el rey de esta ciudad?

ESQUINO.—Si lo fuera, llevaras el premio que merecen tus virtudes.

SANNIÓN.—¿Qué tienes tú conmigo?

ESQUINO.—Nada.

SANNIÓN.—Dime: ¿sabes quién soy yo?

ESQUINO.—¡Ni falta....!

SANNIÓN.—¿Hete tocado yo en lo tuyo?

ESQUINO.—¡Pobre de tí, si tal hicieras!

SANNIÓN.—¿Con qué derecho me quitas tú una moza, que á mí me costó mi dinero? Responde.

ESQUINO.—Mira, Sannión, que no te me vengas con escándalos delante de la puerta; porque si perseveras en ser pesado, haré que te arrebaten allá dentro y que te den una de azotes, hasta reventarte.

SANNIÓN.—¿Azotes á un hombre libre?

ESQUINO.—Como lo oyes.

SANNIÓN.—¡Oh desalmado! ¿Y aquí es donde dicen que la libertad es igual para todos?

ESQUINO.—Si estás ya harto de hacer del borracho, rufián, óyete ya si quieres.

SANNIÓN.—¿Yo he hecho del borracho, ó tú más de veras contra mí?

ESQUINO.—Déjate de eso, y vamos al caso.

SANNIÓN.—¿Al caso? ¿á qué caso tengo de volver?

ESQUINO.—¿Quieres ya que te diga una cosa que te cumple?

SANNIÓN.—Sí, con tal que ella sea justa.

ESQUINO.—¡Bah!..... ¡el rufián no quiere que yo le hable fuera de razón!

SANNIÓN.—Rufián soy, no lo niego; perdición de todos los mancebos, cifra del perjurio y peste de la ciudad; pero, con todo esto, á ti hasta ahora ningún agravio te he hecho.

ESQUINO.—¡Pues no faltaba más!

SANNIÓN.—Torna, por favor, Esquino, á lo que comenzabas á decir.

ESQUINO.—A tí te costó la moza veinte *minas*; ¡que mal provecho te haga! Eso mismo se te dará por ella.

SANNIÓN.—¿Y si yo no la quiero vender? ¿me obligarás.....?

ESQUINO.—No, por cierto.

SANNIÓN.— (Con ironía.) Temí que sí.

ESQUINO.—Ni me parece que es bien que se venda la que es libre, porque yo, como á mujer libre, la defenderé en el litigio. Ahora mira cuál quieres más: si recibir en paz tu dinero ó pleitear. Resuélvelo mientras vuelvo, rufián.

ESCENA II.

SANNIÓN, solo.

SANNIÓN.—¡Oh soberano Júpiter! No me maravillo de los que pierden el seso por agravios que les hacen. Hame sacado de mi casa, hame sacudido, á mi pesar se me ha llevado mi moza, y en pago de todas estas malas obras, me pide que se la dé por lo que me costó. ¡Cuitado de mí, que me ha dado más de quinientos bofetones! Pero, en fin, pues lo ha sudado bien, hágase lo que él quiere: su derecho pide. Ya yo deseo dársela, si me vuelve mi dinero. Pero yo adivino lo que será: así que le diga que se la doy en tanto, él en seguida hará sus testigos de cómo se la he vendido. Y lo del dinero..... un sueño. Luego dirá: «vuelve mañana». Y aun esto lo podría sufrir, con tal que me lo diese. ¡Aunque es injusto.....! Pero yo pienso lo que es, que pues uno ha tomado este comercio, ha de aguantar y callar el agravio que le hacen los mancebos. Pero nadie me dará nada; por demás estoy yo echando entre mí estas cuentas.

ESCENA III.

SIRO, SANNIÓN.

SIRO.—(Saliendo de casa y hablando desde la puerta á Esquino.) Calla, que yo me veré ahora con él (Alude á Sannión.) y haré que lo tome de buena gana, y aun que diga que los dioses le han hecho merced.—¿Qué es esto, amigo Sannión, que me dicen que has tenido no sé qué brega con mi amo?

SANNIÓN.—En mi vida la vi más desigual que la que hoy ha habido entre nosotros. Yo á recibir y él á sacudir, hasta que los dos nos cansamos.

SIRO.—Por tu culpa.

SANNIÓN.—¿Qué había de hacer yo?

SIRO.—Debiste complacer al mancebo.

SANNIÓN.—¿Qué más pude, pues hasta la cara le entregué?

SIRO.—¡Ea! ¿sabes lo que te digo? que el no hacer caso del dinero en su tiempo y lugar, es algunas veces más ganancia.

SANNIÓN.— (Con ironía.) ¡Ya!

SIRO.—¿Temíste tú, necio de toda necedad, que si cedías ahora un poquillo de tu derecho, y complacías al mancebo, no te cobraras con usura?

SANNIÓN.— Yo no compro esperanza á trueque de dinero.

SIRO.—En tu vida ganarás hacienda. ¡Taday, Sannión, que no sabes cebar la gente!

SANNIÓN.—Bien creo yo que debe de ser eso lo mejor; pero yo nunca fuí en mi vida tan sagaz, que no quisiese más un «toma», que dos «te daré».

SIRO.—¡Ea! que ya yo sé tu condición ahidalgada, y que no harás caso de veinte *minas*, por darle gusto á éste. Además, dicen que estás de partida para Chipre.

SANNIÓN.— (Sobresaltado.) ¿Eh?

SIRO.—Y que tienes muchas cosas compradas para llevar de aquí á allá. Y nave fletada: todo esto sé. Y ahora estás como colgado del pensamiento. Pero yo confío que, cuando vuelvas, arreglarás este negocio.

SANNIÓN.—¡Yo á ninguna parte voy! (Aparte.) ¡Pobre de mi! ¡Con esta esperanza lo han ellos emprendido!

SIRO. — (Aparte.) Temor tiene: pena le he dado al hombre.

SANNIÓN.—¡Ah, pícaros! ¡Mira cómo me han cogido por las mismas coyunturas! Tengo preparado un cargamento de mujeres y otras muchas mercancías que llevo

de aquí á Chipre. Si no voy allá á la feria, recibo muy gran daño. Y si ahora dejo esto, cosa perdida. Cuando de allá vuelva, todo será viento; ya el negocio se habrá enfriado. «¿Ahora te acuerdas? ¿Por qué lo has dilatado? ¿Dónde has estado?» De manera que me vale más perderlo que ó detenerme ahora tanto tiempo, ó pedirlo entonces.

Siro.—¿Has echado bien la cuenta de lo que entiendes que ha de volver á tu poder?

Sannión.—¿Es ésta acción de un hombre como Esquino? ¿Esto ha de hacer él? ¿quitarme la moza por fuerza?

Siro.—(Aparte.) Ya cae. (Alto.) Sólo tengo que decirte una cosa, Sannión: mira si te conviene. Antes de ponerte en peligro de cobrarlo ó perderlo todo, pártelo por la mitad. Diez *minas* él las abarrerá de acá ó de allá.

Sannión.—¡Oh cuitado de mí! ¿Y aun mi dinero propio corre riesgo? No tiene vergüenza: ¿después de haberme crujido todos mis dientes, y además de haberme hecho toda la cabeza á golpes una levadura, y que sobre esto me defraude? No voy á ninguna parte.

Siro.—Como gustes. ¿Mandas algo, antes que me vaya?

Sannión.—Antes, Siro, lo que te suplico es que, como quiera que el caso haya sucedido, por no ponerme á pleitear, se me vuelva mi dinero. ¡Siquiera lo que me costó, Siro! Bien veo yo que hasta ahora tú no te has servido de mi amistad; pero tú dirás que soy hombre de memoria y agradecimiento.

Siro.—Yo lo haré con diligencia.—Pero á Tesifón veo: alegre viene por la amiga.

Sannión.—¿Y lo que te suplico?

Siro.—Aguarda un poco.

ESCENA IV.

TESIFÓN, SIRO.

TESIFÓN.—(Sin ver á Siro.) De quienquiera se huelga el hombre de recibir un beneficio, cuando lo ha menester; pero lo más gustoso realmente es, cuando lo hace el que es justo que lo haga. ¡Oh hermano, hermano mío! ¿Cómo alabarte yo ahora? Porque de cierto sé que nunca yo diré cosa tan ilustre que no le haga mucha ventaja tu virtud. Y así entiendo que en esto aventajo á todos los demás: en que no hay quien tenga un hermano tan principal en todas las más excelentes virtudes, como el mío.

SIRO.—(Llamándole.) ¡Tesifón!

TESISÓN.—¡Ah, Siro! ¿Dónde está Esquino?

SIRO.—Ahí le tienes, esperándote en casa.

TESIFÓN.— (Muy alegre.) ¡Oh!

SIRO.—¿Qué es eso?

TESIFÓN.—¡Qué ha de ser! ¡Que le debo la vida, Siro! ¡Bendito mancebo! Todo lo ha pospuesto en mi provecho: las injurias, la fama, mis amores y mi yerro, todo lo ha cargado sobre sí. No podía hacer más.—Pero, ¿qué es esto? La puerta ha sonado.

SIRO.—Espera, espera; él es quien sale.

ESCENA V.

ESQUINO, SANNIÓN, TESIFÓN, SIRO.

ESQUINO.—¿Dó está aquel roba-iglesias?

SANNIÓN.—(Aparte.) Por mí pregunta. ¿Traerá algo? ¡Perdido soy!.... ¡Nada veo!....

ESQUINO.—(A Tesifón.) ¡Hola!.... A propósito: te bus-

caba. ¿Qué es eso, Tesifón? Todo está ya en salvo; echa ya de tí esa tristeza.

TESIFÓN.—Sí; realmente la echo, de veras, pues tengo un hermano como tú. ¡Oh Esquino mío! ¡Oh hermano mío! ¡Ah! empacho tengo de alabarte más en tu presencia, porque no pienses que lo hago más por manera de lisonja que de agradecimiento.

ESQUINO.—Quítate allá, simple! ¡Como si ahora por primera vez nos conociésemos, Tesifón! Lo que me duele es haberlo yo sabido tan tarde, y casi haber venido á punto que, aunque todo el mundo quisiera, no te pudiera remediar.

TESIFÓN.—Dábame vergüenza.

ESQUINO.—¡Ah! no es ésa vergüenza, sino necedad. ¡Por una cosa de tan poco momento, casi ausentarse de la patria! Vergüenza es decirlo. Yo suplico á los dioses que nunca tal permitan.

TESIFÓN.—Errélo.

ESQUINO.—(A Siro.) ¿Y, pues, qué dice el amigo Sannión?

SIRO.—Ya está más manso.

ESQUINO.—Yo me iré á la plaza, á darle á éste (Señalando á Sannión) su dinero. Tú, Tesifón, recógete allá dentro con ella.

SANNIÓN.—Siro, dale prisa.

SIRO.— (Á Esquino, en tono irónico.) Vamos, porque éste está de partida para Chipre.

SANNIÓN.—No tanta tampoco; que aquí estoy despacio cuanto quieras.

SIRO.—Se te pagará, no temas.

SANNIÓN.—Pero que me lo pague todo.

SIRO.—Todo te lo pagará; calla ahora, y sígueme por aquí.

SANNIÓN.—Ya te sigo. (Esquino, Sannión y Siro echan á andar en dirección á la plaza.)

TESIFÓN—¡Hola, hola, Siro!

SIRO.—¿Eh? ¿qué quieres?

TESIFÓN.—Por tu vida, que despachéis cuanto antes á ese pícaro, porque si más se alborota, vendrá esto por alguna vía á oídos de mi padre, y yo quedaré entonces perdido para siempre.

SIRO.—No sucederá tal: ten buen ánimo. Tú, entretanto, huélgate allá dentro con ella, y manda que se nos aparejen las mesas y que esté á punto todo lo demás. Yo, en concluyendo el negocio, me volveré á casa con la vianda.

TESIFÓN.—Así te lo ruego, y pues todo nos ha salido bien, pasemos este día en contento y regocijo.



ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SOSTRATA, CANTARA.

Sostrata.—Dime por tu vida, ama mía, ¿en qué parará esto?

Cantara.—¿En qué parará? A fe, que confío que tendremos buen suceso.

Sostrata.—¡Ay, amiga mía, que ahora la comienzan á tomar los primeros dolores!

Cantara.—¿Ya estás con miedo, como si nunca te hubieses hallado en partos ó nunca tú hubieses parido?

Sostrata.—¡Desdichada de mí, que no tengo á nadie! Estamos solas; Geta no está aquí, ni tengo á quien enviar por la partera, ni quien me vaya á llamar á Esquino.

Cantara.—En buena fe que él estará luego aquí, porque jamás se pasa día ninguno sin que venga.

Sostrata.—Él solo es el remedio de mis trabajos.

Cantara.—La cosa no pudo, señora, suceder mejor de lo que sucedió: ya que hubo deshonra, que tocase precisamente á un hombre como aquél, tan principal, de tan buena casta y condición, señor de una casa tan rica.

Sostrata.—Ello es en verdad como tú lo dices. Á los dioses suplico que nos le tengan de su mano.

ESCENA II.

GETA, SOSTRATA, CANTARA.

GETA.— (Sin ver á las mujeres.) Este es ahora un caso que aunque todo el mundo se ponga á buscar remedio al mal, no podrá hallarle. El cual mal es para mí y para mi ama y para la hija de mi ama. ¡Oh, cuitado de mí! ¡Qué de cosas nos tienen á la vez cercados, sin que podamos escapar: la fuerza, la necesidad, la injusticia, el desamparo, la afrenta! ¿Esta es vida? ¡Oh maldades! ¡Oh malas castas! ¡Oh hombre desleal.....!

SOSTRATA.—¡Cuitada de mí! ¿Qué es esto, que veo venir á Geta tan alterado y tan de prisa?

GETA.—(Continuando.) Al cual ni la fe, ni el juramento, ni la piedad detuvo ni dobló; ni aun el ver cuán cerca estaba el parto de la infeliz á quien él tan sin razón había deshonrado.

SOSTRATA.—(A Cantara.) No oigo bien lo que dice.

CANTARA.—Por tu vida, Sostrata, que nos lleguemos más cerca.

GETA.—¡Ah, pobre de mí, que casi estoy fuera de juicio, según la cólera me abrasa! No quisiera yo más, sino toparme con toda aquella casa, para descargar sobre ellos toda esta rabia, ahora que está fresca. Que por bien satisfecho me tendría, si solamente me viese yo vengado de ellos. Primeramente, le sacaría el alma al viejo, porque engendró un tan gran bellaco. Después, á Siro el promovedor, ¡oh, de cuán diferentes maneras le despedazaría! Yo le arrebataría por medio patas arriba y daría con su cabeza contra el suelo, para que fuese sembrando los sesos por la calle. Al mozo le sacaría los ojos, y después daría con él en un despeñadero. A todos los demás los derribaría, perseguiría, arrebataría, sacudiría,

dejaría hechos una parva. Pero ¿por qué no voy de presto á dar parte á mi ama de esta mala nueva?

SOSTRATA.—(A Cantara.) Llamémosle. (Alto.) ¡Geta!

GETA.—(Sin ver á Sostrata.) ¡Bah!..... Quienquiera que seas, déjame.

SOSTRATA.—Soy yo; Sostrata.

GETA.—(Mirando alrededor.) ¿Qué es de ella? A tí misma te busco, á tí quiero; ¡oh, cuán á buen tiempo te has encontrado conmigo, señora mía!

SOSTRATA.—¿Qué es esto? ¿de qué tiemblas?

GETA.—¡Ay de mí!

SOSTRATA.—¿De qué te alteras, amigo Geta? Toma aliento.

GETA.—¡Del todo.....!

SOSTRATA.—¿Cómo *del todo?* ¿qué es ello?

GETA.—¡Perdidos somos! ¡Acabóse!

SOSTRATA. ¡Habla; dime, por tu vida, lo que es!

GETA.—¡Ya.....

SOSTRATA.—¿Qué ya, Geta?

GETA.—..... Esquino.....

SOSTRATA.—¿Qué dices de Esquino?

GETA.—.....ha perdido el amor á nuestra casa!

SOSTRATA.—¡Ay, desventurada de mí! ¿Por qué?

GETA.—Ha comenzado á enamorarse de otra.

SOSTRATA.—¡Ay, desdichada de mí!

GETA.—Y no lo hace muy de secreto; que él mismo se la ha quitado á un rufián, por fuerza, públicamente.

SOSTRATA.—¿Estás seguro?

GETA.—Seguro: yo mismo, Sostrata, lo vi por estos ojos.

SOSTRATA.—¡Ah, desventurada de mí! ¿Qué hay ya que creer? ¿de quién fiarás? ¿Es posible que nuestro Esquino, el que era la vida de todas nosotras; de quien colgaban toda nuestra esperanza y salvación; el que hacía juramento que sin ella no podría vivir ni un solo día; el que decía que había de poner el niño en el regazo de su

padre y pedirle de merced que le diese licencia para casar con ella.....?

Geta.—Señora, deja aparte ahora lágrimas, y mira lo que conviene hacer para en lo de adelante: si es bien que lo disimulemos, ó que demos á alguno parte de ello,

Cantara.—¡Ay, amigo! ¿y estás en tu seso? ¿Una cosa como esta te parece á tí que se debe descubrir á nadie?

Geta.—A mí, cierto que no me lo parece; porque, cuanto á lo primero, por la obra se ve que él ya no nos tiene buena voluntad. Pues si ahora descubrimos esto, yo sé bien que él negará. Tu honra y la vida de tu hija andará en lenguas. Además de esto, aunque él lo confiese, pues está aficionado á otra, no es cosa que conviene darle ésta por mujer, y, por tanto, en todas maneras es menester que se calle.

Sostrata.—¡Ah! ¡nunca! ¡no haré tal!

Geta—¿Qué intentas, pues?

Sostrata.—Divulgarlo.

Geta.—¡Oh, señora mía, mira muy bien lo que haces!

Sostrata.—Ya no puede ser más negro el cuervo que las alas, Cuanto á lo primero, ella no tiene dote; además de esto, lo que había de ser su segunda dote, ya lo ha perdido: ya no puede casarse por doncella. Este es el postrer remedio que nos queda, que si negare, aquí tengo conmigo por testigo la sortija que nos dejó. Finalmente, pues mi conciencia está segura de que en esto no tengo culpa ninguna, y que no hubo de por medio dinero ni otra dádiva que á mí ni á ella nos sea afrentosa, Geta, helo de probar.

Geta.—Corriente. Hágase lo que tú dices, puesto que ello sea lo mejor.

Sostrata.—Tú, con toda la diligencia posible, vé, y á Hegión, el tío de mi hija, dale cuenta de todo lo que pasa, porque éste fué muy grande amigo de nuestro Simulo, y siempre nos ha querido mucho.

Geta.—Y en verdad que no hay otro que mire por nosotros.

SOSTRATA.—Vé tú, Cantara mía, vé corriendo á llamar á la partera, para que, cuando sea necesaria, no nos haga esperar.

ESCENA III.

DEMEA; después SIRO.

DEMEA.—¡Perdido soy; que he entendido que mi hijo Tesifón se ha hallado con Esquino en el rapto de la moza! ¡Cuitado de mí! ¡No me faltaría ya más desventura sino que, á éste que tiene algunas virtudes, pudiese el otro inducírmele á maldades! ¿Dónde le iría yo á buscar? Yo creo que me le habrá llevado á casa de alguna mala mujer: no hay duda que le habrá persuadido aquel pícaro. Pero allá veo ir á Siro. Este me dirá dónde está. Pero éste es del rebaño; si comprende que ando en busca de mi hijo, no me lo dirá el verdugo. No le daré á entender que quiero esto.

SIRO.—(Sin ver á Demea.) Todo el caso le habemos contado ahora al viejo (Alude á Mición.), como había pasado. No vi en mi vida cosa más regocijada.

DEMEA.—(Aparte.) ¡Oh, Júpiter, qué necedad de hombre!

SIRO.—Alabó á su hijo, y á mí, porque le había aconsejado, me dió las gracias.

DEMEA.—(Aparte.) Reviento de enojo.

SIRO.—Luego nos dió el dinero necesario y además media *mina* para gastar. Y á fe que ya la he empleado á mi gusto.

DEMEA.—(A los espectadores.) Vedle. A tal como éste debéis encomendarle lo que quisiereis que se negocie bien.

SIRO.—¡Oh, Demea, no te había visto! ¿Qué se hace?

DEMEA.—¿Qué se hace, me preguntas? No sé qué me diga de vuestra manera de vivir.

SIRO.—Realmente que es tonta, lo digo de veras, y ajena de razón. (Vuelto de espaldas á Demea y dirigiéndose á los criados de la casa.) Dromón, limpia bien todos los demás pescados, y á ese congrio mayor déjale nadar un poco en el agua: cuando yo vuelva se abrirá, antes no.

DEMEA.—¡Unas maldades como estas se han de hacer!

SIRO.—A mí, realmente, no me gustan, y mil veces grito contra ellas.—¡Hola, Estefanión! haz que se remojen bien esos peces salados.

DEMEA.—¡Válgame la fe de los dioses! ¿Y tiénelo por ventura, por deporte, ó piensa que le será gran honra echar á perder á su hijo? ¡Oh, triste de mí! Ya me parece que estoy viendo el día en que, de pura necesidad, se ha de ir á alguna parte á servir al rey.

SIRO.—¡Oh Demea! Eso es, á la fe, ser los hombres cuerdos: no solamente echar de ver lo que está delante de los pies, sino también las cosas por venir.

DEMEA.—¡Y qué! ¿está ya en vuestra casa esa tañedora?

SIRO.—Allá está.

DEMEA.—Díme, ¿y hala de tener en casa?

SIRO.—Creo que sí, según es su locura.

DEMEA.—¿Y eso hará?

SIRO.—¡Qué tonta mansedumbre de padre, y qué benignidad tan mala!

DEMEA.—Cierto que me da vergüenza y pena de mi hermano.

SIRO.—Mucha diferencia hay, Demea, de tí á él (y no lo digo porque estás delante); pero muy mucha. Tú de pies á cabeza no eres nada sino la misma sabiduría; él un zote. ¿Dejarías tú al tuyo (Alude á Tesifón) hacer cosas como éstas?

DEMEA.—¡Si le dejaría....! ¿Seis meses antes que él intentase alguna picardía, no lo olería yo?

SIRO.—¿A mí me cuentas tú lo que es tu diligencia?

DEMEA.—Yo suplico á los dioses me le conserven cual él ahora es.

Siro.—Según que cada uno quiere que sea su hijo, así lo es.

Demea.—¿Y qué.....? ¿hasle visto hoy?

Siro.—¿A tu hijo? (Aparte.) Echarélc á éste á la granja. (Alto.) Rato ha, creo yo, que él debe entender en algo en la granja.

Demea.—¿Sabes de cierto que está allá?

Siro.—¡Oh, como que yo mismo le acompañé!

Demea.—Muy bien: recelo tuve no se me arrimase por aquí.

Siro.—Y aun muy airado.

Demea.—¿Por qué?

Siro.—Húbolas malamente con su hermano en la plaza por esta tañedora.

Demea.—¿Díceslo de veras?

Siro.—¡Oh! no se mordió la lengua. Porque casualmente estando contando el dinero, he aquí donde viene tu hombre de improviso, y comienza á gritar: «¡Oh Esquino! ¿Y tú has de cometer unas infamias como éstas? ¿Tú has de hacer cosas tan ajenas de nuestro linaje?»

Demea.—¡Ah, de puro placer lloro!

Siro.—«No destruyes tú este dinero, sino tu propia vida.»

Demea.—Los dioses me le guarden: yo confío que se ha de parecer á sus mayores.

Siro.—(En tono ponderativo.) ¡Oh!.....

Demea.—¡Siro, de tales consejos está él embutido!

Siro.—¡Bah! ¡Tal maestro se tiene él en casa de quien aprender!

Demea.—Yo lo procuro sin descanso: no le paso cosa ninguna, amonéstole, y, finalmente, yo le mando que se mire en las vidas de todos como en un espejo, y que de ellos tome ejemplo para sí. «Harás esto, le digo.»

Siro.—Muy bien.

Demea.—«Te guardarás de aquello.»

Siro.—Astutamente.

DEMEA.—«Eso se tiene por honra.»
SIRO.—Esa es la cosa.
DEMEA.—«Estotro por afrenta.»
SIRO.—Bien, bien.
DEMEA.—Ademas.....
SIRO.—De veras que no tengo ahora lugar para escucharte. Porque he comprado unos peces á pedir de boca y he de mirar no se me pudran. Porque esto, Demea, tan gran falta es en nosotros, como en vosotros el no hacer lo que ahora decías. Y en cuanto puedo, de la misma manera les doy lecciones á los mozos de cocina: «Esto está salado; estotro, quemado; lo otro, mal lavado: aquello bien; acuérdate para otra vez.» Enséñoles lo que puedo conforme á mi poquillo saber. Finalmente, Demea, yo les mando que se miren en los platos, como en un espejo, y les advierto lo que se ha de hacer. Bien entiendo yo que es necedad todo esto que aquí hacemos; pero ¡qué remedio!..... Según que cada uno es, así le habemos de llevar la condición. ¿Mandas otra cosa?
DEMEA.—Que los dioses os den mejor seso.
SIRO.—¿Tú te vas desde aquí á la granja?
DEMEA.—Derecho.
SIRO.—Porque..... tampoco..... ¿qué has de hacer tú aquí donde, si das un buen consejo, nadie te obedece?
DEMEA.—Cierto que de aquí me voy, pues aquel por quien yo había venido acá, fuése al campo. Con sólo aquél tengo cuenta: aquél me toca á mí. Pues mi hermano así lo quiere, de este otro él cuidará. ¿Pero quién es aquel que veo allá lejos? ¿Es, por dicha, Hegión, el de nuestra tribu? Si la vista no me engaña, realmente que es él. ¡Oh, qué hombre tan mi amigo desde que éramos niños! ¡Soberanos dioses, y cuán gran falta tenemos ya de ciudadanos tales como éste! Hombre de antigua virtud y crédito. Cierto que éste poco mal procure á la ciudad. ¡Cómo me huelgo de ver que aun hay reliquias de aquella buena raza! ¡Oh! aun da gusto vivir. Aguardaréle, por saludarle y hablarle.

ESCENA IV.

HEGIÓN, GETA, DEMEA, PÁNFILA.

Hegión. — (Sin ver á Demea, hasta que lo indica el diálogo.) ¡ Oh soberanos dioses! ¡ Qué infamia, Geta! ¿Qué me dices?
Geta.—Pasa como te he dicho.
Hegión.—¿De una casa tan principal haber nacido un hecho tan villano? ¡Oh, Esquino, cierto que en esto no te pareces á tu padre!
Demea.—(Aparte.) Debe haber oído algo de lo de la tañedora, y con ser extraño le duele, y á este otro, (Alude á Mición.) con ser su padre, no le da ninguna pena. ¡Oh, triste de mí! ¡ Y no estuviera él aquí cerca para que oyera esto!
Hegión.—(A Geta.) Si no hacen lo que es de razón, no se saldrán así con ello.
Geta.—Toda nuestra esperanza, Hegión, cuelga de tí: no tenemos otro amparo. Tú eres nuestro valedor, tú nuestro padre: aquél nuestro viejo á tí nos dejó encomendados al tiempo de morir. Si tú nos abandonas, perdidos somos.
Hegión.—No digas tal; que ni lo haré, ni entiendo que podría hacerlo píamente.
Demea.— (Aparte.) Hablarle quiero.—Guárdente los dioses, Hegión.
Hegión.—¡Oh! en tu misma busca venía. Seas bien hallado, Demea.
Demea.—¿Sobre qué.....?
Hegión.—Tu hijo mayor, Esquino, el que á tu hermano diste por adoptivo, ha hecho una cosa que no es, en verdad, de hombre de bien ni de hidalgo.
Demea.—¿Qué es ello?
Hegión.—¿Acuérdaste de Símulo, aquel amigo nuestro, de nuestra misma edad?

DEMEA.—¿Cómo no?

HEGIÓN.—Esquino ha desflorado á una hija de éste.

DEMEA.—¡Oh!

HEGIÓN.—Espera, Demea, que aun no has oído lo peor del caso.

DEMEA.—¿Y aun hay algo peor?

HEGIÓN.—Sí, peor; porque esto, en cierto modo, se pudiera sufrir; indújole la noche, el amor, el vino, los pocos años..... cosas de hombres! Mas cuando vió lo que había hecho, él, de su propia voluntad, vino á la madre de la doncella llorando, rogando, suplicando, y dando su palabra y jurando que se casaría con ella. Perdonósele, callóse, diósele crédito. La doncella de aquella fuerza quedó en cinta; ya ha entrado en los diez meses, y el muy hombre de bien (los dioses me perdonen), hásenos habido una tañedora, para pasar la vida con ella y dejar á esta otra burlada.

DEMEA.— ¿Y eso que me dices es cierto?

HEGIÓN.—Ahí está la madre de la doncella, y la doncella misma, y el caso mismo y, en fin, este Geta, que, para conforme el ser de los esclavos, es buen siervo y diligente. Él las mantiene, él solo sustenta toda la casa. Cógele y aprisiónale y haz información del caso.

GETA.—Y ábreme en canal, Demea, si ello no fué así. Finalmente, él no lo negará; hazle venir á mi presencia.

DEMEA.—(Aparte.) Corrido estoy. Ni sé qué me haga, ni qué respuesta le dé á éste. (Indicando á Heglón.)

PÁNFILA.—(Dentro.) ¡Desdichada de mí! ¡Que me parten por medio estos dolores! ¡Juno Lucina, dame favor! ¡Sálvame, yo te lo ruego!

HEGIÓN.—¡Oh!..... Dime, ¿está ya aquélla de parto?

GETA.—Si, en verdad, Hegión.

HEGIÓN.—Mira, Demea: aquélla ahora implora vuestra fidelidad; aquello á que la ley os obliga, otorgádselo de voluntad. Yo, pues, primeramente suplico á los dioses que esto se haga como á vosotros cumple. Pero si otra

inteneión tenéis, yo, Demea, no puedo dejar de defender con todas mis fuerzas esta moza y la honra de aquel muerto. Él era mi deudo: desde niños nos eriamos juntos; en la guerra y en la paz siempre estuvimos juntos; juntamente padeeimos gran pobreza. Por tanto, yo he de estribar, hacer y probar y, en fin, antes dejar la vida, que desampararlas. ¿Qué me respondes?

DEMEA.—Hegión, yo me veré eon mi hermano: el parecer que él en esto me diere, aquel seguiré.

HEGIÓN.—Pues mira, Demea, que lo consideres de esta manera: que euanto más fácilmente vosotros hacéis las eosas, y cuanto más poderosos, ricos, prósperos, ilustres sois, tanto más obligación tenéis de hacer de voluntad lo de razón, si queréis ser tenidos por buenos.

DEMEA.—Vuélvete; que se hará todo lo que fuere de razón.

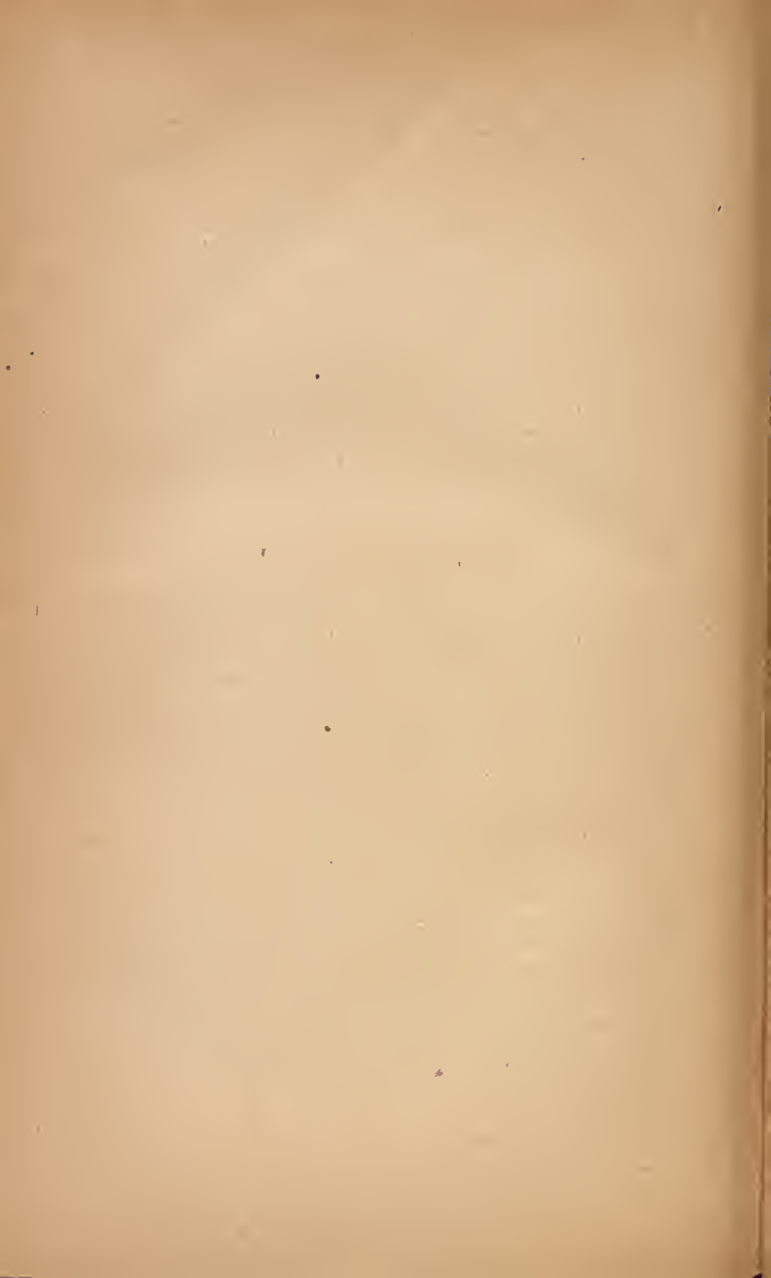
HEGIÓN.—Esa obligación te queda. Geta, guíame allá dentro á casa de Sostrata. (Vanse Hegión y Geta.)

DEMEA.—(Solo.) ¡No pasan estas eosas sin haberlas anunciado yo! ¡Plega á los dioses que en esto pare! Pero aquella manera de vivir tan á rienda suelta ha de venir á dar realmente en algún grave mal. Voy á busear á mi hermano, para descargar sobre él esta cólera.

ESCENA V.

HEGIÓN.

HEGIÓN.—(A la puerta de la casa de Sostrata.) Proeura, Sostrata, tener buen corazón y dar ánimo á esa moza euanto puedas. Yo me veré con Mición, si aeaso está en la plaza, y le contaré por extenso el negocio como pasa, para que si determina haeer en esto lo que debe, lo haga; y si otro pareeer tiene, me lo diga, con que yo sepa luego lo que en ello he de hacer.



ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

TESIFÓN, SIRO.

TESIFÓN.—¿Dices tú que mi padre ha ido al campo?
SIRO.—Rato ha.
TESIFÓN.—¿De veras?
SIRO.—Dígote que está en la granja. Yo entiendo que él ahora debe de estar muy ocupado en alguna labor.
TESIFÓN.—¡Ojalá! ¡Sí! Porque como ello fuese sin peligro de su vida, yo querría que de tal modo se cansase, que en estos tres días no pudiera en ninguna manera levantarse de la cama.
SIRO.—¡Así sea, y aun mejor que eso, si cabe!
TESIFÓN.—Siquiera porque realmente deseo en extremo pasar todo este día en alegría, como ya he comenzado. Y aquella granja, no por otra razón la aborrezco tanto, como porque está tan cerca. Porque si estuviera lejos, antes le tomara allá la noche, que pudiese volver acá otra vez. Pero ahora, en cuanto no me vea allí, yo sé bien que él acudirá acá al punto. Me preguntará que dónde he estado que no le he visto hoy en todo el día. ¿Qué le diré?
SIRO.—¿No se te ocurre nada?
TESIFÓN.—Nada, nada.
SIRO.—Tanto peor. ¿Algún cliente, amigo ó huésped no tenéis?

Tesifón.—Sí; ¿y qué.....?

Siro.—Dí que has tenido que despachar algunos negocios por ellos.

Tesifón.—¿No habiéndolo hecho? No es posible.

Siro.—Lo es.

Tesifón.—Eso será excusa para el día; pero si me quedo aquí esta noche, Siro, ¿cuál le daré?

Siro.—¡Oh, cómo quisiera que estuviese en uso también el negociar de noche por los amigos! Tú sosiega tu corazón, que yo le entiendo muy bien el genio; cuando más quemado está, te le torno tan manso como una oveja.

Tesifón.—¿De qué manera?

Siro.—Gusta mucho de oir decir de tí alabanzas; yo te hago delante de él un dios; cuéntole las virtudes.....

Tesifón.—¿Mías?

Siro.—Tuyas. Y en el mismo punto al hombre se le saltan de placer las lágrimas, como á una criatura. (En voz baja.) Pero ¡hola! ¡Cata.....!

Tesifón.—¿Qué es ello?

Siro.—El lobo en la conseja.

Tesifón.—¿Mi padre es?

Siro.—El mismo.

Tesifón.—¿Qué hacemos, Siro?

Siro.—Retírate tú ahora allá dentro; que yo lo remediaré.

Tesifón.—Si te preguntare por mí, dí que no me has visto; ¿hasme oído? (Entra en casa de Mición.)

Siro.—¿Quieres dejarme hacer á mí?

ESCENA II.

DEMEA, TESIFÓN, SIRO.

Demea.—(Sin ver á Tesifón ni á Siro.) ¡Realmente que soy hombre desdichado! Cuanto á lo primero, no hallo á mi

hermano en parte ninguna; además de esto, yendo á buscarle, veo un peón que venía de mi granja, el cual me dice que no estaba allí mi hijo. No sé qué me haga.

Tesifón.—(Oculto en casa de Mición.) ¡Siro!

Siro.—¿Qué dices?

Tesifón.—¿A mí me busca?

Siro.—Sí.

Tesifón.—¡Perdido soy!

Siro.—Ten buen corazón.

Demea.—(Sin verlos.) ¡Qué desgracia mía es ésta! ¿Pesar de la fortuna? No lo puedo entender, sino que creo que nací aposta para esto: para padecer trabajos. Yo soy el primero que siento nuestros males; yo el primero que lo sé todo; yo el primero que traigo las malas nuevas; yo solo soy el que, si algún mal sucede, lo padezco.

Siro.—(Aparte.) Risa me da el viejo: él dice que es el primero que lo sabe, y él solo es el que todo lo ignora.

Demea.—Ahora vengo á ver si acaso ha vuelto mi hermano.

Tesifón.—(Bajo.) Siro, por tu vida, que mires no se nos entre acá de rondón.

Siro.—¿No callarás? Yo le detendré.

Tesifón.—A fe que no lo confíe yo hoy de tí, sino que yo me encierre con ella (Alusión á Calidia.) en algún aposento luego: esto es lo más seguro.

Siro.—En buen hora; pero con todo yo le apartaré de aquí.

Demea.—Pero he allá el bellaco de Siro.

Siro.—(Gritando, y como si no hubiera visto á Demea.) Realmente que no habrá quien pueda durar en esta casa, si esto se ha de sufrir. Yo quiero saber cuántos amos tengo. ¿Qué desventura es ésta?

Demea.—(Aparte.) ¿De qué se queja aquél? ¿qué quiere? (Alto á Siro.) ¿Qué dices, buen hombre? ¿está mi hermano en casa?

Siro.—¡Mala peste.....! ¿Por qué me llamas buen hombre? ¿No ves cómo soy perdido?

Demea.—¿Qué tienes?

Siro.—¿Eso me preguntas? Tesifón, á mí y á esa tañedora, á puñadas nos ha casi dejado por muertos.

Demea.—¿Eh? ¿Qué me cuentas?

Siro.—Mira cómo me ha rasgado la boca.

Demea.—¿Por qué?

Siro.—Dice que por mi persuasión se ha comprado esta moza.

Demea.—¿No me dijiste tú antes que le habías acompañado desde aquí hasta la granja?

Siro.—Y es verdad; pero después volvió hecho una fiera; no perdonó cosa. ¿No tuvo empacho de poner las manos en un viejo como yo, habiéndole yo traído no ha muchos años en mis brazos, siendo él pequeñito?

Demea.—¡Bien, Tesifón; á tu padre sales! ¡Adelante: veo que eres un hombre!

Siro.—¿Que te parece bien....? Pues á fe que si él es cuerdo, de aquí adelante se tenga sus manos comedidas.

Demea.— (Ponderando á Tesifón.) ¡Eso es valor!

Siro.—(Con ironía.) ¡Mucho! ¡Porque venció á una triste mujer y á mí, pobre esclavo que no me le osaba volver! ¡Mucho valor, sí!

Demea.—No lo pudo hacer mejor; de mi mismo parecer fué; que tú eres el autor de todo esto. Pero ¿está mi hermano en casa?

Siro.—No.

Demea.—Pensando estoy dónde le iría yo á buscar.

Siro.—Yo sé dónde; pero no te lo diré hoy en todo el día.

Demea.— (Indignado.) ¿Eh? ¿Qué dices?

Siro.—Lo que oyes.

Demea.—Menudillo he de hacerte la cabeza.

Siro.—Pero es que no sé el nombre de aquel hombre..... aunque sé el lugar donde está.

Demea.—Dí, pues, el lugar.

Siro.—¿Sabes esta lonja...... aquí junto á la carnicería..... á la parte de abajo?

Demea.—¿Pues no he de saber?

Siro.—Pasa por allí la plaza arriba derecho; cuando llegares al cabo, hay una cuesta, que tira hacia abajo; derríbate por ella; después hay á esta mano un oratorio, y junto de él un callejón estrecho.

Demea.—¿Hacia qué parte?

Siro.—Allí donde hay también una gran higuera silvestre.

Demea.—¡Ya.....!

Siro.—Pues camina por allí.

Demea.—Pero ese callejón no tiene salida.

Siro.—Realmente que dices la verdad. ¡Bah! ¿piensas que estaba en mi juicio? Equivoquéme. Torna otra vez á la lonja: por aquí, en verdad, irás mucho más pronto y hay menos donde errar. ¿Sabes la casa de Cratino, éste que es tan rico?

Demea.—Sí.

Siro.—Pues en pasándola, toma á la mano izquierda la plaza adelante por aquí. Cuando llegares al templo de Diana, tira á la derecha, y antes de llegar á la puerta de la ciudad, junto al mismo abrevadero, hay un molino y enfrente una carpintería: allí está.

Demea.—¿Y qué hace allí?

Siro.—Ha dado á hacer unos lechos de campo, con los pies de roble.

Demea.—Sí, para vuestras comilonas. Bien, por cierto. Pero ¿qué hago, que no voy á buscarle? (Vase.)

Siro.—¡Anda, anda; que yo haré que te canses hoy como tú lo mereces, viejo caduco! Esquino se detiene mucho, la comida se pierde, y Tesifón está enredado en sus amores. Pues yo también miraré por mí, porque me iré ya á la cocina, y echaré mano de lo mejor, y sorbiendo á traguillos, pasaré este día poquito á poquito.

ESCENA III.

MICIÓN, HEGIÓN.

MICIÓN.—Yo, Hegión, no hallo razón ninguna en este caso por qué hayas de alabarme tanto. Yo hago lo que debo: enmiendo el yerro que los míos han cometido. Si acaso no me tienes por alguno de aquellos á quienes les parece que se les hace muy grande agravio con pedirles cuenta del que ellos voluntariamente han hecho, y se quejan muy de veras de ello. ¿Y porque yo no he hecho lo mismo me das las gracias?

HEGIÓN.—¡Oh, no, en verdad! Nunca en mi pensamiento te tuve en otra reputación de lo que eres. Pero yo te suplico, Mición, que te vengas conmigo á casa de la madre de la doncella, y le digas lo mismo que á mí me has dicho á la mujer: como esta sospecha contra Esquino es por causa de su hermano, y que esa tañedora no es suya.

MICIÓN.—Si eso te parece justo, ó si así cumple que se haga, vamos.

HEGIÓN.—Bien haces, porque le aliviarás la pena á la cuitada, que está deshaciéndose de dolor y desventura, y tú te portarás como quien eres. Aunque si otra cosa te parece, yo mismo le contaré á la mujer lo que tú me has dicho.

MICIÓN.—No, sino que yo mismo iré.

HEGIÓN.—Muy bien haces. Porque todos los que son de corta fortuna, yo no sé por qué son más suspicaces. Todo lo toman por afrenta, y como pueden poco, piensan que todo el mundo los desprecia. Y por esto, mejor será que tú mismo cara á cara les des esa satisfacción.

MICIÓN.—Dices muy bien y muy gran verdad.

Hegión.—Sígueme, pues, allá (Indicando la casa de Sostrata.) por aquí.

Micíón.—Con mucho gusto.

ESCENA IV.

ESQUINO, solo.

Esquino.—Atormentado traigo el corazón. ¡Y que sea posible que así de súbito me haya sucedido tanto mal, que ni sepa qué haré de mí, ni qué dispondré! Todos mis miembros me están temblando de miedo; el alma se me ha pasmado de temor; en mi cabeza ningún consejo puede hacer asiento. ¡Oh! ¿cómo me desligaría yo de un enredo tan grande? No lo sé. ¡Ahora se ha tenido de mí tanta sospecha! ¡Y no realmente sin ocasión! Sostrata piensa que yo he comprado para mí esta tañedora: esto me lo ha dicho la vieja. Porque casualmente yendo ella desde aquí á llamar á la partera, yo la vi y al punto allégomele, y pregúntole qué hacía Pánfila; si se le había presentado ya el parto; si iba por eso á llamar á la partera. Ella comienza á decirme á grandes voces: «¡Quita, quítatenos ya de aquí, Esquino! Harto tiempo nos has traído vendidas y engañadas. Basta ya la burla que tus buenas promesas nos han hecho.» Yo, entonces, dígole: «¡Cómo es eso! ¿Qué dices, por tu vida?—Vé en buen hora; tente aquella que tanto te agrada.» Luego entendí la sospecha que tenían; pero detúveme, por no decirle á aquella habladora nada de mi hermano por donde se viniese á descubrir. Y ahora ¿qué haré? ¿Les diré que esta tañedora es amiga de mi hermano? Esto en ninguna manera conviene, que en parte ninguna se diga. Pero de esto no hago cuenta. Posible es que no se descubra. La misma verdad del caso

temo que no la creerán: tantas razones hay para lo contrario. Yo mismo fuí el que la quité, yo el que pagué el dinero, á mi misma casa vino. Todo esto bien confieso yo que ha sido por mi culpa, y por no haberle descubierto yo á mi padre la manera como había este negocio sucedido: que él me hubiera dado licencia para casarme con Pánfila. Mucho me he dormido hasta ahora. ¡Ea, Esquino, despiértate! Porque este es el primer encuentro: quiero ir á hablarles y darles mi disculpa. Llegaréme á su puerta. ¡Oh, pobre de mí! Las carnes me tiemblan siempre que llamo aquí.—¡Hola! ¡hola! Esquino soy; ábrame alguien esta puerta de presto. No sé quién sale; apartéreme hacia acá.

ESCENA V.

MICIÓN, ESQUINO.

MICIÓN.—(Saliendo de casa de Sostrata.) Hacedlo de la manera que os he dicho Sostrata; yo me veré con Esquino, para que sepa cómo se ha tratado este negocio.—Pero ¿quién es el que ha llamado á esta puerta?

ESQUINO.—(Aparte.) Mi padre es realmente. ¡Perdido soy!

MICIÓN.—Esquino.

ESQUINO.—(Aparte.) ¿Qué negocio tiene éste en esta casa?

MICIÓN.—¿Has llamado tú á esta puerta? (Aparte.) Calla. Bien será burlarme de él un poco, pues jamás ha querido fiar de mí estos amores. (Alto.) ¿No me respondes nada?

ESQUINO.—Yo no he llamado á esa puerta, que yo sepa.

MICIÓN.—(Con ironía.) ¿No.....? Ya me maravillaba yo

que tú tuvieses que hacer aquí. (Aparte.) Colorado se ha puesto; buena señal es.

ESQUINO.—Y tú, padre, por tu vida, ¿qué tienes que hacer aquí, díme?

MICIÓN.—Yo, nada en verdad. Un amigo me ha traído acá ahora desde la plaza, para que le fuese valedor.

ESQUINO.—¿En qué?

MICIÓN.—Yo te lo diré. Moran aquí unas mujeres pobres..... Creo no debes tener noticia de ellas, y aun lo sé de cierto, porque ha poco que se han pasado á vivir á este barrio.

ESQUINO.—¿Qué más?

MICIÓN.—Son una doncella y su madre.

ESQUINO.—Sigue.

MICIÓN.—Esta doncella es huérfana de padre: este amigo mío es el pariente más cercano que ella tiene; las leyes le obligan á que se case con ella.

ESQUINO.—(Aparte.) ¡Perdido soy!

MICIÓN.—¿Qué es eso?

ESQUINO.—No...... nada..... bien está; pasa adelante.

MICIÓN.—Él ha venido á llevársela consigo, porque mora en Mileto.

ESQUINO.—¡Cómo! ¿A llevarse consigo la doncella?

MICIÓN.—Sí.

ESQUINO.—¿Hasta Mileto, por tu vida?

MICIÓN.—Sí.

ESQUINO.—(Aparte.) A mí me va á dar algo. (Alto.) Y ellas ¿qué dicen?

MICIÓN.—¿Qué piensas que han de decir? Haz cuenta que nada. La madre ha fingido que la doncella ha tenido un muchacho, no sé de quién, porque ella no le nombra, y que el padre del chico es primero, y que no conviene casarla con éste de Mileto.

ESQUINO.—¡Y pues! después de todo, ¿no te parece que ello es muy justo?

MICIÓN.—No.

Esquino.—¿Que no, por tu vida? ¿Acaso se la llevará de aquí, padre?

Mición.—¿Pues por qué no la ha de llevar?

Esquino.—Creo, padre, que lo habéis hecho dura y cruelmente, y aun si se ha de decir la verdad, villanamente.

Mición.—¿Por qué?

Esquino.—¿Por qué, me preguntas? ¿Qué corazón le quedará á aquel infeliz que primero ha tenido trato y amistad con ella (y qué sé yo si el desdichado aun la quiere locamente!) cuando vea que de su presencia se la quitan y se la llevan de delante de sus ojos? ¡Muy mal hecho, padre!

Mición.—¿Cómo es eso? ¿quién se la prometió? ¿quién se la dió? ¿cuándo casó con él? ¿quién fué el que lo trató? ¿por qué tomó él mujer que no era suya?

Esquino.—¿Pues era razón que una moza de sus años se estuviese queda en su casa, aguardando que un pariente viniese desde Mileto acá por ella? Esto era justo, padre mío, que tú dijeras, y que defendieras.

Mición.—¡Qué gracia....! ¿Contra el que me había traído por su valedor había yo de argüir? Pero ¿qué nos va en eso á nosotros, Esquino? ¿ó qué tenemos que ver con ellos? Vámonos. ¿Quées esto? ¿por qué lloras?

Esquino.—¡Padre, por mi amor que me oigas!

Mición.—Esquino, todo lo he entendido ya, y lo sé porque te amo, y por esto cuido más de todo cuanto haces.

Esquino.—¡Así plega á los dioses que tú, por merecerlo yo, me ames, padre mío, mientras vivas, como á mí me pesa en el alma de haber cometido este yerro y como me avergüenzo!

Mición.—En verdad que lo creo, porque conozco tu ahidalgada condición; pero recelo que eres harto descuidado en ordenar tu vida. Porque ¿en qué ciudad haces cuenta tú que vives? Desfloraste una doncella, la cual no fuera razón que la tocaras. Cuanto á lo primero, el de-

lito fué grave, muy grave, pero, en fin, es de hombres. Otros tan buenos como tú lo han hecho muchas veces. Pero después de sucedido el caso, díme, ¿has, por ventura, echado de ver, ó has mirado por tí qué es lo que habías de hacer, ó por qué vía se había de hacer? Si tenías empacho de decírmelo tú mismo, ¿cómo lo iba á saber yo? Mientras has estado perplejo en esto, se te han pasado diez meses, te has comprometido á tí mismo, y á esa cuitada, y á tu hijo cuanto ha sido de tu parte. ¡Qué! ¿Pensabas que mientras tú dormías te habían de arreglar los dioses tus negocios, y que sin procurarlo tú se te había ella de venir á tu aposento? No quisiera que mostrases tal indiferencia en lo demás. Anímate; que te casarás con ella.

Esquino.—(Muy alegre.) ¡Cómo!

Mición.—Digo que tengas buen ánimo.

Esquino.—Padre, díme, por tu vida: ¿búrlaste de mí ahora?

Mición.—¿Yo..... de tí? ¿Por qué?

Esquino.—No lo sé; sino que como deseo tanto que eso sea verdad, por eso temo más.....

Mición.—Véte á casa y haz oración á los dioses, para que mandes traer á tu mujer: camina.

Esquino.—¿Cómo? ¿Ya mujer?

Mición.—Sí, ya.

Esquino.—¿Ya?

Mición.—Ya; vé lo más presto que puedas.

Esquino.—Todos los dioses me castiguen, padre mío, si yo no te quiero más ahora, que á mis ojos.

Mición.—¿Y más que á ella?

Esquino.—Tanto.

Mición.—Muy bien.

Esquino.—Y el de Mileto, ¿qué se ha hecho?

Mición.—Fuése, desapareció, embarcóse. Pero ¿por qué no vas....?

Esquino.—Mejor es, padre mío, que tú vayas y hagas oración á los dioses; porque yo tengo por cierto que

cuanto tú eres mejor que yo, tanto ellos con mayor voluntad oirán tus ruegos.

Mición.—Yo me voy allá dentro á hacer que se apareje todo lo que es menester; tú, si cuerdo eres, haz como te he dicho.

Esquino.—(Solo.) ¿Qué negocio es éste? ¿Esto es ser padre? ¿Esto es ser hijo? Si mi hermano ó mi compañero fuera, ¿qué más me pudiera complacer? ¿A un padre así no le he yo de amar y traerle metido en mis entrañas? ¡Ah, de tal manera me ha puesto, con su benignidad, en perpetua obligación de no hacer á necias cosa que no le dé gusto; que á sabiendas yo me guardaré! Pero voyme allá dentro, por no ser yo mismo estorbo de mis bodas.

ESCENA VI.

DEMEA, solo.

Demea.—Molido vengo de andar. ¡Que el gran Júpiter os destruya, Siro, á tí y á tus indicaciones! He andado rastreando por toda la ciudad, hasta la puerta, hasta el abrevadero, ¿hasta dónde no.....? Y ni allí había casa de carpintero, ni hombre que dijese que había visto á mi hermano. Ahora vengo con determinación de esperarle en casa hasta que vuelva.

ESCENA VII.

MICIÓN, DEMEA.

Mición.—(A su hijo.) Voy á decirles como por nosotros no hay demora.

Demea.—Pero hele aquí. (Alto.) Rato ha que te busco, Mición.

Mición.—¿Qué me quieres?

Demea.—Te traigo noticia de otras grandes maldades de aquel honrado mozo. (Alude á Esquino.)

Mición.—¡Ya pareció el hombre!

Demea.—Inauditas, criminales.

Mición.—Acaba ya.

Demea.—¡Ah, tú no sabes qué sujeto es!

Mición.—Lo sé.

Demea.—¡Ah, tonto! tú debes de imaginar que yo hablo de la tañedora: este delito es contra una doncella ciudadana.

Mición.—Ya lo sé.

Demea.—(Iracundo.) ¡Oh! ¿lo sabes y lo sufres?

Mición.—¿Por qué no lo he de sufrir?

Demea.—Díme, ¿no clamas......? ¿no pierdes el juicio?

Mición.—No; yo más quisiera ciertamente.....

Demea.—Ha nacido ya un muchacho.

Mición.—Los dioses le hagan dichoso.

Demea.—La moza no tiene nada.

Mición.—Así me lo han dicho.

Demea.—¿Y sin dote se ha de casar con ella?

Mición.—Llana cosa.

Demea.—Y ahora, ¿qué harémos?

Mición.—Lo que el mismo caso pide: harémos que pase á nuestra casa la doncella.

Demea.—¡Oh Júpiter! ¿Y eso es lo que cumple.....?

Mición.—¿Pues qué otra cosa quieres que yo haga?

Demea.—¿Qué.....? Ya que en realidad de verdad esto no te apena, á lo menos es propio de hombre aparentarlo.

Mición.—Pero es que ya tengo prometida la doncella; el negocio está concertado, y se hace hoy el casamiento, y ya les he quitado todo el temor: esto sí que es más propio de un hombre.

Demea.—¿Y, pues, parécete á tí bien el caso, Mición?

MICIÓN.—No, si yo lo pudiera estorbar; pero, pues no puedo, tómolo con paciencia. La vida de los hombres es como juego de tablas: que si en el lance no sale lo que era menester, lo que por azar salió se ha de enmendar con la prudencia.

DEMEA.—¡Gentil maestro de enmiendas! Con esa tu prudencia se han perdido las veinte *minas* que se dieron por la tañedora, la cual, en la hora se ha de despedir ó vendida ó de balde.

MICIÓN.—Ni la despediré, ni tengo gana de venderla.

DEMEA.—¿Pues qué harás de ella?

MICIÓN.—En casa quedará.

DEMEA.—¡Oh, fe de dioses! ¿La ramera y la mujer en una misma casa?

MICIÓN.—¿Por qué no?

DEMEA.—¿Tú entiendes que estás en tu seso?

MICIÓN.—Yo entiendo que sí.

DEMEA.—Así los dioses me amen, como creo, según veo tu poco juicio, que lo harás por tener con quien cantar.

MICIÓN.—¿Qué hay que dudar en eso?

DEMEA.—¿Y la recién casada ha de aprender también esa habilidad?

MICIÓN.—Es llano.

DEMEA.—¿Y tú entre ellas, asido de la cuerda, bailarás?

MICIÓN.—Sí.

DEMEA.—¿Sí?

MICIÓN.—Y tú también, Demea, juntamente con nosotros, si fuere menester.

DEMEA.—¡Ay de mí! ¿No te avergüenzas de decir cosas semejantes?

MICIÓN.—¡Ea! deja ya estar tu cólera, Demea, y muéstrate, como es razón, alegre y voluntario en las bodas de tu hijo. Yo voy á hablar con ellos un momento; luego soy aquí. (Vase.)

DEMEA.—¡Oh Júpiter! ¿y ésta es vida? ¿y éstas

son costumbres? ¿esto es seso de gente? La mujer vendrá sin dote, la tañedora dentro, la gente de casa gastadora, el mozo regalón, el viejo loco desvariado. Aunque la misma salvación quiera salvar y conservar esta casa, no podrá de ninguna manera.



ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

SIRO, DEMEA.

SIRO.—A buena fe, Sirete, que te has dado buen verde, y has hecho tu deber muy cumplidamente: ¡jala! Pero, pues he satisfecho bien allá dentro á mi deseo, hame parecido salirme por acá fuera ahora un poco á pasear.

DEMEA.—(Aparte.) ¡Mirad, si os parece, la muestra de buen gobierno de casa!

SIRO.—(Aparte.) Pero he aquí do viene nuestro viejo. (Alto.) ¿En qué se entiende? ¿De qué estás triste?

DEMEA.—¡Ah, bellaco!

SIRO.—¿Ya vienes tú á derramar aquí palabras de sabiduría?

DEMEA.—¡Si fueras siervo mío.....!

SIRO.—Fueras rico, Demea, y tuvieras bien segura tu hacienda.

DEMEA.—..... yo haría que fueses escarmiento para todos!

SIRO.—¿Por qué? ¿qué hice yo?

DEMEA.—¿Eso me preguntas? Entre la misma revuelta, y en un delito tan grave que apenas se ha podido

reparar, ¿has comido y bebido, ladrón, como si hubiera sucedido algún gran bien?

Siro.—(Aparte.) ¡Pardiez, que me pesa de haber salido acá!

ESCENA II.

DROMÓN, SIRO, DEMEA.

Dromón.—(Saliendo de casa de Mición) ¡Hola, Siro.....! ¡que te ruega Tesifón que vuelvas!

Siro.—Véte de aquí.

Demea.—¿Qué dice ése de Tesifón?

Siro.—No, nada.

Demea.—(Indignado.) ¡Ah, verdugo! ¿Y allá dentro está Tesifón?

Siro.—No.

Demea.—¿Cómo, pues, le nombra ése?

Siro.—Es otro Tesifón, un truhancillo, chiquitín..... ¿no le conoces?

Demea.—Yo sabré.....

Siro.—¿Qué haces? ¿á dó vas?

Demea.—Déjame.

Siro.—¡No vayas, por tu vida!

Demea.—¿No apartarás la mano, azotado? ¿ó quieres que te haga pedazos la cabeza?

Siro.—(Solo.) Fuése. ¡Un convidado, en buena fe no muy conveniente, en especial para Tesifón! ¿Qué tengo yo ahora de hacer, sino mientras estos enojos se apaciguan, irme entretanto á un rincón, y allí dormir este vinillo? Harélo así.

ESCENA III.

MICIÓN, DEMEA.

Micion.—(Saliendo de casa de Sostrata.) De nuestra parte, Sostrata, todo está ya á punto; como he dicho, podéis venir cuando quisiereis.—¿Quién ha dado tan gran golpe en mi puerta?

Demea.—(Desde casa de Mición.) ¡Ay de mí! ¿Qué haré? ¿qué diré? ¿qué gritos daré ó á quién me quejaré? ¡Oh cielo! ¡Oh tierra! ¡Oh mares de Neptuno!

Mición.—(A un espectador). Ya ha entendido todo el caso, y de eso da gritos, no hay duda; riñas tenemos; acudir allá conviene.

Demea.—Hele aquí do viene la perdición de mis dos hijos.

Mición.—¡Ea! refrena ya tu cólera y vuelve en tí.

Demea.—Ya la he refrenado, ya he vuelto: dejo aparte pesadumbres. Tratemos sólo del caso. ¿No fué concierto entre nosotros, y aun por tí mismo propuesto, que ni tú tuvieses cuenta con mi hijo ni yo tampoco con el tuyo? Responde.

Mición.—Verdad es, no lo niego.

Demea.—Pues ¿por qué ahora hace convites en tu casa? ¿por qué le recibes? ¿por qué me le compras amiga, Mición? ¿Qué razón hay para que yo no haya de tener el mismo derecho contra tí que tú tienes contra mí? Pues yo no cuido del tuyo, no cuides tú del mío.

Mición.—No tienes razón.

Demea.—¿Que no?

Mición.—Porque refrán antiguo es, que entre los amigos todo ha de ser común.

Demea.—¡Guapamente! ¿Ahora salimos con esas?

Mición.—Óyeme, Demea, dos palabras, si no te es

molesto. Cuanto á lo primero, si el gasto que tus hijos hacen te da pena, por mi amor que lo consideres entre tí de esta manera: tú, al principio, á tus dos hijos los criabas conforme á la posibilidad de tu hacienda, porque creías que tus bienes para entrambos bastarían, y que yo me casaría sin duda. Echa, pues, ahora aquella misma cuenta antigua: conserva, adquiere, endura, y procura tú dejarles mucha hacienda; esa honra téntela tú para tí. De mis bienes, que les han venido sin pensar, déjalos gozarse; del patrimonio no se te perderá una blanca. Lo que de mis bienes les quedare, haz cuenta que te lo hallas. Si todo eso, Demea, quieres considerar de veras, á mí y á tí y á ellos nos librarás de pesadumbre.

Demea.—Lo de la hacienda pase; más las costumbres de los mozos.....

Mición.—Tente, ya lo entiendo, á eso iba. Muchas señales, Demea, hay en el hombre por las cuales puede juzgarse fácilmente. Cuando dos hacen una misma cosa, puedes muchas veces decir: á éste se le puede sufrir el hacer esto, y á estotro no se puede. No porque la cosa sea diferente, sino porque lo son los que la hacen. Y así, yo veo en ellos señales por donde confío que serán cuales deseamos. Yo veo que tienen discreción y juicio y vergüenza donde conviene tenerla, y que se aman. Y es de ver realmente su condición y voluntad ahidalgada. El día que tú quisieres, los volverás al buen camino. Pero acaso temas que sean muy descuidados en conservar sus haciendas. ¡Oh, hermano Demea! Los viejos para todo lo demás somos más sabios por la edad; sola esta falta trae consigo á los hombres la vejez: que todos somos más codiciosos del dinero, de lo que conviene. Y así el tiempo les aguzará el deseo de adquirir.

Demea.—¡Plega á los dioses, Mición, que esas tus buenas razones y esa tu benignidad no dé con todo al traste!

Mición.—Calla, que no sucederá. Deja ya esos temores, huélgate hoy conmigo, alegra esa cara.

DEMEA.—Pues el tiempo así lo requiere, habrélo de hacer; pero mañana, en amaneciendo, me iré de aquí con mi hijo á la alquería.

MICIÓN.—Y aun antes que amanezca: solamente hoy te muestres de buen humor.

DEMEA.—¿Y tengo de llevar allá conmigo esa tañedora?

MICIÓN.—Procúralo, porque con ella tendrás tu hijo allí como atado á una estaca. Pero mira que me la guardes bien.

DEMEA.—Eso yo lo procuraré y haré que ande allí llena de hollín, de humo y de polvo de harina, á poder de cocer y de moler, y tras todo eso, á un sol de mediodía le haré espigar; más tostada te la tornaré y más negra que el carbón.

MICIÓN.—Muy bien. Ahora me pareces hombre cuerdo. Y aun si yo fuese que tú, le haría á mi hijo que, aunque no quisiese, se acostase con ella.

DEMEA.—¿Búrlaste de mí? ¡Dichoso tú, que esa alma tienes! Yo siento.....

MICIÓN.—¡Ah! ¿ya vuelves.....?

DEMEA.—Ya, ya me callo.

MICIÓN.—Pues éntrate allá. Pasemos este día alegremente en lo que ya está determinado.

ESCENA IV.

DEMEA, solo.

DEMEA.—Jamás ninguno echó tan bien la cuenta de su vida, que los negocios, los años y la experiencia no le enseñasen algo nuevo, y le avisasen de algo, de manera que lo que él se pensaba saber no lo supiese, y lo que tenía por mejor lo reprobase. Lo cual ahora á mí

me ha acaecido, porque aquella vida áspera que yo hasta aquí he seguido, ahora que ya casi estoy al fin de la jornada, la condeno. ¿Y por qué? Porque la experiencia me ha enseñado que al hombre no hay cosa que le esté mejor que la benignidad y la clemencia. Que esto es verdad, por mí y por mi hermano lo puede entender quienquiera fácilmente. Él siempre ha pasado su vida sin cuidados y en convites; benigno, manso, sin ofender á nadie, complaciendo á todos, ha vivido á su gusto, gastado á su gusto; todos le elogian, todos le aman. Yo soy el villano, el cruel, el triste, el escaso, el terrible, el duro. Caséme: ¡qué desdichas en el matrimonio! Naciéronme hijos: ¡nuevos cuidados! Pues además de esto, procurando dejarles mucha hacienda, toda mi vida y mis años he gastado en adquirir. Y ahora, al cabo de ellos, el galardón de mis trabajos es ser aborrecido. Mi hermano, sin trabajo ninguno, goza de todas las ventajas de un padre con mis hijos: á él le aman, de mí huyen; á él le dan parte de sus consejos; á él le tienen afición; ambos están con él; á mí me desamparan. A él le desean larga vida; tal vez codician mi muerte. De manera, que los que yo he criado con gran trabajo, él se los ha hecho suyos á poca costa. Yo llevo á cuestas todas las fatigas, y él se goza todos los contentos. ¡Ea, pues, probemos ahora al contrario, si podré yo decir alguna palabra amorosamente ó hacer algo con benignidad, pues él me obliga á ello! Que también quiero yo ser amado, y estimado de los míos. Y si esto ha de ser dándoles y complaciéndoles, no seré yo de los postreros. ¿Y si falta? ¡A mí qué....! Para mí no faltará; que ya poca vida me queda.

ESCENA V.

SIRO, DEMEA.

Siro.—¡Hola, Demea..... que te ruega tu hermano que no te vayas lejos!

Demea.—¿Quién es.....?—¡Oh, amigo Siro, estés en buen hora! ¿qué se hace? ¿cómo va?

Siro.—Muy bien.

Demea.—Huelgo de ello. (Aparte.) Ya ahora he dicho tres palabras fuera de mi condición: *amigo*, *¿qué se hace, cómo va?* (Alto.) Ahidalgado siervo te muestras, y así haré por tí de buena gana.

Siro.—En merced te lo tengo.

Demea.—Mira, Siro, que no es donaire esto, y antes de mucho lo verás por la obra.

ESCENA VI.

GETA, DEMEA.

Geta.—(Saliendo de casa de Sostrata.) Señora, yo voy á dar aviso á éstos (Alude á Mición y á Esquino.) para que vengan luego por la doncella.—Pero he aquí á Demea. ¡Estés en hora buena!

Demea.—¡Hola! ¿cómo te llamas?

Geta.—Geta.

Demea.—Geta, yo te he tenido hoy en mi pensamiento en reputación de hombre de mucho valer; porque aquel siervo es para mí de muy buena prueba, que tiene cuenta con las cosas de su señor, según he entendido que tú lo has hecho, Geta. Y por ello, en lo que fuere menes-

ter, haré por tí de buena voluntad. (Aparte.) Busco medios para ser afable, y bien me sale.

Geta.—Hombre honrado eres en pensar así.

Demea.—(Aparte.) Poco á poco voy ganando las voluntades de la gente baja primeramente.

ESCENA VII.

ESQUINO, DEMEA, SIRO, GETA.

Esquino.— (Sin ver á los demás.) Realmente que me ponen á morir, pues quieren celebrar las bodas con tanto cumplimiento, que todo el día se les va en aparejar.

Demea.—¿Qué se hace, Esquino?

Esquino.—¡Oh padre mío! ¿y aquí estabas tú?

Demea.—Sí por cierto; tuyo de corazón y por naturaleza, y que te quiere más que á sus propios ojos. Pero ¿por qué no haces traer á casa á tu mujer?

Esquino.—Ya querría, sino que me hacen detener la que ha de tañer la flauta y los que han de cantar el himeneo.

Demea.—¡Quitate allá! ¿Quieres tú creer á este viejo?

Esquino.—¿En qué?

Demea.—Deja estar todo eso: el himeneo, los convidados, las antorchas y las músicas; haz que derriben las tapias de esa huerta cuanto antes, y pasa á tu mujer por ahí; haz de las dos casas una sola, y tráete también acá la madre y toda la familia.

Esquino.—Sí haré, padre gracioso.

Demea.—(Aparte.) ¡Ea..... ya me llaman gracioso! La casa le abrirán á mi hermano, traerá mucha gente, gastará largo: mucha cosa es todo esto. Pero ¿qué se me da á mí? Yo, ya generoso, gano las voluntades. Ahora, Mición, manda que le dé luego de contado Babilón las

veinte *minas.* (Alto.) Siro, ¿por qué no vas tú y lo haces?
Siro.—¿Qué pues?
Demea.—Ve y derríbalas. (A Geta.) Y tú, tráela.
Geta.—Los dioses te lo paguen, Demea, pues que con tanta voluntad veo que quieres hacer bien á nuestra casa.
Demea.—Entiendo que lo merecéis. (A Esquino.) Y tú, ¿qué dices?
Esquino.—Que me parece lo mismo.
Demea.—Más vale así, que traerla ahora acá por la calle, parida y enferma.
Esquino.—No he visto mayor aviso, padre mío.
Demea.—Así los gasto yo. Pero aquí sale Mición.

ESCENA VIII.

MICIÓN, DEMEA, ESQUINO.

Mición.—(A Siro y Geta, que están dentro.) ¿Mi hermano lo manda? ¿Dónde está él? ¿Tú mandas esto, Demea?
Demea.—Sí. Yo mando eso y todo lo demás con que hagamos toda una esta familia, y que la honremos, favorezcamos y juntemos.
Esquino.—Así te lo suplico, padre.
Mición.—Lo mismo me parece á mí.
Demea.—Y aun es nuestro deber. Cuanto á lo primero, aquí está la madre de la mujer de Esquino ....
Mición.—¿Y pues?
Demea.—Mujer de bien y de buenas costumbres.....
Mición.—Así dicen.
Demea.—Ya anciana.....
Mición.—Ya lo sé.
Demea.—A sus años ya no puede concebir. No tiene quien mire por ella: está sola.
Mición.—(Aparte.) ¿Qué empresa es la de éste?

DEMEA.—Es razón que tú te cases con ella. Y que tú (A Esquino.) procures que se haga.
MICIÓN.—¿Yo casarme?
DEMEA.—Sí, tú.
MICIÓN.—¿Yo?
DEMEA.—Tú, digo.
MICIÓN.—Deliras.
DEMEA.—(A Esquino.) Si tú eres hombre, él lo hará.
ESQUINO.—¡Padre mío!
MICIÓN.—¡Cómo! ¿Y á éste escuchas tú, asno?
DEMEA.—¡Nada, nada; no hay escape!
MICIÓN.—Desvarías.
ESQUINO.—¡Hazme esta merced, padre mío!
MICIÓN.—¿Estás loco? Quítate de aquí.
DEMEA.—¡Ea! dale á tu hijo ese contento.
MICIÓN.—¿Tú tienes bueno el seso? ¡Al cabo de sesenta y cinco años he yo de ser novio, y casarme con una vieja consumida! ¿eso me aconsejáis?
ESQUINO.—¡Anda; que yo se lo he prometido!
MICIÓN.—¿Prometido? A la fe, amigo, haz tú merced de tu persona.
DEMEA.—¿Pues qué dirías, si él te rogase alguna cosa de más importancia?
MICIÓN.—¡Como si esta no fuese la mayor!
DEMEA.—Accede.
ESQUINO.—No seas pesado.
DEMEA.—Acaba, prométeselo.
MICIÓN.—¿No me dejarás?
ESQUINO.—No, hasta recabar esto de tí.
MICIÓN.—Fuerza es ésta realmente.
DEMEA.—Ea, Mición, hazlo cumplidamente.
MICIÓN.—Aunque ello me parece cosa torpe y tonta, y disparate muy ajeno á mi manera de vivir, con todo eso, pues vosotros tanto lo queréis, sea.
ESQUINO.—Bien haces: con razón te quiero mucho.
DEMEA.—(Aparte.) ¿Qué diría yo ahora? ¡Todo lo que quiero se hace!

MICIÓN.—¿Hay más todavía?

DEMEA.—Egión es pariente muy cercano de éstas, deudo nuestro, pobre; justo será que le hagamos algún bien.

MICIÓN.—¿Qué bien?

DEMEA.—Aquí tienes junto á la ciudad un campillo que arriendas á otro: démoselo á éste, que lo goce y disfrute.

MICIÓN.—¿Poquillo es eso?

DEMEA.—Aunque sea mucho, con todo eso se ha de hacer. Esta mujer le tiene en lugar de padre, es hombre de bien, es nuestro deudo: bien dado está. Finalmente, Mición, yo ahora hago mía aquella sentencia que tú bien y sabiamente dijiste no ha mucho: *vicio común de todos los viejos es el ser muy codiciosos de la hacienda.* Esta falta debemos enmendarla. Dijiste muy gran verdad, y hase de cumplir por la obra.

MICIÓN.—¿Qué duda hay en eso? Se le dará, pues Demea lo quiere.

ESQUINO.—¡Padre mío!

DEMEA.—Ahora eres tú de veras mi hermano, así en el alma como en el cuerpo.

MICIÓN.—Huélgome de eso.

DEMEA.— (Aparte.) Con su propia espada le degüello.

ESCENA IX.

SIRO, DEMEA, MICIÓN, ESQUINO.

SIRO.—Ya está hecho, Demea, lo que mandaste.

DEMEA.—Eres una alhaja. Yo soy de parecer, en verdad, que es justo que Siro hoy reciba libertad.

MICIÓN.—¿Éste libertad? ¿por qué merecimientos?

DEMEA.—Por muchos.

SIRO.—¡Oh, señor Demea! ¡En verdad que eres muy

bueno. Yo os he criado estos dos hijos, desde que eran niños, con mucha diligencia, y les he enseñado, amonestado y aconsejado bien todo lo que he podido.

Demea.—A la vista está. Especialmente esto: gastar, robar rameras, preparar comilonas de día. Servicios como éstos no son propios de un cualquiera.

Siro.—¡Oh, qué hombre tan gracioso!

Demea.—Finalmente, hoy, en la compra de esa tañedora, éste ha sido el valedor, éste lo ha tratado; justo es hacerle algún bien. ¿Dónde hallarás siervos mejores? En fin, Esquino gusta de que se haga.

Mición.—¿Tú gustas de que se haga esto?

Esquino.—Deséolo.

Mición.—Pues que tú lo quieres, sea. Siro, allégate á mí: de hoy más, sé libre.

Siro.—Gran merced me haces. A todos lo agradezco, pero á tí, Demea, en particular.

Demea.—Huelgo de ello.

Esquino.—Y yo también.

Siro.—Lo creo; ojalá éste se me hiciese un gozo perpetuo, y que viese yo á mi mujer Frigia libre conmigo juntamente.

Demea.—Muy buena mujer en verdad.

Siro.—Por cierto que á tu nieto, hijo de éste, ella le ha dado hoy la primera leche.

Demea.—Pues en verdad que, hablando de veras, pues ella le ha dado la primera leche, sin duda es razón que quede libre.

Mición.—¿Por solo eso?

Demea.—Por eso. Finalmente, yo te pagaré de mi dinero lo que ella vale.

Siro.—Los dioses, Demea, te cumplan siempre todos tus deseos.

Mición.—Bien has librado hoy, Siro.

Demea.—Especialmente, Mición, si tú haces lo que debes, y le aprontas algo con que viva; que él te lo volverá luego.

Mición.—No le daré valía de este pelo.

Esquino.— (Rogando.) ¡Ea, que es hombre de bien!

Siro.—Por mi vida que te lo volveré: dámelo.

Esquino.—¡Ea, padre!

Mición.—Ya veremos.

Demea.—Él lo hará.

Siro.—¡Oh, que hombre tan bueno!

Esquino.—¡Oh padre afabilísimo!

Mición.— (A Demea.) ¿Qué es esto? ¿qué negocio ha hecho tan repentinamente mudanza en tus costumbres? ¿qué prontitud es ésta, ó qué largueza tan repentina?

Demea.—Yo te lo diré: para mostrar cómo el tenerte éstos en posesión de hombre benigno y apacible, no procede de verdadera vida ni de lo que es justo y bueno, sino de ser lisonjero, del regalar y del dar, Mición. Y si mi vida, Esquino, os es aborrecible, porque no os complazco en todo, así en lo justo como en lo injusto, yo alzo mano de ello: derramad, comprad, haced lo que se os antoje. Pero si gustáis de que lo que vosotros, por ser mozos, no echáis de ver, y lo deseáis á ciegas y lo consideráis poco, esto yo os lo reprenda y corrija, y también en su lugar os complazca, aquí estoy, que por amor de vosotros lo haré.

Esquino.—En tu mano, padre, lo dejamos todo: tú sabes mejor lo que nos cumple. Pero ¿qué harás de mi hermano?

Demea.—Yo le doy licencia; que la tenga. Y haga raya en ella.

Esquino.—Eso está muy bien. (A los espectadores.) ¡Aplaudid!

FIN DE LA COMEDIA.



LA SUEGRA.

17

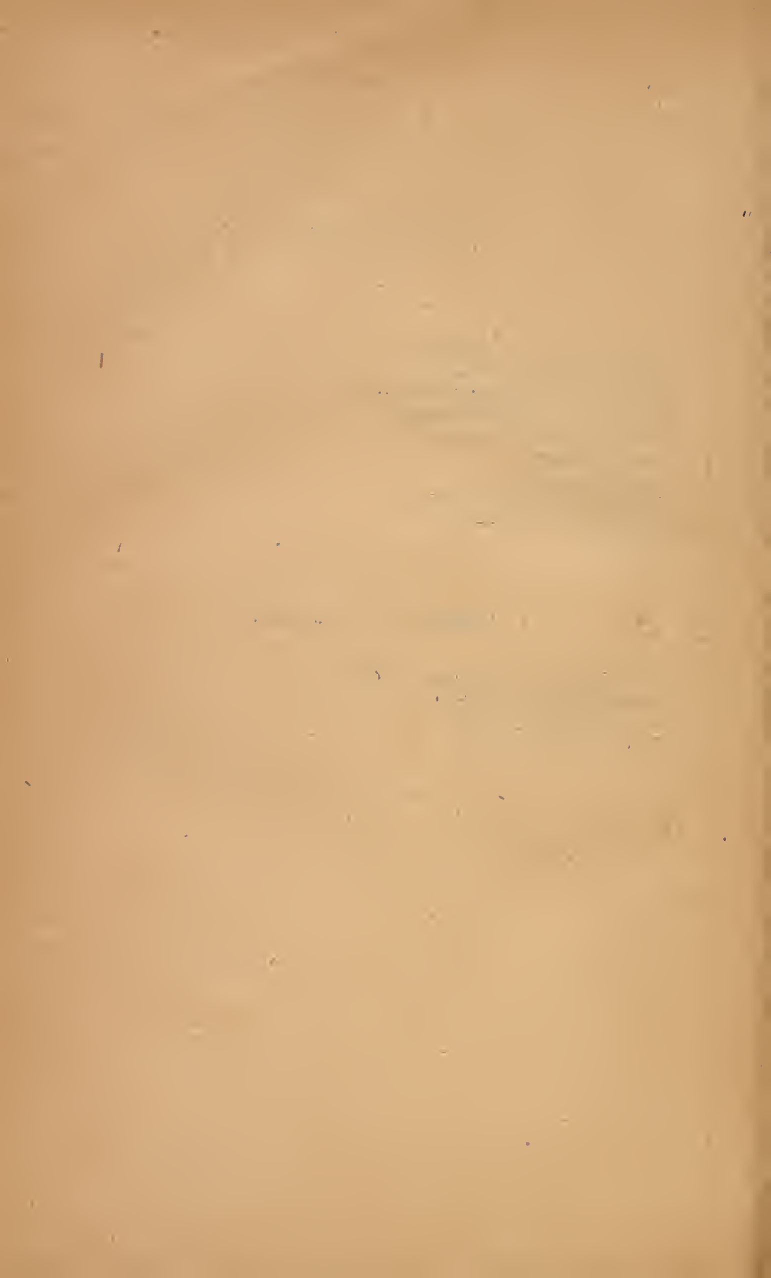


PERSONAS.

LAQUES, viejo, padre de Pánfilo.
SOSTRATA, madre de Pánfilo.
PÁNFILO, hijo de Laques y de Sostrata.
FIDIPO, viejo, padre de Filomena.
MIRRINA, mujer de Fidipo.
BAQUIS, ramera.
FILOTIS, ramera.
PARMENÓN, esclavo de Sostrata.
SOSÍA, esclava de Pánfilo.
SIRA, vieja.

PERSONAS QUE NO HABLAN.

FILOMENA, hija de Fidipo y de Mirrina.
ESCIRTO, esclavo de Pánfilo.
UNA NODRIZA.
DOS CRIADAS de Baquis.



PRIMER PRÓLOGO.

Esta comedia se llama *La Suegra.* A la cual, cuando se representó por primera vez, sucedióle una gran desventura, tal que ni pudo ser vista ni entendida: tan embobado estaba el pueblo, y tan puesta tenía su afición en el funámbulo. Se os representa ahora como nueva, pues el que la ha compuesto no quiso que se tornase entonces á representar, con el fin de poderla vender para otras fiestas. Ya conocéis otras comedias del autor: suplícoos que veáis ésta también.



SEGUNDO PRÓLOGO.

Oficio de orador vengo aquí á hacer, y no de prólogo. Otorgadme ahora que soy viejo el mismo favor que de vosotros recabé de mozo, cuando hice que comedias rechazadas la primera vez fuesen de nuevo recibidas, con que no pereciesen juntamente el poeta y sus escritos. De las primeras que aprendí de Cecilio, en algunas fuí silbado, en otras á duras penas me sostuve. Sabía yo que el éxito en la escena es muy dudoso, y así tomé sobre mis hombros, sin esperanza cierta, un trabajo seguro. Comencé á repetir aquellas piezas con diligencia tal, que sirviese á mantener el entusiasmo del autor, á fin de que me diese á estudiar nuevas comedias. Logré que se escuchasen, y, cuando se entendieron, agradaron. De esta manera os he restituído un poeta á quien las intrigas de sus émulos le habían ya casi hecho retirarse del estudio y del cultivo de la poesía dramática. Si yo entonces hubiese despreciado sus poemas y querido poner algún empeño en persuadirle que era mejor el ocio que el trabajo, fácilmente le quitara la gana de componer otras comedias.

Ahora oid con benevolencia un ruego mío. Vengo á

representaros otra vez *La Suegra*, que no me fué posible haceros escuchar en silencio: tan grande fué su desventura. Que vuestro buen juicio repare esa desdicha, ayudando á nuestra diligencia. La primera vez, apenas había comenzado la representación, vinieron á estorbarla famosos luchadores y el anuncio de un funámbulo. Las gentes que los acompañaban, el bullicio, la grita de las mujeres me hicieron salir de la escena antes de tiempo. Siguiendo mi antigua costumbre, volví á probar fortuna con *La Suegra*. Represéntola de nuevo; apláudenme el primer acto, y heos aquí que llega al teatro el rumor de un espectáculo de gladiadores. Vuela todo el pueblo, alborótanse, gritan y pelean las gentes, disputándose los puestos: yo con esto no pude conservar el mío. Ahora ningún bullicio hay, todo es paz y silencio; á mí se me ofrece favorable coyuntura para representar y á vosotros para honrar los juegos escénicos. No permitáis que por vuestra culpa la musa escénica venga á ser regalo de unos pocos. Procurad que vuestra autoridad dé favor y ayuda á la mía. Si jamás he mostrado avaricia en pedir precio excesivo por mi trabajo, sino que he tenido por mayor ganancia emplearme muy de veras en vuestro servicio, dadme que pueda alcanzar de vosotros que el que ha puesto su talento bajo mi tutela y su persona bajo vuestra protección, no sea burla de ruines viéndose injustamente afrentado. Haced esta causa, que es la mía, prestadnos atención, para que otros poetas se huelguen de escribir y pueda yo estudiar otras comedias nuevas, compradas según mi tasación.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

FILOTIS, SIRA.

Filotis.—Realmente, Sira, que se hallan pocos amigos que les sean fieles á las rameras. ¡Mira este Pánfilo qué de veces le hacía á Baquis juramentos y cuán solemnes (que quien quiera le diera crédito llanamente) de no casarse mientras ella viviese! ¡Y mira ahora cómo se ha casado!

Sira.—Pues por eso, amiga Filotis, te amonesto y encargo yo de continuo que no te duelas de ninguno; sino que peles, cercenes y despedaces al que te viniere á las manos.

Filotis.—¿Y que no tenga á ninguno afición particular?

Sira.—A ninguno. Porque has de saber que ninguno de ellos viene á tí que no venga armado de esta cautela: de granjearte de tal manera con sus palabras lisonjeras, que á muy poca costa cumpla contigo su apetito. Y ¿no será bien, amor mío, que á una gente como ésta tú también les prepares tu celada?

Filotis.—Pero también es fuerte cosa mostrarse una misma para con todos.

Sira.—¿Fuerte cosa es vengarse de sus enemigos? ¿ó cazarlos por la misma vía que ellos quieren cazarte?

¡Ah, pobre de mí! ¡Y no fuera yo ahora de tus años y rostro, ó tú de mi opinión y parecer!

ESCENA II.

PARMENÓN, FILOTIS, SIRA.

PARMENÓN.—(Saliendo de casa de Laques, á un siervo.) Si preguntare por mí el viejo, díle que en este punto he ido al puerto á saber de la venida de Pánfilo. ¿Oyes lo que te digo, Escirto? Que si preguntare por mí, lo digas; y si no, ni una palabra, porque pueda otra vez valerme de esa excusa.—Pero ¿es Filotis ésta que veo? ¿De dónde vendrá ahora ésta? Filotis, seas bien venida.

FILOTIS.—¡Oh Parmenón! y tú bien hallado.

SIRA.—Los dioses te guarden, Parmenón.

PARMENÓN.—Y á tí también, Sira. Díme, Filotis, ¿dónde te has holgado tanto tiempo?

FILOTIS.—En buena fe que no me he holgado nada; que me fuí de aquí á Corinto con un soldado muy cruel, y allí le he sufrido cuitada dos años arreo.

PARMENÓN.—En verdad, Filotis, que creo habrás sentido muchas veces deseo de volver á Atenas, y que tú misma habrás tenido por malo tu consejo.

FILOTIS.—Apenas te podría decir, Parmenón, el gran deseo que tenía de volver acá, de escaparme del soldado, y de veros aquí, por gozar con libertad de vuestros convites, como solíamos un tiempo; porque allí no podía hablar sino por tasa, lo que á él le daba gusto.

PARMENÓN.—Yo creo que el soldado no debía de poner buena tasa en tus conversaciones.

FILOTIS.—Pero ¿qué es esto que ahora me ha contado Baquis aquí dentro? ¿Quién tal creyera, que viviendo ella, pudiera Pánfilo doblar su corazón á tomar mujer.

PARMENÓN.—¿Tomar?

Filotis.—Y pues, díme, ¿no la tiene?

Parmenón.—Sí tiene; pero témome que este casamiento no ha de ser firme.

Filotis.—Los dioses y diosas lo hagan así, si es cosa que á Baquis le conviene. Pero ¿cómo creeré yo que eso es así? Cuentámelo, Parmenón.

Parmenón.—No es cosa que se puede decir; no me lo preguntes.

Filotis.—¿Es por ventura porque no se divulgue? Pues así los dioses me amen, como yo no te le pregunto por divulgarlo, sino por holgarme de saberlo para mí sola.

Parmenón.—Por buen pico que tengas, nunca tú me persuadirás á que fíe de tu reserva mis espaldas.

Filotis.—¡Bah!... ¡No te hagas tanto de rogar, Parmenón! ¡Como si tú no tuvieses más gana de contármelo, que yo de saber lo que pregunto!

Parmenón.—(Aparte.) La verdad dice ésta. Y esto es en mí una muy grave falta. (Alto.) Si me das palabra de guardar el secreto, yo te lo diré.

Filotis.—A tu condición te vuelves. Yo te la doy; dí.

Parmenón.—Pues óyeme.

Filotis.—En eso estoy.

Parmenón.—De ésta Baquis estaba Pánfilo más enamorado que nunca, cuando su padre le comenzó á rogar que se casase y á decirle esto que suelen decir los padres de ordinario: cómo ya él era viejo, y que no tenia otro hijo sino á él, y que quería algún consuelo para su vejez. Él, al principio, comenzó á hacerse el fuerte; pero como el padre dió en apretarle, hízole venir á titubear sobre si complacería antes al amor que á la vergüenza. Finalmente, pudo tanto el viejo machacando y porfiando, que le vino á desposar con una hija de este nuestro vecino más cercano. No le pareció á Pánfilo el negocio cosa grave hasta que se vió en el casamiento. Cuando vió ya que las bodas estaban aparejadas, y que ya no podía volver atrás, sino que se había de casar;

entonces realmente lo sintió tanto, que la misma Baquis, creo, si estuviera allí, se doliera de él. Siempre que tenía lugar de verse conmigo y de poderme hablar á solas, me decía: «¡Perdido soy, Parmenón! ¿Qué es esto que he hecho? ¿En qué trabajo me he puesto? No podré yo sufrir esta desdicha, Parmenón. Perdido soy, triste de mí!»

Filotis.—Los dioses y diosas te destruyan, Laques, á tí y á tu porfía.

Parmenón.—En fin, por acortar razones, trajo la mujer á casa. Aquella primera noche no tocó la doncella. Y la siguiente, ni más ni menos.

Filotis.—¿Qué dices? ¡Es posible que un hombre mozo, bien comido y bien bebido, se acostase con una doncella y no la tocase! No es conforme á verdad lo que me dices, ni yo lo tengo por tal.

Parmenón.—Bien creo yo que á tí te lo parece así; porque á tí ninguno se te allega, si no es deseándote; pero él habíase casado contra su voluntad.

Filotis.—¿Y en qué paró la cosa?

Parmenón.—Pocos días después Pánfilo me saca afuera á solas, y me cuenta cómo la doncella por él aun se estaba virgen, y que él, antes de llevarla á su casa por mujer, había creído que podría soportar aquel casamiento. «Pero lo que yo entiendo, dice, es que no podré tenerla conmigo mucho tiempo. Burlarme de ella, Parmenón, y no volverla intacta á los suyos como la recibí, ni á mí me sería honra, ni á la doncella provecho.»

Filotis.—¡Qué pía y casta condición de mancebo me cuentas!

Parmenón.—«Descubrirlo yo esto—continúa—no entiendo que me cumple, y volvérsela á su padre sin decirle qué falta tiene, es gran soberbia; pero yo confío que cuando ella diere en la cuenta, no podrá sufrir mi compañía, y se irá al fin.»

Filotis.—¿Y entretanto? ¿iba á casa de Baquis?

Parmenón.—Cada día. Pero, como pasa de ordinario,

cuando Baquis le vió casado con otra, luego se le hizo más insolente y muy más pedigüeña.

Filotis.—No me maravillo en buena fe.

Parmenón.—Pues eso ha sido lo que más él le ha hecho retirarse, después que él vino á reconocerse á sí, y á ella y á la que tenía en casa, poniendo al parangón las costumbres de entrambas. Porque su mujer era como lo han de ser las de ahidalgada condición, pudorosa, modesta; sufría los agravios de su marido, y teníase en secreto las afrentas que le hacía. De manera que entonces su voluntad, parte convencida de lástima de la mujer, y parte desabrida de los agravios de Baquis, poco á poco se fué apartando de ella y aplicando su afición á esta otra, después que halló condición que conformase con la suya. En este medio murió en Imbro un viejo, pariente de mis amos, cuya herencia les pertenecía á ellos por ley. Y Pánfilo, que ya estaba enamorado de su esposa, hubo de ir allá obligado por su padre. Dejó aquí la mujer en compañía de su madre, porque el viejo siempre se está retirado en su granja. Muy pocas veces viene á la ciudad.

Filotis.—¿Pues qué dificultad tiene aún el casamiento?

Parmenón.—Yo te lo diré. Al principio, por algunos días, muy bien se llevaban la suegra y la nuera. Pero ésta, á cabo de poco, comenzó á aborrecer del modo más extraño á Sostrata, pues no había entre ellas pendencias ni quejas ningunas jamás.

Filotis.—¿Qué era pues.....?

Parmenón.—Si alguna vez la vieja se allegaba á conversar con ella, luego ella se le quitaba de delante: no quería verla. Finalmente, cuando ya no la pudo sufrir, finge que su madre la enviaba á llamar para cierto sacrificio. Y fuése. Después que hubo estado allá algunos días, hizo Sostrata que la fuesen á llamar. No sé qué excusa le dieron. Manda por ella otra vez, y no la enviaron. Después que tantas veces enviaba, fíngenle que estaba enferma. Nuestra vieja va luego allá á verla. No

la dejaron entrar. Supo esto el viejo, y vino ayer de la granja, y habló luego con el padre de Filomena. No he entendido aun lo que han tratado entre ellos, sino que estoy en verdad con cuidado en qué ha de parar todo esto. Ahí tienes todo el caso. Yo me voy á donde iba.

FILOTIS.—Y yo también, porque tengo concierto con un forastero de verme con él.

PARMENÓN.—Los dioses den buen suceso á lo que hicieres.

FILOTIS.—Vé en buen hora.

PARMENÓN.—Y tú también, vé en la misma, Filotis.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

LAQUES, SOSTRATA.

Laques.—¡Oh fe de dioses y de hombres! ¿Y qué gente es ésta? ¿ó qué conjuración? ¿Que sea posible que todas las mujeres por igual quieran unas mismas cosas, y aborrezcan unas mismas? ¿Y que no halléis una que discrepe un punto de la condición de las otras? Y así veréis que todas las suegras de una misma manera aborrecen á sus nueras. Pues en contradecir á sus maridos, todas son de una misma condición, todas tienen una misma terquedad, todas parece que han aprendido en una misma escuela cómo han de hacer maldades. En esta escuela, si tal escuela hay, bien entendido tengo que ésta es la maestra.

Sostrata.—¡Cuitada de mí! Que yo no sé por que ahora me riñes.

Laques.—¡Cómo! ¿que no lo sabes?

Sostrata.—No, así los dioses me amen, Laques mío, y así nos dejen vivir juntos toda la vida.

Laques.—¡Los dioses nos libren de tanto mal!

Sostrata.—Y tu verás, antes de mucho, cuán sin razón me has reñido.

Laques.—Ya lo sé. ¿A tí sin razón? ¿Hay cosa que conforme á tus hechos se pueda decir de tí como lo me-

reces? Porque nos afrentas á mí, y á tí y á toda la casa, y á tu hijo le buscas enojos, y haces que nuestros deudos, de amigos se nos vuelvan enemigos habiéndole ellos tenido por digno de darle su hija. Tú sola te atraviesas á revolvernos todo esto con tu poca vergüenza.

Sostrata.—¿Yo?

Laques.—Tú, mujer, tú, que á mí no me tienes en ninguna manera por hombre, sino por una piedra. ¿Pensáis que porque estoy de ordinario en la granja, no sé cómo vive aquí cada una de vosotras? Mejor sé todo lo que aquí pasa, que lo que allí mismo donde estoy á la continua. Porque de la manera que vosotras os tratareis en casa, así tendré yo la fama por las plazas. Días ha que he entendido que Filomena está contigo enfadada, y no me maravillo; antes me maravillara más si ello no fuera así. Pero no creia que el odio pasase tan adelante, que á toda esta casa aborreciese. Si yo tal supiera, ella estuviera queda en casa y tú botaras fuera. Pues mira cuán sin razón me das estos enojos, Sostrata: yo me fuí á la granja, por dejaros vivir en la ciudad, á mirar por la hacienda, para que ella bastase á sufrir vuestros gastos y descanso, poniéndome al trabajo más de lo que era razón y mis años requerían. ¿No era bien que tú, en pago de todo esto, procuraras no buscarme pesadumbres?

Sostrata.—Cierto que no ha sucedido ello por mi voluntad ni por mi culpa.

Laques.—Antes sí. Tú sola estuviste aquí; toda la culpa es tuya, Sostrata. Cuidaras tú de lo de aquí pues yo os quito todos los demas cuidados. ¿No se avergüenza una vieja como tú de tomar pendencias con una muchacha? Dirás que ella tiene la culpa.

Sostrata.—No digo tal, en buena fe, Laques mío.

Laques.—Así los dioses me amen, como me huelgo por mi hijo. Porque de tí harto sé que aunque más yerres, no puedes ya ser peor de lo que eres.

Sostrata.—¿Qué sabes tú, marido mío, si Filomena

ha fingido aborrecerme por poder estarse más tiempo con su madre?

Laques.—¿Qué dices? ¿Mayor señal de verdadero enojo quieres, que no haberte dejado entrar ayer cuando la fuiste á visitar?

Sostrata.—Decían que estaba muy fatigada entonces, y por eso no me dejaron verla.

Laques.—Tus costumbres creo yo que son causa de su enfermedad, más que otra cosa. Y con razón; porque ninguna de vosotras hay que no huelgue de ver casado á su hijo, y hácese lo que vosotras queréis. Y después que por vuestra persuasión se han casado, por la misma vienen á hacer divorcio con sus mujeres.

ESCENA II.

FIDIPO, LAQUES, SOSTRATA.

Fidipo.—(Desde la puerta de su casa, á su hija.) Bien sé, Filomena, que tengo poder para forzarte á que hagas lo que te mando; pero yo, con todo eso, vencido del paternal amor, haré lo que tú quieres, y no contradiré á tu voluntad.

Laques.—Pero he aquí á Fidipo: á buen tiempo viene. Este me dirá todo lo que hay.—Fidipo, aunque sé yo de mí que soy muy aficionado á dar contento á los míos, con todo eso no de tal manera que mi demasiada benignidad sea causa de que sus costumbres se estraguen; y si tú lo mismo hicieses, sería una cosa más conveniente á nuestro provecho y al vuestro. Pero ya veo que estás á ellas sujeto.

Fidipo.—¡Sí, á fe!

Laques.—Habléte ayer acerca de esto de tu hija, y despedísteme tan perplejo como vine. Si tú quieres que esta afinidad nuestra sea durable, no lo has de hacer así,

ni tenernos encubiertos los enojos. Si alguna falta hay de nuestra parte, dínosla, porque ó refutándola ó disculpándola, os satisfaremos á tu albedrío. Pero si la causa de retenérosla en casa es porque está enferma, paréceme, Fidipo, que me haces grande agravio, si piensas que en mi casa no se mirará por su salud con toda diligencia. Porque así los dioses me amen, como no te doy ventaja, aunque eres su padre, en que tú desees más su salud que yo. Y esto por amor de mi hijo, el cual tengo entendido la quiere y estima como á sí mismo, y sé cuánto lo ha de sentir, si esto viene á sus oídos. Por esto deseo que ella vuelva antes que él á casa.

Fidipo.—Laques, bien conozco vuestra benignidad y diligencia, y tengo por muy cierto que todo eso que me dices es como tú lo dices. Y también deseo que me des crédito en esto: que procuro que ella vuelva á vuestra casa, si por alguna vía yo lo puedo hacer.

Laques.—¿Pues qué te lo estorba? Dime, ¿quéjase, por ventura, de su marido en algo?

Fidipo.—No, en verdad; porque después que la comencé á apretar y hacerle más fuerza para que volviese, me hizo juramento solemne que, estando ausente Pánfilo, ella no puede permanecer en vuestra casa. Cada cual tiene por ventura sus faltas; yo soy hombre de tiernas entrañas, y no puedo contradecir á los míos.

Laques.—(Indignado.) ¡Ah, Sostrata!

Sostrata.—¡Ay desventurada de mí!

Laques.—(Á Fidipo.) ¿Y eso es cosa resuelta?

Fidipo.—Por ahora sí, según parece. Mira si mandas otra cosa, porque tengo necesidad de llegarme hasta la plaza.

Laques.—Vámonos juntos.

ESCENA III.

SOSTRATA, sola.

SOSTRATA.—En buena fe que todas las mujeres somos sin razón aborrecidas igualmente de nuestros maridos por culpa de algunas, las cuales hacen que todas parezcamos dignas de castigo. Porque así los dioses me amen, como yo, en lo que mi marido me riñe, soy inocente. Sino que es cosa dificultosa el disculparme, según todos tienen por cierto que todas las suegras son terribles. Mas yo no, á fe. Porque jamás tuve á mi nuera en otra consideración que si fuera mi propia hija, y no sé de dónde me viene á mí este trabajo. Cierto que con gran deseo estoy aguardando la vuelta de mi hijo.



ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

PÁNFILO, PARMENÓN; MIRRINA, dentro.

PÁNFILO.—No creo que hay hombre en el mundo á quien tantas desgracias como á mí le hayan sucedido del amor. ¡Oh, desdichado de mí! ¿Y para esto procuré yo tanto conservar mi vida? ¿Para esto estaba yo tan deseoso de volver á mi casa? ¿Cuánto mejor me fuera irme á vivir al fin del mundo, que volver acá, ni tener, cuitado de mí, noticia de estas cosas? Porque todos aquellos á quien de alguna parte se nos ofrece algún trabajo, todo el tiempo que pasa de por medio hasta saberse, lo habemos de tener por ganancia.

PARMENÓN.—Pero así hallarás más presto medio para librarte de estas fatigas. Si no hubieras vuelto, estos enojos hubieran pasado muy adelante; mas ahora, Pánfilo, yo sé que ambas á dos tendrán respeto á tu venida. Entenderás el caso, sacarás los enojos en limpio y harás las paces. Cosas ligeras son todas éstas que tú en tu pensamiento reputas por muy graves.

PÁNFILO.—¿Para qué me das consuelos? ¿Hay por ventura en todo el mundo hombre tan desdichado como yo? Antes que con ella me casase, tenía yo puesta mi afición y voluntad en otra mujer. En lo cual, sin que yo

lo diga, puede entender quienquiera cuán desventurado fuí. Y con todo, nunca me atreví á rehusar la mujer que me hizo tomar mi padre. Apenas me hube escapado de la primera y desligado de la afición que la tenía, y apenas la había aplicado á esta otra, cuando heos aquí novedades para hacerme retirar de ella mi voluntad. Además, yo entiendo que en este negocio he de hallar culpada á mi madre ó á mi mujer. Y si esto hallo, ¿qué me queda, sino ser un hombre desdichado? Porque el amor y el respeto, Parmenón, me obligan á sufrir las injurias de mi madre. Por otra parte, á mi mujer estoyle en grande obligación, por haberme comportado un tiempo con su buena condición, y no haber descubierto en parte ninguna tantas sinrazones como yo le hice. Pero no es posible, Parmenón, que deje de haber habido alguna ocasión muy grande por donde hayan nacido entre ellas estos enconos, que tanto tiempo han durado.

PARMENÓN.—Antes, si bien quieres echar la cuenta, hallarás ser cosa de poco, y que algunas veces los grandes enojos son indicios de pequeños agravios; porque muchas veces acontece que en casos donde uno no está enojado, otro que de suyo es colérico está hecho un león. Mira los niños por cuán ligeras cosas traban entre sí grandes pendencias. ¿Por qué? Porque el alma que los rige es de poca firmeza. Y las mujeres casi son como niños de puro ligeras. Puede que una sola palabra haya causado entre ellas estas riñas.

PÁNFILO.—(Mostrando la casa de Fidipo.) Entra, Parmenón, y anuncia mi regreso.

PARMENÓN.—(Cerca de la puerta.) ¡Eh! ¿qué es esto?

PANFILO.—(Aproximándose.) ¡Calla, que siento bullicio y correr de acá para allá!

PARMENÓN.—Acércate más á la puerta. (Pausa.) ¿Eh? ¿Has oído.....?

PÁNFILO.—No alces la voz. ¡Oh Júpiter!..... ¡Un grito!.....

PARMENÓN.—Hablas tú, y dícesme á mí que calle.

MIRRINA.—(Dentro, á Filomena.) Calla, por tu vida, hija mía.

PÁNFILO.—La voz de la madre de Filomena me ha parecido. ¡Perdido soy!

PARMENÓN.—¿Por qué?

PÁNFILO.—¡Muerto soy!

PARMENÓN.—¿Por qué razón?

PÁNFILO.—Algún grande mal, Parmenón, me tienes tú encubierto, sí.

PARMENÓN.—Tu mujer decían que tenía no sé qué desmayos; y si por ventura es esto, yo no sé.

PÁNFILO.—¡Oh desdichado de mí! Pues ¿por qué no me lo has dicho?

PARMENÓN.—Porque no te lo podía contar todo de una vez.

PÁNFILO.—¿Y qué es su enfermedad?

PARMENÓN.—No lo sé.

PANFILO.—¿Y pues? ¿no ha habido ninguno que trajese al médico?

PARMENÓN.—No sé.

PÁNFILO.—¿Por qué me detengo y no entro allá cuanto antes á saber de cierto lo que es? ¡Oh Filomena de mi alma! ¿y cómo te hallaré yo ahora dispuesta? Porque, si tú algún peligro corres, sin duda pereceré yo juntamente contigo. (Entra.)

PARMENÓN.—No me cumple á mí seguirle ahora allá dentro; porque entiendo que nos miran á todos con malos ojos. Ayer ninguno permitió entrar á Sostrata. Y si la enfermedad va de aumento (lo cual en verdad no deseo, especialmente por amor de mi amo), luego dirán que entró allá el siervo de Sostrata, y fingirán que llevó algún maleficio con que se le acrecentó la enfermedad. A mi ama le echarán la culpa, y yo llevaré los azotes.

ESCENA II.

SOSTRATA, PARMENÓN, PÁNFILO.

Sostrata.— Rato ha, cuitada de mí, que oigo aquí no sé qué bullicio. Mucho me temo no se le haya acrecentado más la enfermedad á Filomena. ¡Yo os suplico, á tí, Esculapio, y á tí, Salud, que no lo permitáis! Entraré á verla ahora.

Parmenón.— (Llamándola.) ¡Hola!.... ¡Sostrata!.....

Sostrata.—¿Quién.....?

Parmenón.—Otra vez te darán ahí con la puerta en los ojos.

Sostrata.—¡Oh Parmenón! ¿y aquí estabas tú? ¿Pues qué haré, cuitada de mí? ¿No he de ir á ver la mujer de Pánfilo, especialmente estando tan cerca y enferma?

Parmenón.—Ni la vayas á ver, ni envíes á nadie á visitarla. Porque quien quiere bien á quien le aborrece, paréceme á mí que hace una necedad doble. Que él toma trabajo en vano, y al otro le da muy grande pesadumbre. Ademas de esto, tu hijo, en llegando, ha entrado allá á ver cómo está.

Sostrata.—¿Qué me dices? ¿Pánfilo ha venido?

Parmenón.—Sí.

Sostrata.—Gracias sean dadas á los dioses. ¡Oh! Con esa palabra me has dado la vida, y me has quitado del corazón todos mis cuidados.

Parmenón.—Y aun por eso, particularmente, no quiero que entres allá ahora. Porque si se le alivian á Filomena algo los desmayos, yo sé que luego ella á solas le contará todo lo que ha habido entre vosotras, y de dónde han tenido principio vuestros enojos.—Pero hele aquí do sale. ¡Qué triste viene!

SOSTRATA.—¡Ay, hijo de mi corazón!
PÁNFILO.—¡Estés en buen hora, madre mía!
SOSTRATA.—Huélgome de verte venir bueno. ¿Está buena Filomena?
PÁNFILO.—Un poquillo mejor.
SOSTRATA.—¡Los dioses lo hagan así! ¿Por qué, pues, lloras tú? ¿ó de qué sales tan triste?
PÁNFILO.—No, de nada, madre.
SOSTRATA.—¿Qué alboroto ha sido éste? Dímelo. ¿Hale por ventura tomado repentinamente algún desmayo?
PÁNFILO.—Sí.
SOSTRATA.—¿Y qué es su enfermedad?
PÁNFILO.—Calentura.
SOSTRATA.—¿Continua?
PÁNFILO.—Dicen que sí. Entrate allá en casa, madre, por mi amor, que yo voy luego tras de tí.
SOSTRATA.—En buen hora.
PÁNFILO.—Tú, Parmenón, corre, y sal á recibir á aquellos mozos, y ayúdales á traer aquellas cargas.
PARMENÓN.—¡Cómo! ¿Y no saben ellos el camino por donde han de venir á casa?
PÁNFILO.—(Instándole.) ¿Así te estás?

ESCENA III.

PÁNFILO, solo.

PÁNFILO.—No puedo hallar principio ninguno conveniente por donde comience á contar las cosas que ahora de improviso me están sucediendo. Parte de ellas por mis ojos las he visto; parte las he oído. Por eso de pura alteración me he salido acá fuera de presto. Porque así como me entré de presto temeroso, pensando hallar á mi mujer enferma de otra enfermedad de lo que he

entendido ¡ay de mí! las criadas al verme entrar alzan á una muy alegres las voces, diciendo: «¡Ya llegó!» ¡Como me vieron de repente.....! Pero luego les vi demudárseles á todas el rostro, viendo cuán á mal punto les había traído la fortuna mi venida. En esto, una de ellas va corriendo á decir como yo era venido: yo, con deseo de ver á mí mujer, voyme tras ella. ¡Por entrar entendí, cuitado, la enfermedad que tenía! Porque ni el tiempo les daba lugar pára encubrirla, ni ella se podía quejar con otra voz de la que el caso requería. Al ver esto, «¡oh hecho indigno!» dije. Y salime luego de allí llorando, lastimado de un caso tan increíble é infame. La madre viene tras mí, y cuando salía de la puerta, híncaseme de rodillas, llorando la cuitada: dióme lástima. Y realmente que ello es á mi parecer de esta manera: que todos, según que las cosas nos suceden, así somos ó entonados ó abatidos. Al principio comiénzame á hacer este razonamiento: «¡Oh Pánfilo de mi alma! Ya ves la causa por que se salió ésta de tu casa: porque no sé qué mal hombre la corrompió tiempo há siendo ella doncella. Ahora hase acogido aquí por encubrir su parto de tí y de los demás.» Y realmente que cuando me acuerdo de sus ruegos no puedo dejar, cuitado, de llorar. «Por aquella ventura, dice, cualquiera que ella sea, que hoy te nos ha traído aquí, por aquélla ambas á dos te pedimos por merced, si es cosa justa y lícita, que tengas en secreto y encubierta á todo el mundo esta su desgracia. Si alguna vez, Pánfilo mío, has entendido de ella que te ha tenido voluntad, ella te ruega ahora que en pago le hagas esta merced, pues no te cuesta nada; que en lo de volvértela á llevar, tú harás lo que mejor te estuviere. Tú solo sabes como ella está de parto, y que no está embarazada de tí. Porque dicen que á cabo de dos meses se juntó contigo. Y ahora ya anda en los siete meses que ella vino á tu poder; y por la obra se ve que tú estás bien en la cuenta. Ahora, Pánfilo, si es posible, yo deseo mucho y procuro que su padre no tenga noticia de este parto, ni

aun otra persona alguna. Pero si no pudiere ocultarse, diré que ha malparido; que bien sé yo que nadie sospechará de lo contrario, sino que todos, como es de creer, tendrán por cosa llana que ha parido de tí. La criatura yo la expondré luego. De aquí á tí ningún mal ni daño te redundará, y le cubrirás á la cuitada el agravio que, tan sin merecerlo ella, se le hizo.» Yo se lo prometí, y no puedo menos de cumplir mi palabra. Porque el tornarla á casa, no entiendo que me será honra, ni haré tal. Aunque realmente que me hace gran duelo su amor y buena compañía. Las lágrimas se me saltan cuando considero qué vida he de llevar de aquí adelante, y qué soledad ha de ser la mía. ¡Oh fortuna, y cómo no nunca eres firme en tus favores! Aunque ya mis primeros amores me hicieron diestro en esto. Los cuales yo olvidé discretamente entonces; y lo mismo procuraré hacer con ésta. Aquí viene Parmenón con los criados; en ninguna manera cumple que éste presencie el caso. Porque á éste solo le descubrí entonces cómo me abstuve de ella á los primeros meses de casado. Temo que si éste vuelve á oir aquí sus quejas, entenderá como está de parto. Menester es despedirle á alguna parte, mientras pare Filomena.

ESCENA IV.

PARMENÓN, SOSÍA, PÁNFILO.

PARMENÓN.—(A Sosia.) ¿Conque de veras te ha ido mal en este viaje?

SOSÍA.—No bastarían las palabras, Parmenón, para contarte cuánto ello es en sí molesto el navegar.

PARMENÓN.—¿Es posible?

SOSÍA.—¡Oh, dichoso tú! No sabes de qué mal te has escapado con no haber entrado en tu vida en la mar.

Porque dejadas aparte otras desventuras, escúchame sólo ésta: treinta días ó más estuve en el barco aguardando, pobre de mí, la muerte de hora en hora: tantos temporales nos cogieron.

PARMENÓN.—¡Dura cosa!

SOSÍA.—Bien lo sé yo. Y así realmente que antes me huya, que allá vuelva, si otra vez sé que tengo de volver.

PARMENÓN.—Ya otras veces por bien ligeras causas te has movido á hacer lo que ahora, Sosía, amenazas que harás.—Pero á Pánfilo veo á la puerta. Entra allá dentro. Yo me llegaré á él, á ver si me quiere algo. (A Pánfilo.) ¿Todavía aquí, señor?

PÁNFILO.—Estoy aguardándote.

PARMENÓN.—¿Qué hay?

PÁNFILO.—Es menester ir corriendo al alcázar.

PARMENÓN.—¿Quién?

PÁNFILO.—Tú.

PARMENÓN.—¡Al alcázar! ¿Y á qué?

PÁNFILO.—A buscar allí á un forastero, huésped mío de Micona, llamado Calidémides, que ha venido en el mismo barco que yo.

PARMENÓN.—(Aparte.) ¡Perdido soy! Yo creo que éste ha hecho voto que, si á su casa volvía salvo, me había de moler á poder de hacerme caminar.

PÁNFILO.—¿Aun estás ahí?

PARMENÓN.—¿Qué quieres que le diga? ¿No tengo de hacer más que buscarle?

PÁNFILO.—Y decirle que hoy no puedo verme con él, como estaba concertado, para que no me espere en balde. Vuela.

PARMENÓN.—¡Pero si no le he visto la cara!

PÁNFILO.—Yo te daré las señas. El es un hombre de grande estatura, color bermejo, pelo crespo, panzudo, de ojos garzos, rostro cadavérico.

PARMENÓN.—(Bajo.) Que lo dioses confundan. (Alto.) ¿Y si no le hallare? ¿Téngome de estar esperándole allí hasta la tarde?

Pánfilo.—Sí. Corre.

Parmenón.—No puedo: ¡tan cansado estoy! (Vase.)

Pánfilo.—Fuése ya. ¿Qué hacer ahora? Prometíle á Mirrina guardar en secreto el parto de su hija, y no sé cómo hacer por cumplirlo, pues la mujer me da lástima. Haré cuanto posible me fuere, pero salvo el respeto paternal. Porque más razón es obedecer á mi padre, que al amor. ¡Tate! He aquí á Fidipo y á mi padre do los veo venir hacia acá. ¿Qué les diré á éstos? No sé.

ESCENA V.

LAQUES, FIDIPO, PÁNFILO.

Laques.—¿No me dijiste, rato há, que tu hija te había dicho que aguardaba la venida de mi hijo?

Fidipo.—Sí.

Laques.—Pues ya dicen que ha venido: vuelva.

Pánfilo.—(Aparte.) ¿Qué excusa le daré á mi padre, para que no me obligue á traerla? No sé.

Laques.—¿A quién he oído yo hablar aquí?

Pánfilo.—Determinado estoy á seguir el camino que he tomado.

Laques.—El mismo es de quien veníamos tratando.

Pánfilo.—¡Salud, padre mío!

Laques.—¡Hijo mío, salud!

Fidipo.—Huélgome, Pánfilo, de tu regreso; y sobre todo, de verte salvo y sano.

Pánfilo.—Así lo creo.

Laques.—¿Llegas ahora?

Pánfilo.—En este punto.

Laques.—Díme, ¿qué bienes dejó mi primo Fania?

Pánfilo.—Aquél fué un hombre amigo de vivir á

su gusto toda su vida; y los que son así, no ayudan mucho á sus herederos. Pero á lo menos para sí dejó esta fama: «mientras vivió, vivió bien.»

Laques.—¿Es decir que tú no nos has traído acá más que ese dicho?

Pánfilo.—Sea poco ó mucho lo que nos dejó, nos hizo un favor.

Laques.— Antes no, sino daño; porque más le quisiera yo vivo y sano.

Fidipo.—Por demás es ya desear eso. Él ya jamás tornará á vivir. Y con todo eso comprendo tus deseos.

Laques.—Ayer hizo Fidipo que Filomena fuese á su casa. (Bajo á Fidipo, tocándole con el codo.) Dí que la hiciste ir.

Fidipo.—(Bajo á Laques.) No me zarandees. (Alto.) Sí que la hice ir.

Laques.—Pero luego te la volverá.

Fidipo.—Al instante.

Panfilo.—Ya yo sé todo el negocio cómo pasa. Al llegar me lo han contado todo.

Laques.—Los dioses confundan á esos malditos que de tan buena gana van con estos cuentos.

Pánfilo.—(A Fidipo.) Yo estoy de mí bien satisfecho, porque siempre he procurado no daros ocasión de que con razón me pudieseis hacer ninguna afrenta. Y si yo ahora quisiese decir aquí cuán fiel, benigno y bondadoso fuí para con ella, bien lo podría decir con verdad; pero más quiero que de esto te informes de ella misma. Porque así más de veras creerás tú mi buen proceder, viendo que la que ahora se muestra contra mí tan dura, me hace justicia. ¡Y los dioses me son testigos de que este divorcio no ha sucedido por mi culpa! Pero pues ella se lo tiene á menos el ser obediente á mi madre y sufrirle con paciencia su condición, y no hay otro medio para que ellas vivan en paz, ó yo tengo, Fidipo, de echar de casa á mi madre, ó á Filomena. Y el amor filial me obliga á que precie más el bien de mi madre.

Laques.—No me pesa, hijo, de oirte decir esas pala-

bras, pues veo que todo lo pospones por tu madre. Pero has de mirar, Pánfilo, no te ciegue tanto el enojo, que te haga errar.

PÁNFILO.—¿Qué enojo me hace ahora á mí ser fuerte contra ella? Especialmente no habiéndome ella dado nunca á mí un disgusto, padre; antes sé que en lo que ha podido, ha procurado complacerme. Y así la quiero bien, y la estimo, y deseo en extremo: y ruego á los dioses le den ventura para que viva casada con otro marido que más dichoso sea que yo, pues la necesidad me hace separarme de ella.

FIDIPO.—En tu mano está que esto no suceda.

LAQUES.—Si tú buen seso tienes, haz que vuelva á casa.

PÁNFILO.—No es ese buen consejo, padre. El bien de mi madre he de mirar. (Vase Pánfilo.)

LAQUES.—¿Dó te vas? Espera: espera digo. ¿Dó vas?

FIDIPO.—(A Laques.) ¿Qué terquedad es ésta?

LAQUES.—¿No te decía yo, Fidipo, que él había de sentir mucho este caso? Y por esto te rogaba que hicieses volver á tu hija.

FIDIPO.—Nunca creyera, en verdad, que tan cruel fuera. ¿Piensa él que yo le he de ir á suplicar? Si quiere llevarse á su mujer, véalo; y si otro propósito tiene, vuelva acá el dote, y vaya en hora buena.

LAQUES.—¡Catáos aquí! También tú estás demasiado colérico.

FIDIPO.—¡Qué porfiado has vuelto acá, Pánfilo!

LAQUES.—Ea, páseseos ya ese enojo. Aunque él no está enojado sin razón.

FIDIPO.—Porque os ha crecido un poquillo la hacienda estáis ya muy entonados.

LAQUES.—¿También quieres haberlas conmigo?

FIDIPO.—Determínese, pues, y vuélvame hoy por todo el día la respuesta si quiere ó si no; para que sea para otro, si para él no ha de ser. (Vase.)

LAQUES.—Fidipo, ven acá: escucha dos palabras.

Fuése. ¿Y á mí qué....? Allá se las hayan como quisieren, pues ni mi hijo ni él se dejan regir por mí, ni hacen caso de lo que les digo. Voy á reñir con mi mujer, por cuyo consejo se hace todo esto, y á descargar sobre ella esta pesadumbre.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

MIRRINA, FIDIPO.

Mirrina.—¡Cuitada de mí! ¿Qué haré? ¿Á qué mano me volveré? ¿Qué le diré á mi marido, triste de mí! Porque entiendo que ha oído la voz de la criatura que lloraba: tan de presto se nos entró donde mi hija está, sin decirnos nada. Y si él sabe que ella ha parido, ¿qué excusa le daré de habérselo encubierto? ¡Ay, no lo sé! Pero la puerta ha sonado. Yo creo que él sale á reñir conmigo. ¡Perdida soy!

Fidipo.—Mi mujer, por verme entrar do mi hija está, botó fuera. ¡Y hela aquí! ¿Qué dices, Mirrina? (Alzando la voz) ¡Hola! ¡A tí digo!

Mirrina.—¿A mí, marido mío?

Fidipo.—¿Tu marido soy yo? ¿Es posible que tú me tengas en reputación de marido, ni aun de persona? Porque si cualquiera de estas dos cosas, mujer, yo te pareciera, jamás te burlaras así de mí con esos tus hechos.

Mirrina.—¿Con cuáles?

Fidipo.—¿Eso me preguntas? ¿Ha parido mi hija? ¡Eh! ¿No me respondes? ¿De quién?

Mirrina.—¿Esa pregunta la ha de hacer un padre? ¡Triste de mí! ¿Y de quién piensas, por tu vida, que había de parir, sino de aquel con quien la casamos?

Fidipo.—Así lo creo yo. Ni sería hecho de padre pensar otra cosa. Pero me maravilla que hayas puesto tal empeño en ocultarnos á todos el parto, mayormente habiendo librado bien y á su tiempo. ¿Es posible que hayas de ser de un ánimo tan terco, que quisieses más que el muchacho pereciese, por ver que por él había de ser más firme en adelante nuestra amistad con esta gente, que no que tu hija estuviese casada con Pánfilo contra tu voluntad? Yo creía que era de ellos toda la culpa, y ahora veo que la tienes tú.

Mirrina.—¡Desdichada soy!

Fidipo.—Ojalá fuese verdad. Pero ahora me acuerdo de lo que me dijiste una vez, cuando le tomamos por yerno. Porque decías que no consentirías que tu hija estuviese casada con un hombre que tenía amores con una ramera y dormía fuera de casa.

Mirrina.—(Aparte.) Más quiero que sospeche cualquiera otra causa, que no la verdadera.

Fidipo.—Mucho antes que tú supe, Mirrina, que él tenía amiga; pero yo nunca lo tuve eso por vicio en la mocedad, porque eso cosa es natural á todos. Yo te juro que ya vendrá el día en que aun de sí mismo él se enfade. Pero tú no has dejado de mostrarte la misma que entonces, y procurar apartar tu hija de él, porque yo no saliese con la mía. Ahora veo de qué modo querías conseguirlo.

Mirrina.—¿Tan terca me crees, que siendo ella mi hija había yo de tener tan mal propósito, si este casamiento fuera cosa que nos cumpliera?

Fidipo.—¿Qué juicio tienes tú para prever ni juzgar qué es lo que nos cumple? ¿Hate dicho alguno, por ventura, que le ha visto salir ó entrar en casa de la amiga? Pero, puesto que ello fuese así, ¿qué cosa tan grave, si él lo ha hecho recatadamente y pocas veces? ¿No es cosa más humana disimularlo eso nosotros, que no dar ocasión á que lo sepa quien mal nos quiere? Porque si él pudiera, desatarse de ella tan de presto, habiendo tenido

trato con ella tantos años, no le tuviera yo por hombre ni aun por marido seguro para mi hija.

Mirrina.—Por tu vida, que dejes de tratar ahora del mancebo y del yerro que dices que yo he hecho. Y vé y habla á solas de tí á él. Pregúntale si quiere recibir á su mujer. Y si te dice que sí, vuélvesela; y si es que no quiere, bien he mirado yo por mi hija.

Fidipo.—Pues si es verdad que él no quiere, y tú, Mirrina, has visto en él alguna falta, ¿no estaba yo en el mundo, para que por mi consejo se mirara todo esto? Y así realmente se me salta el corazón de enojo al ver que te hayas atrevido á hacer una cosa como ésa sin mi mandamiento. Te prohibo que me saques el muchacho de casa á ninguna parte. Pero más neció soy yo en pensar que ésta ha de hacer lo que yo mando. Voyme allá dentro, y mandaré á los criados que no me lo dejen llevar á ninguna parte.

Mirrina.—(Sola.) A fe que no hay en el mundo mujer más desventurada que yo. Porque á la clara veo los extremos que éste ha de hacer, si viene á saber el negocio como pasa, pues esto que es cosa de poco momento le ha puesto tan colérico. Ni sé qué medio me tome, para que se pueda mudar su parecer. Y no me faltaba ahora otro trabajo, sino éste sobre todos los demás, si él me fuerza á criar el muchacho, cuyo padre nosotras no sabemos quién es. Porque cuando á mi hija se le hizo la fuerza, con la obscuridad no se le pudo al hombre conocer el rostro, ni se le quitó prenda ninguna por donde se pudiese después saber quién era. Él le quitó á la doncella una sortija, que ella tenía en el dedo, á la despedida. Juntamente con esto, temo que Pánfilo no podrá tener mucho tiempo en secreto lo que le he rogado, especialmente cuando vea que crían por suyo el que es hijo ajeno.

ESCENA II.

SOSTRATA, PÁNFILO.

Sostrata.—Bien sé yo, hijo mío, que tú sospechas que tu mujer se ha ido de casa por mi mal humor, aunque lo disimulas cuerdamente. Pero así los dioses me amen y así yo vea de tí aquel gozo que deseo, como nunca, que yo sepa, he merecido que ella me aborreciese con razón. Y aquel grande amor que yo hasta aquí creía me tenías, ahora por la experiencia lo has mostrado. Porque tu padre acaba de contarme allá dentro cómo me has preferido á tu amor, y yo ahora he determinado darte por ello el galardón, para que sepas, Pánfilo, que tengo con qué premiarte ese maternal amor. Hijo mío, yo entiendo que esto es lo que á vosotros cumple y á mi honra: yo estoy resuelta á irme de aquí con tu padre á la alquería, porque mi presencia no os haga estorbo ni quede excusa ninguna para que no vuelva á casa tu Filomena.

Pánfilo.—¿Qué determinación es ésa, madre mía? ¿Por su necedad te has de ir á morar á la alquería? No harás tal, ni yo daré lugar á que los que mal nos quieren digan, madre mía, que eso lo ha causado mi porfía y no tu comedimiento. Además, yo no quiero que tú dejes por mi causa tus amigas, y tus parientes y tus fiestas.

Sostrata.—Nada de eso me da ya contento ninguno: mientras mis años lo sufrieron, ya yo he gozado harto de eso; ya todos esos placeres me cansan. Lo que yo ahora más procuro es que mis muchos años no den pena á nadie, ni que nadie desee ver el fin de mis días. Yo veo que aquí sin razón soy aborrecida: tiempo es ya de no estorbar. Así entiendo que quitaré á todos las ocasiones de disgusto, y yo me libraré de esta sospecha y á ellos

les daré contento. Déjame, por favor, librarme de esta mala fama que tenemos las mujeres.

PÁNFILO.—(Aparte.) Si no fuera por lo que ha sucedido, ¡cuán dichoso sería yo en todo con una madre como ésta y una mujer como aquélla!

SOSTRATA.—Hijo mío, yo te ruego que no se te haga de mal el sufrir este inconveniente, como quiera que él sea. Si en todo lo demás ella es á tu gusto, como yo creo que lo es, hijo mío, dame este placer; hazla volver á casa.

PÁNFILO.—¡Ay mísero de mí!

SOSTRATA.—¡Y también de mí! Porque este trance no menor pena me da á mí, que á tí, hijo mío.

ESCENA III.

LAQUES, SOSTRATA, PÁNFILO.

LAQUES.—Desde aquí aparte he oído, mujer, la plática que has tenido con tu hijo. Esto es ser las gentes cuerdas; poder, donde fuere menester, doblar la voluntad, y hacer desde luego lo que después se ha de hacer por ventura de necesidad.

SOSTRATA.—¡Bien está!

LAQUES.—Véte, pues, á la granja; allí yo te sufriré á tí y tú á mí.

SOSTRATA.—Así lo espero en buena fe.

LAQUES.—Entra, pues, y apareja lo que has de llevar contigo: ya te lo he dicho.

SOSTRATA.—Como lo mandas lo haré. (Vase.)

PÁNFILO.—¡Padre!

LAQUES.—¿Qué hay, Pánfilo?

PÁNFILO.—¿Mi madre se ha de ir de aquí? No, en ninguna manera.

LAQUES.—¿Pues qué quieres tú?

PÁNFILO.—Porque en lo de mi mujer aun no estoy determinado qué tengo de hacer.

LAQUES.—¿Qué es eso? ¿qué has de hacer, sino tornarla á casa?

PÁNFILO.—(Aparte.) Cierto que lo deseo, y con harta pena lo dejo de hacer. Pero no mudaré de propósito. (Alto.) Yo haré aquello que más nos convenga. Y entiendo que no trayéndola estarán más en paz.

LAQUES.—¿Qué sabes tú? A tí poco te importan sus enojos, pues tu madre se va. Esta edad es cosa pesada para gente moza. Justo es quitarse de en medio. Finalmente, ya nosotros no somos nadie, Pánfilo, un viejo y una vieja—Pero á Fidipo veo salir á muy buen tiempo de su casa; lleguémonos.

ESCENA IV.

FIDIPO, LAQUES, PÁNFILO.

FIDIPO.—(Saliendo de casa.) También contigo estoy realmente enojado, Filomena, y muy mucho; porque en verdad que lo has hecho ruinmente. Aunque en esto tú tienes excusa: tu madre te indujo; pero ésta no la tiene.

LAQUES.—A buen tiempo nos habemos topado, Fidipo.

FIDIPO.—¿Qué hay de nuevo?

PÁNFILO.—(Aparte.) ¿Qué les responderé á éstos? ¿O cómo descubriré este caso?

LAQUES.—Díle á tu hija como ya Sostrata se retira á la granja, y que ya no tiene que temer para no volver á casa.

FIDIPO.—¡Ah! ninguna culpa tiene en eso tu mujer: todo esto lo ha urdido la mía: Mirrina.

PÁNFILO.— (Aparte.) Mudanza hay.

FIDIPO.—Ella es la que nos revuelve, Laques.

PÁNFILO.—(Aparte.) Con tal que yo no la recobre, revuelvan cuanto quieran.

FIDIPO.—Yo, Pánfilo, si posible es, deseo que esta afinidad permanezca para siempre entre nosotros; pero si otro parecer tienes, toma el muchacho.

PÁNFILO.—(Aparte.) Ha sabido lo del parto. ¡Perdido soy!

LAQUES.—¡Muchacho! ¿Qué muchacho?

FIDIPO.—Un nieto que nos ha nacido. Porque mi hija vino en cinta de vuestra casa, y hasta hoy yo no había sabido que lo estaba.

LAQUES.—Buenas nuevas nos das, así me quieran bien los dioses. Y me huelgo de que él haya nacido y ella librado bien. (A Pánfilo.) ¿Pero qué mujer tienes tú? ¿ó á qué costumbres hecha? ¿Una cosa como ésa nos la había de tener encubierta tanto tiempo? No sé cómo decirte lo mal que esto me parece.

FIDIPO.—No te parece á tí, Laques, peor que á mí.

PÁNFILO.—(Aparte.) Aunque hasta ahora yo hubiera estado en duda, ya no hay que dudar, pues ha de venir acompañada de hijo ajeno.

LAQUES.—Pánfilo, ya no hay que vacilar.

PÁNFILO.—(Aparte.) ¡Muerto soy!

LAQUES.—Este día deseábamos ver todos muchas veces; que naciese de tí alguno que te llamase padre. Ya ello ha sucedido. Gracias sean dadas á los dioses.

PÁNFILO.—(Aparte.) ¡Acabé!

LAQUES.—Haz volver á tu mujer y no me contradigas.

PÁNFILO.—Padre, si ella gustara de tener hijos de mí ó de estar casada conmigo, sé yo bien que no me encubriera lo que me ha encubierto. Y pues veo que ella no me tiene buena voluntad, tampoco entiendo que concordaremos para en lo de adelante. ¿Para qué la he de traer?

LAQUES.—Como mujer moza hizo lo que le aconsejó su madre. ¿Qué maravilla es? ¿Piensas tú poder hallar

mujer que no tenga alguna falta? ¡Como si no errasen también en algo los maridos!

FIDIPO.—Ved desde luego tú, Laques, y tú, Pánfilo, si os conviene dejarla ó tornarla á vuestra casa. Lo que mi mujer hace no está en mi mano el remediarlo; para lo uno y para lo otro me hallaréis aparejado. ¿Pero qué haremos del muchacho?

LAQUES.—¡Donosa pregunta! Suceda lo que quiera, se le darás á éste, pues suyo es, para que lo criemos como nuestro.

PÁNFILO.—(Aparte.) ¿A quien su padre abandonó he yo de criar?

LAQUES.—(Que no ha oído más que las últimas palabras.) ¿Qué has dicho? ¡Pues! ¿No le habemos de criar, Pánfilo? ¿Pues qué habemos de hacer de él, por tu vida? ¿Habémosle de desamparar? ¿Qué locura es ésta? Realmente que ya no me basta la paciencia, porque me haces decir delante de éste lo que yo no querría. ¿Piensas que no entiendo yo tus lágrimas? ¿O qué es lo que tanto te da pena? Al principio, cuando diste la excusa que no podías tener esta mujer en casa por amor de tu madre, ella te prometió que se saldria de casa. Ahora que ves que esta excusa se te ha quitado, ya te has hallado otra, porque el niño ha nacido sin saberlo tú. Muy engañado estás, si piensas que yo no sé tus intentos. Acaba ya de asentar en esto tu voluntad. ¡Mira qué de lugar te he dado para que cortejases á tu amiga, y con cuánta paciencia he llevado los gastos que con ella has hecho! Roguéte y supliquéte que te casases. Díjete que ya era tiempo. Casástete por mi importunación. Hiciste entonces lo que debías, mostrándoteme obediente, y ahora has tornado á cautivar otra vez tu voluntad con la ramera, y por darle á ella contento haces á estotra agravio. Y veo que te has tornado á revolver de nuevo en aquella misma vida.

PÁNFILO.—¿Yo?

LAQUES.—¡Sí, tú! Y haces muy mal en fingir pretex-

tos para tener con ella discordia y vivir con tu amiga, después de haber apartado de tí este testigo. Y bien lo ha entendido esto tu mujer, porque ¿qué otra causa tuvo ella para salirse de tu casa?

Fidipo.—Realmente que adivina éste, porque esa misma es.

Pánfilo.—Juramento solemne te haré que no pasa nada de eso.

Laques.—¡Ea! Haz volver á tu mujer ó dinos por qué no te conviene.

Pánfilo.—No es ahora tiempo de decirlo.

Laques.—Pues recoge el muchacho; que él ninguna culpa tiene. Lo de la madre después lo veremos.

Pánfilo.—(Aparte.) De cualquier modo es cierta mi desdicha. No sé qué me haga, según por todas las vías me ataja con razones mi padre, ¡triste de mí! Marcharéme, pues aquí ya veo que no adelanto nada. Yo creo que al muchacho no le criarán sin mi licencia, especialmente pues en esto tengo á mi suegra en mi favor. (Vase.)

Laques.—¿Huyes? ¡Eh! ¿Y no me das ninguna respuesta? (A Fidipo.) ¿Parécete que éste está en su seso? Déjame á mí hacer, Fidipo; dame á mí el muchacho, que yo le criaré.

Fidipo.—De buena voluntad. No me maravillo de lo que mi mujer ha hecho ni del gran sentimiento que ha tenido. Son terribles las mujeres, y no tienen paciencia para estas cosas. De aquí han nacido estos enojos, porque ella me lo ha contado á mí. Y yo no te lo había querido decir delante de él, ni á ella le daba crédito al principio; pero ahora manifiesta está la verdad. Porque yo veo que la voluntad de este mozo rehusa el matrimonio.

Laques.—¿Pues qué te parece que haga, Fidipo? ¿qué consejo me das?

Fidipo.—¿Qué hagas? Paréceme que lo primero hablemos con esta ramera. Y la roguemos, y la reprenda-

mos con dureza, y finalmente la amenacemos, para que no tenga con él trato ninguno de aquí adelante.

LAQUES. — Yo lo haré como tú me lo aconsejas. (Llamando á un siervo.) ¡Hola! Muchacho, vé corriendo á casa de Baquis, esta nuestra vecina, y dile de mi parte que le ruego se llegue aquí. (A Fidipo.) Y tú por tu vida que me seas también en esto valedor.

FIDIPO.—¡Ah! Ya ha rato que te dije, y ahora también lo digo, Laques, que yo deseo que esta afinidad permanezca entre nosotros, si en alguna manera es posible; lo cual confío que será. Pero ¿quieres que yo me halle presente, mientras hablas con ésa?

LAQUES.—No, sino que vayas y le busques alguna ama al niño.

ESCENA V.

BAQUIS y dos criadas, LAQUES.

BAQUIS.—No es sin misterio el enviarme ahora Laques á llamar, y no debo de estar muy lejos de entender qué es lo que él me quiere.

LAQUES.—(Aparte.) Remirarme quiero porque esta mi cólera no sea parte á que recabe menos de lo que podría, ó para que no me haga hacer cosa que después me pese de haberla hecho. Hablaréle. (Alto.) Baquis, salud.

BAQUIS.—Salud, Laques.

LAQUES.—Bien creo, Baquis, estarás maravillada porque te envié á llamar con mi criado.

BAQUIS.—Sí, en verdad, y aun temerosa, acordándome quién soy, no me desacredite contigo el ser mujer de ganancia. Porque las costumbres las conservo buenas.

LAQUES.—Si verdad dices, mujer, no tienes de qué recelarte de mí, porque ya á mis años mi yerro no sería digno de perdón. Por lo cual pongo mayor diligencia en

hacer todas mis cosas con recato y no á lo temerario. Porque si tú haces ó determinas hacer lo que todas las buenas es razón que hagan, villanía sería el agraviarte é injusticia por no merecerlo tú.

BAQUIS.—En gran merced te lo tengo, Laques, en verdad. Porque el que uno después de haberme agraviado se me venga con disculpas, muy poco me aprovecha. Pero ¿qué es ello?

LAQUES.—Tú recibes en tu casa á mi hijo Pánfilo.

BAQUIS.—¡Ah!...

LAQUES.—Déjame decir. Antes que él con esta mujer se casase, ya yo toleré vuestros amores. (Baquis quiere hablar.) Aguarda, aun no te he dicho lo que quiero. Él ya tiene su mujer; búscate tú otro amigo más seguro, mientras estás á tiempo de mirar por tí; porque ni él tendrá toda la vida esta voluntad, ni tú tampoco, en verdad, esa frescura.

BAQUIS.—¿Quién dice eso?

LAQUES.—Su suegra.

BAQUIS.—¿Que yo.....?

LAQUES.—Tú misma. Y se ha llevado consigo la hija, y ha querido ahogar secretamente un niño que ésta ha parido.

BAQUIS.—Si supiese, Laques, que hay otra cosa más firme que el juramento, con que poderos persuadir que me dieseis crédito, aquella os ofrecería; que después que Pánfilo se casó no he tenido con él trato ninguno.

LAQUES.—Graciosa eres; pero ¿sabes qué querría que hicieses, si te parece, por mí?

BAQUIS.—¿Qué quieres? dí.

LAQUES.—Que entres allá (Mostrando la casa de Fidipo.) y les repitas á esas mujeres el mismo juramento. Quítales esa sospecha y líbrate á tí de ese cargo.

BAQUIS.—Yo lo haré, aunque sé que ninguna que fuera de este trato tal cosa hiciera, ni pareciera delante de mujer casada sobre tal negocio. Pero no quiero yo que tu hijo esté infamado falsamente, ni que vosotros,

lo que no es razón, le tengáis por inconstante sin culpa; porque él ha sido tan bueno para mí, que me ha obligado á que haga por él todo cuanto yo pueda.

Laques.—Tus palabras me han hecho para contigo afable y benigno. Porque no son estas mujeres solas las que lo han creído; que también lo he creído yo. Y pues yo te he hallado muy diferente de lo que pensaba, procura estar siempre en ello firme, y sírvete de mi casa en lo que mandes. Y si otra cosa hicieres...... Pero quiérome refrenar por no decirte nada que te dé pena. Mas esto sólo te encargo: que quieras antes experimentar qué tal soy ó cuánto valgo para amigo, que no para enemigo.

ESCENA VI.

FIDIPO acompañado de una nodriza, LAQUES, BAQUIS.

Fidipo —(A la nodriza.) En mi casa no permitiré que á tí te falte nada, sino que todo cuando fuere menester se te dará liberalmente. Pero cuando tú estuvieres bien comida y bien bebida, procura que el niño esté bien harto.

Laques.—Ahí viene mi consuegro con el ama para el niño. Fidipo, Baquis hace juramento solemne.....

Fidipo.—¿Es ésta Baquis?

Laques.—Ella misma.

Fidipo.—A fe que ni éstas temen á los dioses, ni creo que los dioses tampoco tienen cuenta con ellas.

Baquis. —Yo te entrego mis criadas; que declaren con cualquier manera de tormento. El caso es éste: que yo tengo de recabar que Pánfilo y su mujer vuelvan en gracia. Y si yo esto negocio no poca fama ganaré, pues, seré yo sola la que habré hecho lo que todas las demás rameras rehusan de hacer.

Laques.—Fidipo, ya está visto por la experiencia que hemos sospechado en falso de nuestras mujeres. Pro-

bemos, pues, ahora lo que ésta nos promete, porque si tu mujer halla por verdad que dió crédito á falsa sospecha, se le pasará el enojo. Y si mi hijo está airado porque su mujer ha parido de secreto, eso cosa de poco momento es, presto se le pasará el enojo. Realmente que yo no hallo aquí falta alguna que sea causa de divorcio.

Fidipo.—Ojalá que no la haya.

Laques.—Infórmate, aquí la tienes; ella te dará entera satisfacción.

Fidipo.—¿A qué viene todo esto? ¿No te he dicho ya cuál es mi voluntad en este negocio, Laques? Cumplid solamente con ellas.

Laques.—Baquis, yo te ruego por los dioses, que hagas lo que me prometiste.

Baquis.—¿A eso, pues, quieres que entre allá?

Laques.—Vé y procura convencerlas.

Baquis.—Voy, aunque sé, en buena fe, que mi presencia les ha de ser hoy odiosa. Porque la mujer casada es enemiga de la ramera, cuando está apartada de su marido.

Laques.—Cuando entiendan á lo que vas, yo te ofrezco que ellas te sean buenas amigas.

Fidipo.—Y yo también te lo prometo, cuando lo sepan, porque las librarás de engaño y á tí juntamente de sospecha.

Baquis.—¡Triste de mí! Empacho tengo de presentarme á Filomena. (A sus criadas.) Seguidme las dos. (Vanse.)

Laques.—No quisiera yo otro bien para mí sino el que entiendo que á ésta se le ofrece; que es ganar voluntades sin poner nada de su casa, y hacerme bien á mí. Porque si es verdad que ahora está apartada de Pánfilo, bien sabe que de ello le ha de redundar honra y hacienda y fama; á Pánfilo le pagará las buenas obras, y juntamente nos ganará á todos por amigos.



ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

PARMENÓN, y después BAQUIS.

Parmenón.—Realmente que mi amo tiene mi trabajo en poca estima, pues por cosa de nonada me envió donde todo el día me he estado sentado por demás aguardando en el alcázar á Calidémides, forastero, natural de Micona. Y así como un tonto sentado allí todo el día, en cuanto pasaba uno, me le allegaba diciéndole: «¡Hola, mozo! Díme, por tu vida, ¿eres tú de Micona? — No soy. — ¿Llámaste Calidémides? — No. — ¿Tienes aquí algún huesped que se llame Pánfilo?» Todos me decían que no. Ni creo que hay tal Calidémides. Finalmente ya estaba en realidad de verdad hecho una mona, y me he venido. Pero ¿qué es esto, que veo salir á Baquis de casa de nuestro consuegro? ¿Qué negocios tiene ésta en esta casa?

Baquis.—Parmenón, vienes á la mejor sazón del mundo. Vé corriendo de presto donde está Pánfilo.

Parmenón.—¿Para qué?

Baquis.—Dile que le ruego yo que venga.

Parmenón.—¿A tu casa?

Baquis.—No, sino á la de Filomena.

Parmenón.—¿Qué hay de nuevo?

Baquis.—Lo que á tí nada te importa; déjate de preguntar.

Parmenón.—¿Nada más le digo?

Baquis.—Sí: que Mirrina ha reconocido por de su hija aquella sortija que me dió él días pasados.

Parmenón.—Entiendo. ¿Sólo eso le digo?

Baquis.—Nada más; que él vendrá así que lo oiga. ¿Por qué te detienes?

Parmenón.—No me detengo: ni hoy he tenido tal lugar, según que corriendo y andando he pasado todo el día. (Vase.)

Baquis.—¡Qué de alegría le he dado á Pánfilo hoy con mi venida! ¡Qué de bienes le he acarreado! ¡Qué de congojas le he quitado! Restitúyole el hijo que por su culpa y la de éstas casi iba á perecer; vuélvole su mujer, la cual él nunca pensó haber de recobrar en su vida; hele librado de la sospecha en que su padre y Fidipo le tenían. El principio de desenmarañarse todo esto ha sido esta sortija. Porque recuerdo que habrá unos diez meses que vino á mi casa así á primera hora de la noche sofocado, solo, bien bebido, con esta sortija. Asustéme al pronto. Dígole: «Alma mía, Pánfilo, por tú vida, ¿de qué vienes alterado? ¿O de dónde has habido esta sortija? Dímelo.» El hizo como que no me entendía. Yo al ver esto comencé á sospechar algo, y á apretarle más, para que me lo dijese. Y el hombre me confiesa que en la calle había forzado no sé qué mujer, y díceme cómo luchando con ella le había quitado aquella sortija. Esta sortija la ha conocido Mirrina, viéndomela puesta en el dedo. Pregúntame de dónde la había habido. Cuéntoselo todo. De aquí se ha descubierto como él fue el que forzó á Filomena y que de allí ha nacido este muchacho. Huélgome que por mí le hayan venido todos estos contentos, aunque otras rameras no harían lo que yo: porque no es cosa que esté en nuestro interés que ningún amigo nuestro guste de casarse. Pero en verdad que por la codicia jamás tengo de inclinar mi voluntad á lo malo. Ya yo,

mientras me fué lícito, gocé de él benigno, gracioso y amoroso. En mal hora se hizo para mí este casamiento: lo confieso. Y en verdad no entiendo haber yo hecho nada por donde mereciese este castigo. Pero cuando la persona ha recibido de alguno muchos bienes, justo es que sufra los males que de él mismo le procedan.

ESCENA II.

PÁNFILO, PARMENÓN, BAQUIS.

PÁNFILO.—Mira, amigo Parmenón, por tu vida, que sean ciertas y claras estas nuevas que me has dado, y que no me quieras dar falsa alegría para poco rato y sin provecho.

PARMENÓN.—A mí éso me parece que me dijo.

PÁNFILO.—¿De veras?

PARMENÓN.—De veras.

PÁNFILO.—Dios soy, si eso es verdad.

PARMENÓN.—Por la obra verás cómo lo es.

PÁNFILO.—Espera, por tu vida. Porque me temo no haya yo creído uno y tú me digas otro.

PARMENÓN.—Espero.

PÁNFILO.—Paréceme que me dijiste de esta manera: que Mirrina había conocido como Baquis tenía su sortija.

PARMENÓN.—Así es.

PÁNFILO.—La misma que yo le dí en días pasados; y que te dijo ella que ésto me lo vinieses á decir. ¿Pasa de esta manera?

PARMENÓN.—Digo que sí.

PÁNFILO.—¿Quién hay más dichoso que yo? ¿quién más lleno de contento? ¿Qué te daría yo por estas nuevas? ¿qué, qué? No sé.

PARMENÓN.—Yo sé qué.

PÁNFILO.—¿Qué?

PARMENÓN.—Pues nada. Porque ni en las nuevas, ni en mí mismo, no sé que haya bien ninguno para tí.

PÁNFILO.—¿Habiéndome tú resucitado después de ya muerto y puesto en la sepultura, había yo de permitir que quedases sin premio? ¡Ah! Por muy desagradecido me tienes. Pero á Baquis veo parada delante de nuestra puerta. Debe de estarme aguardando. Llegarme quiero á ella.

BAQUIS.—Bien venido, Pánfilo.

PÁNFILO.—¡Oh Baquis! ¡Baquis de mi alma! ¡Remedio mío!

BAQUIS.—Todo está muy bien hecho. Y muy á mi gusto.

PÁNFILO.—Con tus obras haces que lo crea. Siempre conservas aquella tu antigua buena gracia; de tal manera, que tu encuentro, tu conversación, tu venida, donde quiera que llegues, siempre da contento.

BAQUIS.—Y tú también en buena fe conservas tu antigua costumbre y condición; que no hay hombre de cuantos viven que más dulce que tú sea.

PÁNFILO. — (Riendo.) ¡Ja, ja, je!. ¿Tú á mi con eso, Baquis?

BAQUIS.—Con razón has puesto tu amor en tu mujer, Pánfilo. Yo hasta hoy, que yo recuerde, nunca la había visto de mis ojos. Muy ahidalgada me parece.

PÁNFILO.—Dime la verdad.

BAQUIS.—¡Así los dioses me amen, Pánfilo!

PÁNFILO.—Dime ¿hasle dicho por ventura algo de todo esto á mi padre?

BAQUIS.—Nada.

PÁNFILO.—Ni conviene. Cose, cose tu boca; porque no quiero que sea esto como en las comedias, donde todos vienen á entenderlo todo. Aquí, los que era razón que lo supiesen ya lo saben, y los que no es bien que lo sepan, ni lo saben, ni vendrá tampoco á su noticia.

BAQUIS.—Pues te diré una cosa, con que entiendas cuán fácilmente se encubrirá todo esto. Mirrina le ha

dicho á Fidipo que ella ha dado crédito á mi juramento, y que ya estás disculpado.

PÁNFILO.—Muy bien; y yo confío que este negocio nos ha de suceder á nuestro gusto.

PARMENÓN.—Señor, ¿no puedo yo saber de tí qué bien es éste que yo hice hoy, ó qué negocio es ése que tratáis vosotros?

PÁNFILO.—No puedes saberlo.

PARMENÓN.—Pues ya yo me lo sospecho. (Aparte, y meditando sobre lo que le dijo antes Pánfilo.) ¿Yo á éste.... muerto.... de la sepultura? ¿De qué manera?

PÁNFILO.—No sabes, Parmenón, cuán gran bien me has hecho hoy, y de cuántos trabajos me has librado.

PARMENÓN.—¡Vaya si lo sé! No lo hice por casualidad.

PÁNFILO.—Eso ya lo sé yo.

PARMENÓN.—¿Parmenón había de ignorar cosa ninguna de las que convienen?

PÁNFILO.—Vente acá dentro conmigo, Parmenón.

PARMENÓN.—Ya voy. (A los espectadores.) Realmente que he hecho más bien hoy casualmente, que toda mi vida á sabiendas. Aplaudid.

FIN DE LA COMEDIA.



FORMIÓN.



PERSONAS.

FORMIÓN, parásito.
DEMIFÓN, viejo, hermano de Cremes.
CREMES, viejo, hermano de Demifón.
ANTIFÓN, mozo, hijo de Demifón.
FEDRO, mozo, hijo de Cremes.
GETA, esclavo de Demifón.
DAVO, esclavo.
DORIÓN, mercader de esclavos.
SOFRONA, nodrfza de Fania.
NAUSISTRATA, mujer de Cremes.
CRATINO... }
HEGIÓN.... } Valedores de Demifón.
CRITÓN.... }

PERSONAS QUE NO HABLAN.

FANIA, hija de Cremes.
DORCIÓN, esclava, y mujer, segun parece, de Geta.
ESTILFÓN, nombre supuesto de Cremes.



PRÓLOGO.

Después que el poeta viejo ha visto que no puede apartar del teatro á nuestro autor, y condenarle á estar ocioso, procura quitarle con palabras injuriosas la gana de escribir, y anda por ahí diciendo que las comedias que hasta aquí ha compuesto son de bajo estilo y de argumentos ligeros, porque nunca ha representado cómo un mozo loco ve ir huyendo una cierva y los perros en su seguimiento, y cómo llora la cierva y le ruega que la ampare. Y si él considerase que, cuando esta comedia se estrenó, gustó más por la buena acción del representante que por la habilidad del autor, no tendría tantos bríos para ofender como ahora tiene. Y si ahora hay alguno que diga ó piense que si el poeta viejo no le picara primero, el nuevo no hubiese podido escribir ningún Prólogo por no tener de quien decir mal, ese tal téngase por respuesta que la victoria brinda á todos los poetas con sus premios. El ha procurado hacer morir de hambre á nuestro poeta, apartándole de este ejercicio; estotro ha procurado responderle, no herirle. Hablara él bien, y respondiéranle bien. Haga cuenta que como botó,

así le restaron. Pero quiero ya dejarme de tratar de él, pues él no se deja de ofenderse á sí mismo.

Oidme, pues, ahora lo que os vengo á decir. Tráigoos una comedia nueva que llaman en griego el *Epidicazómenos*, como si dijéramos, el *Juzgado*. En latín llámanla *Formión*, porque el que en ella hace las primeras partes es el *parásito* Formión, el cual representa lo principal de la acción. Si otorgareis vuestro favor al poeta, hacednos la merced de asistir con buena voluntad y de guardar silencio, porque no tengamos la misma desgracia que nos acaeció cuando nuestra compañía fué con grande alboroto echada de la escena. A la cual volvimos gracias al talento de nuestro primer actor, auxiliado por vuestra bondad y benignidad.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DAVO, solo.

Mi gran amigo y compañero Geta tenía en mi poder tiempo ha un poquillo de dinero, resto de una antigua cuentecilla que yo le debía, y vino ayer á mí para que se lo tuviese pronto. Héselo preparado, y vengo á traérselo. Porque entiendo que un hijo de su amo se ha casado, y creo que este dinero se junta para hacerle algún presente á la mujer. ¡Qué mal ordenado está esto; que los que menos pueden hayan de hacer presentes á los que son ricos! Lo que el cuitado ha ido endurando con dificultad de ochavo en ochavo, de su ración, defraudando á su vientre, todo lo abarrerá ahora ella, y no considerará con cuánto trabajo el pobre Geta lo ha adquirido. Y Geta habrá de aparejar ctro presente para cuando pára su señora, y otro para cuando se celebre el día del nacimiento del niño, y para cuando le consagren otro. Todo esto se lo rapará la madre, y el muchacho será la causa de habérselo de dar.—Pero ¿es Geta éste que veo?

ESCENA II.

GETA, DAVO.

GETA.—(Hablando á uno de la casa.) Si me viniere á buscar un hombre rubio.....

DAVO.—Aquí está; no pases más adelante.

GETA.—¡Oh! Pues á tí te iba á buscar, Davo.

DAVO.—Toma. ¡Cata ahí! Ya viene contado. La suma cuadra con lo que te debía.

GETA.—Mucho te quiero, gracias por la diligencia.

DAVO.—Especialmente según hoy día se usa; que habemos venido á tiempos, que si uno paga lo que debe, le es muy agradecido. Pero ¿de qué estás triste?

GETA.—¿Yo? No sabes tú bien con qué temor y en qué peligro estoy.

DAVO.—¿Y qué es el caso?

GETA.—Yo te lo diré, con tal que me tengas el secreto.

DAVO.—¡Taday, necio! ¿Habiendo hecho experiencia de mi fe en el dinero, temes fiar de mí las palabras? En las cuales ¿qué provecho sacaré yo de engañarte?

GETA.—Oyeme, pues.

DAVO.—Eso yo te lo ofrezco.

GETA.—¿Conoces por ventura, Davo, á Cremes, el hermano mayor de nuestro viejo?

DAVO.—Mucho.

GETA.—¿Y á su hijo Fedro?

DAVO.—Como á tí.

GETA.—Ofrecióseles á un tiempo á los dos viejos un viaje, á Cremes para Lemnos, y á nuestro Demifón hasta Cilicia, á casa de un huésped suyo muy antiguo, el cual había inducido al viejo por cartas, prometiéndole casi montes de oro.

DAVO.—¿Teniéndose él tanta hacienda y tan sobrada?

GETA.—No hay que tratar de eso, que ya es esa su condición.

DAVO.—¡Oh, rico había yo de ser!

GETA.—Los viejos, al partir, dejáronme como por guarda de sus hijos.

DAVO.—¡Oh Geta! más fácil te fuera gobernar una provincia.

GETA.—Por la experiencia lo sé. Y que mi dios estaba airado contra mí. Al principio quise irles á la mano. ¿Qué es menester razones? Por querer ser fiel al viejo, no me quedó costilla sana.

DAVO.—Ya yo lo pensaba eso, porque grande tontedad es tirar coces contra el aguijón.

GETA.—Y así comencé á hacer por ellos todo lo que querían.

DAVO.—Hiciste cuerdamente.

GETA.—El nuestro al principio no hacía mal ninguno. Pero Fedro luego se halló una mozuela, tañedora de cítara, y comenzó á aficionársele mucho. Esta estaba en poder de un rufián muy gran bellaco; y los viejos no me habían dejado orden para que les diese un real. De manera, que no tenía otro entretenimiento sino el apacentar los ojos, acompañarla, llevarla á la escuela y traerla. Nosotros, bien desocupados, ayudábamos en lo que podíamos á Fedro. Enfrente de la escuela donde la moza aprendía, había una tienda de un barbero: allí la solíamos aguardar de ordinario, cuando volvía á casa. Un dia, estando allí sentados, he aquí que entra un muchacho llorando. Nosotros, maravillados, preguntámosle qué tenía: «Nunca, dice, en mi vida me ha parecido la pobreza cosa tan miserable y fuerte como ahora. Acabo de ver aquí en el barrio una cuitada doncella que está llorando á su madre, que se le ha muerto. Y ella estaba allí delante del cuerpo, sin tener conocido ninguno ni pariente que le ayudase en el enterramiento, fuera de una vejezuela. Movióme á compasión. Y la moza parece una diosa en

el rostro. ¿Qué es menester palabras? A todos nos hizo lástima.» Dice entonces Antifón: «¿Queréis que vayamos á verla?» Dice el otro: «¡Sí, vamos; encamínanos allá, por tu vida!» Partimos, llegamos, vémosla. ¡Una doncella hermosa! Y para mayor testimonio no tenía en su persona aderezo ninguno que le acrecentase la hermosura. El cabello tendido, los pies descalzos, ella maltrecha del dolor, llorosa y mal vestida; de suerte que si de suyo no fuera muy hermosa, todo esto le estragara la hermosura. Fedro, que estaba enamorado de la tañedora, no dijo más de «No es fea la mujer»; pero Antifón.....

Davo.—Ya, ya; aficionósele.

Geta.—¿Sabes qué tanto? Mira en qué vino á parar. El día siguiente vase derecho á la vieja, y ruégale que se la deje gozar. Ella le responde que no había lugar y que no era justo que él tal intentase, porque la doncella era ciudadana de Atenas, honrada; hija de buenos padres; que si él holgaba de casarse con ella, lo podía hacer legítimamente, pero que de otra manera no había lugar. Nuestro mancebo no sabía qué hacerse. Por una parte deseaba casarse con ella; por otra temía la vuelta de su padre.

Davo.—Y el padre, cuando volviera, ¿no le diera licencia.....?

Geta.—¿Él le había de dar por mujer una moza sin dote y sin prosapia? Nunca él tal hiciera.

Davo.—¿Y, pues, en qué paró el negocio?

Geta.—¿En qué? Hay aquí un truhán que se llama Formión, hombre atrevido que los dioses confundan.

Davo.—¿Qué hizo éste?

Geta.—Le dió este consejo que te diré: «Hay una ley que manda que las huérfanas se casen con los parientes más cercanos, y esta misma ley les manda á ellos que las tomen por mujeres. Yo diré que tú eres su pariente y te haré sobre ello proceso. Fingiréme amigo del padre de la moza; iremos á juicio: quién fué su

padre y quién su madre, y por qué vía es tu parienta; yo me lo urdiré todo como mejor me pareciere, y no contradiciéndome tú nada, tendré sentencia en favor. Vendrá tu padre, me armará procesos. ¿Y á mí qué...? Con todo eso, ella quedará por nuestra.»

DAVO.—¡Donoso atrevimiento!

GETA.—Persuadióselo, hízose así, fuimos á juicio, condenáronnos, casóse.

DAVO.—¿Qué me dices?

GETA.—Esto que oyes.

DAVO.—¡Oh, pobre Geta! ¿y qué ha de ser de tí?

GETA.—No sé en verdad. Esto sólo sé: que lo que la fortuna nos diere lo tomaremos con paciencia.

DAVO.—Bien me parece. ¡Ah! Eso es de hombre de valor.

GETA.—Toda mi esperanza cuelga de mí.

DAVO.—¡Muy bien!

GETA.—Sino que eche algún rogador que interceda por mí diciendo: «Perdónale por esta vez; que si más de aquí adelante te ofendiere, no te rogaré más por él.» Y menos mal, si no añada tras de esto: «Cuando yo me haya ido de aquí, mátale, si quieres.»

DAVO.—Y al otro ayo que ha la tañedora, ¿cómo le va?

GETA.—Así, medianamente.

DAVO.—No debe de tener mucho que darle.

GETA.—Ni aun nada, sino esperanzas vanas.

DAVO.—¿Su padre ha vuelto ya, ó no?

GETA.—Aun no.

DAVO.—Y á vuestro viejo, ¿para cuándo le aguardáis?

GETA.—No tengo nueva cierta; aunque ahora me han dicho que ha venido una carta suya, y que está en poder de los diezmeros. Voy á pedirla.

DAVO.—Y pues, Geta, ¿mandas otra cosa?

GETA.—¡Que te vaya bien! (Llamando á un siervo de la casa.) ¡Hola, mozo! ¿No sale aquí ninguno? (A un siervo.) Toma, da esto á Dorcia. (Vanse.)

ESCENA III.

ANTIFÓN, FEDRO.

Antifón.—¡Qué! ¿es posible, Fedro, que haya yo venido á tanto mal, que á mi padre, que no se desvela en otra cosa sino en mirar por mí, le haya de temer cuando de su venida me acuerdo? Porque si yo hubiese sido discreto, aguardara su venida como fuera razón.

Fedro.—¿Por qué dices eso?

Antifón.—¿Por qué lo digo, me preguntas, siendo mi cómplice en un hecho de tanto atrevimiento? ¡Pluguiera á los dioses que nunca Formión diera en la cuenta de aconsejarme esto, ni me empujara, aprovechando mi pasión, á una cosa como ésta, que es el principio de mi mal! No hubiera yo gozado de ella; diérame esto pena por algunos días, pero nó me trajera atormentada el alma este cuidado á la continua.....

Fedro.—¡Bah!

Antifón.—.....mirando cuán presto ha de venir quien me prive de esta mujer.

Fedro.—Otros se afligen porque no alcanzan lo que aman, y tú estás congojado porque lo tienes. El amor, Antifón, te colma tus deseos. Porque realmente que esta tu vida, es vida de apetecer y de envidiar; así los dioses me amen, como á trueque de gozar yo otro tanto de quien bien quiero, tomaría por partido la muerte. Considera tú lo demás; qué es lo que yo saco de esta privación, y qué lo que tú de esa abundancia. Dejo aparte el haber tú alcanzado, sin gasto ninguno, una mujer libre, ahidalgada, y el tener, como tú lo deseabas, una mujer muy bien reputada: realmente eres dichoso, si no te falta una cosa, que es entendimiento, que sepa llevar esto con buen modo. ¿Qué harías tú, si las hubieses con un

rufián como aquel con quien yo las he? Allí lo verías. Casi todos somos de esta condición: siempre lo nuestro nos parece lo peor.

Antifón.—Mas tú, por el contrario, Fedro, me pareces muy dichoso, pues tienes aún entera libertad, para determinar lo que más quieras: tenerla, quererla ó despedirla. Pero yo cuitado he venido á tal punto, que ni hallo manera para despedirla, ni menos para conservarla.—Pero, ¿qué es esto? ¿Es Geta éste que veo venir para acá? El mismo es. ¡Triste de mí, que temo las nuevas que éste me traerá!

ESCENA IV.

GETA, ANTIFÓN, FEDRO.

Geta.—(Sin ver á los otros.) Perdido eres, Geta, si no te aperecibes presto de algún buen consejo, según te pillan ahora descuidado unos tan grandes males. Ni sé cómo me libre, ni cómo salga de ellos. Porque nuestro atrevimiento no puede ya encubrirse mucho tiempo, y si todo esto no se mira bien, dará al través conmigo ó con mi amo.

Antifón.—(A Fedro.) ¿De qué viene aquél tan alterado?

Geta.—Además, sólo tengo un punto de tiempo para arreglar el negocio. Mi amo ha vuelto ya.

Antifón.—(A Fedro.) ¿Qué desventura es ésa?

Geta.—Y cuando él venga á saberlo, ¿qué remedio tendré para mitigarle su cólera? Si le hablo, más le encenderé. Si callo, más le embraveceré. Si me disculpo, no haré nada. ¡Ay, triste! ¡Por mí tiemblo y por Antifón se me desgarra el alma! El me da lástima, de él tengo yo ahora congoja, él es el que me detiene ahora. Porque, si no fuera por él, yo me pusiera fácilmente en cobro, y le diera su pago á la cólera del viejo. Yo apañara uno ú otro, y tomara las de Villadiego.

ANTIFÓN.—(A Fedro.) ¿Qué huída ó hurto prepara éste?
GETA.—Pero ¿dónde hallaría yo á Antifón? ¿ó por dónde echaría á buscarle?
FEDRO.—A tí te nombra.
ANTIFÓN.—Alguna mala nueva me debe éste de traer.
FEDRO.—¡ Bah ! ¿Estás en tu seso?
GETA.—Voyme á casa, que allí está de ordinario.
FEDRO.—Llamemos al hombre.
ANTIFÓN.—¡ Alto ahí!
GETA.—(Sin verle.) ¡ Eh ! Con harto señorío me llamas, quien quiera que tú seas.
ANTIFÓN.—¡ Geta !
GETA.—(Viéndole.) El mismo que iba á buscar es.
ANTIFÓN.—Díme, por tu vida, qué nuevas me traes. Y dímelo, si puedes, en una palabra.
GETA.—Sí haré.
ANTIFÓN.—Habla.
GETA.—Ahora mismo, en el puerto.....
ANTIFÓN.—A mi pa.....
GETA.—Entendiste.
ANTIFÓN.—¡ Muerto soy !
FEDRO.—¡ Ah !.....
ANTIFÓN.—¿ Qué haré ?
FEDRO.—(A Geta.) ¿ Qué es lo que dices?
GETA.—Que he visto al padre de éste y tío tuyo.
ANTIFÓN.—¡Oh, pobre de mí, y qué remedio hallaría yo ahora para este mal tan repentino! Porque si tan grande es mi desventura, Fania mía, que me han de apartar de ti, ¿para qué quiero la vida?
GETA.—Y pues eso así es, Antifón, tanto con mayor diligencia conviene que te mires en ello. Que á los valientes favorece la fortuna.
ANTIFÓN.—No estoy en mí.
GETA.—Pues ahora, más que nunca, es menester que lo estés, Antifón. Porque, si tu padre te siente temeroso, tendrá por cierto que eres culpable.
FEDRO.—Eso es verdad.

ANTIFÓN.—No puedo dominarme.

GETA.—¿Qué sería, si hubieras de hacer ahora otra cosa más difícil?

ANTIFÓN.—Pues ésta no puedo, menos pudiera aquélla.

GETA.—Todo esto es palique, Fedro. Vámonos, que no hay para qué detenernos más aquí ¿Qué, es menester aquí gastar el tiempo en balde? Yo me voy.

FEDRO.—Y yo también.

ANTIFÓN.—(Afectando el aspecto de un hombre tranquilo.) Escucha. ¿Y si me presento así, será bastante.....?

GETA.—¡Coplas!

ANTIFÓN.—Miradme al rostro: ¡Ea! ¿estará bien así?

GETA.—No.

ANTIFÓN.—¿Y así?

GETA.—Casi, casi.

ANTIFÓN.—¿Y así?

GETA.—Así está bien. ¡Ea! Conserva ese semblante y procura tenérselas tiesas y volverle razón por razón; de manera que no te confunda con sus furiosas palabras, por más airado que venga.

ANTIFÓN.—Ya.

GETA.—.....Que te hicieron fuerza contra tu voluntad....., que la ley....., que la sentencia del juez....., ¿estás?—Pero ¿qué viejo es ése que veo al cabo de la plaza?

ANTIFÓN.—(Viendo á su padre) ¡El mismo es! No tengo ánimo para mirarle cara á cara.

GETA.—¡Ah! ¿qué haces? ¿dó vas, Antifón? Aguarda, aguarda digo.

ANTIFÓN.—Yo me conozco á mí, y conozco mi yerro. A vosotros os dejo encomendada á Fania y mi vida. (Vase huyendo.)

FEDRO.—¿Qué va á pasar aquí, Geta?

GETA.—Que tú tendrás riñas, y yo, si no me engaño, pagarlas he colgado. Pero, *cumple* que nosotros hagamos lo mismo que á Antifón poco ha le aconsejábamos.

FEDRO.—No me digas *cumple*, sino mándame lo que tengo de hacer.

GETA.—¿No te acuerdas de la plática que tuviste días pasados, al emprender el caso, para haberos de librar de culpa? ¿Que aquella causa era justa, fácil, de buen defender y muy buena?

FEDRO.—Ya me acuerdo.

GETA.—Pues de aquella misma tenemos ahora necesidad, ó de otra mejor y más sagaz, si posible fuere.

FEDRO.—Yo lo procuraré con diligencia.

GETA.—Pues empréndelo tú el primero ahora, que yo estaré aquí de reserva y como emboscado, para si te fuere mal.

FEDRO.—En buen hora.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DEMIFÓN, GETA, FEDRO.

DEMIFÓN.—(Sin ver á Geta, ni á Fedro, hasta que lo indica el diálogo.) ¡Que es posible que Antifón se me haya casado sin mi licencia! ¡Y que no haya tenido siquiera respeto á mi autoridad! ¡Y no digo á mi autoridad, á lo menos á no darme enojo! ¡Ni pizca de pudor! ¡Oh audacia! ¡Oh Geta, pícaro consejero!

GETA.—(Aparte.) Ya pareció Geta.

DEMIFÓN.—¿Qué me dirán?, ¿ó que excusa hallarán? ¡Maravillado estoy!

GETA.—(Aparte.) Pues ya la tengo hallada; pierde cuidado.

DEMIFÓN.—¿Me dirán, por ventura, «contra mi voluntad lo hice, la ley me obligó»? Está bien; yo lo confieso.

GETA.—(Aparte.) Bueno va.

DEMIFÓN.—Pero á sabiendas, y sin réplica entregar la causa á lós contrarios!.... ¿también á esto le obligó la ley?

GETA.—(Bajo á Fedro.) Aquel punto es duro de pelar.

FEDRO.—(Bajo á Geta.) Déjame á mí, que yo lo allanaré.

DEMIFÓN.—Perplejo estoy sin saber qué hacerme. Como el caso me ha sucedido sin poderlo pensar, ni creer, estoy tan alterado, que no puedo aplicar mi ánimo á considerar cosa ninguna. Y por tanto todos los hombres, cuando en mayor prosperidad están, entonces habían de considerar entre sí cómo se han de regir en las adversidades. Cuando uno viene de lejanas tierras, siempre ha de pensar en los peligros, daños y destierros, ó en el delito del hijo, ó en la muerte de la mujer, ó en la enfermedad de la hija, y cómo todo esto es común y posible, porque al ánimo ninguna cosa le parezca novedad. Y todo lo que fuera de este temor le sucediere, haga cuenta que se lo va ganando.

GETA.—(Bajo á Fedro.) ¡Oh, Fedro, es increíble cuánta ventaja le hago á mi amo en el saber! Ya yo tengo tragados todos los males que han de sucederme, si mi amo volviere: moler en una tahona, recibir azotes, arrastrar el grillete, trabajar en la granja! De todo esto, nada será ya nuevo para mí. Todo lo que fuera de mi esperanza me sucediere, haré cuenta que me lo hallo. Pero, ¿qué haces, que no vas á él, procurando hablarle al principio mansamente?

DEMIFÓN.—A mi sobrino Fedro veo que me viene á hablar.

FEDRO.—¡Salud, querido tío!

DEMIFÓN.—Estés enhorabuena. Pero ¿qué es de Antifón?

FEDRO.—Huélgome de verte venir bueno.

DEMIFÓN.—Créolo; pero respóndeme á lo que te digo.

FEDRO.—Salud tiene, y aquí está. ¡Y qué! ¿marchan las cosas á tu gusto?

DEMIFÓN.—¡Ojalá!

FEDRO.—(Como sorprendido.) Pues ¿qué es ello?

DEMIFÓN.—¿Y lo preguntas, Fedro? ¡Gentil casamiento habéis aquí hecho en mi ausencia!

FEDRO.—¡Cómo! ¿Y de éso le culpas tú á él ahora?

GETA.—(Aparte) ¡Oh, qué discreto abogado!

DEMIFÓN.—¿Pues no le he de culpar? Aquí delante, en mi presencia, quisiera yo tenerle ahora, para mostrarle, cómo ya por su culpa, aquel su padre tan benigno, se le ha vuelto terrible.

FEDRO.—Pues no ha hecho él nada, tío, por qué le hayas de acusar.

DEMIFÓN.—¡Vedlos! Todos son lo mismo, todos hermanos; si conocéis á uno, los conoceréis á todos.

FEDRO.—No tanto como eso.

DEMIFÓN.—Está éste culpado, aquél viene á defender la causa, y cuando lo está aquél, éste acude presto: hacen á torna peón.

GETA.—(Aparte.) ¡Qué bien que ha pintado el viejo las costumbres de éstos sin querer!

DEMIFÓN.—Porque si así no fuese, Fedro, no le defenderías tú.

FEDRO.—Sí, es verdad, tío, que Antifón ha cometido algún delito contra sí, por donde él se haya perjudicado ó en su hacienda, ó en su honra, yo no le quiero defender, sino que lleve el castigo que merece. Pero, si acaso alguno, vencido de malicia, ha echado un lazo á nuestros pocos años y en él nos ha cogido, ¿será nuestra la culpa, ó de los jueces? ¿Los cuales muchas veces le quitan al rico por envidia, ó favorecen al pobre por misericordia?

GETA.—(Aparte.) Si yo no supiera la verdad, aun creyera que éste la decía.

DEMIFÓN.—¿Cómo puede haber juez que conozca tu derecho, no respondiendo tú palabra ninguna en tu descargo, como él lo hizo?

FEDRO.—Hízolo él como mancebo ahidalgado. En cuanto se vió delante de los jueces, no acertó á decir palabra de lo que llevaba pensado, según que le entontecieron á una el temor y la vergüenza.

GETA.—(Aparte.) ¡Pardiez que lo hace bien! Pero ¿qué me estoy sin ir de presto al viejo? (Saliendo.) Señor, seas bien venido: huélgome de verte llegar bueno.

DEMIFÓN.—¡Oh mi fiel guardián, estés enhorabuena! Pilar eres realmente de mi casa, á quien, cuando de aquí me partí, dejé mi hijo encomendado.

GETA.—Rato ha que te estoy escuchando cómo nos culpas á todos sin razón, y á mí, con menos que á todos los demás. Porque, díme: ¿qué querías tú que yo hiciese en esto? Las leyes no permiten que el que es siervo defienda ningún pleito, ni menos le admiten por testigo.

DEMIFÓN.—Dejemos eso. Dí que el mozo, á fuer de indiscreto, se turbó; enhorabuena. Y que tú eras siervo. Pero por más pariente que ella sea, no estaba él obligado á tomarla por mujer, sino diéraisle su dote, como la ley manda, y buscárase ella otro marido. ¿Por qué razón había él de querer más traer á casa una mujer pobre?

GETA.—No nos faltó consejo, sino el vencejo.

DEMIFÓN.—Tomáralo el dinero de doquiera.

GETA.—¡De doquiera! No hay más que llegar y tomarlo.

DEMIFÓN.—Finalmente, si de otra manera no podía, tomáralo prestado.

GETA.—¡Huy, qué bien lo has dicho! ¡Como si hubiera nadie que fíe á tu hijo, viviendo tú!

DEMIFÓN.—¡No, esto no ha de pasar así, imposible! ¿Yo he de permitir que ella esté casada con él, ni un solo día? No hay cosa en ello que me dé gusto. Yo quiero que me mostréis ese hombre ó me digáis dónde vive.

GETA.—¿Quién? ¿Formión?

DEMIFÓN.—Ese que es el defensor de la mujer.

GETA.—Yo haré que venga presto aquí.

DEMIFÓN.—¿Dónde anda ahora Antifón?

FEDRO.—Está fuera.

DEMIFÓN.—Ve, pues, Fedro, y búscale, y tráemele.

FEDRO.—Voy sin torcer camino.....

GETA.—(Aparte y terminando la frase.) Á ver á Pánfila.

DEMIFÓN.—Yo me llego á casa á dar gracias á mis dioses Penates: y desde allí saldré á la plaza y buscaré

algunos amigos que me sean en este negocio valedores, para que no me halle desapercibido, si viniere Formión.

ESCENA II.

FORMIÓN, GETA.

FORMIÓN.—¿Conque Antifón, temiendo la presencia de su padre, se fué huyendo de aquí?
GETA.—Sí á fe.
FORMIÓN.—¿Y á Fania la dejó sola?
GETA.—Sí.
FORMIÓN.—¿Y el viejo está muy airado?
GETA.—Mucho.
FORMIÓN.—(A sí mismo.) Sobre ti sólo carga todo el caso, Formión; tú has majado toda esta salsa; tú te la has de comer toda. Aparéjate.
GETA.—Yo te suplico.....
FORMIÓN.—(Sin escucharle y meditando un plan de defensa contra Demifón.) Si él me preguntare.....
GETA.—En ti está nuestra esperanza.
FORMIÓN.—(Como si hubiese dado con el plan.) ¡Esta es la cosa! Pero si él responde.....
GETA.—Tú nos empujaste.
FORMIÓN.—(Sigue deliberando.) Así creo que.....
GETA.—Socórrenos.
FORMIÓN.—(A Geta.) ¡Dame acá el viejo! Que ya tengo trazado en mi pensamiento todo mi plan.
GETA.—¿Qué piensas hacer?
FORMIÓN.—¿Qué quieres que haga, sino que Fania quede en casa y Antifón libre de esta culpa, y que toda la saña del viejo se vuelva contra mí?
GETA.—¡Oh, qué hombre tan valeroso eres, y qué buen amigo! Pero, hermano Formión, lo que yo temo es que esa valentía venga al cabo á parar á la cárcel.

FORMIÓN.—¡Bah! te engañas: ya yo en eso tengo experiencia: ya sé dónde pongo el pie. ¿A cuántos piensas tú que habré sacudido yo hasta traerlos á la muerte, así forasteros como ciudadanos? Cuanto más lo gusto, tanto más me arrimo á ello. ¿Has oído, dime, que jamás hombre del mundo me haya hecho proceso de agravios?

GETA.—¿Y cómo es eso?

FORMIÓN.—Porque al gavilán ni al milano nadie les para lazos, aunque nos hacen mal, y páranlos á otros animales, que ningún mal nos hacen. Y es que en éstos hay algún provecho: mas en aquéllos piérdese el tiempo. Otros que tienen que perder están sujetos á peligros; pero de mí ya saben que no tengo nada. Dirásme que por una condena me llevarán á su casa. No están ellos por cebar á un comilón. Y son cuerdos á mi parecer en no querer hacer una obra muy buena en pago de una mala.

GETA.—Jamás podrá Antifón pagarte como tú lo mereces.

FORMIÓN.—Antes bien, nadie puede pagar al hombre rico como él se merece. ¿Piensas tú que nada vale el sentarte á comer sin escote, bien ungido y bien lavado, tranquilo, mientras el otro se consume con el cuidado y el gasto, por tener con qué darte gusto? Para él son las riñas, para tí los placeres; tú bebes el primero y el primero te sientas á la mesa: ¿pónente una cena *dudosa?*

GETA.—¿Qué quiere decir ese término?

FORMIÓN.—Cena en que estás dudando de qué plato echarás primero mano. Si tú echas bien cuenta de lo gustosas y caras que son estas cosas, ¿no tendrás realmente al que te las da por un dios muy favorable?

GETA.—El viejo viene; mira lo que haces. Su primer encuentro es terrible. Si en él no desmayas, después podrás burlarte de él á tu sabor.

ESCENA III.

DEMIFÓN acompañado de sus amigos HEGIÓN, CRATINO y CRITÓN; GETA, FORMIÓN.

DEMIFÓN.—(A sus amigos.) ¡Oh! ¿Habéis oído jamás que se le haya hecho á nadie un tan afrentoso agravio, como éste que á mí se me ha hecho? Defendedme; yo os lo ruego.

GETA.—(Bajo á Formión.) Furioso viene.

FORMIÓN.—(Bajo á Geta.) ¡Chito! Que yo le haré sudar. (Alto.) ¡Oh dioses inmortales! ¿Y Demifón dice que Fania no es su parienta? ¿Que ésta no es parienta suya, dice Demifón?

GETA.—(Fingiendo que no ha visto á su amo.) Lo dice.

FORMIÓN.—¿Y que no sabe quién fué su padre?

GETA.—Así lo dice.

DEMIFÓN.—(Bajo á sus amigos.) Este debe de ser aquél de quien os hablaba. Seguidme.

FORMIÓN.—¿Y que no sabe quién fué Estilfón?

GETA.—Eso dice.

FORMIÓN.—Por haber quedado pobre la cuitada, ignórase quién fué su padre, y nadie la estima. ¡Mira lo que hace la avaricia!

GETA.—(Fingiéndose enojado.) Como llames avaro á mi señor, vas á oir cuatro frescas.

DEMIFÓN.—(A sus amigos.) ¡Qué atrevimiento! Aun á mí viene á acusarme.

FORMIÓN.—Porque el mancebo no tengo para qué culparle de que no conociese al padre de la moza, pues era hombre anciano, pobre, y que vivía de su trabajo; y así de ordinario estaba en el campo, donde tenía arrendada una heredad de mi padre. Muchas veces me decía el buen viejo el poco caso que hacía de él éste su pa-

riente. ¡Y qué hombre! El mejor que he visto en toda mi vida.

GETA.—Así te veas á ti y á él como tú le pintas.

FORMIÓN.—¡Vete á la horca! Porque si en tal reputación no le tuviera, nunca tomara yo tanta enemiga contra vuestra casa por mor de esta pobre Fania, á quien tu amo ahora tan villanamente desprecia.

GETA.—¿Aun prosigues á decir mal de mi amo en su ausencia, ladrón?

FORMIÓN.—¡Porque lo merece!

GETA.—¿Qué dices, encarcelado?

DEMIFÓN.—Geta.

GETA.—Verdugo de buenos, destripa-leyes.

DEMIFÓN.—(Llamando.) ¡Geta!

FORMIÓN.—(Bajo á Geta.) Respóndele.

GETA.—¿Quién es? ¡Ah!....

DEMIFÓN.—Calla.

GETA.—En tu ausencia no ha dejado de decirte hoy palabras injuriosas, indignas de tu valor y dignas del suyo.

DEMIFÓN.—(A Geta.) ¡Ea! Calla ya. (A Formión.) Mancebo, cuanto á lo primero, con tu licencia te pido que me respondas á esto, si gustas: ¿Quién dices que fué ese tu amigo? Explícate. ¿Por qué decía él que yo era su pariente?

FORMIÓN.—Así haces inquisición de ello, como si tú no lo supieses.

DEMIFÓN.—¿Yo saberlo?

FORMIÓN.—Sí.

DEMIFÓN.—Repito que no lo sé; tú que lo afirmas, házmelo recordar.

FORMIÓN.—¡Cómo! ¿Y á tu primo no conocías tú?

DEMIFÓN.—Mátasme con eso; dime su nombre.

FORMIÓN.—¿Su nombre?

DEMIFÓN.—Sí, su nombre. ¿Por qué callas ahora?

FORMIÓN.—(Aparte.) ¡Perdido soy, realmente! Olvidóseme el nombre.

DEMIFÓN.—(Irritado.) ¡Eh! ¿qué dices?

FORMIÓN.—(Bajo á Geta.) Geta, si te acuerdas del nombre que antes te dije, apúntamelo. (Alto.) ¡Mira, no te lo quiero decir! Como si tú no lo supieses, nos vienes aquí á tentar.

DEMIFÓN.—¿Yo vengo á tentar?

GETA.—(Bajo á Formión.) Estilfón.

FORMIÓN.—Pero, ¿qué se me da á mí? Estilfón se llamaba.

DEMIFÓN.—¿Cómo has dicho?

FORMIÓN.—Estilfón digo, ¿le conocías?

DEMIFÓN.—Ni conocí á Estilfón, ni yo he tenido pariente ninguno de ese nombre.

FORMIÓN.—¿Que no.....? ¿No tienes empacho de esto? ¡Ah, si él hubiese dejado diez *talentos* de herencia.....!

DEMIFÓN.—(Bajo.) ¡Confúndante los dioses!

FORMIÓN.—.....tú fueras el primero que vinieras declarando vuestra genealogía de memoria, relatándola desde los abuelos y bisabuelos!

DEMIFÓN.—Así es: si yo hubiese venido á reclamar la herencia, buen cuidado tuviera en tal caso de probar el parentesco. Haz tú lo mismo. Dime cómo soy pariente suyo.

GETA.—¡Ah, señor, muy bien! (A Formión en voz baja.) ¡Oye, tú, no te descuides!

FORMIÓN.—Ya yo mostré bien claro el hecho á los jueces, á quien tenía obligación de declararlo. Si así no era, ¿por qué tu hijo no lo refutó?

DEMIFÓN.—¿Mi hijo dices? De su simpleza no se puede hablar como él merece.

FORMIÓN.—Pues tú que tan sabio eres, acude á los jueces para que te oigan otra vez sobre este pleito: pues que tú solo eres el rey, y á tí solo se te permite aquí hacer dos veces proceso en una misma causa.

DEMIFÓN.—Aunque á mí se me ha hecho injusticia, con todo esto, por no andar en pleitos y por no litigar contigo, como si realmente fuera parienta, toma cinco *minas*,

que es el dote que la ley manda que se dé, y llévatela.

FORMIÓN. (Riendo á carcajadas.) ¡ Ja, ja, ja! ¡ Hombre más donoso!....

DEMIFÓN.—¿Qué es eso? ¿no pido lo justo? ¿Por qué no alcanzaré yo lo que es derecho común de todos?

FORMIÓN.—¿Eso llamas derecho, por tu vida? Y después de haber tú abusado de ella, ¿manda la ley que le pagues como á una ramera, y la eches de tu casa? ¿No manda la ley que case con el pariente más cercano, porque una ciudadana no haga, constreñida de necesidad, alguna vileza en su perjuicio, sino que pase su vida con solo un varón, lo cual tú no permites?

DEMIFÓN.—Verdad es que con el más cercano; pero nosotros, ¿de dónde..... ó por qué.....?

FORMIÓN.—¡Oh! La cosa hecha, dicen comunmente, no la tornes á hacer.

DEMIFÓN.—¿Que no torne? Pues no he de parar hasta salirme con la mía.

FORMIÓN.—Tú chocheas.

DEMIFÓN.—Déjame hacer á mí.

FORMIÓN.—Finalmente, Demifón, aquí no las habemos contigo. Tu hijo fué el condenado, que no tú; porque tus años ya no eran para el matrimonio.

DEMIFÓN.—Haz cuenta que él dice lo mismo que yo digo, y cuando no, yo le haré botar de casa con esta su mujer.

GETA.—(Bajo.) Colérico está.

FORMIÓN.—No le harás tal mal como lo dices.

DEMIFÓN.—¿Tan apercibido estás á llevarme la contraria en todo, miserable?

FORMIÓN.—(Bajo á Geta.) Temor me tiene éste, aunque lo disimula mucho.

GETA.—(Bajo á Formión.) Hasta ahora la cosa bien va para tí.

FORMIÓN.—¡Ea! lo que por fuerza has de hacer, hazlo de grado. Harás lo que debes á quien eres, en procurar que seamos amigos.

DEMIFÓN.—¿Yo he de desear tu amistad? ¿ni aun verte ni oirte?

FORMIÓN.—Si te conformas con la moza, tendrás quien dé contento á tu vejez. Mira que eres ya viejo.

DEMIFÓN.—¡A ti te dé contento! ¡Téntela tú para tí!

FORMIÓN.—¡Ea, pásesete ya el enojo!

DEMIFÓN.—¡Al caso, y basta ya de palique! Si tú no procuras llevarte esta mujer de aquí, yo la echaré de casa. ¡Lo dicho, Formión!

FORMIÓN.—Si tú la tratas de otra manera de lo que es razón tratar á una mujer libre, he de hacerte un gran proceso. ¡Lo dicho, Demifón! (Bajo á Geta.) Oye, tú, si en algo fuere menester, en casa me.....

GETA.—Entiendo.

ESCENA IV.

DEMIFÓN, GETA, HEGIÓN, CRATINO, CRITÓN.

DEMIFÓN.—¡En cuántos cuidados y congojas me tiene puesto mi hijo con habernos enredado á mí y á sí mismo en este casamiento! Y no quiere parecer delante de mí para que siquiera sepa yo qué es lo que él piensa en este caso. (A Geta.) Vete á casa y mira si ha vuelto ó no.

GETA.—Voy.

DEMIFÓN.—(A sus valedores.) Ya veis en qué estado está este negocio. ¿Qué os parece que haga? dí, Hegión.

HEGIÓN ¿Yo? Hable primero Cratino, si te parece.

DEMIFÓN.—Habla, Cratino.

CRATINO.—¿Yo quieres que.....?

DEMIFÓN.—Sí.

CRATINO.—Yo querría que hicieses lo que más á tí te cumpla. Pero á mí esto me parece, que lo que tu hijo en tu ausencia ha hecho, es mucha razón que se vuelva

en su primer estado, y que lo alcanzarás. Ya he dicho.

DEMIFÓN.—Dí tú ahora, Hegión.

HEGIÓN.—Yo creo que éste (Señalando á Cratino.) ha dicho su opinión como hombre de conciencia. Pero ello es que cuantas cabezas, tantas sentencias; y cada uno ve las cosas á su modo. A mí no me parece, que lo que una vez por ley está determinado, se puede deshacer: y es empresa fea.

DEMIFÓN.—Dí, Critón.

CRITÓN.—Yo entiendo que el negocio requiere mayor consulta, porque es negocio grave.

HEGIÓN.—¿Mandas otra cosa?

DEMIFÓN.—(Con ironía.) Lo mejor del mundo lo habéis hecho. Más perplejo me dejáis que yo me estaba.

GETA.—(Entrando.) Dicen que no ha vuelto.

DEMIFÓN.—A mi hermano he menester esperar: y el consejo que él en esto me diere, aquel tomaré. Pero yo voy al puerto á saber cuándo ha de venir.

GETA.—Yo iré en busca de Antifón para hacerle saber lo que aquí ha pasado. Pero, hele do le veo venir á buen tiempo.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

ANTIFÓN, GETA.

ANTIFÓN.—(Sin ver á Geta.) Realmente, Antifón, que eres digno de grave reprensión con tu cobardía. ¿Así te habías de ir de aquí, y dejar á otros por tutores de tu vida? ¿Quién pensabas tú que había de mirar mejor por tus cosas, que tú mismo? Porque, como quiera que lo demás fuera, miraras, á lo menos, por aquélla que tienes ahora en tu casa, de manera que no padeciera zozobra ninguna, engañada por la fe que en tí tenía. Especialmente, pues la cuitada toda su esperanza y favor lo tiene puesto en ti solo.

GETA.—También, señor, nosotros ha gran rato que nos estamos quejando de ti en ausencia, porque te nos fuiste.

ANTIFÓN.—A ti mismo buscaba.

GETA.—Pero no por eso habemos desmayado.

ANTIFÓN.—Díme, por tu vida: ¿En qué estado están mis cosas y fortuna? ¿Huele algo mi padre?

GETA.—Nada hasta ahora.

Antifón.—¿Quédame, pues, alguna esperanza?
Geta.—No lo sé.
Antifón.—¡Ah!
Geta.—Lo que sé es que Fedro no ha dejado de defenderse.
Antifón.—No es nuevo en él eso.
Geta.—Además, Formión en este trance, como en todos, se ha mostrado hombre de valor.
Antifón.—¿Qué ha hecho?
Geta.—Ha confundido con palabras á tu padre, que estaba muy colérico.
Antifón.—¡Oh Formión!
Geta.—Y yo también en lo que he podido.
Antifón.—¡Amigo Geta, á todos os quiero mucho!
Geta.—Los principios están en el estado que te digo: aun está tranquila la cosa. Tu padre determina aguardar hasta que tu tío venga.
Antifón.—¿Para qué á él?
Geta.—A lo que dice, quiere hacer por su consejo lo que cumpla en este caso.
Antifón.—¡Cuán gran temor que tengo, Geta, de que mi tío vuelva con salud acá! Porque, á lo que entiendo, en una palabra suya está mi vida ó mi muerte.
Geta.—Aquí tienes á Fedro.
Antifón.—¿Qué es de él?
Geta.—Hele aquí do sale de su escuela.

ESCENA II.

FEDRO, DORIÓN, ANTIFÓN, GETA.

Fedro.—(Saliendo de casa de Dorión, y sin ver á Antifón ni á Geta, hasta que lo indica el diálogo.) Dorión, oye por mi amor.
Dorión.—No oigo.
Fedro.—Una palabra.

DORIÓN.—Déjame ya.

FEDRO.—Oye lo que te diré.

DORIÓN.—Apéstame ya el oir mil veces una misma cosa.

FEDRO.—Pues ahora te diré una que gustes de oirla.

DORIÓN.—Dí, que te escucho.

FEDRO.—¿No me quieres hacer merced de aguardarte estos tres días? ¿A do vas ahora?

DORIÓN.—Ya yo me maravillaba que tú me dijeses nada nuevo.

ANTIFÓN.—(A Geta.) ¡Ah; temo que el rufián ha de buscarnos algún quebradero de cabeza..... que ojalá se vuelva contra él!

GETA.—Eso mismo me temo yo.

FEDRO.—¿No me das crédito?

DORIÓN.—Tú lo has dicho.

FEDRO.—Si te doy mi palabra.

DORIÓN.—¡Cuentos!

FEDRO.—Tu dirás que me diste á logro esta merced.

DORIÓN.—¡Palique!

FEDRO.—Créeme, que no te pesará de haberlo hecho. Cata, que te digo verdad.

DORIÓN.—¡Sueños!

FEDRO.—Pruébalo, pues el plazo no es largo.

DORIÓN.—¡Siempre la misma copla!

FEDRO.—Tú serás mi deudo, tú mi padre, tú mi amigo, tú.....

DORIÓN.—(Marchándose.) ¡Todo palique!

FEDRO.—¡Qué! ¿es posible que tengas una condición tan cruda, y tan cruel, que no baste lástima ni ruegos á ablandarte?

DORIÓN.—¿Es posible, Fedro, qué seas tú tan inconsiderado y tan descomedido, que me pretendas engañar con tus palabras enjaezadas, de manera que pienses llevarte mi moza sin soltar dinero?

ANTIFÓN.—(A Geta.) Me da lástima.

FEDRO.—(Aparte.) ¡Ay, con la razón me ataja!

GETA.—(A Antifón.) ¡Cuán bien muestra cada uno de ellos quién es!

FEDRO.—¡Y que me hubiese de suceder este trabajo á tiempo que Antifón estuviese en otros graves cuidados ocupado!

ANTIFÓN.—(Presentándose.) ¡Hola! ¿qué es eso, Fedro?

FEDRO.—¡Oh dichosísimo Antifón!

ANTIFÓN.—¿Yo?

FEDRO.—Pues tienes en tu casa tus amores, sin necesidad de lidiar con una calamidad como ésta. (Señalando á Dorión.)

ANTIFÓN.—¿Yo los tengo en casa? Mas antes entiendo que tengo, como dicen, el lobo de las orejas: porque ni sé cómo la deje (Alude á su mujer.) ni menos cómo la conserve.

DORIÓN.—Eso mismo me pasa á mí con éste. (Señalando á Fedro.)

ANTIFÓN.—(A Dorión.) ¡Ea! No seas escasamente rufián. (A Fedro.) ¿Te hizo algo éste?

FEDRO.—¿Este? Lo que pudiera el hombre más cruel del mundo: ha vendido á mi Pánfila.

GETA.—¿Cómo? ¿que la ha vendido?

ANTIFÓN.—¿De veras la ha vendido?

FEDRO.—Sí, vendido.

DORIÓN.—(Con ironía.) ¡Qué cosa tan grave! ¡Vender una esclava, que le costó á uno su dinero.

FEDRO.—Y no puedo recabar de él que quiebre con el otro la palabra, y me espere tres dias mientras cojo el dinero que me han prometido mis amigos. (A Dorión.) Si para aquel día no te lo diere, no me esperes una hora más.

DORIÓN.—¡Machaca!

ANTIFÓN.—No es largo el plazo que te ruega, Dorión: otorgáselo: que este placer que tú le dieres, él te lo pagará con el doblo.

DORIÓN.—Todas esas son palabras.

ANTIFÓN.—¿Consentirás tú que Pánfila salga de

esta ciudad; y podrás tú sufrir que se rompan los amores de estos mozos?

DORIÓN.—(Afectando, en burla, un tono quejumbroso.) ¡Eso, ni yo ni tú!.....

GETA.—¡Todos los dioses te den el castigo que me reces!

DORIÓN.—Ya yo te he comportado muchos meses contra mi condición, prometiéndome, y nunca trayéndome nada sino lágrimas. Ahora, por el contrario, he hallado quien me trae, y no me llora. Deja la plaza para los que más valen.

ANTIFÓN.—(A Fedro.) Pues en verdad, que si yo bien me acuerdo, plazo te señaló éste (Indicando á Dorión) para el cual le habías de dar su dinero.

FEDRO.—Así es.

DORIÓN.—¿Niégolo yo por dicha?

ANTIFÓN.—¿Pues ya es pasado ese día?

DORIÓN.—No; pero hásele anticipado éste.

ANTIFÓN.—¿No tienes empacho de tu poca firmeza?

DORIÓN.—No, si es por ganar hacienda.

GETA.—¡Oh muladar!

FEDRO.—¿Y éso se ha de hacer, Dorión?

DORIÓN.—De esta hechura soy: si así te agrado, manda.

ANTIFÓN.—¿Así engañas á éste?

DORIÓN.—Antes realmente, Antifón, éste me engaña á mí. Porque éste ya sabía que yo era de esta condición: y yo creí que él era muy de otra manera. El me ha engañado á mí: yo para con él el mismo soy que he sido. Pero como quiera que ello sea, allá va la última: el soldado me dijo que mañana por la mañana me daría el dinero; si tú, Fedro, me lo trajeres antes, haré de las mías; que el que antes cayere con el dinero, aquel será el primero. Adiós.

ESCENA III.

FEDRO, ANTIFÓN, GETA.

FEDRO.—¿Qué haré? ¿Dónde hallaré ¡cuitado de mí! tan presto el dinero para éste, que no tiene un real? Porque si de él se pudiera recabar que aguardara estos tres días, ya me lo habían prometido.

ANTIFÓN.—¿Por qué hemos de permitir, Geta, que éste ande afligido de esta manera? ¿Especialmente, habiéndome favorecido poco ha, según tú me dijiste, tan amorosamente? ¿Por qué no probamos á gratificarle esta buena obra, ahora que lo ha menester?

GETA.—Bien veo yo que eso es cosa justa.

ANTIFÓN.—Procúralo, pues; que tú solo bastas á darle remedio.

GETA.—¿Qué quieres que yo haga?

ANTIFÓN.—Que busques ese dinero.

GETA.—Yo deseo hacerlo, pero dime dónde.

ANTIFÓN.—Aquí está mi padre.

GETA.—Ya lo sé: ¿y qué más?

ANTIFÓN.—¡Oh!..... A buen entendedor pocas palabras.

GETA.—¿Sí, eh?

ANTIFÓN.—Sí.

GETA.—¡A fe que me das buenos consejos! ¡Taday! ¿No te parece que quedaré bien librado, si de tu casamiento escapo con la cabeza sana, sin que quieras tú ahora que, por amor de éste, busque en esta nueva picardía la horca?

ANTIFÓN.—(A Fedro.) La verdad dice éste.

FEDRO.—¿Y pues? ¿Yo, Geta, soy algún extraño?

GETA.—No te tengo yo por tal. Pero ¿no te parece

que basta la culpa que á todos nos echa el viejo, sin que le enojemos más, de manera que no quede lugar de echarle rogadores?

FEDRO.—¿Y ha de ser verdad que otro se la lleve de delante de mis ojos yo no sé dónde? Ea, pues, Antifón, mientras podéis y mientras me tenéis presente, hablad conmigo: miradme bien.

ANTIFÓN.—¿A qué fin? ¿Qué vas á hacer? dí.

FEDRO.—Determinado estoy á irme tras ella, á cualquier parte del mundo que la lleven, ó morir en la demanda.

GETA..—¡Los dioses den buen suceso á lo que hicieres! Pero ve despacio.

ANTIFÓN.—Mira si le puedes dar á éste algún remedio.

GETA.—¡Remedio! ¿Qué remedio?

ANTIFÓN.—Búscalo, por tú vida: porque no haga algún desconcierto de que después nos pese, Geta.

GETA.—Buscándolo estoy. (Pausa.) Remediado lo he, si no me engaño: pero temo que de ello me ha de redundar gran mal.

ANTIFÓN.—No temas: que en el bien y en el mal iremos á una contigo.

GETA. - (A Fedro.) ¿Cuánto dinero es menester? Habla.

FEDRO.—Solas treinta *minas*.

GETA.—¡Treinta! Muy cara es, Fedro.

FEDRO.—(En tono de ruego.) Para quien ella es, no es nada.

GETA.—¡Ea, ea, que yo te las habré!

FEDRO.—¡Geta hechicero!

GETA.—Quítateme de aquí.

FEDRO.—Pues son menester luego.

GETA.—Luego las llevarás: pero habéis de darme por compañero á Formión.

ANTIFÓN.—En la mano le tenemos: ponle acuestas si cualquier carga con toda confianza, que él la llevara: sólo él es amigo de su amigo.

GETA.—Vamos, pues, de presto á su casa.

ANTIFÓN.—¿Habéisme menester á mí en algo?

GETA.—No, si no vete á casa, y consuela á aquella cuitada, la cual entiendo que debe de estar allá dentro desmayada de temor. ¿No vas?

ANTIFÓN.—No hay cosa que yo de mejor gana que esa haga. (Vase.)

FEDRO.—¿Cómo piensas haber este dinero?

GETA.—Por el camino te lo diré: anda ya.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

DEMIFÓN, CREMES.

Demifón.—Y pues, ¿has traído, Cremes, tu hija, la que fuiste á buscar á Lemnos?

Cremes.—No.

Demifón.—¿Cómo no?

Cremes.—Como la madre vió que yo me detenía mucho aquí, y que ya la edad de la doncella no sufría mi tan gran descuido, dijéronme que ella con toda la casa había venido acá.

Demifón.—¿Pues cómo te has estado tanto allá, después que eso supiste?

Cremes.—Hame hecho detener la enfermedad.

Demifón.—¿De qué? ¿O cuál?

Cremes.—¿Eso me preguntas? Harta enfermedad es la vejez. Pero tengo entendido del piloto que las trajo, que arribaron con salud.

Demifón.—¿Has sabido lo que á mi hijo le ha sucedido en mi ausencia, Cremes?

Cremes.—Si; y es un caso que me hace estar perplejo. Porque, si propongo este partido á algún extraño,

por fuerza le habré de dar razón de dónde y cómo tengo yo esta hija. Tú, ya sabía yo que me serías tan fiel como yo mismo en guardar este secreto; pero un extraño, si aceptare mi afinidad, tenerme ha el secreto mientras durare nuestra familiaridad; pero si rompiere conmigo, sabrá más de lo que yo he menester. Y temo no lo venga á descubrir mi mujer por alguna vía. Si esto sucede, no me queda otro remedio, si no es sacudirme y salirme de casa. Porque de todos los míos sólo yo soy mío.

Demifón.—Ya yo veo que es así; y eso es lo que me da congoja. Sin parar he de probar todos los medios posibles, hasta cumplir lo que te tengo prometido.

ESCENA II.

GETA.

Geta.—Yo no he visto en mi vida hombre más sagaz que Formión. Vine á su casa á decirle como teníamos necesidad de aquel dinero, y por qué vía lo habíamos de haber. Apenas le habia dicho la mitad de mi plan, cuando ya me había entendido; alegrábase y alabábame, deseaba toparse con el viejo, daba gracias á los dioses de que se le ofreciese ocasión en que él pudiese mostrar ser tan amigo de Fedro como de Antifón. Díjele que me esperase en la plaza, y que yo le daría allí el viejo en las manos. (Viendo á Demifón.) Pero héle aquí. (Viendo á Cremes.) ¿Quién es el de más allá? (Reconociéndole.) ¡Ta, ta! El padre de Fedro es venido. Pero, asno de mí, ¿de qué me recelo? ¿de que por uno se me ofrecen dos á quien engañe? Por mejor lo tengo aprovecharme de esperanza doble. Pediréselo á éste á quien determiné primero, y si él me lo dá, bástame; y si de él no recabo nada, entonces la emprenderé con el recién venido.

ESCENA III.

ANTIFÓN, GETA, CREMES, DEMIFÓN.

ANTIFÓN.—(Oculto durante toda la escena.) Aguardando estoy que vuelva Geta. Pero á mi tío veo con mi padre. ¡Ay de mí! ¡Cuanto temo á qué parte inclinará á mi padre su venida!

GETA.—(Aparte.) Voy á ellos. (Adelantándose.) Bien venido seas, Cremes.

CREMES.—Estés en hora buena, Geta.

GETA.—Mucho me alegro de verte venir bueno.

CREMES.—Así lo creo.

GETA.—¿En qué se entiende?

CREMES.—Al llegar he hallado aquí, como acaece de ordinario, muchas novedades.

GETA.—Verdad es. ¿Y de Antifón sabes lo que pasa?

CREMES.—Todo.

GETA.—(A Demifón.) ¿Hasle contado tú.....? (A Cremes.) ¡Qué indignidad, Cremes, cogernos así á traición!

DEMIFÓN.—De eso estaba tratando ahora con mi hermano.

GETA.—Pues, cierto que yo también, rumía que rumía el caso, he hallado, si no me engaño, camino por donde esto se remedie.

DEMIFÓN.—¿Qué camino, Geta, qué remedio?

GETA.—Al partirme de ti, topéme casualmente con Formión.

CREMES.—¿Quién es Formión?

GETA.—El que á esa mujer.....

CREMES.—Ya.

GETA.—Parecióme bien tantear su opinión. Tómole al hombre aparte, y dígole: «¿Por qué no procuras, Formión, que este negocio se arregle entre vosotros por las

buenas, que no con enojo? Mi amo es muy liberal y enemigo de pleitos. Porque todos sus amigos le daban por consejo, de común parecer, que echase á esa mujer por la ventana.»

Antifón.—(Aparte.) ¿Qué empresa es la de éste? ¿Ó en qué ha de venir hoy á parar?

Geta.—«¿Piensas que la justicia le castigaría si la echase de casa? Ya eso está bien averiguado. ¡Sí! Mucho tendrás que sudar, si con un hombre como él emprendes pleito; tanta es su elocuencia. Pero pongo por caso que le condenasen, no corre por eso riesgo su persona, sino su dinero.» Cuando yo vi que el hombre se ablandaba con estas palabras, dígole: «Aquí no nos oye nadie. Díme por tu vida: ¿con qué holgarías que te untasen las manos porque mi amo se quite de pleitos, y esta mujer salga de casa y tú le dejes en paz?»

Antifón.—(Aparte.) ¿Están bien los dioses con aquél?

Geta.—«Porque yo sé, que si tú te allegas á lo de razón, según que él es hombre de bien, no atravesaréis hoy entre vosotros tres palabras.»

Demifón.—¿Quién te manda á tí decir éso?

Cremes.—Antes no podía por mejor medio llegar á lo que deseamos.

Antifón.—(Aparte.) ¡Perdido soy!

Cremes.—Pasa adelante.

Geta.—A los principios el hombre poníase furioso.

Cremes.—Díme, ¿qué es lo que pide?

Geta.—¿Qué? mucho. Cuanto quiso.

Cremes.—Dí.

Geta.—Dice, que si le diesen un buen *talento*.....

Cremes.—¡Antes garrote, sí! ¡Qué poca vergüenza!

Geta.—Lo que yo le dije. «Díme, ¿qué más diera mi amo, si casara una hija única? De poco le sirvió el no tenerla, pues ha hallado quien le pida dote.» Finalmente, por acortar razones, y dejar aparte sus necedades, ésta fué su última resolución: «Yo, dice, desde el principio deseé casarme con la hija de ese amigo mío (Alude á Fania,

hija de Estilfón, nombre supuesto de Cremes), como fuera razón, porque consideraba cuán perjudicial le era á ella, una pobre, casarse con un hombre rico para ser esclava; pero, hablándolo aquí entre los dos sin cifras, yo tenía necesidad de una mujer que me trajese algo con que pagase lo que debo. Aun ahora, si quiere Demifón darme lo que me dan con otra, que me está prometida, más querría yo casar con Fania que con otra ninguna.»

Antifón.—(Aparte.) Ni sé si me diga que esto lo hace de puro tonto ó por bellaco; ó si á sabiendas ó á necias.

Demifón.—¿Y si él debe las entrañas?

Geta.—«Un campo, dice, tengo empeñado» diez *minas*.

Demifón.—¡Ea, ea, cásese; que yo se las daré!

Geta.—«Unas casuchas también están en otras diez.»

Demifón.—¡Huy, huy, que es mucho!

Cremes.—No des voces, pídemelas á mí esas diez.

Geta.—«Para la mujer habré de comprarla una esclavilla; además de esto son menester algunas alhajuelas de casa. También es menester hacer algún gasto en las bodas; para todo esto, dice, añade otras diez *minas*.»

Demifón.—Así puedes hacerme seiscientos procesos. ¡Como yo te dé un pelo!..... ¿Así se ha de burlar de mí aquel bellaco?

Cremes.—Calla que yo las daré. Solamente procura tú que tu hijo se case con la que nosotros queremos.

Antifón.—(Aparte.) ¡Ay de mí! ¡Geta, cómo me has perdido con tus embustes!

Cremes.—Pues por mí sale de casa Fania, justo es que yo lo pierda.

Geta.—«Avísame— dice—lo más presto que puedas, si me la dan, para que despida á esta otra y no esté perplejo. Porque con la otra me han ofrecido darme luego el dote.»

Cremes.—Recíbalo luego, y deshaga el contrato con los otros y cásese con ésta.

Demifón.—¡Que mal provecho le haga!

CREMES.—A propósito me traje conmigo ahora el dinero que me rentan las granjas de mi mujer en Lemnos; de allí lo tomaré, y á mi mujer le diré que tú lo habías menester.

ESCENA IV.

ANTIFÓN, GETA.

ANTIFÓN.—(Muy enojado.) ¡Geta!
GETA.—¿Qué?
ANTIFÓN.—¿Qué has hecho?
GETA.—Que les he pescado á los viejos el dinero.
ANTIFÓN.—¿Y basta eso?
GETA.—No sé en verdad; esto se me mandó.
ANTIFÓN.—¡Oh..... azotado! ¿Al revés de lo que te pregunto me respondes?
GETA.—¿Pues qué dices?
ANTIFÓN.—¡Qué te tengo de decir! Por tu causa llanamente me tengo yo de echarme un dogal al cuello. Los dioses y diosas, todos, los de arriba y los de abajo con extremados castigos te confundan. ¡Oh! A tal como éste le habéis de encomendar lo que quisiereis que se negocie bien; que él os llevará al mayor peligro, cuando más en paz estéis. ¿Qué mayor daño me pudiste hacer, que tocar en la llaga y hacer mención de la mujer? Hasle dado esperanza á mi padre de poderla echar de casa. Díme, pues, ahora si Formión recibe el dote, de necesidad se habrá de llevar á su casa la mujer; ¿qué será de mí?
GETA.—No la llevará.
ANTIFÓN.—(Con ironía.) ¡Quiá! Y cuando le pidan el dinero, antes se dejará llevar á la cárcel por nuestro respeto!
GETA.—Nada hay, Antifón, que no se pueda empeo-

rar, contándolo mal. Tú callas lo bueno y dices lo malo. Pues óyeme ahora á mí por el contrario. Si recibiere el dinero, habrá de llevarse la mujer, como tú dices: concedido. Pero con todo eso, se le ha de dar lugar de aparejar las bodas, de convidar, de celebrar los sacrificios: entretanto, le darán á Fedro sus amigos lo que le ofrecieron, con lo cual Formión podrá devolver á ésos su dinero.

Antifón.—¿Cómo? ¿Qué excusa les dará?

Geta.—¿Eso me preguntas? Mira qué de excusas: «¡Después acá me han sucedido prodigios! Un perro negro de un vecino se me ha entrado por casa; una culebra ha caído del tejado por las canales de mi patio; hame cantado como gallo una gallina; no me ha consentido casarme un adivino; un agorero me ha dicho que no emprenda negocio de nuevo antes del día más corto del invierno.» Esta no tiene vuelta. Todo esto se hará así.

Antifón.—¡Con tal que él lo haga!.....

Geta.—Lo hará, yo te lo juro. Tu padre sale. Ve y dile á Fedro como ya tiene el dinero.

ESCENA V.

DEMIFÓN, GETA, CREMES.

Demifón.—(A Cremes.) Descuida, te digo, que yo procuraré que él no nos engañe. Y no dejaré el dinero de mi mano sin presentar testigos de como se lo doy. Y declarar allí la razón por qué se lo doy.

Geta.—(Aparte.) ¡Cuán cauto es donde no es menester!

Cremes.—Así cumple que lo hagas. Y date prisa, mientras está caliente su afición. Porque, si le urgan con la otra, podría ser que nos dejase en blanco.

Geta.—(Aparte.) Muy bien has dado en la cuenta.

Demifón.—(A Geta.) Llévame, pues, donde él está.

Geta.—Andando.

CREMES.—Luego que hayas hecho eso, pásate por casa, y dile á mi mujer que hable con esta moza (Alude á Fania.) antes que de aquí se nos vaya, y le diga como la hemos casado con Formión, porque no se queje de nosotros. Y que más le vale casarse con aquél, que le es más conocido; y que nosotros ya hemos hecho con ella lo que debíamos; y le hemos dado todo el dote que ha pedido.

DEMIFÓN.—(Indignado.) ¡Peste.....! ¿Y á ti qué te importa.....?

CREMES.—Mucho, Demifón.

DEMIFÓN.—¿No basta que tú hagas tu deber, sino que por fuerza lo ha de aprobar la fama?

CREMES.—Deseo que esto también se haga con la voluntad de Fania, porque no diga después que la echamos á la calle.

DEMIFÓN.—Pues eso yo mismo puedo hacerlo.

CREMES.—Mejor se avendrán mujer con mujer.

DEMIFÓN.—Corriente. (Váse con Geta.)

CREMES.—Pensando estoy dónde las podré yo hallar ahora. (Alude á su hija Fania y á su segunda mujer, que han venido de Lemnos.)

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

SOFRONA, CREMES.

Sofrona.—(Sin ver á Cremes.) ¿Qué haré? ¿Qué valedor me buscaré, pobre de mí? ¿O á quién daré parte de esta boda? ¿O á quién pediré favor? Porque no querría que mi señora por haber oído mi consejo recibiese algún agravio, según que me dicen que el padre del mancebo toma fuertemente este negocio.

Cremes.—(Aparte.) ¿Qué vieja es ésta que ha salido tan alterada de casa de mi hermano?

Sofrona.—(Sin verle.) Porque la miseria me forzó á hacerlo así; que aunque bien sabía yo que no era válido este casamiento, se lo aconsejé porque entretanto asegurase nuestra subsistencia.

Cremes.—(Aparte.) Realmente, que si mi pensamiento no me engaña, ó si no soy corto de vista, que es ésta que veo el ama de mi hija.

Sofrona.—(Sin verle.) Y no puedo rastrear al que.....

Cremes.—(Aparte.) ¿Qué haré?

Sofrona.—(Sin verle.) ..... es su padre.

CREMES.—(Aparte.) ¿Iré, ó me estaré quedo hasta conocerla mejor por lo que diga?

SOFRONA.—(Sin verle.) Porque si yo hallarle pudiese, no tenía que temer.

CREMES.—(Aparte.) Ella misma es: hablarle quiero.

SOFRONA.—¿Quién habla aquí?.....

CREMES.—(Llamándola.) ¿Sofrona?

SOFRONA.—¿Y me llama por mi nombre?

CREMES.—Mírame, aquí.

SOFRONA.—¡Oh soberanos dioses, valedme! ¿Es este Estilfón?

CREMES.—No.

SOFRONA.—¿Y dices que no?

CREMES.—Apártate un poco de esa puerta, Sofrona, por mi amor. Y de aquí adelante no me llames más por ese nombre.

SOFRONA.—¡Cómo! ¿Qué, no eres tú el que siempre nos dijiste que eras?

CREMES..—¡Chito!

SOFRONA.—¿De qué te recelas de estas puertas?

CREMES.—Tengo aquí encerrada una mujer terrible. Y en lo que á este nombre toca, engañéos entonces, porque vosotras acaso indiscretamente no me descubrieseis, y viniese por alguna vía á saberlo mi mujer.

SOFRONA.—¡Así que no hemos podido hallarte aquí por ese nombre, cuitadas de nosotras!

CREMES.—Pero díme ¡por tu vida! ¿Qué trato tienes tú con esta casa de do sales? ¿Dónde están tus amas?

SOFRONA.—¡Ay, triste de mí!

CREMES.—¡Oh! ¿qué es éso? ¿viven?

SOFRONA.—Tu hija viva es: mas su pobre madre ha muerto de pena.

CREMES.—¡Oh desgracia!

SOFRONA.—Y yo como me vi vieja, desamparada, pobre y en tierra ajena, casé la doncella como pude, con un mancebo que es señor de esta casa.

CREMES.—¿Con Antifón?

Sofrona.—¡Sí! Con ése mismo.

Cremes.—¡Pues cómo es eso! ¿dos mujeres tiene?

Sofrona.—¡No por tu vida; no más de esta sola!

Cremes.—¿Y aquella otra que dicen que es su parienta?

Sofrona.—Pues ésta es.

Cremes.—¿Qué me dices?

Sofrona.—Sobre concierto se hizo ya de manera, que él, enamorado, pudiese casarse con ella sin dote.

Cremes.—(Aparte.) ¡Oh soberanos dioses! ¡Qué de veces suceden al acaso cosas que nadie se atrevería á desear! He aquí, que viniendo he hallado á mi hija colocada con quien yo quería, y como quería. Y lo que mi hermano y yo juntos procurábamos hacer con tanta diligencia, ésta lo ha hecho sin ningún cuidado nuestro, sólo con el suyo.

Sofrona.—Ahora mira lo que conviene hacer. El padre del mancebo ha venido, y dicen que toma muy á mal este casamiento.

Cremes.—No hay peligro ninguno. Pero por los dioses y los hombres te ruego, que procures que no entienda nadie que ésta es hija mía.

Sofrona.—De mí nadie lo sabrá.

Cremes.—Vente conmigo; que lo demás allá dentro vas á oirlo.

ESCENA II.

DEMIFÓN, GETA.

Demifón.—Nosotros mismos nos tenemos la culpa, de que á algunos le sea útil ser malos, por querer nosotros ser demasiadamente reputados por buenos y generosos. *No tanto correr, que dejes atrás tu casa*, suelen decir. ¿No bastaba haberle sufrido el agravio? ¿También

hemos de meterle nuestro dinero en el bolsillo, para que tenga qué comer mientras urde otra bellaquería?

Geta.—(Adulándole.) Claro, claro.

Demifón.—Hoy día el premio es para el malo.

Geta.—Verdad, verdad.

Demifón.—¡Qué necios hemos sido en hacer su negocio!

Geta.—¡Con tal que por este medio podamos conseguir que se case con Fania!.....

Demifón.—¿Y aún tenemos duda de eso?

Geta.—¡Qué sé yo, según él es, si mudara de propósito!

Demifón.—¡Qué! ¿mudará?

Geta.—No lo sé; pero dígolo, por si acaso.

Demifón.—Tomaré el consejo de mi hermano, y haré que venga acá su mujer, para que hable con ésta. Tú, Geta, ve delante, y di como ya va Nausistrata.

Geta.—(Aparte.) Ya tenemos el dinero para Fedro : de las riñas no se habla. Ya habemos procurado como esta moza por ahora no se vaya de aquí. Y pues, ahora ¿qué sucederá? ¿Qué? En el mismo lodo pisas, Geta, ya la pagarás. El daño presente se ha aplazado para otro día: los azotes crecen, si no miras por ti. Voyme ya á casa: avisaré á Fania, que no tema á Formión ni lo que va á decirla Nausistrata.

ESCENA III.

DEMIFÓN, NAUSISTRATA, CREMES.

Demifón.—Hazme la merced, Nausistrata, como sueles, de procurar que esta mujer se conforme con nuestra voluntad, y haga de buen grado lo que, si no, ha de hacer forzosamente.

Nausistrata.—Sí haré.

DEMIFÓN.—Y así como antes me ayudaste con tu hacienda, me ayudes también ahora con tu industria.

NAUSISTRATA.—Deséolo, cierto: aunque no puedo tanto en buena fe, como debería, por culpa de mi marido.

DEMIFÓN.—¿Cómo así?

NAUSISTRATA.—Porque conserva mal la hacienda que mi padre ganó bien; pues de aquellas granjas de ordinario sacaba mi padre dos *talentos*. ¡Mira que va de hombre á hombre!

DEMIFÓN.—¿Dos? ¡por tu vida!

NAUSISTRATA.—Y aun con ir las cosas á harto más bajo precio, con todo eso, dos *talentos*.

DEMIFÓN.—¡Hola!

NAUSISTRATA.—¿Qué te parece de esto?

DEMIFÓN.—¡Ya, ya!

NAUSISTRATA.—Hombre quisiera yo ser; que yo mostrara.....

DEMIFÓN.—Bien lo creo.

NAUSISTRATA.—..... de qué manera.....

DEMIFÓN.—No grites, por tu vida, porque tengas fuerzas para hablar con la mujer; que, como es moza, podría ser que te cansase.

NAUSISTRATA.—Lo haré como mandas. Pero á mi marido veo salir de tu casa.

CREMES.—(Sin ver á su mujer.) ¡Ah, Demifón! ¿ya le has dado el dinero?

DEMIFÓN.—¡A toca-teja!

CREMES.—No quisiera que se lo hubieras dado. (Viendo á Nausistrata.) ¡Huy, mi mujer! Casi dije más de lo que fuera menester.

DEMIFÓN.—¿Por qué no quisieras, Cremes?

CREMES.—(Eludiendo la contestación.) ¡Bien está!

DEMIFÓN.—¿Y tú? ¿Has hablado ya con esa mujer sobre lo que viene acá la tuya?

CREMES.—Ya lo he tratado con ella.

DEMIFÓN.—¿Y pues? ¿qué dice?

CREMES.—No hay quien la persuada.

DEMIFÓN.—¿Cómo no?
CREMES.—Porque él y ella son una sola entraña.
DEMIFÓN.—¿Y eso á nosotros qué.....?
CREMES.—Mucho. Además, he sabido que es parienta nuestra.
DEMIFÓN.—¡Qué dices! ¿desvarías?
CREMES.—Ello es, como yo te digo. No hablo sin causa. Refresca conmigo tu memoria.
DEMIFÓN.—¿Estás en tú seso?
NAUSISTRATA.—(A Demifón.) ¡Mira, por tu vida, no hagas algún yerro contra tu parienta!
DEMIFÓN.—¡Que no es mi parienta!
CREMES.—No lo niegues. Te ocultaron el verdadero nombre de su padre, y por ahí la erraste.
DEMIFÓN.—¿Y pues? ¿no conocía ella á su padre?
CREMES.—Si le conocía.
DEMIFÓN.—¿Pues por qué le llamó por otro nombre?
CREMES.—¿No me acabarás hoy de creer, ni de entenderme?
DEMIFÓN.—¡Si tú no dices nada!
CREMES.—(Molestado porque Demifón le pone á punto de tener que descubrir el secreto delante de Nausistrata.) ¿Aun prosigues?.....
NAUSISTRATA.—(Aparte.) Pasmada estoy. ¿Qué será ésto?
DEMIFÓN.—Realmente que yo no entiendo lo que es.
CREMES.—¿Quieres entenderlo? ¡Pues así Júpiter me salve, como ella no tiene otro pariente más cercano que á mí y á ti!
DEMIFÓN.—¡Válgame la fe de los dioses! Vamos donde ella: yo quiero, que así juntos como estamos, sepamos si es ó no es.....
CREMES.—(En tono de censura.) ¡Ah!
DEMIFÓN.—¿Qué es eso?
CREMES.—¿Tan poco crédito tengo yo contigo?
DEMIFÓN.—¿Quieres que lo dé por creído? ¿quieres que me tenga por bien informado? ¡Corriente! ¿Y pues? ¿de la hija de aquel amigo nuestro, qué haremos?

CREMES.—Descuida.

DEMIFÓN.—¿Conque la despedimos?

CREMES.—¿Por qué no?

DEMIFÓN.—¿Y queda acá estotra?

CREMES.—Sí.

DEMIFÓN.—Pues bien puedes volverte, Nausistrata.

NAUSISTRATA.—A mi ver, más conviene eso para todos, que ella quede, que no lo que habías intentado. Porque me pareció muy ahidalgada cuando la vi. (Vase.)

DEMIFÓN.—¿Qué negocio es éste?

CREMES.—(Receloso de que pueda oirle Nausistrata.) ¿Ha cerrado ya la puerta?

DEMIFÓN.—Sí.

CREMES.—¡Oh Júpiter! ¡Los dioses son con nosotros! ¡Mi hija he hallado casada con tu hijo!

DEMIFÓN.—¡Cómo! ¿es posible?

CREMES.—No es éste lugar seguro para contártelo.

DEMIFÓN.—Pues éntrate allá. (Indicando su casa.)

CREMES.—¡Hola! Mira que no quiero que lo sepan esto, ni aun nuestros propios hijos. (Entran en casa de Demifón.)

ESCENA IV.

ANTIFÓN.

ANTIFÓN.—Huélgome, como quiera que mis cosas sucedan, de que mi primo haya salido con su intento. ¡Qué bueno es desear aquello que, aunque á uno le sea contraria la fortuna, se pueda remediar á poca costa! Mi primo con hallar el dinero está fuera de cuidado; yo, en manera alguna puedo dar con el remedio por donde sacuda estos enojos, de suerte que si este casamiento se encubre no esté con temor, y si se descubre con vergüenza. Ni ahora volviera yo á casa, si no tuviera esperanza de poder quedar con mi Fania. ¿Pero dónde podría yo ahora hallar á Geta, para que me diga qué ocasión le parece que espere para verme con mi padre?

ESCENA V.

FORMIÓN, ANTIFÓN.

FORMIÓN.—(Sin ver á Antifón.) Recibí el dinero y se lo entregué á Dorión; me traje la mujer; procuré que Fedro gozase de ella como de propia, porque la hicimos libre. Ahora sólo me falta una cosa, sacudirme de los viejos para que me dejen comer y beber á mis anchas; porque tomaré de huelga unos días.

ANTIFÓN.—Formión es. ¿Qué dices?

FORMIÓN.—¿Sobre qué?

ANTIFÓN.—¿Qué piensa hacer ahora Fedro? ¿Cómo hace cuenta de satisfacer al deseo de sus amores?

FORMIÓN.—Va á hacer lo mismo que tú.

ANTIFÓN.—¿Qué....?

FORMIÓN.—Huir de la presencia de su padre. Y así me envía á rogarte que hagas ahora tú por él, como él hizo por ti, y que le defiendas en su ausencia. Porque quiere comer en mi casa. Yo les diré á los viejos que me voy á la feria de Sunnio, á comprar la esclavilla que antes les dijo Geta, porque no piensen, en no viéndome aquí, que les hundo su dinero. Pero la puerta de tu casa ha sonado.

ANTIFÓN.—Mira quién sale.

FORMIÓN.—Geta es.

ESCENA VI.

GETA, FORMIÓN, ANTIFÓN.

GETA.—(Sin verlos.) ¡Oh Fortuna! ¡Oh dicha! ¡Qué de bienes, y cuán presto, le habéis acarreado con vuestro favor á mi señor Antifón el día de hoy!

ANTIFÓN.—(A Demifón.) ¿Qué traerá aquél?

GETA.—(Continuando el apóstrofe.) ¡Y á los que le queremos bien nos habéis librado de temor!—Pero, ¿por qué me detengo en echarme esta capa al hombro y procurar buscar á ese hombre de presto, (Alude á Antifón.) para hacerle saber todo lo que pasa?

ANTIFÓN.—(A Formión.) ¿Tú entiendes lo que aquél dice?

FORMIÓN.—¿Y tú?

ANTIFÓN.—Nada.

FORMIÓN.—Yo otro tanto.

GETA.—Iréme á casa del rufián; que allí deben de estar ahora. (Echa á andar á toda prisa.)

ANTIFÓN.—(Llamándole.) ¡Hola, Geta!

GETA.—¡Cataos aquí! ¡Qué ordinaria cosa es que no falte quien le llame á uno, cuando va corriendo á alguna parte! (Sigue adelante.)

ANTIFÓN.—¡Geta!

GETA.—(Sin ver á su amo.) ¿Aun prosigues? Pues no has de poder más que yo con tu porfía. (Sigue corriendo.)

ANTIFÓN.—(Tras él.) ¿No paras?

GETA.—Azotado seas.

ANTIFÓN.—¡Eso te harán á ti luego, si no te paras, bribón!

GETA.—Muy amigo mio debe de ser éste que así me amenaza. (Volviéndose.) Pero, ¿es por dicha el propio que busco ó no es él? El es.

FORMIÓN.—Llégate acá de presto.

ANTIFÓN.—¿Qué hay?

GETA.—¡Oh Antifón! que eres el hombre más afortunado de cuantos son hoy en el mundo. Porque sin duda ninguna á tí solo te quieren bien los dioses.

ANTIFÓN.—¡Ojalá! Mas para creer que eso es así, yo querría que me dijeses.....

GETA.—¿No te tendrás por contento, si te dejo todo embutido de placer?

ANTIFÓN.—¡Que me matas!

FORMIÓN.—Déjate de promesas y dinos qué nuevas nos traes.

GETA.—¡Oh! ¿Y tú también estabas aquí, Formión?

FORMIÓN.—Estaba. Pero, ¿qué te detienes....?

GETA.—(A Antifón.) ¡Escucha pues! Así como te dimos el dinero poco ha en la plaza, fuímonos derechos á casa. En esto, el viejo envíame á que hablase con tu mujer.

ANTIFÓN.—¿Sobre qué?

GETA.—No quiero decírtelo, Antifón, porque no hace al caso. Así como iba á entrar en el cuarto de las mujeres, viénese corriendo para mí el criado Midas; échame por detrás mano de la capa, que casi me hizo caer de espaldas; vuelvo, y dígole que por qué me detenía. Díceme, que estaba prohibido ahora entrar á hablar con mi señora. Porque Sofrona, dice, ha hecho venir aquí á Cremes, el hermano del viejo, y ahora está allá dentro con ellas. Así como le oí esto, comencé á escurrirme. Alleguéme, muy á mi paso y secreto hacia la puerta, estúveme quedo, detuve el aliento, arrimé el oído y comencé á escuchar de esta manera, por si les podía coger alguna palabra.....

ANTIFÓN.—¡Oh Geta!

GETA.—Y oí allí una cosa maravillosa, tanto, que no sé cómo me detuve, que no dí voces de gozo.

ANTIFÓN.—¿Qué.....?

GETA.—¿Qué dirás?

ANTIFÓN.—No sé.

GETA.—La mejor del mundo; que se ha hallado que tu tío es padre de Fania, tu mujer.

ANTIFÓN.—¡Cómo! ¡qué me dices!

GETA.—En tiempos pasados tuvo trato de secreto en Lemnos con la madre de Fania.

FORMIÓN.—¡Quimeras! ¿No conociera ella á su padre?

GETA.—Créete, Formión, que alguna causa debe de haber. Pero, ¿piensas que podía yo entender desde fuera de la puerta todo lo que ellos entre sí trataban allá dentro?

ANTIFÓN.—Yo también, en verdad, he oído ese cuento.

GETA.—Pues decirte he una cosa, por donde más fácilmente me des crédito. En esto, salió de allá dentro acá fuera tu tío; y á cabo de poco con tu padre se tornó á entrar dentro: y dicen ambos á dos que te dan licencia para que te cases con ella. Finalmente, me han enviado á mí, para que te busque y te lleve allá.

ANTIFÓN.—Pues llévame en un vuelo. ¿Por qué te detienes?

GETA.—Andando.

ANTIFÓN.—Amigo Formión, adiós.

FORMIÓN.—Adiós, Antifón. Así los dioses bien me quieran como me huelgo de lo sucedido.

ESCENA VII.

FORMIÓN, solo.

FORMIÓN.—¡Y que sea verdad que tan repentinamente les haya sucedido á éstos tanta ventura! Ahora tengo yo muy buena ocasión para burlarme de los viejos, y quitar á Fedro el cuidado de buscar el dinero, porque no haya de ir á rogar á ninguno de sus amigos. Porque este dinero, así como lo soltaron á regaña-dientes, ha de quedar para él, aunque les pese. Y ya he hallado manera para obligarlos á ello, aunque no quieran. Ahora he menester yo apercibirme de un rostro y semblante nuevo. Pero entraréme en este callejón, y haréme el encontradizo cuando salgan fuera. Ya no finjo que voy á la feria.

ESCENA VIII.

DEMIFÓN, FORMIÓN, CREMES.

Demifón.—Con razón doy muchas gracias á los dioses y se lo tengo en gran merced, hermano mío, pues nos ha salido tan bien este negocio. Lo que ahora habemos de hacer es buscar luego á Formión y pedirle nuestras treinta *minas*, antes que acabe con ellas.

Formión.—(Fingiendo que no los ve.) A ver voy si está en casa Demifón, para que lo que.....

Demifón.—Pues nosotros íbamos á buscarte, Formión.

Formión.—¿Sobre este mismo negocio por ventura?

Demifón.—Sí, en verdad.

Formión.—Figurémelo. ¿Y á qué fin me ibais á buscar? ¡Qué ridiculez! ¿Temíais que me había de retirar de la palabra que una vez ya os había dado? Mirad, señores, que aunque soy un pobre hombre, con todo eso, siempre hasta aquí he procurado mantener mi crédito.

Demifón.—(A Cremes.) ¿No es tan ahidalgado como te dije?

Cremes.—Y mucho, cierto.

Formión.—Y así vengo á deciros, Demifón, como ya yo estoy aparejado, para recibir la mujer cuando quisiereis dármela. Porque todas mis conveniencias he dejado, como era razón, por entender que vosotros tan de veras queríais este casamiento.

Demifón.—El caso es que éste (Señalando á Cremes.) me ha aconsejado que no te la diese. ¿Cuál no será, me dice, el clamor de la ciudad, si tal hicieres? Todos te dirán: «Cuando pudiste dársela con su honra, no se la diste, y ahora, viuda, la echas de casa, ¡qué vergüenza!» Final-

mente, me ha dicho lo mismo que tú antes me habías dicho quejándote.

FORMIÓN.—Con harta soberbia os burláis de mí.

DEMIFÓN.—¿En qué?

FORMIÓN.—¿Eso me preguntas? En que ya tampoco podré casarme con la otra. Porque ¿con qué cara tornaré á pedir la mujer que tuve en poco?

CREMES.— (Bajo á Demifón.) Dile también: «Además de esto veo que Antifón se aparta de ella contra su voluntad.»

DEMIFÓN.—Además de esto veo que mi hijo Antifón la deja muy contra su voluntad. Así, ve por tu vida á la plaza y vuélveme aquella partida de dinero, Formión.

FORMIÓN.—¿Cuál dinero? Ya yo lo libré á mis acreedores.

DEMIFÓN.—¿Pues qué haremos?

FORMIÓN.—Si me quieres dar la mujer que me ofreciste, yo me casaré con ella: y si quieres que ella se quede en tu casa, el dote, Demifón, ha de quedar en mi poder. Porque no es justo que yo quede burlado por vosotros, pues yo por cubrir vuestra honra despedí la otra, que me traía el mismo dote.

DEMIFÓN.—¡Vete á la horca con tu fanfarronería, ladrón! ¿Piensas que no sabemos aquí quién eres tú y cómo vives?

FORMIÓN.—¡No me queméis!.....

DEMIFÓN.—¿Tú te casaras con ella, si te la dieran?

FORMIÓN.—Pruébalo.

DEMIFÓN.—Vuestra pretensión fue ésa, para que mi hijo viviese con ella en tu casa.

FORMIÓN.—¿Cómo es eso que dices?

DEMIFÓN.—Acaba ya, vuélveme mi dinero.

FORMIÓN.—Antes dame tú mi mujer.

DEMIFÓN.—Acude á la justicia.

FORMIÓN.—¿A la justicia? ¡Pues á buena fe, que si seguís molstándome!.....

DEMIFÓN.—¿Qué harás?

FORMIÓN.—¿Qué..... yo? ¿Pensáis por ventura vosotros que yo defiendo solamente á las que no tienen dote? Pues también me precio de sacar la cara por las que lo tienen.

CREMES.—¿Y eso, á nosotros, qué.....?

FORMIÓN.—Nada. Conocía yo aquí cierta mujer..... cuyo marido.....

CREMÉS.—¡Ah!

DEMIFÓN.—¿Qué es eso?

FORMIÓN.—.....tuvo en Lemnos otra mujer.....

CREMES.—Perdido soy.

FORMIÓN.—.....y de ella ha habido una hija, y la cria de secreto.

CREMES.—¡Muerto soy!

FORMIÓN.—Todo esto se lo tengo yo de ir á contar á ella.

CREMES.—Por tu vida, que no lo hagas.

FORMIÓN.—¡Oh! ¿eras tú aquél?

DEMIFÓN.—¡Cómo se está burlando de nosotros!

CREMES.—Por libre te damos.

FORMIÓN.—¡Coplas!

CREMES.—¿Qué más quieres? Del dinero que tienes te hacemos gracia.

FORMIÓN.—Ya lo oigo. Pues, ¿por qué ¡mala peste.....! os estáis burlando de mí como necios con vuestros pareceres de niños? Ahora quiero, ya no quiero; toma, daca; lo hecho, deshecho; lo que ya estaba tratado, ya no es nada.

CREMES.—(A Demifón.) ¿Cómo, ó de quién ha tenido éste noticia?.....

DEMIFÓN.—No sé: lo que yo de cierto sé es que yo no se lo he dicho á nadie.

CREMES.—¡Así los dioses me amen como parece cosa de prodigio!

FORMIÓN.—(Aparte.) Congoja les he dado.

DEMIFÓN.—(Aparte á Cremes.) ¡Cómo! ¿Y ha de ser verdad que éste se nos ha de llevar tanto dinero, y se ha de

ir así tan á la clara burlando de nosotros? Más vale morir realmente. Procura tener un corazón varonil y firme. Ya tú ves cómo tu yerro es público y que ya no lo puedes encubrir á tu mujer. Pues lo que ella por otro ha de saber, Cremes, mejor es que nosotros se lo digamos. Después podremos vengarnos de este bellaco á nuestra voluntad.

FORMIÓN.—(Bajo.) ¡Tate! ¡Perdido soy, si no miro por mí! Estos, con ánimo de gente desesperada, quieren embestir conmigo.

CREMES.—Temo que no la podremos apaciguar.

DEMIFÓN.—¡Valor, Cremes; que yo os pondré en paz, confiado de que ya es muerta aquella de quien hubiste la hija!

FORMIÓN.—¿Así os confederáis contra mí? Con harta astucia me acometéis. No has mirado mucho por el bien de éste, Demifón, en enojarme. (A Cremes.) ¿Te parece bien eso? ¿Después de haber hecho tú por tierras extrañas lo que te ha parecido, y no haber tenido vergüenza de hacer una afrenta tan grande á una mujer tan principal, piensas tú ahora venir á lavar con lágrimas tu yerro? Con estas razones yo la encenderé tanto en ira contra ti, que no la bastes á aplacar, aunque todo te derritas en lágrimas.

DEMIFÓN.—¡Maldito sea semejante bribón de todos los dioses y de todas las diosas! ¿Que es posible que haya hombre de tanto atrevimiento? ¿No sería justo que á un monstruo como éste le echasen por vindicta pública á un destierro?

CREMES.—A punto he venido, que no sé qué me haga con él.

DEMIFÓN.—Yo sí. Vamos á juicio.

FORMIÓN.—¿A juicio? (Indicando la casa de Cremes y Nausistrata.) Aquí, si algo queréis.

DEMIFÓN.—Asele y tenle, mientras hago que salgan mis criados.

CREMES.—No puedo á solas, ayúdame.

FORMIÓN.—(A Demifón.) Una injuria me debes.

CREMES.—Pues pídela por justicia.

Formión.—Y tú otra, Cremes.
Demifón.—(A un siervo que acude.) Arrebátale á éste.
Formión.—¿Así va? Menester es realmente dar voces. (Gritando.) ¡Nausistrata!..... ¡Nausistrataaa.....! Sal aquí.
Cremes.—Tápale la boca.
Demifón.—El sucio, mira qué fuerza tiene.
Formión.—¡Hola! ¡Nausistrataaa.....!
Cremes.—¿No callarás?
Formión.—¿Qué callar?
Demifón.—Si no te sigue, métele los puños en las tripas.
Formión.—Aunque me saltes un ojo; que yo tengo bien donde vengarme de vosotros.

ESCENA IX.

NAUSISTRATA, DEMIFÓN, FORMIÓN, CREMES.

Nausistrata.—¿Quién me llama?
Cremes.—¡Ah!
Nausistrata.—¿Qué brega es esa, por tu vida, marido?
Formión.—(A Cremes.) ¡Ea! ¿de qué te has ahora pasmado?
Nausistrata.—(A Cremes.) ¿Qué hombre es éste? (Pausa.) ¿No me respondes?
Formión.—¿Qué te ha de responder éste, que no sabe realmente do se está?
Cremes.—Mira, á éste no le creas nada.
Formión.—Llega y tócale: y si no estuviere hecho un hielo, mátame.
Cremes.—Esto no es nada.
Nausistrata.—¿Y pues? ¿qué es lo que este hombre dice?
Formión.—Yo te lo contaré: óyeme.

CREMES.—¿Y aun le crees?

NAUSISTRATA.—¿Qué le he de crer, por tu vida, pues aun no me ha dicho nada?

FORMIÓN.—Desvaría el cuitado de puro miedo.

NAUSISTRATA.—En buena fe que no es sin misterio el tener tú tanto miedo.

CREMES.—¿Yo miedo?

FORMIÓN.—Está bien: pues tú no tienes miedo y lo que yo digo no es nada, cuéntaselo tú.

DEMIFÓN.—¿Y á ti te lo ha de contar, bribón?

FORMIÓN.—(Con ironía.) ¡Oh! ¡Qué bien le has valido á tu hermano!

NAUSISTRATA.—Marido, ¿no me dices nada?

CREMES.—Pero.....

NAUSISTRATA.—¿Qué *pero?*

CREMES.—No cumple que se diga.

FORMIÓN.—A ti no: pero á ella le cumple que se sepa. En Lemnos,....

CREMES.—¡Ah! ¿Qué dices?

DEMIFÓN.—¿No callarás?

FORMIÓN.—.....sin saberlo tú.....

CREMES.—¡Ay de mí!

FORMIÓN.—.....se casó.

NAUSISTRATA.—¡Marido! ¡los dioses nos den mejor suceso!

FORMIÓN.—Ello pasa así.

NAUSISTRATA.—¡Ay, triste y desventurada de mí!

FORMIÓN.—Y de allí ha habido una hija ya, mientras tú te estás durmiendo.

CREMES.—(A Demifón.) ¿Qué hacemos?

NAUSISTRATA.—¡Oh soberanos dioses; qué indignidad, qué infamia!

FORMIÓN.—Esto es lo que ha hecho.

NAUSISTRATA.—¿Hase hecho jamás tan grande sinrazón? Y cuando vienen á sus mujeres, entonces hacen muy del viejo. Demifón, contigo quiero haberlas: porque con éste me apesta el tratar. ¿Estas eran aquellas idas

tan á menudo á Lemnos, y aquel detenerse tanto allá? ¿Esta era aquella tan grande baja, que tanto disminuía nuestras rentas?

DEMIFÓN.—Yo, Nausistrata, no digo que éste no tiene culpa en este caso: pero que es culpa digna de perdón.....

FORMIÓN.—¡La defensa de un muerto!

DEMIFÓN.—Porque ni él lo hizo por menospreciarte á ti, ni por no tenerte amor. Sino que habrá quince años que, caliente del vino, hubo aquella mujercilla, cuya hija es ésta: y después acá nunca más tuvo trato con ella. Ya ella es muerta; ya no está de por medio, que era el azar que podía haber en esto. Por lo cual te suplico que tengas en esto paciencia, como la sueles tener en todo lo demás.

NAUSISTRATA.—¿Yo paciencia? ¡Querría, triste de mí, acabar en esto la vida! Porque, ¿qué hay ya más que aguardar? ¿He de pensar que ya por los años se enmendará? Ya entonces era viejo, si la vejez basta á hacer á los hombres vergonzosos. ¿Son por dicha, Demifón, mis años y mi rostro para enamorar ahora más que entonces? ¿Qué esperanza me darás tú, para que yo confíe que será mejor de lo que ha sido?

FORMIÓN.—Los que tienen obligación de ir al cabo de año de Cremes, ya es tiempo. ¡Yo os le pondré de duelo! ¡Ea, ea: venga quien quiera á tener pendencias con Formión: que yo os lo dejaré tendido con tal desgracia, como la que acabó con éste. Ahora, que haga las paces con su mujer; que ya yo quedo bien satisfecho: ya ésta tiene con qué romperle los oidos para mientras él viva.

NAUSISTRATA.—(Con amarga ironia.) Es por dicha por merecimientos míos. ¿Qué es menester, Demifón, que yo te diga ahora aqui en particular lo que yo he hecho por éste?

DEMIFÓN.—Tan bien lo sé todo eso, como tú.

NAUSISTRATA.—¿Parécete, pues, que se lo tenía yo merecido?

DEMIFÓN.—No, por cierto. Pero pues lo pasado, por más que le riñas, no puede ya dejar de ser pasado, perdónale: él te lo ruega, confiesa su culpa, y te da la satisfacción. ¿Qué más quieres?

FORMIÓN.—(Aparte.) Realmente que antes que ésta le perdone, conviene que yo mire por mí, y también por Fedro. (Alto.) Oye, Nausistrata: antes de responderle á éste palabra inadvertidamente.

NAUSISTRATA.—¿Qué quieres?

FORMIÓN.—Yo le he pescado treinta *minas* con engaño y se las he dado á tu hijo, y él las ha dado á un rufián por su amiga.

CREMES.—¡Cómo ! ¿qué dices?

NAUSISTRATA.—¿Tan fuerte cosa te parece á ti que tu hijo, siendo mancebo, tenga una amiga, teniendo tú dos mujeres? ¿No te avergüenzas? ¿Con qué cara osarás reprenderle? Responde.

DEMIFÓN.—El hará todo lo que tú quisieres.

NAUSISTRATA.—(A Demifón.) Pues, porque sepas mi determinación, ni yo le perdono ni le prometo nada, ni le respondo, hasta verme con mi hijo. Todo lo dejo yo á su parecer; yo haré todo lo que él mande.

FORMIÓN.—Mujer de seso eres, Nausistrata.

NAUSISTRATA.—(A Cremes.) ¿Estás satisfecho con esto?

CREMES.—Si, y aun voy muy bien librado; y mejor que yo pensaba.

NAUSISTRATA.—(A Formión.) Díme, ¿cómo te llamas?

FORMIÓN.—¿Yo? Formión, amigo familiar de vuestra casa y muy particular de tu hijo Fedro.

NAUSISTRATA.—Formión, te juro que, de hoy más, haré y diré por ti cuanto quisieres.

FORMIÓN.—Eres muy bondadosa.

NAUSISTRATA.—Todo lo mereces tú.

FORMIÓN.—¿Quieres, pues, hacer hoy una cosa, Nausistrata, con que yo me alegre y de que á tu marido le duelan los ojos?

NAUSISTRATA.—Deséolo.

FORMIÓN.—Pues convídame á cenar.

NAUSISTRATA.—Sí que te convido.

DEMIFÓN.—Entrémonos ya.

CREMES.—Sea. Pero, ¿dónde está Fedro, que ha de ser nuestro juez?

FORMIÓN.—Yo le haré venir aquí ahora mismo. (A los espectadores.) ¡Quedad en hora buena, y aplaudid!

FIN DE LA COMEDIA.

NOTAS.

—

I.

LA ANDRIANA.

(ANDRIA.)

El Prólogo. Recitóse, como los demás, por el primer actor de la compañía. No va encaminado á declarar el argumento, según era costumbre en el teatro clásico, sino á defenderse el poeta de los cargos que sus émulos le hacían.

Pág. 4.ª, l. 6.ª — «.....malévolas censuras de un poeta rancio.» — Este poeta era Luscio Lavinio, ó Lanuvio, que de ambos modos se le nombra, autor de comedias que fueron muy aplaudidas del público romano, aunque, al decir de Terencio, más se debieron los aplausos al talento de los actores, que al mérito artístico de las piezas.

— l. 9.ª — «Menandro compuso *La Andriana* y *La Perintia.*» — Menandro, padre de la *Comedia nueva,* en Grecia, nació por el año 340 antes de J. C. *La Andriana* y *La Perintia* ó *Perintiana,* llamábanse así porque la primera de estas comedias tenía por protagonista

una mujer de *Andros*, isla del mar Egeo, y la segunda una mujer de *Perintho*, ciudad de la Propóntida.

— l. 16.—«Porque dicen que no es bien hacer de varias una sola fábula.»—Texto: «..... *Contaminari non decere fabulas.*» «Contaminare», propiamente es, dice Min-elio, *Polluere aliquid*, *aut lutosis manibus attingere*, «manchar, tocar algo con las manos enlodadas»; de donde, «echar á perder.» Pero también vale «mezclar»; de suerte que los émulos de Terencio, al dirigirle el reproche de que mezclaba (*amalgamaba*) dos piezas griegas para componer una sola comedia latina, añadían, con la significación propia del verbo contaminar, más fuerza á la censura, sugiriendo la idea de que *enlodaba* las comedias griegas.

— l. 18.—«.....pues al acusarle de esto, acusan por igual á Nevio, á Plauto, á Ennio, á quienes nuestro poeta tiene por maestros.. ..»—Terencio se escuda aquí contra la censura de «contaminador», recordando el ejemplo de aquellos tres poetas cómicos que le precedieron, y que usaron igual procedimiento de refundición. De Nevio y de Ennio no tenemos ninguna comedia entera: sólo quedan fragmentos muy importantes para la historia de la lengua latina en su período arcáico ó anteclásico.

Pág. 10, l. 26-27.—«.....pónenla en la hoguera.....»—Alude á la cremación de los cadáveres usada entre los Griegos, pues la acción pasa en Atenas.

Pág. 11, l 35.—«Ahora, lo que tú has de hacer es fingir muy bien estas bodas, atemorizar á Davo.....»—Es de observar que Sosia, el siervo fiel, á quien Simón da este encargo, no vuelve á aparecer en escena. Esto induce á sospechar que quizá en la pieza griega se hacía por medio de monólogo la exposición del argumento, que aquí se presenta dialogada.

Pág. 13, l. 27.—«No; que soy Davo y no Edipo.»—Sabida es la trágica historia del infortunado Rey de Tebas. Sin conocerlos mató á su padre y se casó con su

madre, ocupando el trono de aquél. En castigo del parricidio y del incesto, declaróse en Tebas una peste asoladora. Edipo averiguó la causa de aquella calamidad por el adivino Tiresias. Edipo, para expiar su doble crimen, se sacó los ojos. La frase, pues, «soy Davo y no Edipo» equivale á «no soy adivino» ó «no tengo quien me lo adivine».

Pág. 14, l. 5.ª—«¡Vaya, no hay que enojarse!»—El texto dice: «*Bona verba quæso*»; Simón Abril, «Mejor seso me den los dioses.» Paréceme que el docto humanista no entendió bien el sentido del original. La versión que doy es, sin duda, libre, pues literalmente el texto latino dice: «buenas palabras ruego», es decir, no te incomodes, no te enojes conmigo. He querido indicar el dejo burlón que sin duda hay en las palabras de Davo, como se infiere de la pregunta que después hace Simón: «¿Búrlaste? *¿Irrides?*»

Pág. 15, l. 4.ª—«Misis. Ya te he entendido, Arquilis, rato ha.....»—Misis, criada de Glicera, dice esto al salir de casa con el encargo de llamar á la partera Lesbia. Arquilis, á quien habla, es otra criada de Glicera.

Pág. 16, l. 10.—«.....que ellos crían algún culebrón.....»—El texto: «.....*Aliquid monstri alunt*»; literalmente, «crían alguna monstruosidad, algo monstruoso.» Simón Abril, con buen tino artístico, dió á esta expresión abstracta una forma pintoresca, que es la adoptada, con la única variante de «culebrón» en vez de «sierpe».

Pág. 22, l. 28.—«¡Dale! ¡Si lo sé todo!.....»—Por la primera palabra traduzco el «*Obtundis*» del texto, corrigiendo la versión de Simón Abril, «*Porfías*». El original es más expresivo; pudiera traducirse «¡Machaca!»

Pág. 23, l. 2.ª—«.....mírame al rostro.»—Texto: *Me vide*, expresión elíptica que quiere decir «mírame al rostro; que en él verás que no te engaño.» La frase *Me vide* es de rúbrica en los cómicos latinos, y sirve para

responder de la verdad con que uno afirma ó niega alguna cosa.

— l. 18.—«.....esto no pega.»—Texto: *Non cohærent*. Simón Abril: «No viene bien.» Cito esta corrección como ejemplo de otras muchas de igual índole, que no registro en estas notas por no abultar demasiado el tomo.

Pág. 26, l. 12.—«DAVO (*Aparte*). Mi amo me mandó que, dejando otros negocios.....»—Davo, siervo de Carino, escucha oculto el diálogo de Simón y Pánfilo, y cuenta á su señor como Pánfilo ha aceptado por esposa á la hija de Cremes, de la cual Carino está locamente enamorado. Así se explican los reproches que Carino dirige á su amigo Pánfilo en la escena primera del cuarto acto.

Pág. 30.—«Escena II: Davo, Simón, Glicera.»—Esta escena, en la versión de Simón Abril, forma parte de la primera. El texto de Faerno, que nuestro humanista seguía, le autorizaba á ello: no así el movimiento escénico de los personajes. Las correcciones de esta especie son muchas; pero no se registrarán en estas notas.

— l. 21.—«.....que yo en puerto navego.»—Simón Abril: «que yo en salvo estoy.» La variante es más gráfica y más literal. *Ego in portu navigo*, dice el texto.

— «Escena III: Lesbia, Simón y Davo.»—En esta escena, Simón y Davo, ocultos, escuchan lo que Lesbia dice á Arquilis saliendo de casa de Glicera. Por eso el viejo Simón dice á Davo al comenzar la escena tercera: «Esto á lo menos, ¿quién que te conozca, no creerá que nace de tí?»

Pág. 37, l. 7.—«¡Milagro será que no esté en casa!»—Texto: *Mirum ni domi est*. Simón Abril: «Entiendo que debe de estar en casa.»

Pág. 42, l. 28.—«Esto es tan cierto como el oráculo de Apolo.» La veracidad del oráculo consagrado á

Apolo en Delfos era proverbial: «*Hæc ex Oraculo Apollinis Pithii reddita tibi puta; nihil potest esse verius*», dice Cicerón: «Imagínate que esto te lo dice (responde) el oráculo de Apolo Pithio: nada puede ser más verdadero ó cierto.»

Pág. 43, l. 7.ª—«Pánf. (*A Davo, con desdén*): ¡Ya..... proyectos!.....» Simón Abril: «Ya sé lo que intentas.» Esta versión es más literal, sin duda, que aquélla, pues el texto dice: «*Scio quid coneris*»; pero resulta obscura, y aun inexplicable. Con efecto; si Pánfilo dice aquí «*Ya sé lo que intentas*», ¿cómo es que poco más abajo le pregunta al mismo Davo, *¿qué vas á hacer, dime?* El verdadero sentido de la frase latina es, dada la situación de Pánfilo, *Ya sé que lo que intentas es tiempo perdido.*

Pág. 45, l. 4.ª—«Toma de ese altar unas verbenas.....»—Según Evanthio (*Prol. in Terent.*), los antiguos solían adornar la escena con dos aras, ó pequeños altares; á la derecha ponían la de Baco, á la izquierda la del dios en cuyo honor se celebraban los juegos. Minellio entiende que el altar de que se trata aquí estaba dedicado á Apolo, quien presidía á la comedia, como Baco á la tragedia. Por último, la nota de la colección Nisard explica este pasaje diciendo que en Grecia, y particularmente en Atenas, había un pequeño santuario delante de cada casa, adornado con verbena, planta sagrada.

Pág. 59, l. 33.—«¡Padre, no está bien atado!»—Texto: «*Pater non recte vinctus est.*» La expresión resulta anfibológica: traducida con toda claridad, sería: «¡Padre, no es bien que esté atado!», y este es ciertamente el pensamiento de Pánfilo; pero la anfibología es necesaria, por lo que contesta Simón: «Pues no es eso lo que yo mandé.» Y, con efecto, el viejo había mandado (Esc. 2.ª, act. v) que le ataran bien de pies y de manos.»

Es este uno de los pocos chistes con que lo cómico de palabra se manifiesta en el teatro de Terencio.

II.

EL EUNUCO.

(EUNUCHUS.)

Personas:

Gnatón, *parásito*. Este nombre daban los cómicos latinos al truhán que se servía de la adulación para comer en casa ajena.

Prólogo, l. 7.ª—«Ese mismo dió á la escena no ha mucho *El Fantasma*, de Menandro.»—Alude á Lavinio.

— l. 8.ª—«y en la comedia *El Tesoro* representó que aquél á quien le pedían el oro había de probar como era suyo, antes que el demandante mostrase de dónde tenía aquel tesoro, ó quién lo había puesto en la sepultura de su padre.»—Para cabal inteligencia de este nuevo cargo que hace aquí Terencio á su émulo Lavinio, es preciso conocer el argumento de *El Tesoro*. Un padre, temeroso de ver arruinada su hacienda por los despilfarros de su hijo, hace enterrar un tesoro en su sepultura, disponiendo además por testamento que aquélla no se pueda abrir hasta diez años después de su muerte. Acaecida ésta, el hijo pródigo vende la finca en la cual se halla el panteón. Transcurren los diez años y manda á un esclavo abrir la tumba. Abrese, en efecto, de acuerdo con el comprador, y encuentran el tesoro con una carta. El nuevo dueño de la finca sostiene su derecho de propiedad sobre el hallazgo, y la cuestión pasa á los tribunales de justicia. Lavinio, según Terencio, cometió una grave impropiedad al representar el juicio haciendo hablar en primer término al demandado, cuando lo legal era que el demandante mostrase primero su derecho.

— l. 20.—«No bien los Ediles compraron.»—Los Ediles, como es sabido, disponían los espectáculos públicos, y entre ellos, las representaciones teatrales (*ludi scenici*). Los Ediles compraban las comedias que habían de representarse, asesorados por personas de reconocida competencia y en vista de un ensayo general previo.

Pág. 67, l. 13-15.—«El poeta confiesa haber tomado estas dos personas para su *Eunuco;* pero que las fábulas estuviesen ya hechas.....»—Por la defensa que aquí hace Terencio vemos que entre los latinos no era motivo de censura el traducir ó imitar del griego, pero sí lo era el tomar algún personaje de los que ya habían pasado al teatro latino.

Pág. 71, l. 9.ª—«FEDRO (*con ironía*). Sí, por cierto.....» —Aquí Fedro responde, no á la pregunta que acaba de hacerle Tais (*¿Por qué no me respondes?*), sino á la anterior (*¿Por qué no entrabas sin llamar?*)

Pág. 73, l. 28.—«.....por ambos esclavos veinte *minas*.—El *talento*, moneda griega, valía 60 *minas;* cada *mina*, 100 *dracmas* (una *libra* romana); la *dracma* un *denario* romano, ó sea 0,81 de franco.

Pág. 78, l. 23.—«Es Gnatón, el *parásito* del soldado.» La mejor pintura del *parásito* es la que hace Gnatón de sí mismo en la escena siguiente.

Pág. 83, l. 12-13.—«En cuanto una engorda un poco, dicen que es un gladiador: acórtanle la ración.» Simón Abril: «Si hay alguna de buen hábito, dicen que es giganta: quítanle el comer.» El texto: *Si qua est habitior paulo, pugilem esse ajunt*, etc.

Pág. 86, l. 36-37.—«Al cabo sobre mis costillas molerán el trigo.»—Simón Abril: «Al cabo yo verné á lavar la lana.»—El texto: *At enim isthac in me cudetur faba.*

Pág. 91, l. 35.—«Finalmente, ajo por ajo, y que la pique.» Con esta expresión sustituyo la de Simón Abril: «Finalmente, páguelo en lo mismo, con que le des pena.» He querido trasladar á nuestra lengua la fuerza de la

expresión original: *Denique par pari referto, quod eam* MORDEAT.

Pág. 92, l. 18.—«Cata aquí al otro: diréis que ha nacido para servir á su vientre.»—Simón Abril: «Cata acá otro; diréis que es un traslado del otro.» La diferencia de interpretación no puede ser mayor. Mas procede de que Simón Abril sigue el texto de Faerno (Florencia, 1565):

«*Item alterum:* EX HOMINE *hunc natum esse dicas.*» Yo adopto el de Nisard: «*Item alterum;* ABDOMINI, etc.; lección á todas luces preferible á la primera. Recuérdese, con efecto, que Parmenón ha llamado discreto á Trasón.

«TRAS. (*A Tais*).— ¿Quiéresme mucho por esta tañedora?

PARM. (*Aparte*).—¡Qué discreto es! (*¡Quam venuste!.....*), etc.»

¿Cómo, pues, Parmenón ha de decir que Gnatón, á quien tiene por mentecato, es *un traslado* de Trasón el «discreto»? Por semejante incongruencia sería menester pasar, si adoptáramos el texto de Faerno. La variante se explica perfectamente por el carácter de Gnatón y por la situación de los personajes. A la pregunta de Trasón, responde Tais: «Muy mucho por tu merecimiento»; y Gnatón, que no está para perder tiempo, saca en el acto esta *consecuencia:* «Vamos, pues, á cenar.....» En este punto la observación de Parmenón, «Cata aquí al otro, diréis que ha nacido para servir á su vientre», no puede ser más oportuna.

Pág. 94, l. 3.ª-4.ª—«.... creo que se pondrá también á sacar la comida del fuego con la boca.»—El fuego á que aquí alude Parmenón es, sin duda, la hoguera de los funerales, en la cual, juntamente con el cadáver, se arrojaban viandas con que aplacar á los dioses. En apoyo de esta interpretación está la expresión del original: «*e flamma petere cibum*», que es sinónima de esta otra: «*ipso rapere de rogo cœnam*», de Catulo: «*Uxor Me-*

nem, sœpe quam in sepulchretis vidistis ipso rapere de rogo cœnam, etc.» Si esto es así, puede traducirse con más exactitud: «Creo que se pondrá también á sacar la comida de la hoguera de un entierro con la boca.»

Pág. 96, l. 20.—«Ayer algunos mancebos en Pireo.....»—Puerto del Atica, próximo á Atenas. Antifón, en cuya boca se pone este monólogo, es uno de los personajes debidos á la invención de Terencio, á fin de que la escena siguiente pase á ser diálogo, de monólogo que era en el original de Menandro, según sabemos por Elio Donato.

Pág. 99, l. 5.ª-8.ª—«..... mirando una pintura en la cual estaba dibujado como dicen que un tiempo Júpiter había descargado en el regazo de Danae una lluvia de oro.»—Acrisio, rey de los Argivos, fué avisado por el Oráculo de que le asesinaría un nieto. Para librarse de tan horrible sentencia, Acrisio hizo encerrar á su hija Danae en una torre, con tales precauciones, que no le fuese posible á la doncella tener contacto alguno con varón. Mas Júpiter, abrasado en amores por Danae, transformóse en lluvia de oro y, colándose por el tejado, cayó en el regazo de la hermosa. De aquella burla nació Perseo.

Pág. 111, l. 21-22.—«Eso mismo ya antes de ahora lo hizo Pirro muchas veces.»—Trasón se escuda aquí con la táctica de Pirro, porque este rey del Epiro, región situada al NO. de la Grecia, goza entre los antiguos fama de consumado estratégico, sobre todo en punto á sitiar y tomar ciudades, y levantar fortalezas, según consta por el testimonio de Tito Livio. (Década 4, lib. v.)

Pág. 122, l. 2.ª—«Pit. Y ahora le amenaza que le ha de hacer lo que suelen hacer á los adúlteros.....»—Antes ha dicho Pitias que el hermano de la doncella deshonrada por Querea estaba muy encolerizado contra éste. Así no era extraño que, cegado por la ira, pensase, según finge Pitias, extremar el castigo, imponiendo la pena reservada á los adúlteros, por el delito de violación de

una doncella. Por lo demás, el adulterio se castigó entre los antiguos de diferentes modos: entre los Locrenses (habitantes de la Lócrida, región de la Grecia central) al adúltero se le sacaban los ojos.

— l. 9-10.—«¿Quién ha visto jamás en casa de ramera ser prendido nadie por adúltero?»—Según una ley de Solón, no podía ser condenado por adúltero el hombre á quien se le hubiese sorprendido con una mujer en casa de rameras.

III.

EL ATORMENTADOR DE SÍ MISMO.

(Heautontimorumenos.)

Pág. 133.—Se dice que la acción pasa en una villa cerca de Atenas. Bien puede ser en una casa de campo situada extramuros de Atenas.

Pág. 135, l. 30-32.—«..... para que los noveles actores deseen más divertiros á vosotros que labrar su fortuna.» Simón Abril traduce literalmente: «Para que los mancebos deseen más daros á vosotros contento que á sí mismos.»—Texto: *Ut adolescentuli vobis placere studeant, potius quam sibi.* El segundo término de la comparación, traducido á la letra, no le entiendo.

Pág. 139, l. 6.ª—«..... natural de Corintio.» Ciudad muy célebre del Peloponeso, situada sobre el istmo de su nombre.

Pág. 150, l. final.—«..... ¿Qué sabes tú.....» Clitifón y Siro cortan la frase de Clinia, que éste termina después..... diciendo: «..... si nunca más, etc.» En la versión de Simón Abril, la frase no se interrumpe, porque el texto que él seguía no le autorizaba á ello. Son bastan-

tes las correcciones de esta índole; pero no daré cuenta de ellas, en gracia á la brevedad.

Pág. 152, l. 8-10.—«Esta (*Por Baquis que con Antifila aparece por el fondo*) ya no es tuya.—*Clitif.* En casa de mi padre no: pero entretanto.....»—Simón Abril: «¿Y pues no es esta la tuya? *Clitif.* Sí, cuando en casa de mi padre; pero después acá.....» La traducción del docto humanista es aquí, como en otros muchos pasajes de que no doy cuenta, ininteligible. El texto, por lo demás, está bien claro.

Sir.—*Jam nunc hæc non est tua.*

Clitif. Scio, apud patrem: at nunc interim.....

Pág. 164, l. 15.—«..... mil *dracmas.*»—Ya se ha dicho (v. *Eunuc.*, pág. 73 not.) que la *dracma* ática valía lo que un *denario* romano, ó sea 0,81 fr., según unos, 0,96 fr. según otros.

Pág. 171, l. 24.—«..... diez *minas*.....»—Equivalen á las mil *dracmas* de que habla la nota precedente.

IV.

LOS HERMANOS.

(Adelphi.)

Prólogo, l. 6.ª—«.....llamada *Synapashnescontes*»; léase *Synapothnescontes*, esto es, *Los compañeros en la muerte.* De la traducción, ó refundición, de Plauto, titulada *Commorientes*, sólo conocemos estas palabras: «Saliam in puteum præcipes.» Varrón pretende que los *Commorientes* no son de Plauto, sino de M. Aquilio. Difilo, poeta griego, natural de Sinope, floreció en el siglo III antes de J. C.

— l. 15.—«..... que ilustres personajes le ayudan.....»

Alude á la supuesta colaboración de Lelio y Escipión, que el poeta rancio, Lavinio, echaba en rostro á Terencio, regateándole la paternidad de sus comedias. Terencio parece que da fuerza á este rumor, pues lejos de negar rotundamente la colaboración de aquéllos, se defiende débilmente diciendo que la tiene á mucho honor. Suetonio, en la vida de Terencio, erróneamente atribuída á Elio Donato, dice que Terencio no puso empeño en rechazar aquel rumor, *porque sabía que no disgustaba á Lelio y á Escipión*. Este punto de la colaboración es muy obscuro.

Pág. 202, l. 20.—«..... y cuando no, ya le echarán ellas de casa.» P. Simón Abril: «I quando no, por ventura lo charé de casa.» Desde luego salta á la vista la incongruencia de este pensamiento con el carácter afable y por demás benigno de Mición. El texto, ciertamente, es obscuro, pues dice:

«Dabitur a me argentum dum erit commodum:
Ubi non erit, fortasse *excludetur* foras.»

¿Pro quién *será echado* á la calle? ¿Por Mición? Esto entiende P. Simón Abril. Pero repito que semejante rasgo contradice al carácter de Mición. Por eso he corregido la frase en la forma indicada.

Pág. 206, l. 6.ª – «San — Como si callaras», es decir, «te empeñas en vano.»—P. Simón Abril: «En fin, que no haces caso desto.»—El texto:

«Cæterum, hoc nihil proficis», frase que interpreto con Minelio como equivalente á esta otra: *frustra id conaris*, por parecerme más adecuada á la situación de los personajes y aun á la significación misma de «proficere», que propiamente expresa movimiento en el espacio, y por traslación, lo que nuestro verbo «adelantar» en esta frase: *adelantar poco*, *mucho*, *nada*, etc.

Pág. 207, l. 30—«..... porque yo, como á mujer libre, la defenderé en el litigio.»—P. Simón Abril: «..... porque yo, como á mujer libre, la defiendo con mis fuerzas.»—Texto:

«Neque vendundam censeo. Quæ libera est: *nam ego liberali illam adfero causa manu.*» Literalmente: «Ni entiendo que pueda venderse la que es libre; pues yo la tomo por mi cuenta, ó bajo mi protección (*adfero illam manu*) en el pleito (que entablaré) sobre su condición de libre (*causa liberali.*)»

Por lo demás, las palabras de Esquino envuelven una amenaza terrible para Sannión. Con efecto, si la moza no era esclava, el mercader había perdido su dinero.

Pág. 218, l. 30.—«GETA.—Corriente. Hágase lo que tú dices, puesto que ello sea lo mejor.»—P. Simón Abril: «G. ¿Qué me dices? Yo me acerco, para mejor escucharte.» La variante que introduzco no puede ser más notable: afecta al fondo y á la forma del pensamiento.—El texto dice:

«G.—*¿Quid istuc? Accedo ut melius dicas.*»

P. Simón Abril traduce, pues, el verbo «accedere» en la primera acepción, que es la de «arrimarse», «acercarse» (*appropinquare*, *advenire*, etc.). En este sentido emplea el mismo Terencio el verbo *accedere* en otros pasajes, como *accede huc* = ven acá; *accede proprius* = acércate más, etc. Pero en su acepción translaticia «accedere» expresa movimiento de *aproximación moral*, como cuando *asentimos* al parecer de otra persona. Y entiendo que esta es la genuina acepción de «accedere» en la frase de que se trata, como en estas otras: «*Accedam in plerisque Ciceroni*», de Quintiliano; «*Ad hoc consilium cum plerique accederent*», de Nepote, etc.—Minelio interpreta de igual modo:

«¿Quid istuc?» (formula est ægré consentientis).—Accedo (ad tuam sententiam, id est, assentior tibi, hera.....)—Ut (hoc loco causam efficientem denotat, utpote quæ, vel quia me veris et solidis rationibus vincis.....)

Fuera de esto, la interpretación de P. Simón Abril (yo me acerco para mejor escucharte) es inadmisible, por dos razones, á cual más poderosa, sacadas ambas del carácter y de la situación de los personajes:

1.ª Geta no es sordo;

2.ª Geta está cerca de Sostrata, antes de revelar los supuestos propósitos de acercarse á ella, según quiere P. Simón Abril. Todo el diálogo que precede es prueba evidente de esta segunda afirmación. La frase, pues, de P. Simón Abril no tiene sentido.

Pág. 231, l. 24.—«Ha dado á hacer unos lechos de campo.....» Sabido es que los romanos usaban para su mesa, en vez de sillas, lechos ó camas donde se recostaban.

Pág. 250, al fin.—«Ahora, Mición, manda que le dé luego Babilón las veinte *minas*.» Simón Abril: «Haz que le dé luego de contado Babylón docientas coronas.» Nuestro humanista traduce literalmente y deja obscuro el sentido. Parece que quien ha de mandar es Esquino, quien ha de dar las doscientas coronas, Babilón; ¿á quién? Esto es lo que no se dice. Otros traductores entienden que en la palabra Babilón (*Babylo*) hay una, se alude á Mición el *Babilonio*, el rico como un sátrapa.

V.

LA SUEGRA.

(Hecyra.)

Primer prólogo, l. 4.ª-5.ª «.....y tan puesta tenía su afición en el funámbulo.» Además de las representaciones escénicas, dábanse al pueblo espectáculos de volteadores y gladiadores. El pueblo romano prefería éstos á aquéllas.

Segundo prólogo. Es el de la tercera representación. De las tres veces que se llevó al teatro esta comedia, la

primera no les fué posible á los actores hacerse oir, como lo atestigua el «prólogo» anterior.

— l. 5.ª-7.ª «De las primeras que aprendí de Cecilio, en algunas fuí silbado»; literal, *fuí echado* (de la escena), *sum..... exactus.* Cecilio, poeta cómico, de quien se dice que alentó á Terencio en sus primeros pasos de autor dramático.

— l. final.—«..... compradas según mi tasación.» El actor encargado de recitar el «Prólogo» era el director de la compañía. Este tasaba la comedia; los ediles abonaban al poeta la suma convenida. P. Simón Abril traduce: «compradas por mi dinero» (*pretio emptas meo*). La traducción de *pretium* por *dinero* no me parece autorizada en este caso. Sabemos, en efecto, que quienes compraban las comedias eran los ediles (*curatores ludorum*), y así lo dice expresamente el mismo Terencio en el «Prólogo» del *Eunuco*: «..... *postquam ædiles emerunt.....*»

VI.

FORMIÓN.

(PHORMIO.)

Prólogo: «Después que el poeta viejo.....» Lucio Lavinio.

Pág. 314, l. 4.ª—«..... que llaman en griego el *Epidicazómenos.*» Original de Apolodoro.

Tanto en esta comedia, como en la anterior, hay muchas variantes, de que no doy cuenta, por no abultar demasiado este volumen. El curioso puede conocerlas fácilmente, cotejando nuestra versión con la de P. Simón Abril, Valencia, 1762.



INDICE.



	Tomos.
QUINTILIANO.—*Instituciones oratorias*, traducción de los PP. de las Escuelas Pías, Rodríguez y Sandier	2
QUINTO CURCIO.—*Vida de Alejandro*, trad. de Ibáñez de Segovia	2
ESTACIO.—*La Tebaida*, traducción en verso de Arjona	2
LUCANO.—*La Farsalia*, traducción en verso de Jáuregui	2
TITO LIVIO.—*Décadas de la Historia Romana*, traducción de Navarro.	7
TERTULIANO.—*Apología contra los gentiles*, traducción de Manero.	1
ESCRITORES *de la Historia Augusta*, traducción de Navarro	3
MARCIAL.—*Epigramas*, traducción en verso de Suárez	3

Clásicos españoles.

CERVANTES.—*Novelas ejemplares y viaje del Parnaso*	2
CALDERÓN DE LA BARCA.—*Teatro selecto*, con un estudio preliminar del Sr. Menéndez Pelayo	4
HURTADO DE MENDOZA.—*Obras en prosa*	1
QUEVEDO.—*Obras satíricas y festivas*	1
QUINTANA.—*Vidas de españoles célebres*	2
DUQUE DE RIVAS.—*Sublevación de Nápoles*	1
ALCALÁ GALIANO.—*Recuerdos de un anciano*	1
MANUEL DE MELO.—*Guerra de Cataluña y Política Militar*	1
ANTOLOGÍA DE POETAS LÍRICOS CASTELLANOS, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días, ordenada por D. Marcelino Menéndez y Pelayo	12
Se ha publicado el tomo I.	

Clásicos ingleses.

MACAULAY.—*Estudios literarios.—Estudios históricos.—Estudios políticos. — Estudios biográficos. — Estudios críticos. — Estudios de política y literatura.* Traducción del Sr. Juderías Bénder	6
— *Vidas de políticos ingleses*, traducción del mismo	1
— *Historia de la Revolución de Inglaterra*, traducción de D. M. Juderías Bénder y D. Daniel López	4
— *Discursos parlamentarios*, traducción de D. Daniel López	1
— *Historia del Reinado de Guillermo III*, continuación de la *Revolución de Inglaterra*, traducción del mismo	6
MILTON.—*Paraíso perdido*, traducción en verso, de D. Juan Escoiquiz.	2
SHAKESPEARE.—*Teatro selecto*, traducción de D. Guillermo Macpherson con un estudio preliminar de D. Eduardo Benot	4

Clásicos italianos.

MANZONI.—*Los Novios*, traducción de D. Juan Nicasio Gallego	1
— *La Moral Católica*, traducción de D. Francisco Navarro	1
GUICCIARDINI.—*Historia de Italia, desde* 1494 *á* 1532, traducida por el rey Felipe IV	6

Clásicos alemanes.

SCHILLER.—*Teatro completo*, traducción de D. Eduardo Mier	3
HEINE.—*Poemas y fantasías*, traducción de D. José J. Herrero	1
— *Cuadros de viaje*, traducción de D. Lorenzo G. Agejas	2

Clásicos franceses.

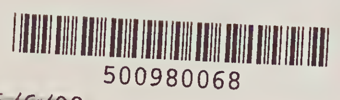
LAMARTINE.—*Civilizadores y conquistadores*, traducción de D. Norberto Castilla y D. M. Juderías Bénder	2

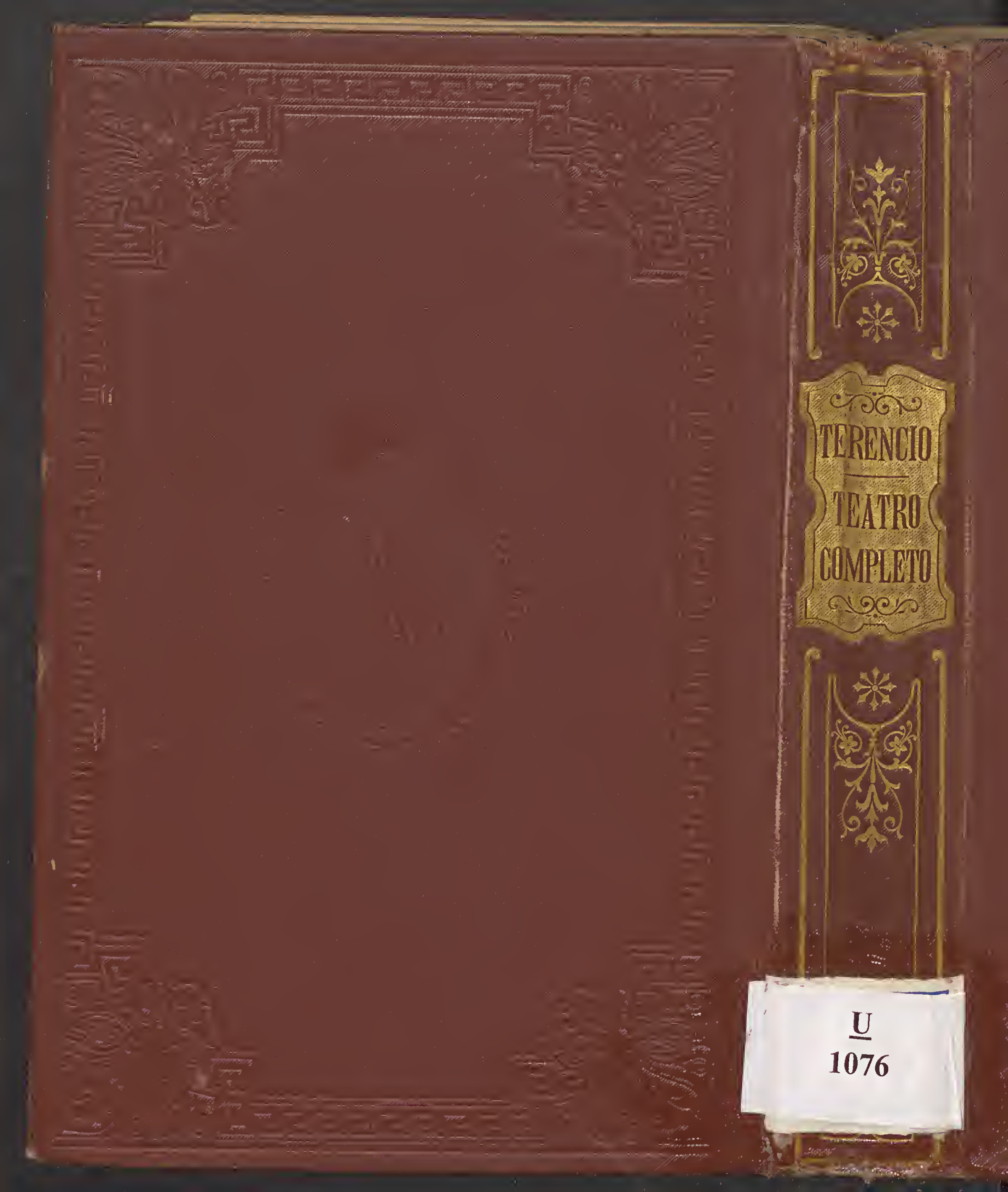
Clásicos portugueses.

CAMOENS.—*Los Lusíadas*, traducción en verso de D. Lamberto Gil	1
— *Poesías selectas*, traducción del mismo	1








TERENCIO
TEATRO
COMPLETO